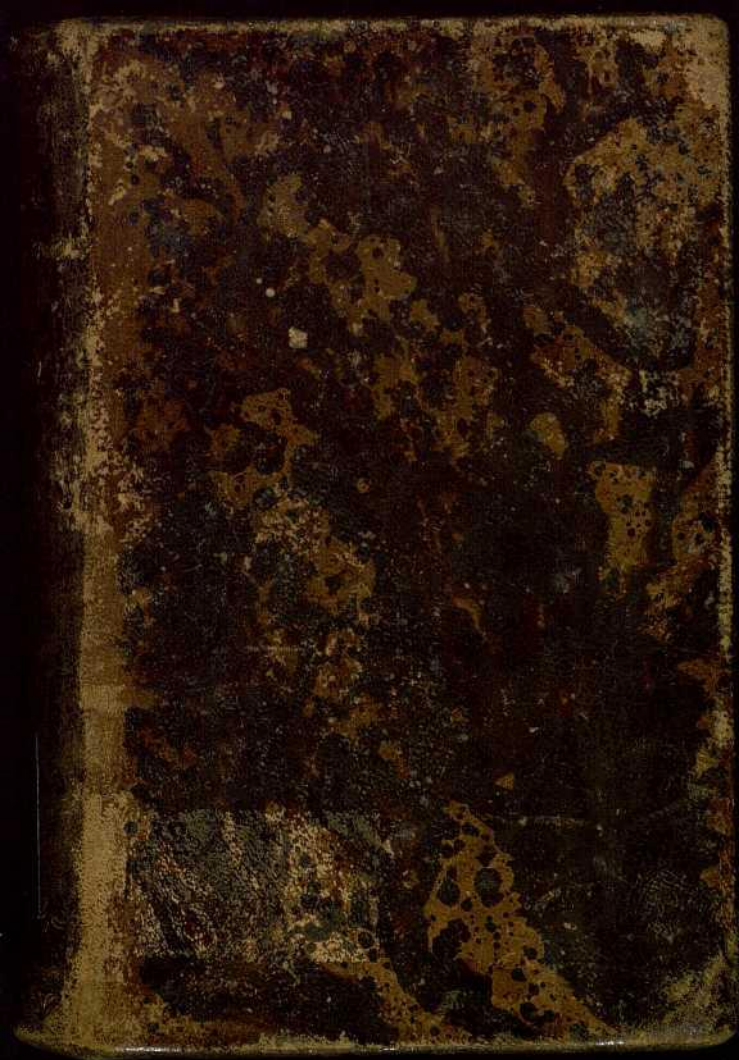








JEORGINA.

GEORGINA

800

JEORJINA

POR

PAUL DE KOCK

TOMO I.

TRADUCIDA POR D. S. C.



MALAGA: 1845.

IMPRESA DE MARTINEZ DE AGUILA

CALLE DEL MARQUES.

**Diputación
Provincial**

MALAGA

R-34.789

WILLIAMS

SON

WILLIAMS

WILLIAMS

WILLIAMS

WILLIAMS

WILLIAMS



*Vamos, Gertrudis, cálmate sabes bien,
niña mía, que obre así por decir.*

JEORGINA.

CAPITULO I.

UN INTERIOR.—LAS MALAS LENGUAS.



ran las siete de la tarde, y M. Rudemar, antiguo escribano de Rambervilliers, se ocupaba en ponerse sus chinelas, aflojarse el cordón del chaleco y en quitarse la peluca..... en fin, M. Rudemar, se ponía á sus anchas, como hombre que no aguardando ninguna visita, vá á entregarse pronto al reposo. Cuando hubo concluido su operacion, llevó su gran sillón delante de la chime-

nea, se sentó en él, y mandó á su criada Gertrudis que viniese á soplar el fuego: era aun el mes de abril y el tiempo estaba muy frio.

Al calentarse, nuestro hombre estendia las piernas sobre el morillo de la chimenea, y parecia mirarse con cierta complacencia. En efecto, el escribano tenia las piernas muy bien hechas; unid á esto dos ojos negros muy vivos, una figura regular, modales amables, y un tono dulce y galan, y no os asombrareis de que M. Rudemar, apesar de sus cincuenta años, fuese todavia mimado por las petrimetras de Rambervilliers. Pero ademas de sus cualidades fisicas, poseia otras mas sólidas: era bueno, humano y en todas partes alababan su caridad, de la que habia dado una prueba, recogiendo y educando con sumo cuidado á una niña de cuatro ó cinco años, á quien llamaba su sobrina, y que, quiero creerlo, no le tocaba mas de cerca, á pesar de las voces que las malas lenguas hacian correr, de vez en cuando, acerca del nacimiento de Jeorgina: tal era el nombre de la sobrina de M. Rudemar.

Durante todo el tiempo que Jaquelina fué ama de gobierno del señor escri-

bano, Jeorgina fué acariciada y mimada, sin conocer otra cosa mas que el placer: el baile, la mesa, el paseo, llenaban todos sus momentos. Jaquelina la trataba con una ternura verdaderamente maternal, lo que hacia aun mas mover las muchas lenguas, pues decian que cinco años antes, habiendo Jaquelina engruesado considerablemente, se habia quejado de mal de hidropesia, y visto obligada para curarse á pasar algunos meses en su pueblo.

Cuatro años despues del viaje de Jaquelina, fué pues, cuando M. Rudemar trajo un dia á su casa á la pequeña Jeorgina, presentándola á todo el mundo como la hija de una hermana que tenia viuda y acababa de morir en Nancy, sin dejar á la pobre Jeorgina mas fortuna que la proteccion de su tio el escribano.

Este es, lector, el hecho del nacimiento de nuestra heroína. Si teneis algunas sospechas acerca de su legitimidad, pensad como os diere la gana, pues la historia no añade una palabra mas sobre este particular:

Ocho años tenia Jeorgina cuando Jaquelina murió. Su muerte fué un golpe cruel para M. Rudemar; pues en el largo tiempo que aquella le cuidó, la habia

cochado cariño. Sin embargo, como todo pasa en este mundo, el dolor del escribano se aminoró, y no estando en edad ni con humor de pasarse sin ama, fué necesario ocuparse de esta importante elección. Muchas mugeres solicitaban el honor de reemplazar á Jaquelina.

La viuda Gertrudis fué la dichosa entre sus numerosas rivales.

Y en verdad que merecia bien esta distincion: treinta y seis años lo mas, cabellos negros, delgada cintura y formas seductoras se unian á todas las cualidades de una ama de gobierno: ademas poseia el arte de confeccionar una excelente comida, y M. Rudemar era un decidido partidario de una buena mesa.

Desgraciadamente para Jeorgina, la nueva ama no era tan amable como linda. Adios, pues, atenciones, caricias y placeres! Gertrudis conocia á fondo toda la historia de la hermana de M. Rudemar, habia visto crecer la hidropesia de Jaquelina, y cobró á la niña aversion. Ademas, Gertrudis tenia una hija, y para que esta estuviese sola en casa del escribano, concibió el atrevido proyecto de poner á la sobrinita en la puerta.

Los ancianos son débiles cuando es-

tán enamorados, y M. Rudemar tenia la reputacion de dejarse gobernar por sus amas. Gertrudis era muy astuta, y se manejó de modo que al cabo de dos años hizo aparecer á Jeorgina á los ojos de su tío como una idiota perversa, razon por que este no le profesaba ya mas que una ligera afeccion.

Hé aqui el estado de las cosas cuando un sábado por la noche se instaló M. Rudemar delante de la chimenea, como he tenido el honor de presentároslo al principio de este capitulo.



CAPITULO II.

UN DOMINGO.—COMIDA.—EVASION.



ertrudis?

—Señor.

—Mañana es domingo, niña mía.

—Ya lo sé, señor.

—Si, pero ignoras que he convidado á comer á M. Boullard y su esposa, al

compadre Jeromo, á su amigo Eustaquio y á mi vecino Toupin.

—Dios mio, y qué necesidad teneis de tanta gente? Creeis que no tengo bastante que hacer en toda la semana, sino que es preciso que pase todo un domingo en el infierno de la cocina? y luego para personas que no vienen aqui mas que á comer!.....

—Vamos, Gertrudis, cálmate: sabes bien, niña mía, que obro así por decoro, y que es una atencion que nos debemos reciprocamente

—No hay cuidado que sobre esto tenga nadie que tacharos nada, porque usais

de una política!..... Dar de comer cuesta, señor; y vaya, pase por el compadre Jeromo, que al fin es un hombre amable, y tiene muchas atenciones conmigo..... (Gertrudis se mira al decir esto) En cuanto á los Boullard son unos roñosos, unos mezquinos..... Habéis sentido jamas el olor de su cocina?..... Pero ya se vé, como mad. Boullard ha tenido el don de agradaros con sus ojillos redondos y su gorda nariz de trompeta!..... y la pechera como la palma de mi mano..... Ah! los hombres son ciegos!.....

—No sabes lo que te dices, Gertrudis.

—Si creereis que no os vi la última vez que cenaron aquí? Mientras ella comia á mas y mejor, vos dejábais caer el tenedor para tener ocasion de pellizcarle la rodilla.

—Gertrudis, que me voy á incomodar!

—Vuestro amigo Eustaquio es un maricon, que todo lo mira, lo palpa y lo revuelve, y que siempre tiene algunas palabritas picantes que dirijiros.... Pero ya le daré yo su merecido la primera vez que vuelva á suceder!..... Pues, y vuestro vecino Toupin! es un borracho reconocido por tal, y que no viene aquí mas que á beber..... pero qué beber!..... ah!

si mete miedo!

Sin duda hubiera ido Gertrudis muy lejos al hacer el retrato de cada convidado, si no la hubiera interrumpido Jeorgina, que entró llorando y diciendo que Catalina le habia pegado. Catalina era la hija de Gertrudis.

—Qué es eso? preguntó M. Rudemar, saliendo de la especie de letargo en que la relacion de Gertrudis le habia sumido.

—Qué ha de ser? dijo Gertrudis: la señorita Jeorgina que siempre está rabiando.

—Tio mio, me han pegado, dijo Jeorgina suspirando.

—Cállese V. necia: que venga siempre esta tontilla á aturdirnos!..... Idos á acostar, y cuidado con resollar otra vez!

Gertrudis echó de la habitacion á Jeorgina, y la condujo al caramanchon en que estaba la cama de nuestra heroína. La niña quiso replicar, pero un argumento irresistible la redujo al silencio, anunciándole que se pasaria sin cenar por haber tenido la audacia de quejarse de Catalina.

Pobre Jeorgina, tú te acostastes llorando! esta era tu costumbre desde la muerte de Jaquelina. Sin embargo, aquel granero, aquel reducido recinto era el

confidente de los proyectos de nuestra heroína: dormía poco, pero reflexionaba; porque el carácter se forma en la escuela de la desgracia. Además, Jeorgina era muy precoz; tenía ánimo é imaginación. En fin, cuando escribo sus aventuras, podeis creer lectores, que es porque las he encontrado muy graciosas.

El resultado de las reflexiones de Jeorgina fue la resolución de huir de una casa, en la que no gozaba un momento de reposo, y recorrer el mundo, aunque fuese mendigando su pan, ántes que permanecer siendo el blanco de la cólera de Gertrudis, de los golpes de Catalina y de las injusticias del escribano.

Llega el famoso domingo, y todo se pone en conmoción en casa del escribano. Gertrudis quiere hacer brillar su talento, sobre todo á los ojos del compadre Jeromo, y ejecuta maravillas: todas las caserolas están sobre el fuego. Jeorgina recibe la orden de no abandonar el asador, y Catalina es la encargada de probar todas las salzas.

El compadre Jeromo, que siempre llega temprano, se presenta con un tono meloso: saluda á Gertrudis; ésta al volverle la reverencia, deja rodar en la ce-

niza un hermoso embuchado que debia componer un plato maestro. M. Rudemar se angustia, pero el compadre Jeromo saca de debajo su hopalanda una paba con criadillas, que regala á Gertrudis. á su vista todas las fisonomias se dilatan; M. Rudemar olfatea el plato con alegria, Gertrudis mira con cierta sonrisa al compadre Jeromo, y éste por acabar de mostrarse amable, se apodera del mango de la sartén y lo tiene con una gracia particular.

Suena la hora de comer. M. y mad. Boullard se presentan; el marido es un hombre gordo, echo una bola, que no comprende sino su comercio y que no habla sino cerca de su muger; ésta es sobre poco mas ó menos tal cual la ha pintado Gertrudis. Detras viene el amigo Eustaquio y el vecino Toupin. Todos vienen vestidos de fiesta. M. Eustaquio da la mano á mad. Boullard, quien se detiene á hacer una profunda reverencia á M. Rudemar. El vecino Toupin, que viene detras, pisa la cola del vestido de indiana de grandes ramos. Al concluir su reverencia, mad. Boullard se siente detenida por algo, pierde su equilibrio, y cae en los brazos del vecino, que no estando

preparado para recibirla, cede á la violencia del choque y cae á su vez, aplastando un tarro de manteca de Bretaña, que desgraciadamente se halla bajo su centro de gravedad. El compadre Jeromo, asustado, deja el mango de la sarten, y M. Boullard tropieza con una cazuela al adelantarse á componer los vestidos de su mitad, que al caer habian perdido su natural posicion.

En medio del ruido, de los gritos, del tumulto que este accidente hizo nacer, solo Gertrudis conservó la calma. Ella restablece el orden y arregla el vestido de mad. Boullard. El marido se desembaraça de la cazuela; el compadre Jeromo abandona la sarten á Jeorgina; el vecino Toupin se quita la manteca pegada á sus calzones, y el buen humor se apodera de los convidados: nadie sueña en nada mas que en reir y comer bien. La misma mad. Boullard no parece muy enojada de un suceso que obliga á aquellos caballeros á ser mas galantes con ella, lo que hace tácitamente el elogio de la posicion en que cayó.

Se ponen á la mesa; jamas comida alguna pareció mas succulenta. á cada nuevo plato se estasiau sobre el mérito de

la señora Gertrudis. A la verdad necesarios eran tales elogios para ponerla de buen humor, porque la caída de mad. Boullard, la habia incomodado mucho!.... El aspecto de la paba con criadillas acabó de animar los espíritus. El compadre dirige sus miradas á Gertrudis, M. Rudemar deja caer el tenedor cuando cree que su ama de gobierno no lo mira; el amigo Eustaquio entona alegres coplas. el vecino Toupin empieza á vacilar en su silla y M. Boullard se atraca de criadillas, porque su muger le ha dicho que es un alimento muy sano. Todo es alegría, una embriaguez general!..... escepto para la pobre Jeorgina, encargada de servir á todo el mundo, en tanto que Catalina come tranquilamente junto al fuego.

La noche viene y con ella el momento de los postres. Gertrudis se vé obligada á ir á la bodega, porque el vecino Toupin ha hecho observar que las botellas están vacías. El compadre Jeromo se ofrece á llevarle la luz, y ella acepta la proposicion. Los demas convidados quedan en la mesa, y bien pronto se encuentran en una profunda oscuridad.

El tiempo pasa; Gertrudis y el compadre están todavia en la bodega; el vecino

empieza á dormirse; M. Boullard está concentrado en su asiento; M. Rudemar aprovecha la ocasion para hacer jugar su tenedor; pero el amigo Eustaquio, que encuentra el tiempo largo, empeña á Jeorgina que vaya á ver lo que pasa en la bodega.

Jeorgina se aleja, pero no es para egecutar la órden de Eustaquio, sino para poner en egecucion su gran proyecto: la hora, el momento, todo le parece favorable para huir de la casa de su tio. Entra en la cocina, se apodera de un canastillo y lo llena de provisiones: Catalina quiere hablar..... un par de bofetadas la vuelven muda é inmóvil. Jeorgina baja con precaucion la escalera; la puerta de la bodega está al paso, y ella por un esceso de precaucion la cierra y echa la llave en un pozo: en seguida abre la puerta de la calle, sale de la casa; y hé aqui que corre..... corre..... sin reflexionar que nadie piensa en correr tras ella.



CAPITULO III.

EL ARRENDADOR JUAN.



¿Qué haces ahí, niña?

—Ya lo veis! descanso y me desayuno.

—Te has puesto en camino muy de mañana!

—Pues eso no es de asombrar, porque he dormido en él

—Bah! Y adonde vas así?

—No lo sé.

—Pero de donde vienes?

—De alguna parte á donde no quiero volver.

Este diálogo tenia lugar en el camino real entre Jeorgina y un hombre pequeño, de franca fisonomía, y cuya presencia anunciaba un cultivador. Georgina habia corrido toda la noche, sin cuidarse del camino: lo esencial para ella era alejarse de la casa de M. Rudemar y su único temor el ser atrapada, porque adivinaba los tratamientos que Gertrudis le haria sufrir: en fin, estenuada

de cansancio, se habia sentado al amanecer el dia al borde de una zanja, y se habia dormido hasta el momento en que el hambre le habia hecho abrir los ojos.

El hombre pequeño que habia interrogado á Jeorgina, permanecia delante de ella y la miraba con interés. el aire decidido, el despierto semblante, la singularidad de las respuestas de la niña (porque Jeorgina solo tenia once años) todo en ella le sorprendia. Por lo que hace á Jeorgina, maldita la atencion que prestaba á su interlocutor, y continuaba comiendo tranquilamente una parte de las provisiones que llevaba consigo.

Al cabo de cinco minutos volvió el viagero á sus preguntas:

—Cómo te llamas?

—Jeorgina.

—Tu edad?

—Pronto cumpliré once años.

—Qué sabes hacer?

—Leer, escribir, trabajar.

—Quieres venirme conmigo?

Aquí se puso Jeorgina á reflexionar y empezó á su vez á hacer preguntas.

—A dónde vais?

—A Epinal á recoger una herencia, y

de allí volveré á Bondy donde reside mi muger.

—Y està muy lèjos de aquí Bondy.

—Sin duda, pero como tu eres demasiado jóven para hacer todo el camino á pie tomaremos la diligencia en Epinal.

—Què! iré en coche?..... ah! que gusto!..... me voy con vos.

—Pero tus padres no llorarán por tu ausencia?

--Ah! señor, nunca he tenido papá ni mamá!.....

—En ese caso levántate, dame la mano y partamos.

Jeorgina no titubea ya, y vedla en camino llevando con una mano su precioso canastillo y dando la otra á su compañero de viage. Antes de seguirlos hagamos mas ámplio conocimiento con el cultivador.

Juan era un hombre honrado en toda la acepcion de la palabra. Simple arrendador, se habia casado con la buena Teresa, y vivian cerca de Bondy dichosos y tranquilos; la fortuna los habia protegido y tenian lo suficiente para satisfacer sus necesidades; el único sentimiento de este buen matrimonio era el no tener hijos. Juan, aunque brusco y

regañon á veces, poseia un corazon sensible y una alma franca. Tal era el protector que la casualidad daba á Jeorgina.

Conforme iban andando, Juan hizo nuevas preguntas á la niña, y esta acabó por contarle la verdad, aunque ocultándole el nombre del lugar en que vivia. Juan no insistió en saberlo, por que convencido por la relacion de Jeorgina de lo desgraciada que habia sido, creyó que no obraba mal en protegerla y conservarla, cuando aquellos á quienes pertenecia no llenaban con ella los deberes de buenos parientes.

Poco tardó en establecerse la mas intima confianza entre nuestros dos viajeros. Juan se felicitaba de haber encontrado una niña, hácia la que profesaba ya la mas tierna afeccion, y saboreaba de antemano el placer que causaria á Teresa, al presentarle á la que iba á tener en lugar de hija. En cuanto á Jeorgina el gozo que sentia de verse al abrigo de los golpes de Gertrudis la tenia fuera de sí: reia, cantaba, saltaba, y encantado Juan por la vivacidad de sus movimientos, decia para sí:

—Caramba! vaya una picarilla linda; y qué traviesa será!

Nuestros viajeros llegaron á Epinal; la permanencia en esta ciudad no fue larga, porque siendo Juan único heredero, no hubo que entablar ningun procedimiento contra nadie, con gran disgusto de los señores de la curia, que así allí como en todas partes, saben embrollar los negocios. Juan habiendo realizado sus fondos tomó á Jeorgina en brazos y subió con ella en la diligencia que debía llevarlos á su destino.

Vamos á seguirlos, sino lo tomáis á mal. Ah! ya os oigo esclamar: Aun otra diligencia, no lee uno otra cosa!... Y porqué no he de hacer yo una diligencia? qué me importa que hayan hecho ya veinte, treinta..... ni aun ciento? siempre que la mia os divierta y haga reir, podeis pedir otra cosa? No vemos en el teatro, en una pieza que se llama nueva, lo que hemos visto cien veces en las viejas? no corremos siempre á ver los fuegos artificiales, los globos, las iluminaciones y otras novedades de este género? con una nueva querida no hacemos lo mismo que con la antigua? Las maneras, los usos cambian, pero el fondo es siempre el mismo. Desde que el mundo ecsiste amamos, nos batimos, comemos, bebemos,

dormimos, &c, y lo que es una felicidad, es que eso siempre nos agrada, nos gusta, nos divierte; y *consequentia consequentium*, bien puedo hacer yo tambien un capitulo de diligencia.



CAPITULO IV.

LA DILIGENCIA.



a diligencia estaba llena, y los que la ocupaban presentaban un conjunto hasta tal punto grotesco, que para podernos formar una idea precisa, es necesario ecsaminar detalladamente cada personage.

En el primer asiento del fondo se halla una vieja, que se titula condesa, y á quien sus sesenta años no impiden untarse arrebol y acicalarse; á su lado descansa su fiel Azor, al que mira á cada instante con una ternura particular, y sobre sus rodillas tiene una jaula con un gran papagayo que divide con Azor las caricias de su ama. La vieja, además de lo espuesto, tiene un libro en fôlio que lee con mucha atencion, y cuya lectura solo interrumpe para dar rosquillas á su perro y bizcochos á su papagayo.

Al lado de la vieja está un oficial, cuyo franco semblante y jovial humor ins-

piran alegría : cerca de él una nodriza jóven, fresca, gentil, tiene entre sus brazos un niño chiquito, cuyos gritos apaga aprocsimándole á la boca un pecho blanco como la nieve, al que, entreparéntesis, dirige el oficial su mirada con cierta complacencia, tantas cuantas veces se le presenta ocasion, con grande escándalo de la vieja coqueta, que suspira y se mueve y remueve inútilmente..... Nada tenia ella que mereciese ser mirado!

En frente de la nodriza está sentado un hombre ya de alguna edad, encendida la cara como un pimiento, y de tez fresca: su vientre que sale aun mas que sus rodillas, apenas le dejan la facultad de ver á tres pies de distancia: apesar de esto, nuestro hombre temiendo enflaquecer, de cuarto en cuarto de hora se come una torta, teniendo cuidado de remojarla con medio vaso de escelente rom, del que tiene una botella entre las piernas.

A la derecha del rechoncho caballero se halla un individuo vestido de seda ; chupa y calzones iguales ; teniendo sobre la cabeza un enorme sombrero de tres picos que se le mete hasta los ojos, y al lado una diforme espada parecida

á la de D. Simplicio Majaderano y Cabeza de Buey, de la Pata de Cabra. Lo demagrado de este personage burlesco, forma un picante contraste con la gordura de su vecino.

En fin, el último asiento está ocupado por Jeorgina, que sin cuidarse de sus compañeros duerme á mas y mejor. En cuanto á Juan vá en el cabriolé al lado del conductor.

Las primeras leguas se hicieron en silencio, segun acontece siempre: la vieja leía, el militar fumaba su pipa, la nodriza daba de mamar al niño, el caballero gordo bebia rom y sacudia su vientre, su vecino no cesaba de tocar y de mirar su antigua y mohosa espada, y Jeorgina dormia.

Un altercado entre la vieja y el caballero cuya espada se encontraba entre las piernas de aquella, rompió el silencio:

—En verdad, caballero, debiais tener un poco mas de atencion: hace dos horas que no cesais de mover esa terrible alabarda que me incomoda horriblemente!

—Bah! Os doy palabra de honor que ha mortificado á muchos!....

—Pero es muy desagradable, y yo no veo que tengais necesidad de traer seme-

jante arma en una diligencia.

—Vos no la veis? Cabeza de buey!.... sabed que en los treinta años que llevo de andar por el mundo, esta espada no me ha dejado ni un momento; mi mismo abuelo la colocó sobre mi cuna; él la heredó del suyo, quien se sirvió de ella con tanta gloria contra los moros, que el rey de los lombardos, que combatia entonces á los abencerrajes, le ofreció hacerle condestable de su artilleria: nosotros no hemos degenerado de nuestro illustre ascendiente, y á la edad de cinco años ya me servia yo de esta espada como me sirvo ahora!

No teniendo nada que contestar la vieja á semejantes razones, iba á emprender de nuevo su lectura, cuando se antojó al militar moverse, rechazando de paso de un modo algo brusco al perrito, que empezó á ladrar; la vieja arroja espantosos gritos, y queriendo socorrer mas pronto al fiel Azor, deja caer la jaula: el niño asustado llora, y la nodriza se echa á reir, lo que aumenta la cólera de la vieja.

—Tened cuidado, caballero oficial, vais á ahogar á mi pobre Azor.

—Vaya al diablo el perro y el papa-

gayo! cuánto ruido por un animal!

—Que en verdad come mas de lo que vale, dijo el hombre gordo, riéndose del despeño de la dueña.

—Ah! Dios mio! yo creo que está herido..... y mi papagayo que no dice nada!..... Perico! Azor! Perico!.....

—Dadles de mamar, con mil cartuchos! mirad aqui á un niño que hace menos ruido que esos malditos animales.

—Pobre niño! dice la nodriza; no sabe lo que todo esto quiere decir; pero no os incomoda, señor militar?

—Incomodarme! no, voto vá!.... es muy gracioso.

—Sois muy honrado, caballero.

—Al camarada parece que le vá bien! sentado junto á Vénus se le tomaria por el Dios Marte!

—Qué es lo que os habla de Marte y de Vénus?

—Es una figura, camarada, por la cual he encontrado.....

—Una figura, mil bombas!..... Guardad las figuras para vos, sino bien podrá suceder me ocupe en la vuestra, por larga que ella sea, y aunque se parezca á un viejo pergamino mojado.

El gascon volvió á otro lado la cabe-

za y haciéndose el desentendido miró por la puertecilla; prometiéndose no hablar mas de mitología á personas que no la entienden.

—Ese libro que leéis con tanta atencion, señora, es el *Arte de cocina*? pregunta el hombre gordo á la vieja.

—El *Arte de cocina*!..... No, caballero; qué placer podia encontrar en semejante lectura?

—Oh! mucho! es un excelente libro: pero ya, será el *Epicureo frances*?

—Mucho menos, caballero; leo una novela de Ana Radcliffe, y estoy en el momento en que la jóven heroína sale á media noche de su habitacion para visitar la torre del Norte.....

—Me parece que esa señorita haria mejor en acostarse, en vez de correr sola así á media noche.

—Acostarse, caballero, acostarse!... acaso la tierna victima de la barbárie de un tirano opresor debe acostarse y dormir como una cualquiera?.....

—A fé mia, creía que todas las mugeres eran hechas de una misma masa.

—Ah! caballero, se conoce bien que no habeis leído las novelas inglesas! alli veriais á jóvenes recorrer de noche los

subterráneos sin chispa de miedo, hablar á los espectros sin temblar, y pasar el dia ocupadas con sus amores, sin soñar nunca en comer ni beber!.... que perseguidas por un brutal amante, son á veces sorprendidas mientras duermen, sin que por eso su virtud padezca lo mas mínimo..... allí veriais..... Ah! Dios mio, qué hedor..... ah! qué peste! esto es espantoso!.....

El niño de la nodriza habia interrumpido la relacion de la condesa por uno de esos accidentes tan comunes en los niños de cierta edad. La nodriza se apresuró á examinar al angelito, el hombre gordo tomó un polvo, el militar rellenó su pipa y el gascon se llevó los dedos á las narices.

—Esto es una peste!..... Ay Dios! quién mete un niño en un carruage!..... seria menester ponerlo en la imperial.

—Sí, eso es, entre los paquetes; no hubiera dejado de estar bien el pobre niño!

—Al menos no nos hubiera infestado.

---Verdaderamente es una desgracia!... quizas no hariais otro tanto hace sesenta años!.....

---Cállese la bachillera!.....

Aquí le faltó la voz á la vieja; la pa-

labra sesenta años la habia sofocado.

---Vamos, con mil cartuchos! esto se acabó. Dadme vuestro niño, madrecita.

Y el galante militar toma el niño á fin de que la nodriza pueda buscar pañales limpios. Por este movimiento la trasera del niño se encuentra con el rostro de la dueña; pero asustada por las miradas y la voz del protector del ama de leche, no se atreve á abrir la boca y vuelve á tomar suspirando su perro, su jaula y su libro.

La calma se restableció: la victoria quedó por la nodriza, quien dió gracias á su galan defensor con la vista y la rodilla; este por su parte continuó jurando que el niño no olia mal; y el gascon que temiéndolo á los resultados, habia tomado el partido de ser siempre de la opinion del capitan, aseguró que en ello decia verdad. Asi llegaron nuestros viajeros al meson en que debian pasar la noche.



CAPITULO V.

EL MESON.



amos, despierta, hija mia! dijo Juan al tomar en brazos á Jeorgina para bajarla de la diligencia.

—Hemos llegado ya? preguntó ésta, restregándose los ojos.

---Todavía no; pero aquí es donde vamos á cenar.

---Tanto mejor, porque tengo mucha hambre!

---Esta chiquilla tiene talento; dijo el hombre gordo lanzándose fuera de la diligencia con toda la ligereza de que era susceptible, para correr á la cocina á fin de asegurarse por sí mismo de la manera como serian tratados.

---Cuidado con mi jaula..... Dadme mi perro, señor conductor.....

---Bah! Mas nos dáis que hacer con vuestros bichos, que diez viajeros juntos!

---Quereis que no se tenga cuidado de esos inocentes animales?

Ah! si al pagar vuestro asiento me hubierais dicho que traiais consigo un corral, ya lo hubiera arreglado de otro modo.

Fastidiado el conductor de las quejas de la vieja, tira á Azor en la sala revuelto con los paquetes: el delicado animal ladra, y sus dolorosos quejidos llegan al oido de su ama, quien ya tenia el pié sobre el estribo de la diligencia, llevando en una mano la jaula y sosteniéndose con la otra en la puertecilla. Al ruido que hace el perro, no dudando que le ha sucedido alguna desgracia, quiere volar á su socorro y salta tres escaloncillos en vez de uno, soltando la puertecilla donde se apoyaba; pero por una desgraciada casualidad se le engancha el vestido dentro de la diligencia, lo que la impide llegar abajo, quedando suspendida y mostrando á las miradas de los transeuntes unos bajos, que por cierto no merecian, como los de mad. Boullard, gozar de los honores de la esposicion.

La posicion de la señora era cruel: en su turbacion habia soltado la jaula, y los quejidos de Azor mezclándose á las cuchufletas de los pasajeros, acabaron de irritar sns nervios. No pudiendo sopor-
tar mas su situacion, se agita con vio-

lencia: el vestido cruge, se desgarrá y la vieja cae pesadamente sobre la jaula del pájaro querido..... Pero, oh colmo de infortunio! la jaula se rompe, y ahoga con su trasero al desdichado Periquito, quien al morir le envaina el pico en las nalgas.

La dueña prorrumpe en lastimosos gritos: todos corren, todos temen que se haya herido; la cojen, la vuelven y el militar y el gascon logran por fin levantarla..... pero cada cual permanece absorto al ver al papagayo hecho una tortilla bajo las ropas de su ama..... Juan la hace volver en sí; el militar se encarga de retirar el pájaro de la parte herida, el gascon esclama que es la primera vez que ve tomar una lavativa con el pico de un papagayo, y el hombre gordo se retira algunos pasos, porque la vista de la herida no es cosa para abrirle las ganas de comer.

Dejemos á la vieja ocupada en reunir los restos del desdichado papagayo, que cuenta hacer disecar, y volvamos á Jeorgina, á quien hemos olvidado por algunas horas.

Jeorgina se hallaba en la sala principal del meson; cerca de ella acababa de

sentarse un jóven de trece á catorce años, de linda figura, y cuya voz dulce y finas maneras anunciaban una buena educacion. Bien pronto se empenó la conversacion entre los dos jóvenes: Cárlos (asi se llamaba el jóven viagero) quedó encantado del talento y de la vivacidad de Jeorgina. Pero ántes de ir mas léjos, hagamos conocimiento con este nuevo personaje, que debe interesarnos, porque ocupará en la historia de Jeorgina un lugar muy importante.

Cárlos era hijo del marques de Merville, gentilhombre frances, quien despues de haber pasado una parte de su juventud viajando, habia venido á fijarse en unas tierras que poseia en..... donde se habia casado con una muger jóven y linda, pero sin estar de ella enamorado.....

M. de Merville era algo original: creia que para ser perfectamente dichoso era necesario encontrar una muger nacida para uno; la simpatia debia hacerla reconocer: si á primera vista se la adoraba y se le inspiraba tanto amor como el que uno la profesaba, era seguro haber encontrado la muger que poseia los mismos gustos, los mismos deseos, los mismos sentimientos que uno mismo. Pero, en

vano M. de Merville habia recorrido la Europa, el Asia y una parte del Nuevo-Mundo para buscar el objeto que debia simpatizar con él. Como era muy feo ninguna muger se enamoró de él al verlo. Cansado de sus viages, tomó el partido de casarse como los demas. La jóven Adriana de Vallencourt, muger de talento y de sentimientos elevados, lo hizo tan dichoso como podia serlo un hombre que alimentaba tales quimeras, y el jóven Carlos fue el fruto de esta union.

Este jóven habia heredado las dulces virtudes de su madre, y algo de las extravagancias del padre. Sensible, amoroso, uniéndose con demasiada ligereza á lo que le seducia, necesitaba de los consejos de su madre para hacerle conocer la diferencia que ecsiste entre un gusto frívolo y una atraccion real, entre un capricho y una pasion. Dichosamente tenia en mad. de Merville una guia segura y fiel; y los consejos de la razon, se reciben sin fastidio acompañados de las caricias maternas.

A los ocho años fue Carlos enviado á uno de los mejores colegios de Paris. Cada año venia á pasar las vacaciones en el seno de su familia: y he aqui la causa

porque, en una de estas, lo hallamos en el meson acompañado de un viejo criado.

A los once ó catorce años se traba bien pronto conocimiento y los jóvenes se cuentan sus aventuras. Jeorgina hizo á Carlos una relacion detallada de todo lo que le habia sucedido. El jóven le hizo algunas observaciones acerca de la manera que habia abandonado á su tio; pero Jeorgina habia tomado su partido, y tuvo el talento necesario para probarle que no habia sido suya la culpa; en seguida, obrando ya como si fuese hija de Juan, invitó á Carlos á que fuese á verla á la quinta de Bondy; lo que aquel prometió hacer tan luego como fuese dueño de su tiempo.

La conversacion fue interrumpida por la llegada de los viajeros que entraron para cenar. Carlos subió á su aposento, prometiéndose despedirse de Jeorgina á la siguiente mañana.

La cena era escogida, gracias á los cuidados del hombre gordo, que se supo era un antiguo ganadero retirado ya del oficio.

---Voto á..... exclamó el gascon aproximándose á la mesa; no tengo costumbre de cenar, pero esta noche me siento

con un apetito del diablo; además quiero hacer parte de tan honrada compañía.

---Esta cena nos costará carilla; dice la nodriza al sentarse.

---Por seis francos por cabeza están vds. listos, contesta el mesonero con el gorro en la mano.

---Seis francos..... vaya una miseria!... y cuando yo me siento en una mesa, jamás dejo pagar á las señoras!.....

Al acabar estas palabras el gascon se sienta y cada cual hace otro tanto.

El camino habia abierto el apetito á los viajeros, de modo que honraron debidamente la cena. El caballero gascon á la vez que repetia que no cenaba jamás, se atracaba sin embargo á las mil maravillas, y escedia en viveza al hombre gordo: desesperado éste de que el gascon tomase siempre los mejores bocados, se esponia á cada instante á ahogarse al querer imitar al fomoso convidado, pero gracias á una criada que le frotaba el vientre y á Juan que le pegaba buenos puñetazos en la espalda, nuestro hombre salia del penoso estado en que lo ponía su gordura. Harto, por fin, el caballero, su adversario pudo comer

con mas tranquilidad, y el buen humor se apoderó de todos. El accidente sucedido á la vieja fue el objeto de la conversacion: los caballeros se permitieron algunas chanzas un poco picarescas sobre las partes heridas, sin que las mujeres que las oian se diesen por enojadas. A los postres, el vino acabó de enardecer á los convidados; el militar andaba muy solícito con la no triza, que no se mostraba muy cruel; el ganadero, que despues de haber comido bien, tenia una tendencia muy pronunciada á la ternura, agasajaba á la criada, jóven de un moreno subido, robusta, de formas poco delicadas, pero muy bien hecha, sin embargo, para cautivar á un hombre que solo buscaba lo esencial. Solo el gascon estaba mas comedido y parecia reflexionar profundamente, cuando el mesonero vino a anunciar que los cuartos estaban ya preparados.

Se levantan, se hablan al oido; se separan quizas con la esperanza de volverse á ver bien pronto..... Todo anuncia que la noche no transcurrirá en calma..... Debo por lo tanto contaros lo que pase.... busquemos, sin embargo, la manera mas á propósito.....

Yo cien veces lo he probado:
Cuando el dicho es adecuado
En su obsequio la cosa se perdona,
No haceis ruborizar ni á una persona
Y todos lo comprenden claramente.
Hoy necesito este arte omnipotente.



CAPITULO VI.

AVENTURAS DE LA NOCHE.



l mas profundo silencio y la calma mas perfecta reinaba en el meson: ya habia sonado la media noche y nada parecia turbar el reposo de los viajeros..... pero esta engañosa calma era solo precursora de una violenta tempestad.

Jeorgina dormia, como se duerme á los diez años cuando se ha cenado bien; Juan, como un hombre que tiene la conciencia pura y está libre de cuidados. Dejémo los dormir.

Un desdichado gato que aturdia al vecindario con sus mahullidos de amor, se hallaba en aquel momento sobre el techo de la casa encima de la ventana de la habitacion del mesonero, y al lado de una claraboya que alumbraba el modesto caramanchon donde dormia la criada: este caramanchon estaba por consiguiente encima de la habitacion del amo.

Yo no sé si el mesonero habia alojado allí á la criada para tenerla á mano en todo tiempo. Nuestro hombre era casado; su muger acababa de cumplir su décimo lustro, y no veia mas léjos que su nariz, y eso que era chata; el mesonero mucho mas jóven que ella, era un poco veleidoso!..... y muy capaz de visitar el caramanchon durante el sueño de su dulce mitad!..... Pero volvamos á nuestro gato.

Este, que sin duda tenia una cita en el tejado, hacia largo rato que se paseaba, cuando unos mahullidos, salidos del patio, vinieron á herir sus oidos. Reconociendo la voz de su hermosa, quiere descender precipitadamente; pero, contra lo comun de sus semejantes, da un paso en falso, rueda hasta la claraboya, rompe el cristal y cae pesadamente dentro del caramanchon.

El mesonero estaba acostado al lado de su tierna esposa, quien no dormia esta noche como de costumbre, lo que contrariaba mucho al marido, porque habiéndose apercebido este caballero durante la cena de los agazajos del hombre gordo y de las miradas de la criada, habia hecho el propósito de asegurarse durante

la noche si sus sospechas eran fundadas.

Dèbese, pues, juzgar cuál seria su despecho al ver el insomnio de su muger: en vano hacia como que roncaba; la señora, que estaba con humor de bromas lo agazajaba, lo pellizcaba, y mal de su grado, le hacia estar despierto. De pronto suena un violento ruido sobre su cabeza; y el mesonero que busca una ocasion para levantarse, salta al momento de la cama.

---A dónde vas; pichoncito? pregunta con inquietud su querida compañera.

---Voto á brios! pues no has oido ese ruido estraordinario que ha sonado arriba?

---Sí, querido mio; pero será Francisca, que teniendo necesidad de levantarse habrá dejado caer uua silla.

---No señora, no es Francisca la que ha armado esa bacanal que he oido.... ó al menos no la ha armado sola, y de ello quiero asegurarme.

---Sin embargo, querido.....

Pero nuestro hombre està ya léjos; con gran sentimiento de su tierna mitad, muy descontenta de un suceso que trastorna sus planes. Dejémosla lamentaré aguardando á su querido esposo, y sigamos á

éste en su correría nocturna.

En dos saltos llega á la puerta del camaranchon y la halla entreabierta.

---Bueno, dice: primed indicio!.....

Se adelanta callandito..... alguna cosa pasa rápidamente entre sus piernas..... las cierra para retener el objeto..... y recibe dos arañazos en las pantorrillas: al instante se apresura á dejar el campo libre al animal, que corre aturdido de la caída. Nuestro hombre se aprocsima á la cama de la criada!..... palpa..... la cama está vacia..... segundo indicio!.... ya no duda que la traidora está ocupada con ... pero cómo sorprenderlos? qué medio empleará para vengarse de una manera ruidosa?..... El mesonero estaba embebido en estas reflexiones, cuando los pasos de una persona que se adelanta con precaucion vienen á distraerle; entonces se apodera de un nudoso garrote y se echa sobre la cama.

Empujan la puerta y á la débil claridad de la luna distingue el mesonero á un hombre en camisa.

---Estas ahí, niña mia? pregunta una voz con la mayor ternura.

---Si! si, te aguardo, responde el mesonero con voz de falsete.

Habia reconocido al hombre gordo, y le preparaba una recepcion capaz de apagar el ardor mas violento.

---Cansado de ver que no bajabas á la cochera á donde me habias citado, he subido á este cuarto donde, de antemano, me habias dicho que dormias,... cuánto trabajo me ha costado hallarle!..... me he perdido con tantas malditas escaleras.... pero, en fin, heme ya junto á ti.... y voy á ser indemnizado de todas mis penas!...

Al concluir estas palabras, nuestro enamorado salta en la cama donde cree va á gustar la suprema felicidad..... pero en vez de un beso que se apresura á recibir..... cae una lluvia de palos sobre sus costillas. El desgraciado amante no tiene tiempo para reponerse..... el palo se mueve con una increíble agilidad..... Espantado de semejante recibimiento, logra salvarse gritando á mas no poder que lo asesinan. Salta los escalones de cuatro en cuatro; recorre una porcion de corredores para huir de su cruel apaleador, se arroja con violencia contra una puerta que cede al peso de su cuerpo..... la cierra tras si con cuidado, y dá gracias al cielo de haberse escapado de aquel que le trataba con tanto rigor; bueno es que

respire un momento y volvamos al mesonero.

Su designio no era perseguir al hombre gordo, pues por este lado su venganza estaba satisfecha; pero, despues de lo que habia oido, quiso ir á la cochera, especie de cobertizo situado cerca del jardin, y que en aquel momento estaba lleno de haces de paja y de heno, para ver si hallaba á Francisca.

Nuestro celoso baja; al paso encuentra á varios viajeros y á los mozos de la casa, quienes habiéndolo oido los gritos del hombre gordo, tratan de descubrir la causa; el mesonero se muestra tan ignorante como ellos, porque pensaba, con razon, que no debia manifestar el modo con que trataba á sus huéspedes.

Se encienden algunos faroles, y todos cigen al amo de la casa que se dirige hacia el patio; llegan al cobertizo que estaba cercado con tablas medio podridas; todos se disponen á penetrar en el interior..... cuando creen oír algunos quejidos que vienen del lado opuesto.... se vuelven..... escuchan.... ya no hay duda: la voz sale de un pozo situado á diez pasos del cobertizo, sin mas brocal que una tabla de seis pulgadas de alto.

De seguro alguien ha caído dentro del pozo, pero por fortuna no es muy profundo; dos mozos del meson atan á la cuerda un cubo grande, dentro de él se mete otro mozo y lo bajan con cuidado alumbrando con los faroles: bien pronto grita que tiren, pero el cubo se ha vuelto tan pesado que apenas pueden tirar de él tres hombres; por fin llega á lo alto; el mozo trae entre sus brazos al militar vestido tan á la ligera como el gombre gordo, y medio muerto de susto y de frío: asombro general de los concurrentes..... El mesonero habia ereído desde luego que era el pobre apaleado, pero al instante reconoce su error; y mientras dan socorro al militar se adelanta él con algunos curiosos hácia el co-bertizo en busca de otros personajes.

Al pronto no ven á nadie; escuchan y el mas profundo silencio reina en el co-bertizo. El mesonero presume que no han aguardado su visita para retirarse, y vá á hacer otro tanto..... cuando apercibe alguna cosa blanca bajo un haz de heno. Se adelanta..... es un pedazo de camisa..., quita los haces de heno, y presenta á los atónitos espectadores..... á la criada y la nodriza acurrucadas entre la paja!

.....En el sencillo traje
De dos beldades al sueño sustraídas.

Oh! afortunados viajeros!..... qué dichosos sois!..... la vista de dos jóvenes agrupadas, medio desnudas bajo los haces de heno, vale á mi entender mucho mas que las monstruosas curiosidades que os hacen ver en Paris por diez céntimos desde la Magdalena hasta la plaza del Elefante.

Entretanto nuestras dos muchachas temblaban, no de frio, porque casi se estaban ahogando debajo de la paja, sino de vergüenza, de despecho, por encontrarse en semejante traje, espuestas á las miradas de los viajeros. Éstos se compadecieron, y las invitaron á que se levantasen sin temor y ganasen lo mas pronto posible sus aposentos, dejando el mesonero para el dia siguiente toda explicacion. Ya las jóvenes se habian levantado, procurando ocultar una parte de sus encantos con algunos manojos de heno, y los curiosos salian del cobertizo, cuando oyeron agudos gritos en la escalera, y al mismo tiempo vieron bajar precipitadamente á la vieja de los animales, tan ligeramente vestida, como las dos

jóvenes y gritando á voz en cuello:

—Al ladrón..... al asesino..... al violador!.....

—Al violador!..... repitieron de todas partes al reconocer á la vieja. Al violador! querida señora, pero soñais sin duda?

—No, no, caballeros; yo no sueño: un hombre entró en mi cuarto..... estaba en camisa..... se precipitó sobre mi lecho... Oh! Dios mio! tu has protegido mi virtud! Afortunadamente yo me desperté sobresaltada! porque sin duda se hubiera aprovechado de mi sueño para cumplir sus infames designios! y no sin trabajo he podido desacerme de sus brazos!

—Pero estais cierta que era un hombre?

—Que si estoy cierta!.... no puedo dudarle, caballeros?.....

Los viajeros sorprendidos por la relacion le la vieja, y curiosos por averiguar quién podia ser el desgraciado á quien el demonio de la concupiscencia impulsara á cometer tal atentado, iban á subir á la habitacion de la dueña..... pero al mismo tiempo sonaron en la puerta de la calle repetidos golpes.

—Diablo! dijo el mesonero, si acaba-

remos esta noche?

Corren á la puerta, la abren, y ven entrar una patrulla conduciendo al caballero gascon en el mismo traje que los demas, pero con un pequeño lio en el brazo.

El gascon no decia una palabra y parecia bastante desconcertado. El gefe de la ronda se adelanta y se dirige al mesonero:

—Camarada, le dice, os traigo este hombre á quien he encontrado descolgándose por la pared de vuestra casa. Un hombre en camisa con un paquete debajo del brazo, abandonando el meson de tal suerte, me ha parecido un poco sospechoso; al llegarme á él hizo como que no me comprendia y continuó andando. Impacientado por su silencio le apliqué por detras algunos puntapiés; entonces se frotó los ojos, me dijo que era sonámbulo y que le sucedia muy á menudo salir de noche sin saber á dónde iba. Todo esto es posible, pero ese lio me ha dado que sospechar, y os le traigo para que os asegureis si á la vez que dormia no hacia tambien el ladron.

—A quién llamais ladron!..... cabeza de buey! sabed que yo soy un noble de la Gascuña.....

—Lo uno no quita lo otro! y sobre todo veamos el paquete.

Abren el paquete que tenia el que se llamaba sonámbulo, y como nada encuentran en él sino los efectos que le pertenecian (que eran bien pocos) la ronda se retira, aconsejando al mesonero que cobre al caballero ántes que se duerma, no sea que le dé de nuevo la gana de pasearse otra vez en camisa fuera de la casa.

Alejados los soldados, se piensa en restablecer el orden en el meson. Aprovechando la llegada del gascon, la nodriza, la criada y el militar se habian retirado; el caballero hizo otro tanto, prometiendo soñar en su cama. Solo quedaba la vieja; la conducen á su cuarto, el que registran sin hallar á nadie, con gran asombro de la dueña, á quien rogaron permaneciese tranquila ó se estuviese quieta, si por casualidad venian á violarla segunda vez, lo que no era muy probable, atendiendo que los milagros son hoy dia muy raros.

Mientras cada cual duerme tranquilamente, espliquemos los diversos acontecimientos de esta tormentosa noche.

El hombre gordo habia alcanzado de

la criada que le indicase dónde estaba su habitación: pero reflexionando la muchacha que su amo no dormía muy lejos de ella, había preferido que la entrevista tuviese lugar en el cobertizo, creyendo gozar allí una tranquilidad perfecta.

La casualidad quiso que aquel lugar fuese escogido también para la cita entre el militar y la nodriza, quien no había podido resistir á las enérgicas declaraciones de su vecino de diligencia. Mas sencillo hubiera sido, dirá alguno, que la nodriza y la criada, hubiesen ido á buscar á sus cuartos á aquellos caballeros; pero es menester considerar que estas señoras tenían demasiado honor para entrar de noche en el cuarto de un hombre. Vaya!..... Una entrevista fuera, pase!..... Aunque á la verdad se habían presentado en un traje que no anunciaba el designio de mostrar mucho rigor.

Entretanto que se daban todas estas citas, el caballero gascon recapacitaba el estado de su hacienda; el resultado fue, que no podía pagar ni al mesonero ni al conductor de la diligencia. no vió, pues, otro medio para salir del paso, que alejarse incógnito, mientras to-

dos dormian.

Pero el diablo que se complace en hacer rablar á la pobre especie humana, en vez de dejar seguir á las cosas su curso, se le antojó desbaratar los proyectos formados para la noche.

El hombre gordo es el primero que llega á la cita: impaciente por no ver llegar á su hermosa, sube las escaleras y vá á buscarla á su cuarto.

A poco de haberse ido llega Francisca que ha bajado por otras escaleras: entra en el cobertizo y se acuesta en la paja para aguardar á su amante.

Al cabo de un cuarto de hora la puerta se abre en silencio: es la nodriza que viene á encontrar á su caballero: La situacion de estas señoras llega á ser en extremo cómica: la que acaba de entrar, despues de haber cerrado la puerta de la cochera, escucha y oye ruido. persuadida que su amante está allí, y sorprendida, sin embargo, de que no salga á su encuentro, ni le diga nada, se echa tambien sobre la paja, decidida á no ser la primera en entablar la conversacion.

La criada no concibe como su gordo amante haya ido á acostarse en un rincón sin decirle una sola palabra.

—Par diez! dice; si solo para eso me ha hecho venir..... no merecia la pena de haberme incomodado!

Entretanto que estas señoras se quejan cada una por su lado, el gascon sale en camisa de su cuarto para verificar su evasion. Iba á entrar en el patio cuando se siente que le tiran de la camisa. Temblando, cree que lo han acechado, que conocen su proyecto, y no se atreve á abrir la boca.

—Eres tú, pichoncita? dice una voz bronca; iba al sitio indicado.

Y nuestro militar (porque era el mismo) tira un pellizco en las nalgas del gascon: este se tranquiliza al notar la equivocacion, y responde afinando la voz:

—Sigueme, yo te conduciré.

El militar no se lo hace repetir, y héle siguiendo la pista del que toma por objeto de su ardor.

El gascon corre cuanto puede. El militar aunque asombrado de la ligereza de su querida, no quiere quedarse atras; pero como se habia escedido algo en la cena, no halla sus piernas muy sólidas, y tropieza y se pega contra algunos árboles plantados en el patio; mas el deseo de alcanzar á la hermosa fugitiva le dá

álas, corre siempre..... y cuando cree alcanzarla, sus pies tropiezan..... vacila, pierde el equilibrio, cae, y vá á anegar en el fondo de un pozo su alegre embriaguez y su ardiente amor.

Mientras que nuestro enamorado yacía en el fondo del agua, nuestras dos bellas se morían de impaciencia en la cochera: cada una estaba escondida en un rincón echando pestes contra su amante.

—Será acaso la timidez quién le impide aprocsimarse? decia la nodriza.

—Pues él no tenía trazas de encogido! decia Francisca. Sus modales anunciaban experiencia.

—Vamos, será menester animarlo..... porque la noche puede transcurrir así, y maldito si me será agradable!

Al hacer estas reflexiones las dos señoras se aprocsiman..... y la esplicacion iba á tener lugar, cuando el ruido que hicieron en la puerta las obligó á esconderse entre la paja.

Ya hemos visto todo lo que pasó; cuál fué la recepcion del hombre gordo que se salvó en la sala de la vieja, y cómo esta gritó creyendo que la iban á violar (lo que estaba muy léjos del cálculo del pobre hombre): hemos sacado al militar

del pozo; hemos visto de qué modo fué sorprendido el gascon en su acceso de sonambulismo..... á fé mia, lector, cuando uno ha visto tantas cosas en una noche, debe serle permitido descansar un poco despues.



CAPITULO VII.

PARTIDA.—LLEGADA.



uan y nuestra heroina fueron quizas los únicos que durante esta noche memorable no abandonaron sus camas, y durmieron tranquilamente, sin cuidarse de lo que pasaba en el meson; así es que fueron los primeros que se levantaron y vistieron.

Juan baja á la sala baja; sorprendido de no ver á nadie, iba á subir otra vez á su habitacion cuando se encuentra al caballero, que baja muy callandito de su cuarto. (Esta vez en un traje mas decente.) El gascon se detiene, descontento de encontrar á Juan; pero reponiéndose al momento, propone á este dar un paseo por el campo.

—Pardiez! tendria mucho gusto en ello, responde Juan; pero son aqui tan perezosos que todavia no se ha levantado nadie, de modo que la puerta aun está cerrada.

—Quizas podamos salir por el jardin?

—Mucho menos : la verja que estaba ayer abierta está al presente cerrada, no sé por qué.

A esta noticia el rostro del gascon se alarga dos pulgadas, y queda un momento inmóvil; despues, como por reflexion, saluda á Juan diciéndole que vá á esperar en su habitacion que se despierten los viajeros.

El buen arrendador se impacientaba de la lentitud de sus compañeros de viaje: al fin las gentes del meson aparecieron y bien pronto todo el mundo se puso en pie. Jeorgina acudió á saber si iba otra vez á subir al carruage. Los viajeros se preguntaban al oido sobre las aventuras de la noche, y cada cual reia y miraba á su vecino sonriendo maliciosamente.

La criada no bajó; el hombre gordo entró en la sala comun apoyándose en su baston; parecia diez años mas viejo despues de la velada; el militar fumaba en un rincon sin decir una palabra; la vieja miraba atentamente á cada viajero para adivinar quién era el mortal prendado de sus encantos; la nodriza no quitaba los ojos de su cria; y con gran pla-

cer de cada cual todos estos diferentes personajes oyeron decir que ya era hora de volver á ponerse en camino.

Cárlos de Merville montaba á caballo en el momento en que Jeorgina se alejaba.

—Adios, amiguita, le dice desde léjos.

—Adios. Ven á verme á la quinta, ó dejaré de quererte.

Al decir esto sube nuestra heroína á la diligencia y Cárlos se aleja al galope.

Todo el mundo estaba en el carruaje. Iba ya el postillon á azotar los caballos, cuando el conductor echa de menos al caballero. Jura, grita..... llaman al viagero, lo buscan en el meson. El dueño de éste, á quien tampoco ha pagado el caballero, concibe vivas inquietudes al acordarse del escalamiento de la noche. Buscan de nuevo, pero todo inútilmente; en fin, al registrar su cuarto, reparan en el desórden que reina en la chimenea: el suelo y el morillo están llenos de hollin; suben al granero, miran los tejados y encuentran la grande espada del vencedor de los moros enganchada en una canal! ya no hay duda, el sonámbulo se ha escapado por los tejados!... El mesonero se rie de la aventura, el con-

ductor no puede impedirse hacer otro tanto, y los viajeros se alejan haciendo sus reflexiones sobre esta manera de viajar á poco costo.

Dejemos rodar la diligencia; la conversacion de los viajeros podria á la larga fastidiar á nuestros lectores; apresurémonos á llegar con Juan y Jeorgina á Bondy, en donde se despidieron de sus compañeros de viage, quienes continuaron hácia Paris; sigamos á los personajes que nos interesan en la morada campestre, que vá á ser el teatro de las primeras locuras de Jeorgina, y veamos, ántes de todo, que efecto produce su inesperada llegada bajo el rústico techo del buen labrador.



CAPITULO VIII.

CUADROS CAMPESTRES.



ada recrea el ánimo, despeja los sentidos y tranquiliza el alma como el espectáculo de una campiña risueña y animada: cada cual está en disposición de probar esta dicha: ver la salida del sol no cuesta nada; así es que las gentes pobres se procuran muy á menudo este placer, que los ricos no saben apreciar! Hay seres que miran todo con indiferencia, aun el espectáculo de la naturaleza..... Estos tienen un sentido de menos. Otros, demasiado melancólicos, no ven en los campos mas que objetos de tristeza: sus imaginaciones oscurecen todos los objetos! Sin duda yo no aconsejaré á una madre privada de su hija, que vaya á pasear su dolor á un bosque sombrío! no llevaré á un desgraciado á un valle solitario! Pero esos sitios pintorescos, esos valles esmaltados de flores, esos campos en los que á la vez descubre la

vista la casa del pastor, el coto de los carneros, la lechería y la cabaña del queso, no son para entristecer un alma tranquila; al contrario, se experimenta al admirarlos un sentimiento de felicidad.

Estas ideas nos asaltan naturalmente al aprocsimarnos á la quinta de Juan, situada á alguna distancia de poblado en un valle encantador, rodeado por un lado de un bosque magestuoso y por otro de un risueño paisaje.

Su tranquilo aspecto, su modesto techo anuncian que la habitan gentes sencillas y contentas con su suerte. Esperamos que Jeorgina no turbará tan dulce reposo.

El labrador siente palpar su corazón al apercibir su morada.

—Mira, niña mia, ves allí aquella casa rodeada de castaños?..... pues es á la que vamos; allí es donde hace cincuenta años soy dichoso.

—Cómo! en esa quinta aislada..... y no os fastidiaís?

—Ah! vaya! fastidiarme!..... Yo soy casado, niña mia; tengo una mujer muy buena, y todo nuestro placer es el estar juntos..... esto nos basta..... y debes conocer que cuando dos se quieren bien,

no necesitan de mas compañía.

—Ah!.....

Jeorgina no añade una palabra mas, y se contenta con hacer en voz baja algunas reflexiones.

—Ya hemos llegado! esclama Juan al aprocsimarse á la casa. Ven, Jeorgina..... corre como yo.....

El buen campesino corre con la niña y entran en la quinta. Un fiel perro apercibe á su amo, salta sobre él, y sus ahullidos parecen espresar la alegría. La buena Teresa, que estaba ocupada en la casa, oye los ladridos de César, sale para conocer la causa y se arroja en los brazos de su marido. Muy pronto la noticia de la llegada del dueño circula por toda la casa: tres mozos de labor y una antigua criada, que componen el total de los moradores de la quinta, vienen á abrazar á su amo y se entregan al gozo que les inspira su vuelta. Dichoso aquel que como Juan solo halla amigos en los que le rodean!

Colmados los primeros transportes de alegría, Teresa apercibe á Jeorgina.

—Quién es esta niña?

—Mira, muger, es una niña que vamos á tener con nosotros; tú sabes que hemos

hecho todo cuanto nos ha sido posible, sin que jamas hayamos logrado nada!... pues bien, he encontrado á esta niña en nuestro camino: estaba sin parientes, sin recursos..... y me la he traído para servirla de padre..... Vamos, abrázala, Teresa, y miremosla como á nuestra hija.

Teresa abraza á Jeorgina con ternura, y ésta se muestra agradecida á sus caricias.

—Yo habia buscado un niño en este pais, dice Teresa, pero aunque sus habitantes son pobres, ninguno me ha querido ceder el suyo!

Sin duda Teresa no habia ido hasta Paris; porque si los campesinos pobres conservan á sus hijos, para los habitantes de la capital se ha establecido el hospicio de espósitos.

Juan está encantado de ver á su mujer aprobar su conducta.

—Ya verás, le dice, que briboncilla es esta muchacha..... tiene inteligencia como un demonio!.....

—Hum! murmura entre dientes la vieja Ursula, criada de la quinta: esta niña tiene un aire muy decidido..... O mucho me equivoco, ó esta muchacha..... en fin, basta!

Y Ursula se aleja moviendo la cabeza.

Preparada una comida frugal, todos se sientan á la mesa, presidiendo en ella la alegría. Jeorgina que se mira obsequiada por todos, está mas amable que nunca hasta el punto de enloquecer á los sencillos campesinos. Jeorgina tiene ingenio..... mucho talento!..... quizás le sea funesto! Un amable autor ha dicho: «El talento de la mayor parte de las mugeres, sirve mas bien para fortificar su locura que su razon!!» Esta mácsima está probada por mas de un caso.

Acababa la comida, y mientras Juan ponía en conocimiento de su muger el resultado de su viage y de la manera que emplearía los fondos, Jeorgina hacía bolitas con las migajas de la comida y las arrojaba á César, que cobraba afición á este juego y las recibía con una destreza admirable. Ursula apercibió este manejo y se puso á gritar:

--Eh! señorita! sabeis lo que estais haciendo?... echar bolitas á ese perro..... y no dejaremos despues de estar bien guardados!..... este animal pasará la noche durmiendo; en vez de estar en acecho!..... Estos niños que se entreme-

ten!..... Juan manda á la vieja que se calle, lo que hace á su pesar, no sin repetir: «Esta niña..... en fin, basta!...

Juan, cansado del viage, tenia necesidad de reposo: conducen á Jeorgina á una linda habitacion, cuyas ventanas dan al campo, que ofrece por este lado un paisaje encantador; la instalan en su nuevo domicilio y la dejan entregarse al descanso.

He aquí ya á Jeorgina establecida en la quinta. Veamos como pasa el tiempo: al momento que nace el dia baja al jardin, visita cada parte de la quinta, se sube sobre todos los caballos y asnos, vuelve muy cansada, se desayuna con apetito; y vuelve á empezar sus correrias que llegan algunas veces hasta el bosque: alli descansa al abrigo de los rayos del sol; escucha el trabajo de los pájaros que hacen su nido en la copa del árbol, á cuyo pie está sentada; en fin, se duerme hasta que el hambre la despierta y la lleva á la quinta, donde todos están reunidos para la comida de la tarde. Recibe las caricias de Juan y de Teresa, juega con César, hace rabiarse á Ursula, y se acuesta para encontrar al dia siguiente los placeres de la vispera.

Muchos meses transecurrieron así. Que diferencia entre esta existencia y la vida que pasaba en casa del escribano! entre las caricias de los campesinos y los malos tratamientos de Gertrudis!..... y sin embargo, es preciso decirlo para vergüenza de la pobre especie humana, todos se fastidian de una dicha demasiado uniforme. Ser dichoso todos los días, no tener nada que desear..... es encantador, pero no tiene nada de atractivo para el alma, ni de estimulante para la imaginación!..... habladme de los placeres prohibidos!..... y esos placeres datan de lejos como sabeis. Pero volviendo á Jeorgina, no podía gustar de los placeres prohibidos, por que nada le prohibian y hé aquí justamente por que se enojaba de todo. Las praderas esmaltadas de flores, la frondosa arboleda, los limpidos riachuelos, el bosque magestuoso, la gaita del pastor, el gorgceo de los pajarillos, todo esto fue mirado con indiferencia por la jóven, demasiado niña para sentir conmovido su corazón por ese sentimiento que todo lo embellece!

Jeorgina subia algunas veces á una eminencia; y su mirada se dirigia al camino que conducia á la gran ciudad: (así le

habian dicho que se llamaba Paris) en seguida suspiraba y se volvía triste á la quinta..... Jeorgina no habia nacido para la vida campestre.

Un dia declaró á Juan que queria ir á la escuela del pueblo para aprender todas aquellas cosas que enseñaban á las jóvenes. El buen labrador pensaba que Jeorgina sabia bastante para vivir en el campo; pero como nada podia rehusarla, se decidió que iria no á la escuela del pueblo, sino á una casa de educacion que habia en Bondy para que aprendiese otro tanto que las señoritas de la ciudad.

Juan era rico, y el oro es una llave maestra universal; así es que le fue fácil poner á la joven Jeorgina con las hijas de los ciudadanos. Nuestra heroína, disgustada de la ociosidad aprendió cuanto le enseñaron; pero la música y el baile obtuvieron particularmente la preferencia, y se hizo famosa en estos dos artes. Los campesinos admiraban á su protegida, la escuchaban como á un oráculo, y la miraban como un ser extraordinario cuando queria bailar y cantar delante de ellos. Solamente la vieja Ursula no aprobaba su alegría; reprobaba la conducta de sus amos y repetía en voz baja:

--Y de qué sirven todos esos talentos en una quinta?..... ellos creen que esta Jeorgina pasará toda su vida con ellos!... que sacará tan bien sus pies hácia afuera para correr por los campos!.... que cantará solo para divertir á César!.... no valdria mas que la enseñaran á hilar, á hacer calcetas, á ordeñar las vacas y á hacer manteca?.... que se yo!... pero no... la hacen una señora..... Ab' queridos amos!.... ya vereis!..... esta niña... en fin, basta!.....



CAPITULO IX.

EL AMOR ENTRA EN ESCENA.—PERMANECERA EN
ELLA LA INOCENCIA?



Georgina estudia: esto es bueno; dejémosla ir cada día al colegio, en donde no duermine por que los campesinos no quieren separarse enteramente de ella. Dejémosla embriagarse con los elogios que prodigan á sus talentos, y adquirir modales poco conformes con los lugares que habita. El tiempo se desliza suavemente: bien podemos pues, dejar por un momento á nuestra heroína que aun no tiene edad para hacer de las suyas, y volver á un jóven muy interesante, escesivamente honrado!.... como os lo probará la continuacion de esta historia verídica.

Carlos de Merville acababa de entrar en los diez y ocho años; habia concluido sus estudios y dado el postrer á dios á su colegio para volver al castillo de sus parientes.

Cárlos no habia olvidado á Jeorgina, y no por falta de voluntad sino de ocasion habia dejado de ir á la quinta: por otra parte Cárlos era aun un niño cuando hizo aquella promesa, y de su adhesion á las personas no podia sacarse una precisa consecuencia; sin embargo, lejos de olvidar con el tiempo á su amigueta, sintió aumentarse su deseo de volverla á ver. Son tan dulces para un adolescente las primeras aficiones!.... un adolescente ama á todas las mugeres, y hombres conozco yo que toda su vida son como los adolescentes.

Sin duda alguna, Cárlos hubiera ido á ver á su jóven conocida, sin el viejo Dumont, criado de confianza de sus padres, que le acompañaba siempre en sus viages; pues Cárlos no queria que supieran en el castillo que conocia á una jóven campesina. No era, por cierto, de temor á su padre, que le dejaba en la mas absoluta libertad; sino temiendo no incomodar á su madre, que lo amaba tan tiernamente, y que le daba en sus cartas los mas sábios consejos. Y aun que una visita no fuese una accion digna de reproche, Cárlos experimentaba sin saber por qué, el deseo de ocultar sus relacio-

nes con Jeorgina.

En fin, Carlos llega á los diez y ocho años y recibe la órden de dejar el colegio y volver al castillo. Como al presente es un hombre, no le envian al viejo Dumont para que lo guie, pero un jóven de diez y ocho años que debe ser su criado se presenta para acompañarle. Carlos queda encantado: No teme las amonestaciones de su nuevo compañero de viage, la ocasion le parece favorable para volver á ver á la jóven campesina, y toma con su criado el camino de Bondy.

Era á mediados de Junio. Carlos llega con Bautista, y se detiene en la poblacion para informarse de Jeorgina, pero nadie conoce á esta señerita. Carlos se pone de mal humor, y despues de inútiles preguntas que no obtienen una respuesta satisfactoria, Carlos sale del pueblo. Bautista le sigue tristemente, por que habia tomado ya la costumbre de estar triste ó alegre segun el humor de su amo; la frente de Carlos era el termómetro por el que arreglaba su fisionomia: este jóven tenia oscelentes disposiciones.

A poco aperciben una quinta.

--Llega á ella, dice Carlos á Bautista, y mira si quieren darnos algun refrige-

rante ; tendré mucho gusto de descansar á la sombra de aquellos árboles.

Bautista galopea hácia la quinta. Carlos baja del caballo y le sigue lentamente. La voz de una jóven le sorprende agradablemente: que dulce y flecsible le suena al oído! Las campesinas que ha encontrado en el camino, no saben cantar así!.... Se detiene y sus ojos buscan á la cantora: esta viene hácia él y pasa á su lado: es una jóven de diez y seis años lo mas, vestida con un traje blanco que el zéfiro parece agitar, para que se puedan entrever sus seductoras formas; un sombrerillo de paja atado en la barba, cubre una parte de su rostro, pero lo que de él se apercibe anuncia cuán lindo debe ser el conjunto!.... un ojo vivo y maligno, una boca encantadora, dientes blancos como la nieve.

—Y qué mas!....

—Y qué mas? esto es todo, lector!

—Pues? cómo no tiene un tinte purpurino, una piel satinada, una frente virginal, una nariz proporcionada, un talle de ninfa, y un pecho cuyos contornos parezcan formados para los amores?

—No, lector, no; mi heroína tiene todo eso muy agradable, pero no es lau

perfecta como lo creéis..... en fin, yo os hablo de una muger linda, como muchas de las que vemos en la sociedad, pero no de una beldad perfecta desde la raiz de los cabellos hasta la punta de los pies como las que se encuentran..... en las novelas.

Cárlos admira á la jóven: sus movimientos distinguidos aumentan los encantos de su persona; el adolescente viagero que siente latir su corazon con fuerza, no duda que vé á aquella pequeña Jeorgina, que algunos minutos ántes ocupaba su pensamiento.

La jóven volvía á la quinta, despues de haber tomado las diarias lecciones, cuando encontró á Cárlos. La turbacion y el placer que su vista causó al jóven viagero, no se le escaparon, y una leve sonrisa de satisfaccion vino á embellecer aun mas su rostro. Jeorgina se regocijaba del efecto que producian sus encantos: la muger menos coqueta, se complace en agradar..... y cuando es coqueta no se ocupa en otra cosa!..... No es que yo repruebe vuestra conducta, señoras! á qué nos veríamos reducidos, nosotros jóvenes y autores, si las señoras no fueran coquetas?..... si las jóvenes mar-

cháran con los ojos bajos?..... si las costureras no se ocuparan mas que de su trabajo, y no se pusieran rizos?..... Si las modistas fueran crueles, insensibles y desinteresadas?..... Si las tenderas no fueran un domingo al baile para hacer un *honesto conocimiento*?..... si las bailarinas no hicieran pasos falsos?..... si las mugeres no se ocuparan mas que de sus maridos? Me estremezco solo de pensarlo.

Entretanto Jeorgina iba á continuar su camino; los jóvenes no se habian reconocido, pues cuatro años de ausencia habian cambiado á los dos. Carlos no puede resolverse á dejar pasar la jóven sin dirigirle la palabra, y busca un pretexto..... un recuerdo se presenta á su imaginacion.

—Señorita! dice, colocándose delante de la cantora.

—Caballero! responde Jeorgina sonriéndose de nuevo.

—Yo busco en este pais una jóven, de la que nadie hasta de presente me ha sabido dar razon; quizas sea mas dichoso con vos.

—Lo deseo, caballero. Cómo se llama?

—Solo la conozco por el nombre de Jeorgina.

Aquí nuestra heroína mira con mas atención á Carlos; el recuerdo de su encuentro en el meson se fija en su memoria; se envanece de que el jóven viajero no la haya olvidado, y le dice sonriéndose:

—Me parece que esa señorita os interesa mucho?.....

—Si..... hace nada..... pero ahora me interesa mucho mas otra!.....

—Será quizas la causa de que no me hayais reconocido?.....

—Qué, podrá ser!..... seriais vos!.....

—Jeorgina, si, Mr. Carlos.

Carlos no puede volver de su sorpresa.

—Me parece, dice Jeorgina riendo, que contábais con encontrarme tal cual me dejasteis hace cuatro años?

—Ah! perdonad mi asombro . prometiais mucho, es verdad; pero podia yo adivinar que reuniriais tantos encantos... tantas gracias.....

—Veo con placer que habeis cumplido vuestra palabra.

—Os acordais, pues, de nuestro primer encuentro?

—Sin duda, y no puedo menos que reñiros por haber tardado tanto en cumplir la palabra que me disteis.

—Ah! creed que no ha sido por culpa mia; si así fuera quedaria demasiado castigado con el pesar que siento de no haberos visto antes!

—Señor, señor..... podeis venir; el amo de la quinta no tiene dificultad en recibirlos.

Quien así hablaba era Bautista que corria hácia su amo: no podia haber llegado á mas mal tiempo.

—Está bien, dice Carlos de mal humor; puedes volverte.

—Vais á la quinta? pregunta Jeorgina: me alegro mucho, y voy á conducirlos; habito en ella.

—Seria posible!..... Ah! bendigo la casualidad.. ..

Carlos se detiene; despues mira á la jóven con atencion, y continúa:

—No, eso no es posible, me engañais.

—Cómo?....

—Vos no habitais una quinta.

—Y por qué?

—Esos modales..... ese lenguaje..... todo me prueba.....

—Todo eso os engaña, por el contrario: sí, yo vivo en esa quinta, y soy siempre la pequeña Jeorgina: acaso teneis sentimiento de ello?

—Ah! aunque vivieseis bajo la mas humilde cabaña!..... el lugar que ocuparais seria para mi un delicioso retiro!.....

—En ese caso dadme el brazo y vamos á la quinta.

Cárlos no se lo hace repetir; toma el brazo de Jeorgina y lo pasa por el suyo. Bautista corre delante con los caballos. Cárlos conduce lentamente á su compañera á fin de gozar por mas tiempo la dicha de estar cerca de ella. Cárlos tenia una imaginacion ardiente y un corazon sensible: con todo esto no es de estrañar si Jeorgina es ya dueña absoluta de sus sentimientos. La jóven se apercibia de su triunfo y buscaba con que aumentar aun mas el delirio de Cárlos, apoyándose tiernamente en su brazo cuando algun guijarro ó una zarza se encontraba bajo sus pasos; entonces daba las gracias con una sonrisa á su jóven conductor..... Este, ardiendo ya en amor, se arrobaba en dulce éstasis cuando los ojos de Jeorgina se encontraban con los suyos! Digno era de escusa el pobre jóven: las miradas de Cleopatra volvieron el juicio á Antonio; las ojeadas de Jeorgina bien podian trastornar la cabeza de un adolescente.

Nuestros jóvenes llegan á la quinta. Juan y su muger iban á sentarse á la mesa, cuando quedan sorprendidos al ver entrar á un joven dando el brazo á Jeorgina; ésta corre hácia ellos, los abraza y en dos palabras los pone al corriente de todo.

—Ah! ah! dice Juan; es este el caballero con quien hicistes conocimiento á nuestro paso por Metz..... Me alegro! bien venido sea....

Al decir esto alarga la mano á Carlos; éste se la estrecha con fuerza; después abraza á Juan, abraza á Teresa.... y hasta hubiera abrazado á la vieja Ursula.... Siempre se procura complacer á los que uno cree puede necesitar. Los campesinos encuentran á Carlos muy de su agrado; porque no tenia ninguna de esas maneras que los ricos usan ordinariamente con sus inferiores, y que retienen á estos en cierta sujecion que escluye la alegría; hasta la misma Ursula lo halló de su gusto! y cuidado que no era muy fácil de contentar.

La comida fue alegre, y ninguno la dejó desairada. Dicen que el amor impide el comer; en tanto que el placer abre el apetito; y es un gran placer estar en

una mesa, cerca de la que se ama, y poder bajo un mantel discreto, tocar dulcemente una rodilla, pisar un pie..... rozar los vestidos..... Todos son goces para los amantes.

Cárlos no se harta de oír á Jeorgina; jamas ha estado esta mas amable, pues queria encadenar fuertemente á su esclavo, y esto era mas que fácil. El pobre jóven no estaba en sí; no veia en el mundo mas que á Jeorgina.

Ya era bastante tarde.

—Os quedáreis aqui dice Juan á Carlos; aceptareis una habitacion en esta quinta, y si quereis darnos gusto pasareis algunos dias con nosotros.

La proposicion era muy del gusto del jóven; miró á Jeorgina, cuyos ojos parecian decirle: Quedaos, yo os lo mando: y contestó balbuciente:

—Si no temiera incomodaros!

Incomodarnos!..... vamos todavia no nos conocéis!..... os hemos hecho ese ofrecimiento, porque pareceis un jóven muy amable, y nos agradaís.....

—En ese caso, Mr. Juan, acepto con reconocimiento!.....

—Reconocimiento por eso, bah!....., Tocad esa mano, sois un honrado jóven.

Todo el mundo estaba satisfecho. Mientras los campesinos se ocupaban en preparar la habitacion, Bautista se aprocsimó á su amo,

—Señor, es que nos quedamos?

—Ya lo ves.

—Y qué, ne nos aguardan en el castillo?

—Cállate, eso no te importa.

Bautista se calla.

Jeorgina se habia apercibido de la vivacidad con que Cárlos habia despedido á su criado, y se aprocsimó á él luego que Bautista se retiró.

—Temo, M. Cárlos (el jóven no se habia nombrado de otra manera) temo que el permanecer en este sitio os contrarie... quizás no lo hagais mas que por complacencia.

—No lo creais, amable Jeorgina.

—Si algunos negocios os llaman.....

—Yo lo sacrificaría todo por permanecer á vuestro lado.

—Esta quinta no os divertirá mucho tiempo.....

—Mientras esteis en ella encontraré la dicha.

—La monotonia del campo os fastidiará.....

—Con vos me será siempre encantador.

—Vuestro rango, vuestra fortuna os colocan en otra esfera distinta de la de estos buenos campesinos.....

—Vuestra presencia hace desaparecer las distancias.....

—Vos no habeis nacido para vivir en una cabaña.....

—Yo he nacido para amaros..... la vida me sería penosa si tuviera que pasarla lejos de vos.

Jeorgina baja los ojos y se ruboriza de placer..... Es el amor ó la coqueteria quién la alegra?..... Ver á un hombre rico y de un rango elevado ofrecerle su corazon, puede alhagar su vanidad; pero este jóven es amable, de un esterior agraciado, y muy digno de inspirar amor; sería menester que Jeorgina fuese muy insensible, para no experimentar hácia él algunas simpatias. Pobre Cárlos! si Jeorgina no participa de tu ardiente amor, con razon deberás quejarte!

Juan viene á anunciar á Cárlos que su habitacion está lista.

—Vamos, Ursula, conduce al señor, dice Teresa: hasta mañana y pensad que

estais aqui como en vuestra casa.

Cárlos le dá las gracias; dirige otra mirada á Jeorgina y sigue á Ursula, que toma una luz y le conduce á una habitacion que cae al jardin. Cárlos hubiera querido saber hácia que lado duerme Jeorgina, aunque no fuese mas que para contemplar sus ventanas, pero la vieja criada no tiene trazas de habladora: no se atreve á preguntarle, y le dá las buenas noches.

Cárlos se durmió pensando en la que amaba, formando mil proyectos á cual mas disparatados, y bien pronto un sueño agradable le recordó de nuevo su querida. En cuanto á Jeorgina durmió poco. Cuál podia ser la causa de su insomnio? A fé mia, lector, me hallo muy embarazado para deciroslo; es tan difícil conocer el corazon de una muger, que yo mismo no sé cuales eran los sentimientos de nuestra heroina. Sin embargo, yo creo que tenia un poco de amor, mucho de coqueteria, una secreta ambicion y un poco de sensibilidad: la continuacion de esta historia nos enseñará cuál de estos sentimientos debia arrastrarla.

El sol aclara apenas el horizonte, y va Cárlos está en la ventana. Goza con

la naturaleza que se despierta; el aire puro de la campiña le aprovecha y calma su cabeza llena aun con los sueños de la noche. El recuerdo de su familia que lo espera con impaciencia, se presenta en su imaginacion.

—Qué pensará mi padre? cuánta no será la inquietud de mi madre? Algunos dias..... pase..... pero yo no puedo permanecer eternamente aqui; esto seria entregarlos á crueles angustias..... Será preciso partir..... partir!..... dejar á Jeorgina!..... y tendré jamas ánimo para ello?... Vamos, partiré porque es preciso, pero no será por mucho tiempo. Yo diré á mi padre que he encontrado lo que debe hacer la felicidad de mi vida; volveré á buscar á Jeorgina; la presentaré á mi madre, quien al verla la amará..... Quién podria no amarla!..... y yo seré el mas feliz de los hombres!

—Pobre mozo!..... oigo ya decir á mis lectoras!..... qué inocente es!..... se enamora de una campesina, y piensa hacerla su muger! Acordaos, señoras, que Carlos sale del colegio y que aun no se ha formado en la escuela del mundo, que es tambien la de la galanteria, y en la que al presente se forma cualquiera tan

pronto, que á los quince años ninguna jóven bien nacida se ruboriza de nada, porque nada tiene que aprender, y á los veinte y cinco un jóven está cascado como un viejo y obligado á llevar un falso tupé, apesar de los maravillosos aceites de Macasar, las pomadas, las esencias conservadoras &c. que tienen la virtud de hacer crecer los cabellos, como los bálsamos de los dentistas saben conservar los dientes.

Pero volvamos á Cárlos, que tiene buenos cabellos y todos sus dientes, porque todavia no ha tenido nada que ver con los señores empiricos que tienen el talento de curar en quince dias de todas las galanterias pasadas, presentes y futuras, por medio del *mercuri sublimati* *terantur et solvantur accuratissimé in aqua vitæ, addentur syrupi absinthii et syrupi diacodii!*..... de que Dios os libre, queriendo lector.

Cárlos distingue á una muger paseando por el jardin; la reconoce, y en dos saltos baja de su habitacion y se halla junto á ella.

—Vamos, caballero, no sois muy madrugador!..... Hace una hora que estoy paseando sola.

—Ah! si supierais, amable Jeorgina, en lo que estaba reflexionando!.....

—Yo no reflexiono jamas. Venid, voy á enseñaros el jardin.

Conforme van andando, Jeorgina cuenta á Carlos de qué modo pasa su vida, y todo lo que se hace en la casa de educacion, á donde concurre diariamente.

---Cuánto debeis amar á ese buen labrador y á su muger, le dice Carlos; ellos han cuidado de vuestra juventud!.....

---Sin duda, yo los amo..... sin embargo dejaria sin disgusto este retiro.

---Pero adónde deseariais ir?

---El sitio no importa..... á cualquier parte donde se encontrase el placer!

Carlos suspira, y piensa que Jeorgina no es tan perfecta en lo moral como en lo fisico.

Nuestros jóvenes vuelven á la quinta en donde les espera el desayuno. Juan habla con Carlos, cuya franqueza y alegría le encantan. Desde la permanencia del joven en la quinta, Jeorgina estaba mas amable que de ordinario, y los campesinos gozaban doblemente del placer que sentian y del que ella parecia participar.

Despues del almuerzo, los jóvenes van

á pasearse por los alrededores, y Juan vuelve á sus tareas. La vieja Ursula queda sola con su ama, y aprovecha este instante para dirigirle la palabra:

---Señora, me parece que es imprudente dejar así á esos juvenes correr solos por los campos.....

---Por qué, Ursula?

---Por qué..... por qué..... por que son de una edad en la que no se sabe lo que se hace..... y en fin.... basta!.....

---Ese joven es honrado, Ursula; yo no lo creo capaz de abusar de la inocencia de Jeorgina!.....

---Oh! es verdad; tiene aire de honrado!..... pero el amor sigue sus huellas; y si vos hubiérais visto con que ojos miraba á la señorita..... y como ella se sonreía al hablarle!..... Ah! yo creo.....

---Ursula, en todo veis siempre mal; y sin embargo, ya sabeis que eso no me gusta.

Ursula se calla, pero dice para si:

---Ya verán algun dia si yo hablaba con razon.

Mientras Ursula hace sus reflexiones Jeorgina conduce á Cárlos por la campiña; visitan los sotos, corren por la pradera, y se detienen bajo la sombra de

los árboles. Carlos tiene la mano de su amiga, y sin haberse dicho nada de positivo, se entienden á las mil maravillas. Cuando cansados del paseo se sientan debajo de un frondoso roble, Carlos pasa su brazo por la cintura de Jeorgina y cubre su mano de besos..... ella lo rechaza..... pero tan dulcemente y con una sonrisa tan tierna..... que era menester verdaderamente acabar de salir del colegio para no ir mas lejos.

Dos semanas habian transcurrido. Carlos siempre mas apasionado, no podia resolverse á partir: no obstante el recuerdo de sus padres y la idea que los sumia voluntariamente en el dolor, turbaba la dicha que sentia cerca de Jeorgina. Algunas veces Bautista se detenia delante de su amo..... su semblante parecia decirle: Cuando nos iremos?..... Carlos lo comprendia, y formaba el proyecto de abandonar la quinta..... pero aparecia Jeorgina..... lo miraba tiernamente..... y la partida se demoraba.

Un dia que el calor era escesivo, Carlos y Jeorgina, que habian salido segun costumbre á pasearse, se vieron obligados á buscar un asilo contra los rayos del sol, entonces en toda su fuerza. Di-

rigieron sus pasos hácia un bosque, cuya frescura les prometia un paseo agradable. Cárlos estaba mas pensativo que de ordinario, y marchaba en silencio. Jeorgina resentida de la preocupacion de su compañero, esperaba con mal humor que aquel le dirigiese la palabra. Impaciente al ver que no fija en ella la atencion. Jeorgina se sienta al pie de un árbol, rehusando ir mas léjos. Carlos sále entonces de sus tristes meditaciones; se apercibe del aire enojado de su amiga y vuela á su lado. Jeorgina le vuelve la espalda, y no responde al pronto á sus ruegos; pero dos amantes, de la edad de estos, no pueden resistir por mucho tiempo á su corazón. Cárlos redobla sus caricias..... por la primera vez imprime un beso en la boca de Jeorgina!..... Qué dulces son los primeros besos del amor!..... Ya otros veinte le han sucedido.... nuestros amantes están ébrios de placer..... Pero qué ruido es el que oyen?..... un perro ladra..... está cerca de ellos..... han reconocido á Cesar, y puede que Juan lo siga..... En un momento Cárlos y Jeorgina se levantan, se paran, se alejan uno de otro..... pero se miran y suspiran!

El perro está solo; Juan no viene con él! nuevo suspiro de Jeorgina!..... pero Carlos está mas calmado: reflexiona; se estremece al pensar que un momento mas..... y hubiera olvidado la hospitalidad del arrendador, abusando de la inocencia de su hija adoptiva: se promete no esponerse á una prueba tan peligrosa y de no volver al bosque con Jeorgina..... Es verdad que sin César la virtud de la jóven corria gran peligro!

Jeorgina se habia sentado de nuevo sobre el césped, (quiero creer que lo hizo inocentemente); miraba á Carlos; su seno palpitaba, y sus ojos humedecidos estaban muy elocuentes! Su boca parecia esperar nuevos besos..... y era necesario, en verdad, un gran esfuerzo de virtud para resistir á tantos atractivos.... Carlos resistió, sin embargo; toma el brazo de Jeorgina y la ayuda á levantarse conduciéndola á la quinta. La jóven se deja llevar asombrada de la prisa de su compañero por salir del bosque, y de la que ella no parece participar.

Andando, Carlos ha hecho sus reflexiones.

—Es menester partir, se dice; no tendré otra vez quizas el mismo ánimo, y

la ocasion de ser culpable puede presentarse á cada instante. Partiré mañana, pero mi ausencia no será larga; pronto me reuniré á Jeorgina para no separarnos jamas.

Cárlos, de vuelta á la quinta, advierte á Bautista que lo tenga todo corrientemente para marchar al otro día por la mañana. Despues entra en la sala donde los campesinos se reunian todas las tardes: Juan leia: Teresa hilaba y Jeorgina estaba pensativa. Cárlos se detiene para contemplar este cuadro: jamas le habia parecido Jeorgina tan interesante: la escena del bosque habia esparcido sobre todas sus facciones una dulce languidez que aumentaba sus encantos. No obstante, el jóven se decide:

—Parto mañana, dice suspirando.

—Partis, repitieron los campesinos asombrados.

—Nos dejais! exclamó Jeorgina.

Cárlos anuncia que su viage es indispensable; pero promete volver ántes de un mes. Esta promesa calma la tristeza de los labradores, pero Jeorgina no parece satisfecha.

—No creo, le dice en voz baja, que nos abandoneis tan pronto.

Cárlos se aprocsima á su amiga, se excusa con sus deberes, renueva su promesa de volver ántes de un mes, y jura serle constante y no amar sino á Jeorgina. Esta iba á hacer el mismo juramento, cuando Juan viene á interponerse entre los dos para despedirse de Cárlos á quien amaba mucho.

—Vamos, niños, dice el buen hombre, no hay que afligirse, nos volveremos á ver pronto; pero abrazadnos esta noche, y mañana en camino tempranito!

Cárlos dá las gracias á los campesinos por la acogida que le han hecbo; los abraza, y toma la mano de Jeorgina, separándose con sentimiento. Al nacer el dia siguiente, Cárlos monta á caballo, dirige una mirada á la ventana de Jeorgina, en la que vé á su amiga y al despedirse de ella con la mano, ésta deja caer un pañuelo, que Cárlos se apresura á recoger y á guardar en su pecho como prenda de fidelidad de su amada. Asi, los paladines de otras veces, llevaban á los combates las bandas de las soberanas de sus corazones..... Pero el tiempo de los caballeros pasó!..... y hoy dia, las prendas de amor de nuestras hermosas equivalen al billete de Ninon.

CAPITULO X.

LA TEMPESTAD.--NUEVOS PERSONAJES.

La ausencia es al amor lo que al fuego el viento: estingue los pequeños é inflama los grandes.



si decia un poeta que conocia el corazon humano, y sobre todo los corazones enamorados. Veremos si el de Jeorgina está muy enamorado, y si podrá soportar la prueba terrible de la ausencia.

Los primeros dias que siguieron á la partida de Cárlos, fueron tristes y silenciosos; por otra parte hacia mucho tiempo que la morada de Juan no ofrecia á Jeorgina los placeres que su imaginacion se creaba. La jóven procuraba volver á sus ocupaciones, pero no encontraba en ello ningun atractivo. Sola, por la campiña se detenia en los sitios por donde Cárlos se habia paseado con ella: su corazon palpitaba al ver aque-

llas praderas, aquellas arboledas y aquel bosque!..... aquel bosque sombrío en que todo le recordaba sus amores. Volvía á la quinta triste y pensativa: los campesinos veían su melancolía, pero en vano procuraban atraer á su alma la alegría.

Tres semanas habían transcurrido desde la partida de Carlos. Los habitantes de la quinta estaban reunidos bajo su rústico techo; la noche cubría con sus sombras toda la tierra, pero su presencia no había atraído la frescura que sigue ordinariamente á un hermoso día de verano. Un calor insoportable reinaba en la atmósfera; la tierra grieteada y seca parecía llamar á su seno las nubes bienhechoras, y los truenos que se oían á lo lejos anunciaban que los votos de los labradores serían pronto cumplidos.

—Caramba! creo que vá á tener lugar una furiosa tempestad, dijo Juan mirando la campiña. Ves, Jeorgina, aquellas nubes negras que avanzan por el lado del bosque?..... Lástima tengo á los que estén en camino con tal tiempo.

Un violento trueno interrumpe á Juan, Ursula dá un grito, se persigna y se baja á la bodega, que es su ordinario refugio durante la tempestad. Teresa y Juan

van á acostarse, Jeorgina sube á su cuarto, todas las ventanas y puertas están cerradas; y siguiendo el sistema de Mazaís el que se acuesta bajo techado, tiene el dulce placer de oír, mientras se duerme, caer la lluvia á torrentes sobre los pobres diablos que no tienen donde refugiarse.

En esta noche terrible, los elementos parecían combatirse; la lluvia, los relámpagos asustaban al desgraciado viajero; porque á todas horas, en cualquier tiempo, siempre hay en el mundo alguien que viaje; así tambien como han calculado que en cada minuto, en cada segundo deben hacerse..... pero esto no tiene relacion con la tempestad.

Llaman con redoblados golpes á la puerta de la quinta.

—Gran Dios! quién puede encontrarse en el camino con un tiempo tan horroroso? dice Juan levantándose. Abre la ventana y pregunta:—Quién vá?

—Abrid, por caridad, á dos viajeros que perecerán en vuestra puerta, sino os dignais recibirlos.

—Ya voy, ya voy, responde Juan.

El buen labrador jamas habia rehusado á nadie la hospitalidad. Las gentes

honradas no son desconfiadas.

Ya era tiempo que los viajeros fuesen socorridos..... la lluvia y los malos caminos habian empapado sus vestidos, y estaban en un estado que movia á piedad. El labrador los hizo entrar al instante en la sala baja y encendió un buen fuego para enjugar sus vestidos. Un mozo de la quinta se lleva los caballos, que estaban, como sus dueños, en un deplorable estado. Teresa llama á Ursula, que estaba todavia en la bodega, para que venga á ayudarla á preparar lo que necesiten los forasteros.

Estos dos personajes eran fáciles de distinguir uno de otro: el mas jóven, que era el dueño, tenia buena estatura y un fisico bastante agradable; su apostura era distinguida y hubiera sido amable sin el aire de suficiencia y de altivez que constantemente reinaba en sus acciones y en sus discursos. Todo anunciaba en él un jóven colmado de los favores de la fortuna y del nacimiento: creyendo que todo le era permitido, no conocia obstáculos á sus deseos, pero gastado por los placeres, fastidiado de si mismo, era insoportable á todos, y no sabia de qué modo emplear su tiempo y su fortuna. Des-

graciadamente tales gentes son muy comunes en la sociedad.

Podemos añadir al retrato del joven marques de Saint-Auge que tenia ingenio (lo que es raro entre los presumidos) y un corazon bastante bueno; pero se hubiera ruborizado de aparecer sensible, porque esto le hubiera atraido el ridiculo entre sus conocimientos, y el ridiculo es lo que mas teme un francés.

El criado que acompañaba al marques era un bribon advertido, astuto, capaz de emprenderlo todo por satisfacer los deseos de su amo; servil y bajo, insolente y audaz, segun las circunstancias: tal era Lafleur, quien acompañaba à su dueño en la caza, cuando, sorprendidos por la noche y por la tempestad, se extraviaron en el bosque de Bondy y vinieron à pedir un asilo en casa de los campesinos.

--Buen hombre, dice Saint-Ange al arrendador sentándose en una silla delante de la chimenea; sin vos estábamos perdidos sin remedio.

--En verdad, caballero, que estábais en camino con muy mal tiempo!

--La maldita caza!..... perseguia à un

animal!..... Me estravié, y despues la noche, la tempestad, el diablo!..... todo se ha mezclado!

--Quereis tomar un bocado?

--A fe mia que si; la carrera me ha abierto un apetito del infierno!.....

--Vais á tener todo lo que podemos ofreceros..... Hola! Teresa!..... Ursula!.....

--Vamos, vieja, dice Lafleur á Ursula, que entraba; moveos y disponed algo que comamos.

--Vieja! Vieja!..... estas gentes no tienen educacion!....

--Dónde está Jeorgina? dice Juan á su muger; es menester decirle que baje; hará compañía á estos caballeros, mientras se les preparan habitaciones.

--Eso es inútil, buen hombre; yo no necesito de sociedad..... No incomodeis á la señorita Jeorgina.

El marques no gustaba de entrar en conversacion con una aldeana simplota y lerda, pues tal se figuraba que debia ser la hija del arrendador; pero apenas acababa de hablar, se abrió la puerta y Jeorgina entró en la sala. Se habia vestido de prisa; un pañuelo cubria su cabeza, pero no ocultaba mas que á medias sus

hermosos cabellos, y la pañoleta que se habia hechado al cuello dejando en descubierta una parte de su blancura, unido al desórden de su adorno, daba aun mas realce á sus encantos. Saint-Ange quedó mudo al considerarla.

—Puedes retirarte, niña mia; los señores no quieren que se les acompañe.

—Perdon, dijo el marques deteniendo al arrendador que despedia á Jeorgina; vos no me habeis dicho, querido huésped, que era una divinidad la que teniais en vuestra casa.

—Una divinidad!..... caramba! nosotros lo ignorábamos..... pero es igual..... quédate, niña mia, puesto que ahora parece que este caballero lo desea.

—Hum! qué caprichosas son estas gentes! murmura Ursula dando vueltas al rededor de sus amos; estos pensaban como ella; el tono de M. de Saint-Ange, las miradas insolentes de Lafleur no les agradaban lo mas minimo; pero eran humanos y no podian poner á los extranjeros en la puerta.

Los campesinos habian ido á preparar las habitaciones; Jeorgina se quedó; Saint-Ange tenia su mano y la estrecha-

ba con fuerza: el marques era demasiado vivo cerca de las mugeres, y experimentaba ya por Jeorgina una pasion violenta..... como todas las que habia experimentado; pero en amor, el último sentimiento parece ser el mas fuerte y el mas duradero. El marques mira á Laffeur; el criado que sabia lo que esta mirada queria decir, sale de la sala, y para emplear bien el tiempo, baja al patio con una luz en la mano; alli, á la vez que retuerce el cuello á algunos pollos para la cena del marques, mira por todas partes á ver si descubre alguna moza fresca y regordetilla que le ayude á pasar el tiempo en una quinta, á la que parece vendrá su amo muy á menudo.

Jeorgina no estaba tímida é hizo con mucha gracia los honores de casa. El marques, asombrado de encontrar buenos modales, ingenio y gracias en el fondo de una quinta, escucha por algun tiempo á la jóven, sin saber que tono deberá tomar con ella; el deseo de parecer amable, le hace al fin mostrarse como es. Saint-Ange tenia lo que se necesita para seducir: era galan, apasionado y prodigaba los elogios con esa delicadeza que hace no sienten aquellos mal á la mo-

destia. Jeorgina era muger, y muger muy coqueta! se regocijaba de ver á un hombre de elevado rango (habia oido que Lafleur le llamaba el señor marques) admirar sus atractivos, elogiar su ingenio; las sensaciones son vivas á los diez y seis años, y la vanidad ha trastornado la cabeza á mas de una jóven!..... Saint-Ange se apercibe del lado débil de la que procuraba vencer, y se promete aprovecharse de ello para asegurar su victoria.

Lafleur vuelve seguido de los campesinos. Saint-Ange cena con apetito. La vista de Jeorgina le habia hecho cambiar de modales con su huésped; hombre diestro, vió que para adelantar algo con la jóven, era menester estar bien con los campesinos; pero se engañaba, porque en Juan la primera impresion lo hacia todo, y por lo tanto no pudo hacerse agradable á sus ojos. En cuanto á Lafleur, Ursula no le perdonaba que le hubiese dicho vieja, y Teresa encontró muy mal hecho que matára sus pollos sin pedirle permiso.

No habiendo ningun motivo para prolongar la velada, Saint-Ange se dejó conducir á su habitacion, alejándo-

se con sentimiento de Jeorgina; pero prometiéndose emplear una parte de la noche con Lafleur, en busca de algun medio para procurarse la posesion de la jóven.



CAPITULO XI.

EL PRIMER PASO.



El cansancio puede comun-
mente mas que el amor:
en esta ocasion tambien lle-
vó la ventaja, y el mar-
ques y su criado se dur-
mieron sin haber formado
ningun plan; pero al nacer

el día, Saint-Ange despertó á Lafleur.

—Vamos, bribon, ya has dormido de-
masiado, cuando yo me rompo la cabe-
za formando mil proyectos!.....

—Ya me lo sospechaba, señor.

—Lafleur, estoy enamorado.

—Tambien me lo sospechaba.

—Pero loco de amor!.....

—Sí, como siempre.

—No has visto á Jeorgina?.....

—Si señor.

—Y no es adorable?.....

—No es maleja.....

—Es menester que yo posea á esa mu-
ger á cualquier precio.

—Eso no será difícil..... una aldeanilla.....

—Te equivocas, no es una simple campesina.

—No importa! al cabo llegaremos á lograr lo que se quiere.

—No será tan fácil como lo creéis... Jeorgina tiene ingenio!.....

--Tanto mejor, señor; por ahí se las pillan siempre!..... una muger de talento!..... ah! Dios mio!..... señor, nada mas fácil de seducir!..... esas mugeres son siempre de pasiones mas fuertes, tienen la imaginacion mas ecsaltada!..... ellas cuentan con sus propias fuerzas, y he ahí lo que las pierde!..... Por otra parte, no ignorais que el ingenio se hace dueño de la razon, que la imaginacion trastorna las cabezas!..... Si, señor, con una muger de ingenio siempre hay recursos, en tanto que al lado de una necia, cuando uno no les complace á la primera vista ó tienen metidos en la cabeza principios de honestidad ó de virtud, todo es inútil! se pierde el tiempo en querer seducirlas, y el hombre mas amable fracasa como un tonto!..... Pero volvamos á nuestra bella: lo mas difícil de seducir en todo esto será al labrador

y su muger..... yo los he juzgado á la primera vista, y estoy seguro que á esos rústicos no les habeis entrado por el ojo!

--Qué me importa, siempre que agrade á Jeorgina! el arrendador no es su padre, ella me lo dijo anoche.

--Es igual, señor, no atropellemos las cosas!..... si se pudiera engañar á la muchacha, sin que esos patanes se sospecharan..... Obteniendo de Jeorgina una entrevista.....

--Pero, y si rehusa?.....

--Entonces, si es necesario, emplearemos los grandes medios! entretanto voy á informarme cautelosamente de lo que hacen diariamente en la quinta y de las costumbres de la señorita Jeorgina.

Saint-Ange bajó al jardin: ántes de volver á ver á los campesinos queria hablar á Jeorgina; la casualidad le favoreció, pues la jóven se paseaba pensando en lo que el marques le habia dicho la vispera. Saint-Ange no deja escapar tan favorable ocasion, y anuda su conversacion de la vispera: en ella se muestra mas vivo, mas apasionado, mas seductor que nunca!..... Ah! qué diferencia de Saint-Ange á Cárlos! en una hora habia el marques adelantado mas sus

negocios que el pobre Carlos en un mes.

Saint-Ange solicita, puesto á los pies de Jeorgina que le conceda una entrevista; ésta, temiendo que viniese alguien, busca un medio para alejarse del marques, y no halló ninguno mejor que decirle que todos los días iba á Bondy sola. El joven no deseaba otra cosa, y dejó á Jeorgina, volviendo á la quinta por otro sendero.

Después de haber almorzado, el marques dió gracias á los labradores y anunció que iba á ponerse en camino. No le instaron para que se detuviese mas: el tono del amo y del criado no convenia á los habitantes de la quinta. Los caballos esperaban á sus dueños; el marques montó en el suyo, y se alejó dirigiendo á Jeorgina una mirada tierna.

--A fé mia, dice Juan, estoy muy contento que nos hayan abandonado; qué diferencia entre ese arrogante señor y el amable Carlos.

Al nombre de Carlos, Jeorgina baja los ojos, y dice balbuciente;

--Hay tanto tiempo que se fué; quizás nos haya olvidado.....

--Oh! no, hija mia; apuesto á que vuelve.

Jeorgina suspira, y vá á meditar á su habitacion..... Será por Carlos?..... será por el marques?..... esto es lo que no me atrevo á decidir; pero presumo que pensaba en los dos.

Lafleur hacia trotar su caballo cerca de su amo, y conforme caminaban iban hablando de la jóven.

--Mi querido Lafleur, todo vá bien.... he obtenido de la muchacha una entrevista!.....

--Y bien! ya lo veis, señor, soy á propósito para dar consejos; sin mí os hubiérais quedado en la quinta, cortejando con disimulo, rodeado de gahnápiros que no saben respetar los caprichos de un hombre como debe ser!.....

--Verdaderamente, Lafleur, eres un muchacho de ingenio; raciocinas sagazmente!.....

--Ah! señor, tengo alguna experiencia, sé como debe uno conducirse para lograr en este mundo lo que desea!.....

--Di mas bien para engañar, bribon!...

--Engañar, eh! señor..... y veamos, no es esa la ciencia universal? con ella no puede uno morirse de hambre!.....

--No, pero sí vivir á espensas de otro.

--Qué importa..... es menester ser fi-

lósofo.

--Tu filosofía se parece mucho á la bribonería.

--Quizas sea por eso, señor, por lo que hay tantos filósofos hoy día.

Llegado á su casa de campo, Saint-Ange toma un vestido mas sencillo, la escopeta al hombro, y el morralillo á la espalda, y se pone en camino.

--Buena caza, señor, le dice Lafleur riéndose.

Saint-Ange está ya en el campo y bien pronto en el sitio donde espera encontrar á Jeorgina.

No estuvo mucho tiempo sin apercibir á Jeorgina que iba, cantando, á Bondy. Jeorgina mira á hurtadillas dudando si verá á aquel jóven tan amable, tan galan, que le ha dicho tan lindas cosas y que le ha besado la mano con tanto ardor!..... á quien ella, en fin, ha trastornado la cabeza!..... Ese jóven estaba allí, cerca de ella; se habia deslizado á lo largo de un vallado, y se habia aprocimado sin que ella lo sintiese. De pronto se siente estrechada entre los brazos de alguno, se vuelve y arroja un pequeño grito:

--Ah! sois vos, caballero!

—Si, bella Jeorgina.

—Ya en trage de cazador!.... es, pues, una pasion la que teneis por ese ejercicio?

—Ah! Jeorgina, bien sabeis que solo por vos estoy asi! Por qué fingis ignorar los sentimientos que os he hecho conocer? Creeis que la impresion que habeis causado en mi corazon puede jamas borrarse?..... Ah! Jeorgina, vuestra imágen estará siempre en el fondo de mi alma!...

Jeorgina se ruboriza y se turba; Saint-Auge estaba egecutivo. Nuestro enamorado quiso aprovecharse de la turbacion de la jóven para obtener una declaracion; pero Jeorgina era coqueta; queria gozar con las ansias, con los suspiros del marques; quizas no fuese su intencion otra que divertirse!..... no veia ningun mal en escuchar los aduladores discursos de aquel.... Ah! ignoraba que los placeres de la coqueteria cuestan siempre algo á la inocencia.

Todo lo que Saint-Auge pudo obtener de esta primera entrevista, fue que Jeorgina seria esacta en pasar todos los dias por el mismo camino, y que nada diria en la quinta de su nuevo conocimiento. Así se lo prometió ésta, y continuó su

camino: Saint-Ange la dejó, lleno el corazón de esperanza, y quizás enamorado, porque se ama verdaderamente mientras no se posee: por qué después de la posesión el amor se disminuye!..... hablo respecto á los hombres como el marques.

El tiempo que Carlos había fijado para su vuelta había transcurrido, y el joven no venia. Los campesinos se afligieron por ello, pero Jeorgina, que quizás sentía algunos remordimientos por su inconstancia, no estaba disgustada que Carlos, justificase por su olvido, su ligereza.

Todos los días veía Jeorgina á Saint-Ange. El marques hacía rápidos progresos en el corazón de la muchacha: diestro seductor, no precipitó una intriga, de que esperaba recoger muy dulces frutos; quería que Jeorgina, cuya cabeza estaba ecsaltada por la pintura que él le hacía de los placeres de París, de la dicha que gozaban dos jóvenes amantes, de la vida deliciosa que pasaban, se abandonase enteramente á él. Hacía mucho tiempo que la permanencia en la quinta solo inspiraba á Jeorgina fastidio; veinte veces había pensado ceder á los ruegos de Saint-Ange, que la conjuraba le

siguiere á la capital; pero la vista de Juan, las bondades de Teresa, el recuerdo de los beneficios con que aquellos buenos aldeanos la habian colmado, sujetaban aun á nuestra heroína y ocasionaban en su alma violentos combates.

Lafleur se asombraba al ver á su amo adelantar tan poco.

—Y qué, señor, no acabais con esa muchacha!..... Despues que la habeis honrado con vuestros homenages, no se ha rendido todavia á vuestros deseos!..... No os conozco!..... Vos que habeis seducido tantas hermosas, engañado tantos tutores, abusado de las inocentes, de las mismas coquetas!..... Vos que prometiais ser un modelo!..... cortejais con constancia en los campos!..... cesalais suspiros cerca de una aldeanilla!..... Vamos, señor marques, volved en vos; esa conducta es indigna de un hombre galan..... y de un hombre que está ya formado!

Saint-Ange no responde á Lafleur; pero escitado por los consejos de su bribon subalterno, corre al lugar de la chta. Hacia algunos dias que habia cautivado el marques de tal suerte á Jeorgina, que esta en vez de ir á Bondy, como decia en la quinta, pasaba el dia al

lado de su amante. Sin embargo, este dia llegó mas tarde que de costumbre, con la tristeza retratada en el semblante.

—Qué teneis, mi querida Jeorgina? de dónde puede nacer la melancolia que advierto en vos? qué puede causaros enojo?

—Ah! señor marques!.....

—Me habeis prometido no llamarme mas que Saint-Ange.....

—Pues bien, Saint-Ange, he hecho mis reflexiones..... el cuadro que me habeis pintado de los placeres de Paris confieso que seduce mi imaginacion; pero como he creido que no puedo dejar la quinta sin motivo..... creo que haré bien en dejaros de ver....

Aterrado Saint-Ange con este discurso, jura por lo bajo hacerla cambiar de resolucion. Toma del brazo á la jóven y la conduce á una espesa arboleda: alli se sientan los dos sobre el césped, y Saint-Ange se empeña en combatir la resolucion de Jeorgina hablándole de su amor que debe durar toda su vida!..... Jamas se habia mostrado tan apasionado, tan elocuente en sus discursos; el temor de perder á Jeorgina, le hace emprendedor.... ella tiembla y se turba.... El amor,

el pudor combaten todavía; Sain-Ange se atreve á todo!... y César no viene para detener su empresa!

—Ah! Sain-Ange!..... qué habeis hecho?

—Querida Jeorgina, perdona á tu amante..... enjuga tus lágrimas..... solo el amor me ha hecho culpable!.....

—Ah!..... solo tenia por dote mi inocencia!.... Que me quedará al presente?

—Aleja tan tristes pensamientos; entrégate al placer de amar. Tú no puedes permanecer en estos lugares; esa quinta no se ha hecho para ti; estos campos no nos ofrecen mas que un retiro monótono, donde no podriamos entregarnos sin reserva al placer de estar juntos..... Consiente, pues, á seguirme en Paris.....

—Ah! soy toda tuya!..... tu puedes al presente disponer de mi suerte.

Sain-Ange, en el colmo de sus deseos, lleva á Jeorgina muy léjos de aquella arboleda..... ella dirige una postrer mirada sobre el césped..... su seno palpita y vierte lágrimas es el último adios á la inocencia.

El marqués no quiere dejar á Jeorgina tiempo para reflexionar; le hace prometerle, que acudirá á la noche á la entrada de una pequeña avenida que so-

lo dista un tiro de fusil de la quinta; allí debe esperarla él con una silla de posta preparada para la partida. Jeorgina sin saber lo que se hace, le promete todo y Saint-Ange, se separa de ella para ordenar los aprestos para la huida.

Jeorgina con el corazón oprimido, la mirada apagada, vuelve á la quinta; sus pasos son inciertos; su marcha vacilante, y entra sin alzar los ojos sobre aquel asilo hospitalario en donde tanto han cuidado de su juventud. Las palabras del marqués se fijan en su memoria: *esa quinta no está hecha para tí.....*

—Oh! no, dice ella; esta quinta no está hecha para mí!..... yo soy indigna de habitar con mis respetables bienhechores!.....

La voz de Juan le hace salir de sus meditaciones.

—Por qué vienes tan tarde, niña mía? sabes que te aguardamos siempre para cenar, porque, cuando tu no estás, yo no tengo tanto apetito. Caramba!..... es muy natural; ya vamos para viejos, estamos acostumbrados á verte cerca de nosotros, te amamos tanto y á nuestra edad no puede uno pasar sin sus costumbres!.....

Jeorgina se escusa como puede..... pero los labradores eran demasiado confiados! se ponen á la mesa; Jeorgina sufre recibiendo las caricias de Teresa, las pruebas del afecto de Juan, y se esfuerza para aparecer tranquila. Concluye la comida, jamas la ha encontrado tan larga! se levanta, toma una luz y va á abrazar á Teresa y á su marido... algunas lágrimas humedecen sus párpados... pero los campesinos no se aperciben de ello, y Jeorgina corre á encerrarse en su habitacion para ocultarles esta primera señal de arrepentimiento.

Sola dá libre curso á sus lágrimas: la idea de que es la última noche que pasa en la quinta, el sentimiento de su ingratitud hácia Juan y Teresa, abruma á Jeorgina, que se dirige los mas vivos reproches..... Abandonar á sus bienhechores cuando tocan á la vejez, entregarlos al sentimiento cuando contaban con ella para embellecer sus últimos dias!..... Ah! es el colmo de la ingratitud!.... nuestra heroína lo conoce, no se la oculta que hace mal, pero el recuerdo de su amor, de su debilidad, la arrastra; no se cree digna de habitar la quinta..... el primer paso estaba dado..... y este lle-

va tras si muy pronto los demas.

Saint-Ange encantado de su triunfo y con el corazon lleno de la imágen de Jeorgina, de la que entonces estaba quizá verdaderamente enamorado, llega á su casa de campo. Lafleur al ver á su amo tan alegre adivina lo que ha pasado.

—Y bien! señor, habeis seguido mis consejos, y todo se ha alcanzado.

—Si, Lafleur, soy el mas dichoso de los hombres!..... Jeorgina me pertenece, participa de mi amor.... de mis transportes! Ah! jamas ninguna muger me ha hecho conocer placeres mas dulces, embriaguez mas pura!.....

—Señor, siempre decis lo mismo de vuestra última querida.....

—Ah!..... qué diferencia.....

--Sea!..... por otra parte, tan difícil es persuadir á un amante que ama, como probar á una coqueta que ha envejecido. Pero, cual es vuestra determinacion, señor?

--Yo parto, me llevo á Jeorgina á Paris.

--A Paris.... tened cuidado.....

--Que quieres decir.

--Que quizas hariais mejor en guardar vuestra jóven conquista en esta casa de recreo.

--Y por qué?

--Pardiez! señor, no lo adivináis'.....
Habeis pasado las penas del infierno con esa muchacha; y cuando podiais gozar en paz el fruto de vuestro triunfo, quereis llevarla á Paris donde la inocencia se ve cercada..... Ah! y desaparece al fin.....

--Déjate de cuchufletas; Jeorgina ha nacido para brillar en Paris; para eclipsar á todo lo que hasta aqui se ha visto de mas amable, de mas encantador! y quisieras tú que la dejase vegetar en el fondo de este retiro!..... yo, ocultar semejante tesoro... privar al mundo de su mas bello ornato!.....

—Ah! ya veo que teneis intencion de lucirla!

—Tu veras como Jeorgina me hace honor!..... quiero hacerla una muger á la moda!.....!

—Sobre ese punto podeis estar tranquilo, cuando las mugeres quieren tomarse el trabajo, no somos á su lado mas que niños de teta....

—Partiremos esta noohe; prepara para las doce de ella una silla con buenos caballos; el camino no es largo; mañana al nacer la aurora estaremos en mi casa de la calle de Mont-Blanc, y pasado ma-

irana desafío á cualquiera que reconozca en Jeorgina á la simple aldeana de Bondy.....

—Dónde se os espera con el carruaje?

—Delante de la pequeña avenida que se halla á la izquierda de la quinta.

—Con tal que el aldeano no suelte sus perros contra nosotros!..... Bien podiais habéros la traído esta mañana cuando estaba en vuestro poder!.....

Eres un imbécil! podian habernos encontrado y ver que Jeorgina se venia conmigo..... En verdad, Lafleur, para un bribon, tan acostumbrado á aventuras de esta especie, como lo eres tú, dirian que tenias miedo!

—Yo miedo! no señor; pero os confieso que prefiero llevarme seis jóvenes de calidad mejor que una aldeana; estos labradores son tan brutos!..... y á la verdad, no quiero hacer conocimiento con ellos por este estilo! pero por lo demas eso no me asusta en lo mas minimo.

Todo está pronto á la hora convenida. Lafleur que sirve de postillon, se dirige á la avenida. Saint-Ange aguarda con impaciencia la llegada de Jeorgina.

La noche era sombría, y amenazaba una violenta tempestad.

—En verdad, dice Laffleur, haciendo la centinela en la avenida; esta campaña nos es fatal! yo^a creo que esta noche va á tener lugar una tempestad igual á la que nos condujo por la primera vez á esta quinta. Os acordais señor?..... estábamos en un estado muy triste!.....

Sain-Ange no puede dejar de sentir una penosa emocion al acordarse de la hospitalidad de los habitantes de la quinta; se aleja de Laffleur sin responderle y se aprocsima á la quinta, esperando ver aparecer á Jeorgina, cuya tardanza comienza á inquietarle.

Nuestra heroína estaba aun en su habitacion: absorta en sus tristes reflexiones no se apercibía que el tiempo pasaba. Entretanto dieron las doce en el viejo relox de la quinta, y al oirlas se levanta, apaga la luz y baja ligeramente la escalera.

Jeorgina conocia perfectamente todos los rincones de la casa, y sabia que no habia de encontrar obstáculos á su salida de la quinta. Los campesinos, bien lejos de sospechar su proyecto, no pensaban en tomar precauciones que creían

inútiles, y por el interior de la casa podían abrirse todas las puertas que daban al campo.

Jeorgina se ve obligada á pasar por delante de la habitacion donde duermen sus bienhechores; siente su corazon oprimido y se detiene en la puerta.....

—Quedaos con Dios, vosotros que me habeis servido de padres..... adios para siempre! esclama sollozando.

En seguida baja la escalera temblando, atraviesa el patio, y bien pronto se halla en la puerta de la quinta, que abre sin dificultad: se detiene otra vez, sus fuerzas la abandonan.... Dirige una postrer mirada á su alrededor y reconoce el sitio en que Cárlos al decirle á Dios habia recogido y colocado sobre su corazon el pañuelo que ella le habia arrojado..... se apoya contra la pared, y se siente incapaz de ir mas adelante.

—Jeorgina! Jeorgina!..... dice una voz que la jóven reconoce al momento: qué puede deteneros?..... Temblaba no os hubiese sucedido alguna cosa.

La voz de Saint-Ange, su presencia, reaniman á Jeorgina; el marqués le toma el brazo, y se la lleva léjos de la quinta: el trueno retumba ya con fuerza

el estrépito del rayo aumenta hasta lo infinito la emoción de la joven. Saint-Ange se vé obligado á conducirla al carruage; se coloca junto á ella, Lafleur azota los caballos, y hélos ya en camino de Paris.



CAPITULO XII.

LA RECOMPENSA DE UN BENEFICIO.



antes de seguir á Jeorgina á Paris, quedemos un momento aun en la quinta: bien merecen sus pobres habitantes que nos ocupemos un momento de ellos! quiza por la última vez, porque preveo que Jeorgina nos dará ocupacion.

Los primeros rayos del dia habian dissipado la tempestad; el tiempo estaba en calma, el aire puro y fresco. Juan, como de costumbre, se entregó á sus ocupaciones, el arrendador nunca veia á Jeorgina tan de madrugada, y no pudo notar su ausencia, pero al volver á la hora de la comida la buscó con los ojos y se apercibió de la inquietud de Teresa.

—Dónde está Jeorgina?

—No lo sé, amigo mio, no la hemos visto en todo el dia! No concibo lo que puede haber sido de ella....

—Quizá se halla detenido en Bondy mas

tarde que lo que acostumbra.....

—Lo que me asombra es que Ursula asegure haber encontrado esta mañana abierta la puerta de la quinta.....

—Y, par diez! para salir es preciso que haya abierto.....

—Hum!..... murmuró Ursula, y yo os digo que para salir, debe haber sido de noche; porque sino yo la hubiera visto pasar como ordinariamente, cuando ella dice que va al colegio.....

—Cómo! que ella dice?..... qué quieres decir tú?.....

—Yo no me he atrevido á noticiároslo ántes..... porque me hubierais tratado de loca..... como teneis por costumbre cuando os hablo de la señorita Jeorgina..... Lo que hay de seguro es, que con mucha frecuencia en vez de haber ido al colegio, ha pasado el dia paseándose con aquel jóven caballereite que alojásteis el dia de la famosa tempestad. Oh! yo misma los vi una vez sin que lo apercibiesen.

La frente de Juan se oscurece: apesar del deseo que tiene de no hallar á Jeorgina culpable, conoce que ella no debia haberle ocultado sus encuentros y paseos con el señor marques. Teresa que

ama á la jóven como una madre, espera con impaciencia que venga á justificarse y á disipar las sospechas cuya certidumbre temian. Pero en vano esperan los buenos campesinos!..... Jeorgina no viene.

Por momentos la inquietud se aumenta. Ya era muy entrada la noche!.... Teresa lloraba á su niña; Juan se paseaba en el patio en todas direcciones, iba á la puerta y miraba al campo..... pateaba con impaciencia y formaba las mas tristes conjeturas. La vieja Ursula no decia una palabra; el dolor de sus amos la afectaba demasiado vivamente para que se permitiese hacer nuevas reflexiones, y deseaba que Jeorgina no fuese tan culpable como se lo presumia.

Las doce de la noche han dado. Juan toma su sombrero y su baston.

—Qué vas á hacer, le dice Teresa.

—No puedo sosegar!..... Voy á Bondy; es absolutamente preciso que sepamos lo que ha ocurrido.

—Y pensais, amo mio, á estas horas.... por esos campos!..... No sabeis que el bosque vecino no es seguro?..... Podeis tener malos encuentros.....

—No temo nada! con este baston desafio á cualquiera!.....

—Mi querido Juan, no te espongas..... mañana será tiempo.....

—Mañana!..... y quieres que pasemos la noche en tal estado!..... no, es menester saber lo que ha sucedido.

—Ah!..... ella nos ha abandonado!.....

—No! es imposible!..... quizás esté enferma..... y tenga necesidad de nuestros socorros..... voy á Bondy.

—Al menos, amo, llevad á César; él solo vale bien por dos hombres!

—Sea! me lo llevo aunque no creo en tus relaciones de ladrones.....

El arrendador abraza á su muger y le promete traerle buenas noticias. Teresa siente oprimirse el corazon al estrechar á su marido entre sus brazos; Juan desata á su fiel perro, y sale con él de la quinta en medio de la noche.

El buen labrador andaba de prisa, ocupado en Jeorgina, y buscando siempre motivo á alejar las sospechas que nacian contra ella. La noche era tan oscura, que apenas veia á dos pasos delante de él: César seguia silenciosamente á su dueño, y parecia pedirle la explicacion de un viage emprendido tan tarde.

Entregado á sus pensamientos, Juan no echa de ver que en lugar de tomar

el camino de Bondy, ha seguido el que conduce al bosque, y solo despues de haber andado largo trecho, conoce su error.

Desesperado por este contratiempo, el labrador se dispone á volver atras; al volverse para ver si su perro le sigue, le parece que alguien se ha deslizado detras de los árboles. Apesar de su ánimo, Juan experimenta un penoso sentimiento..... escucha..... han removido el follage..... va á echar á andar..... César ladra con furor..... los ladridos del perro no le dejan duda que alguien se oculta en aquel paraje..... Juan redobla el paso para alejarse del bosque..... pero ya es tarde, cuatro hombres salen de la espesura y se arrojan sobre él, ántes que el pobre labrador tenga tiempo de ponerse en defensa.

César salta sobre los ladrones, en tanto que su amo, que ha logrado que le suelten una de sus manos, pega con su nudoso baston á los miserables que le rodean; pero á pesar de los esfuerzos del perro y del ánimo de Juan, hay que ceder al número!..... Los ladrones furiosos de su resistencia, lo hieren con mil golpes, lo despojan de todo y se alejan

de aquel sitio, dejando al infortunado Juan bañado en su sangre, y sin mas socorro que César, que aunque herido tambien, olvida sus sufrimientos para lamer las heridas de su dueño.

La aurora ha sucedido á esta noche fatal. La pobre Teresa aguarda á su hija adoptiva y á su esposo. La tristeza, la inquietud, las lágrimas, reinan en la quinta, morada poco ántes de la paz y de la felicidad.

Lúgubres ahullidos se oyen en el campo.

—Es César!..... esclama Teresa.

—Es César!..... repiten las gentes de la quinta, que esperan á su amo con impaciencia. Corren, vuelan á la puerta de la quinta..... El pobre perro se adelanta lentamente. ... pero en qué estado!.... cubierto de sangre de heridas, y ahullando por intérvalos como si anunciase alguna desgracia.

—Gran Dios!..... mi marido ha sido asesinado!..... esclama Teresa, y pierde el conocimiento.

Entretanto que Ursula hace por volverla á la vida, el perro se aproesima á cada mozo de la quinta se vuelve hácia la puerta, y parece invitarles á que le sigan.

— Id, dice Ursula, id, y quiera Dios que llegueis á tiempo!.....

Los campesinos siguen al fiel conductor, quien á pesar de sus heridas, se arrastra hácia el sitio en que yace su infortunado dueño. Allí adquieren la convicción del crimen..... y no pueden hacer volver en sí al desgraciado Juan.

De nuevo emprenden el camino de la quinta cargados con tan triste fardo. La desesperacion de Teresa no puede describirse; ella pierde á la vez todo lo que amaba; no le queda ningun consuelo. La quinta se convierte para siempre en el asilo de las lágrimas y del dolor.

El tiempo no trajo mas que un poco de alivio á las penas de Teresa; hay dolores que resisten al tiempo: éste los adormece, pero no puede curarlos.



CAPITULO XIII.

UN AMANTE COMO HAY POCOS.



acia un mes que Juan habia muerto, cuando una mañana Ursula vió venir hácia la quinta dos hombres á caballo.

—Ah! mi querida ama, no me equivoco.... es él... oh! Dios mio, que contento!..... él os consolará!.....

—Pues quién es? preguntó la triste Teresa.

—Par diez! aquel jóven tan dulce, tan amable, el señorito Carlos, en fin, que echa pie á tierra con su criado..... no podia llegar mas á propósito..... Ah! qué cambiado va á encontrar todo esto!

Hace mucho tiempo que hemos dejado á Carlos: sepamos desde luego por qué causas no habia vuelto ántes á la quinta, á pesar de la promesa que habia hecho á Jeorgina de no estar ausente mas que un mes.

Al dejar la quinta, el jóven volvió in-

mediatamente al castillo de sus padres, y encontró á todos en la mayor inquietud por ignorar su suerte. M. de Melville estaba enfermo y la ausencia de su hijo aumentaba sus sufrimientos. La llegada de Cárlos calmó á sus padres, quienes le hicieron mil preguntas, y él por salir del paso pretestó una caída del caballo, un pie dislocado &c., &c. acontecimientos que son de un grande recurso para los hijos de familia que envían á recorrer el mundo, mientras ellos por lo regular no salen de Paris, limitándose á hacer aquella correría en el mapa.

La enfermedad de M. Merville no fue tan grave como se creyera en un principio; pero la convalecencia fue larga, y su hijo no pudo abandonar á su padre. Ya habia transcurrido el término fijado para volver á la quinta, y nuestro enamorado suspiraba pensando en su querida Jeorgina.

—Qué va á pensar de mí? creerá que la he olvidado!

Tales eran las reflexiones del pobre Cárlos, quien para calmar su dolor, iba por las mañanas, mientras su padre dormía, á pasear sus meditaciones en el parque del castillo: allí en un bosque som-

brio, sacaba de su pecho el pañuelo de Jeorgina, y cubria de besos aquella prenda de la fidelidad de su hermosa.

Las mamás son perspicaces. Mad. de Merville se apercibió de la melancolia de su hijo; trató de hacerle hablar, pero el jóven no se atrevia á confesar que amaba á una campesina : á la verdad, esa campesina es una jóven encantadora, dotada de todas las cualidades del corazon y de la cabeza, un modelo de sabiduria, de virtud, de constancia, en fin, un ser completo; pero esos diablos de parientes tienen una manera de ver las cosas, que maldito si creen en los retratos que se les hace del objeto amado; no ven con el prisma del amor ! bien al contrario, siempre descubren algunos defectos, ciertos lunares que sombrean el cuadro, y á un amante no le gusta oir hablar mal de su querida.

En fin, M. de Merville se restablece y vuelve á sus costumbres, que eran el pasar una parte de tiempo con un amigo, cuyo castillo, situado cerca de Rambervillers, era vecino del suyo. El paseo, la caza, la pesca, llenaban los momentos de estos caballeros. M. de Merville ofrece á su hijo que participe con él de

sus placeres, pero este rehusa. Mad. de Merville hace entonces que repare su marido en la tristeza de Carlos.

—Caramba, señora, dice nuestro gentil-hombre: ese mozo tiene mucho mio; ha viajado ya mucho, visto el mundo, y no ha hallado una muger que pueda simpatizar con él!..... he ahí lo que le entristece!

—Pues, yo creo que es todo lo contrario..... sospecho que siente estar ausente de su querida.

—Lo creéis así, señora? pensais que vuestro hijo ha encontrado de pronto lo que en vano yo he buscado toda mi vida!..... eso no es posible!..... Y por lo demas, si fuera, muy necio seria de no asegurarse de su amada!.....

Mad. de Merville no pensaba como su esposo; temia que Carlos no hubiese colocado mal sus sentimientos; pero decidida á seguir el proyecto que habia concebido, vuelve al lado de su hijo, al que encuentra, segun costumbre, sentado en el lugar mas solitario del parque.

—Mucho amas la soledad, Carlos?

—Es verdad, madre mia, estoy reflexionando.

—En alguna cosa que te ocupa mucho

á lo que parece. Vamos, Carlos, confiesa francamente que tienes muchos deseos de dejar estos lugares.

—A ser así, sería menester que el motivo fuese muy poderoso para que yo quisiese alejarme de vos!

—Eso pensamos M. de Merville y yo.

—Cómo?....

—Amigo mio, puesto que tú no quieres confiar á tus padres el secreto de tu corazon, nosotros obraremos con mas franqueza que tú. Tú tienes alguna cosa que te llama léjos de nosotros, y para muchos padres seria este un motivo para retenerte á su lado: pero nosotros no pensamos así; el contrariar á un corazon solo sirve para agriarle y fortificar su pasion en vez de calmarla. Parte, querido Carlos, vuela á ver á la que amas, y sobre todo á asegurarte de su constancia! pero ten cuidado de no dejarte engañar por las apariencias!.... Nosotros te amamos demasiado para que nos opongamos á tu felicidad, y tú debes amarnos lo bastante para no colocar tus afectos en persona indigna de ellos.

Carlos, encantado de la bondad de su madre, se arroja en sus brazos y le promete hacerse digne de su confianza. En

el colmo de sus deseos, parte al otro día, seguido de su fiel Bautista, pero sin sospecharse que el viejo Dumont le sigue de cerca; porque sus padres al dejarle en libertad, se habían reservado el derecho de vigilar sus acciones.

Cárlos ha apresurado su carrera para ver mas pronto á la que adora. En fin, apercibe la tan deseada quinta..... meten espuelas al caballo, llegan, y echan pie á tierra. Bautista mira asombrado á su alrededor.

--Qué silencio reina en todo! dice; se creeria que la quinta ha cambiado de dueño.....

Cárlos con el corazon oprimido, entra precipitadamente en la casa..... Nadie hay en la sala grande..... sube, abre una puerta, y se encuentra en frente de Teresa y de Ursula..... pero que cambio en sus facciones! La labradora pálida, abatida, enjuga las lágrimas que corren de sus ojos. Ursula sonrie al ver al jóven, pero su misma sonrisa espresa el dolor. Las dos parece temen hablar.

--Qué ha sucedido, esclama Cárlos; por qué esta tristeza?..... Buena Teresa, dónde está vuestro esposo?

--No ecsiste ya! dice la labradora des-

haciéndose en lágrimas.

Cárlos anonadado, no se atreve á preguntar mas; teme saber otra desgracia. Sin embargo, el nombre de Jeorgina se escapa de sus lábios.....

--Ella ha partido, dice Teresa, me ha abandonado!.....

Esta nueva acaba de abrumar al pobre Cárlos, y queda por algunos momentos inmóvil..... El dolor ha paralizado todas sus facultades, pero bien pronto los celos, la desesperacion brillan en sus ojos,

--Ha partido! esclama; pero cuándo? cómo? con quién?

Ursula le cuenta lo que ha pasado en su ausencia; los paseos de Jeorgina con el jóven caballero, son detallados y comentados por la vieja. Cada palabra es una puñalada para Cárlos. Jeorgina infiel!..... Jeorgina en los brazos de otro!... que suplicio para el corazon de un amante! Teresa que ve su desesperacion, trata de calmarla, haciéndole conocer que quizás la jóven no es tan culpable como se piensa, y que es muy posible haya abandonado la quinta contra su voluntad.

Cárlos acoje esta esperanza..... pero cómo saber la verdad?.....

--Yo creo, dice Ursula, que en Paris

es donde encontrareis á la señorita Jeorgina..... por que ella tenia grandisimos deseos de ver la ciudad.

--Basta, dice Cárlos, parto al instante para Paris. Nada de reposo para mí hasta que haya encontrado á Jeorgina. Si ella es inocente, debo apresurarme para arrancarla del lazo que quieren tenderla. Si es culpable solo tendré que despreciarla.

--Ah ! dice Teresa ; si se arrepiente, traedla de nuevo á mi lado..... que yo pueda perdonarla..... su presencia me consolará de la pérdida de mi pobre Juan! pero, sobre todo no le digais que es por ella por quien ha perdido la vida!.... eso le afligiria demasiado.

Cárlos estrecha la mano de Teresa contra su corazon. Monta de nuevo á caballo y seguido de Bautista, se aleja de la quinta para buscar en todas partes á la ingrata de su corazon, cuyos encantos le cautivaban. Podrá encontrarla.... pero vanos esfuerzos! El tesoro de inocencia que ella tenia no lo volverá á hallar.

CAPITULO XIV.

ESTANCIA EN PARIS.



a silla de postas que conducia á Jeorgina se detuvo delante de una casa magnífica de la Calzada de Antin.

Lafleur hace un ruido infernal en la puerta; en un momento todos los habitantes de la casa son despertados y dan al diablo al señor marques. Los lacayos, sorprendidos, jamas se han levantado tan de madrugada; el administrador baja en traje de noche, el portero se mete de prisa unos calzones; abren la puerta al marques; el carruage entra. Lafleur como confidente de su amo, es el objeto de las saluciones generales. En fin, baja el caballero de la silla, y dá la mano á Jeorgina, quien intimidada á la vista de las personas que la rodean, no se atreve á levantar los ojos ni á dar un paso. Todos los criados se inclinan sin asombrarse al aspecto de la jóven aldeana.

Las gentes de buena casa están acostumbradas á esta especie de aventuras. Saint-Ange toma á Jeorgina por la mano, la conduce á una soberbia habitación y la deja que se entregue al descanso.

Al día siguiente, ó por mejor decir, el mismo día, al despertarse Jeorgina, que no ha tenido aun tiempo de reflexionar desde su huida de la quinta, dirige á su alrededor miradas de sorpresa: el lujo, el esplendor que la rodea, encantan su vanidad, y ahuyentan los recuerdos de la vida de los campos. Dos mugeres se adelantan hácia ella en el momento que conocen que no duerme.

—Qué me quereis, pregunta Jeorgina.

—Cuando la señora quiera levantarse estamos á sus órdenes.

Señora ! esta palabra suena agradablemente en el oído de nuestra heroína, y el tono de respeto con que ha sido pronunciada la llena de orgullo. Jeorgina bien quisiera levantarse pero algo la retiene; el trage de aquellas dos mugeres que le ofrecen su servicio, es tan superior al suyo, que su amor propio sufre de presentarse á su vista con sus vestidos ordinarios; pero bien pronto se ve libre de tal temor; una de las doncellas

coloca sobre su lecho varios trages y le pregunta cuál quiere ponerse para levantarse.

Jeorgina ecsamina, embriagada de placer, los encantadores trages, que traspasan todo lo que su imaginacion se habia creado de mas bello. Escoge, se deja vestir por las mugeres y se hace servir con placer..... Ya le parece que ha sido marquesa toda su vida.

Saint-Ange queda encantado al ver á Jeorgina entrar en el salon, donde aquella aguardaba para desayunarse; su porte, sus gracias, el primor con que lleva su nuevo trage, hacen á Saint-Ange aun mas enamorado: este la conduce delante de un espejo; Jeorgina quiere bajar los ojos, pero no puede resistir al deseo de verse tan bella; dirige una mirada, y queda encantada de su propia figura.

Nuestros amantes se desayunan; despues conduce el marques á Jeorgina al bosque de Boulogne en un elegante carruage, que va tan de prisa que trastorna la cabeza á la jóven beldad que conduce.

Un enjambre de jóvenes elegantes rodean el landó de Jeorgina.

—Ola!.... si es Saint-Ange!

—Nuestro querido amigo!..... qué diablos te ha pasado?.....

—Hace un siglo que te se busca inútilmente por el mundo.

Todos estos señores al hablar al marques, miran á Jeorgina y cuchicheau entre si.

—Cómo pues!..... pero es muy hermosa!..... deliciosa.... sonrisa encantadora... mirada fina!..... dientes blancos!..... las maneras un poco toscas..... pero ellas desaparecerán..... En verdad, este Saint-Ange tiene una fortuna desesperada para hallar nuevas beldades..... ella me gusta mucho.....

—Espero que pase á mi poder: Saint-Ange es mi amigo y me la cederá.

Entretanto que Saint-Ange responde á sus queridos amigos, Jeorgina monea ya á las mil maravillas con aquellos señores. La señorita habia tenido siempre un gran fondo de coqueteria: este es un arte que se aprende lo mismo en la ciudad que en el campo; no se necesita mas que hallar la ocasion de ponerlo en uso, y mugeres hay que parecen modestas y sencillas, por no haber tenido una ocasion en que lucir su habilidad.

Dejan el bosque de Bolougne y vuelven á la casa: á la noche va Jeorgina al teatro, y por la brillantez de su adorno atrae á sí todas las miradas. Durante un mes entero no son mas que fiestas, bailes, paseos, carreras á caballo, placeres de todas clases los que rodean á Jeorgina, que tiene ademas joyas, diamantes, lacayos á sus órdenes! En el torrente de diversiones que la arrastra, no puede dedicar un momento á la reflexion; algunas veces, sin embargo, cuando por casualidad halla el instante de pensar, se acuerda de la quinta que abandonó, y la memoria de Juan y de Teresa se le representa solo en confuso. Cárlos tampoco está enteramente olvidado, pero todas estas ideas pasajeras, semejantes á un sueño, no ocupan su imaginacion sino para hacer lugar á la realidad.

La posesion de Jeorgina no habia disminuido aun el amor del marques. La-fleur no concebía como podia suceder así.

—Qué, señor! despues de un mes la misma querida!.....

—Yo mismo estoy asombrado; pero esa muger reúne tantos encantos!..... sus gracias sencillas, su picante alegría, su in-

genio, en fin, yo no sé!..... pero yo encuentro en ella todo lo que seduce!..... y á fe mia, no me disgusta el ser un poco constante, siquiera por la rareza del hecho.

Lafleur no está muy satisfecho de ver á su amo sentar la cabeza, porque esto disminuirá sus provechos; pero no hay mas remedio que tener paciencia y aguardar los acontecimientos: el acaso traia uno á Jeorgina.

Un dia, despues de una deliciosa partida de campo, se dirigieron el marques y Jeorgina á la ópera. El espectáculo habia comenzado, pero todas las miradas se fijaron con un ruido infernal en el palco de los recién venidos; porque es de buen tono al entrar abrir la puerta con violencia, dejar caer los asientos con estrépito, en fin, causar sensacion. Esta algazara pone de muy mal humor á algunas buenas gentes del patio que gritan, silencio.... pero las personas de buen tono se rien: no es para oír para lo que van al teatro, y solo tienen por costumbre callarse durante el baile, de miedo de perder el ruido de una pirueta ó de un trenzado.

Jeorgina al mirar á uno y otro lado

para recoger las guiñadas de los hombres y las miradas envidiosas de las mujeres, apercibe en un palco en frente del suyo, una persona que no le parece desconocida; es un joven que con los ojos fijos en ella, no cesa de mirarla. Jeorgina siente una violenta agitacion, su corazon se oprime, se ruboriza, y no se atreve á levantar los ojos, temiendo encontrarse con los de Carlos..... porque es, sin duda Carlos; ella lo ha reconocido y quisiera no haber venido á la ópera.

Carlos hacia ocho dias que estaba en Paris: nada habia podido averiguar de la suerte de su jóven fugitiva, y al ir al teatro para distraerse un momento, estaba muy léjos de creer hallar allí al objeto de su viage.

El pobre jóven no se atreve á dar crédito á sus ojos; mira..... ecsamina con atencion..... Ya no duda!..... es ella!..... es Jeorgina!..... la ha encontrado, pero qué diferente!.....

La cólera, el despecho, los celos, agitan sus sentidos. Carlos, con la cabeza ecsaltada, deja su asiento y se hace abrir el palco vecino al de Jeorgina. En vez de mirar á la escena, se vuelve del la-

do de nuestra heroína; y con la cabeza apoyada en su mano, no vé mas que á la ingrata que adora, y no piensa en lo singular de su conducta, que es el objeto de la conversacion de los ociosos del teatro.

Saint-Ange ha reparado en la turbacion de Jeorgina y la afectacion con que su vecino la mira. El marques es vivo, aturdido, y se dispone á pedir razon de tan estraña conducta. cuando Cárlos apocsimándose mas á Jeorgina, le habla bajo al oido. Saint-Ange, pierde la paciencia; se aprocsima á Cárlos, y le pregunta colérico cou qué derecho habla bajo á una señora que está con él. Cárlos, alegre de haber promovido una disputa, responde con ironia que conoce á la señora hace mucho tiempo, y que no necesita permiso para hablarla. El furor de Saint-Ange llega á su colmo y se deja llevar de él; Cárlos busca á irritarle mas... se insultan, se provocan, y se dan una cita para batirse al otro dia á las cinco de la mañana en el bosque de Boulogne: calmados por la esperanza de una venganza prócsima, estos señores vuelven á sus sitios mas tranquilos que ántes.

Durante esta disputa, la situacion de

Jeorgina era penosa; no sabia qué aspecto tomar, porque todas las personas de los palcos vecinos que habian oido el altercado sobrevenido, no cesaban de mirarla, aumentando su embarazo.

--Habeis oido la disputa?

--No; qué ha sido?

--De qué trataban?

--De dos jóvenes que quiere cada uno á esa señora que veis..... es una cuestion de celos....

--Bah!.... lo creeis así?

--Señores, os engañais; la causa no ha sido mas, que aquel caballero pálido se echaba muy adelante é impedía ver á la señora.

--Pero, permitidme; yo he oido bien lo que decian, así es que estoy seguro....

--Pues os equivocais; porque yo he visto bien, y digo.....

--Vos no sabeis lo que os decis; sois un testarudo!....

- Insolente!.... yo os haré ver con quien hablais!

Los vecinos se acaloran; el patio grita, silencio; los elegantes rien, el espectáculo concluye en medio de esta algazara, muy desagradable para el buen habitante del Marais que no va á la ópe-

ra sino una vez al año, y que vuelve á entrar en su casa en extremo descontento de no haber oído mas que alborotar por sus tres francos.

El marques ha dado la mano á Jeorgina. Llegan á la casa, y la conduce á su habitacion, y alli la deja sin haberla hablado ni una palabra.

Apenas es de dia, y ya Saint-Ange ha llamado á Lafleur.

--Muy temprano os habeis despertado, señor!.....

--Visteme de prisa, Lafleur, y prepárate á seguirme.

-Cómo! vais á salir, señor? aun no es de dia

--Prepara tambien mis pistolas.

--Ah! ya caigo en lo que es!.....

--La pérfida!..... dice Saint-Ange vistiéndose.

--Qué, señor, es la señorita Jeorgina la causa de este negocio?

--Si, Lafleur, el jóven con quien voy á batirme parece que la conoce hace mucho tiempo.

--Vaya, vaya! de quién se fiará uno ya al presente!..... Por mas que se tome el trabajo de buscar una inocente en medio de los campos, no valdrá mas que cualquiera otra!..... esto es terrible en

verdad, pero estais seguro.....

--Yo no sé qué pensar de lo que vi ayer..... si ese jóven hubiera sido ántes que yo el amante de Jeorgina, me hubiera apercibido de ello!.....

--Y vos sois demasiado conocedor para engañaros!..... Calle!..... apuesto á que es un amante despreciado, un hombre que ella os habrá sacrificado..... Qué os ha dicho ella, señor?

--Yo no la he preguntado nada. Tu sabes bien, Lafleur, que yo no creo mucho en los juramentos de fidelidad de las mugeres!.....

--Si señor; y consiste en que vos siempre le haceis falsos juramentos, y nunca les sois fiel.

--Lafleur, solo tengo un temor, y es que Jeorgina caiga en las manos de mi rival, si llego á morir. Prométeme si soy vencido, no perder de vista á Jeorgina, y sobre todo no dejarla en poder del insolente que se atreve á disputármela.

--Estad tranquilo, señor; si por desgracia sucumbis, lo que no sucederá, tomo á la señorita Jeorgina bajo mi proteccion, la echo en el mundo y..... ella irá léjos porque la creo con grandes disposiciones.

Saint-Ange concluye pronto de vestirse y sale de su casa á pie, seguido de Lafleur. (Habia convenido con Carlos no llevar mas testigos que sus criados) El marques llega al sitio de la cita. Carlos le esperaba. Animado por los celos y el deseo de la venganza, contaba con impaciencia los minutos que transcurrían sin presentarse su adversario. Detrás de él estaba Bautista: el pobre muchacho no se habia hallado jamas en semejante fiesta, y tenia grandes deseos de llorar al ver á su amo pasearse en el bosque con las pistolas en la mano.

Los dos campeones están en presencia uno de otro. Carlos invita á Saint-Ange á tirar: éste lo hace y yerra. Carlos tira á su vez, y Saint-Ange cae herido de un golpe mortal.

Mientras Lafleur corre á socorrer á su amo, Carlos se aleja con precipitación.

--Sígueme, Bautista..... sígueme, le dice; volvamos al sitio en que te mandé hicieras venir una silla de posta.

Bautista sigue á su amo llorando: la visfa de un hombre moribundo le causa pena; no concibe que puedan matarse sino en la guerra. Carlos sombrío, agita-

do, no pronuncia ni una palabra: piensa en su crimen, en Jeorgina y en su madre.

Llegados á la entrada de una avenida, en que una silla de posta estaba preparada, Carlos ordena á Bautista que le aguarde cerca del carruage, y continúa su marcha dirigiéndose hácia los campos Eliseos.



CAPITULO XV.

LA ENTREVISTA.



Debe acordarse el lector que en la ópera Cárlos habia hablado en voz baja á Jeorgina: no le habia dicho mas que dos palabras, citándola al dia siguiente para los campos Eliseos. Jeorgina conmovida, turbada, habia prometido acudir; quizas no le disgustaria saber si su primer amante la amaba aun.

Hacia tiempo que Cárlos se paseaba sin encontrar lo que buscaba: ya creia haberse lisongeadó muy de ligero que Jeorgina seria fiel á su promesa. Las mas tristes reflexiones vinieron entonces á abrumarle: su corazon era aun sensible hácia una muger que conocia no debia amar!..... pero raramente obedecen las pasiones, y el amor queda siempre vencedor de una cabeza de veinte años.

Lo que affligia mas á Cárlos era haber matado á un hombre, sin mas razon que la de ser amado de Jeorgina.

Se arrepentia de su accion pero el arrepentimiento viene muy tarde, porque solo es la consecuencia de una falta!... Por esto, sin duda, hay tantas gentes que no se arrepienten, ó que se consuelan muy pronto.

El ruido de unos pasos saca á Carlos de sus reflexiones. Alza los ojos..... es una muger..... se aprocsima..... es Jeorgina.

Esta viene vestida con una sencilla ropa blanca; un gran sombrero cubre una parte de sus facciones; sin embargo, Carlos ve que está pálida, ojerosa; sus hermosos ojos deben haber derramado lágrimas..... su marcha es trémula; pero en tal estado está aun todavia mas interesante. Carlos se turba..... olvida sus reflexiones..... su corazon late con violencia..... en vez de dirigir quejas á Jeorgina, está próximo á postrarse á sus pies... Oh! la maldita pasion!.....

No obstante, Carlos se contiene; conduce á Jeorgina á un banco, se sienta á su lado y suspira ántes de hablar. Jeorgina rompe el silencio.

--Habeis deseado hablarme, caballero.....

--Si, señorita.

--Y yo he accedido á vuestro deseo...
qué quereis decirme?

--Y me lo preguntais, Jeorgina!.. ah! perdonad, señorita, sin duda ese nombre no es el vuestro; cuando uno ha cambiado de conducta y de sentimientos, el nombre que se ha llevado ántes solo puede atraer recuerdos desagradables, y debe uno apresurarse á dejarlo.

--No, caballero, yo no he cambiado de nombre.

--Yo no creia, cuando os dejé en la quinta de vuestros bienhechores, encontraros en Paris tan diferente de lo que entonces érais..... Ah! Jeorgina! es verdad que habeis olvidado..... no diré nuestro amor, porque jamas he tenido la dicha de inspirároslo, pero si á los que han cuidado de vuestra infancia, á aquellas buenas gentes á quienes el reconocimiento os hacia un deber no abandonar? Ah! Jeorgina!..... si conocierais todas las funestas consecuencias de vuestra huida!.....

--Qué quereis decir?..... habrá sucedido alguna desgracia á Juan ó á su esposa!.....

--Juan no ecsiste; fue asesinado por seguir vuestras huellas la noche misma

de vuestra llegada á Paris.

—Oh! Dios mio!..... y soy yo la causa de su muerte!.....

Jeorgina vierte lágrimas en abundancia; su corazon no era insensible; por otra parte hacia poco tiempo que vivia en la ciudad, y no podia haber perdido ya el recuerdo de sus bienhechores. Carlos conmovido tambien de las lágrimas que hace derramar, busca como atraer al arrepentimiento á la que quisiera hallar aun digna de su amor. Le pinta el cuadro del dolor de Teresa privada de su marido, y abandonada por la que debia consolar su dolor..... le recuerda sus juramentos, su amor..... aquel amor de que habia hecho propósito de no hablar, y que á pesar suyo se declara de nuevo y lo hace mas elocuente, mas tierno, mas persuasivo. Jeorgina se habia transformado en la jóven aldeana; su corazon conmovido con la relacion de las penas de Teresa, y enternecido por la constancia de Carlos, estaba próximo á rendirse..... Nuestra heroína tenia el corazon muy tierno; ya hemos tenido lugar de conocerlo, y la continuacion nos convencerá enteramente.

Carlos se apercibe de su victoria, co-

no ha adquirido ya alguna experiencia, no quiere dejar á Jeorgina tiempo para reflexionar; la apremia para que huya de una morada peligrosa donde la aguardan la vergüenza, la miseria y el deshonor.

—Pero adónde iré? dice Jeorgina; Teresa querrá recibirme despues que la he abandonado?....

—Ya conoceis la bondad de su corazon; ella no ha podido creeros culpable; os recibirá y os perdonará....

—Ah! Carlos, pero y vos?....

Carlos no puede contestarle, pero estrecha sobre su corazon la mano de Jeorgina, y sus ojos espresan todo lo que siente.

—Estoy pronta á seguirlos, dice la jóven suspirando; pero si vinieran á arrancarme....

—No temais nada; el marques no se ocupará mas de vos.

Carlos no dice mas; no queria dar á conocer su duelo con Saint-Ange; toma el brazo de Jeorgina, la conduce al sitio en que aguardaba el carruage, se coloca á su lado y la silla de posta se aleja de Paris.

He aquí ya á Jeorgina muger de jui-

cio..... Es efecto de un verdadero arrepentimiento, ó de un momento de ternura..... eso es lo que veremos por la continuacion de esta historia; pero en vano predicará Cárlos á la jóven..... si sus pasiones la arrastran á los placeres, no podrá largo tiempo resistir: la muger engañada por su amante promete renunciar á su amor; el libertino que cae enfermo por sus escesos, hace juramento de moderarse; el jugador que acaba de perder su oro, jura que no jugará mas; el autor que se ve silvado no quiere volver á escribir; el borracho magullado de una caída, hace firme propósito de no beber, pero esas promesas, esos juramentos son sinceros?.....



CAPITULO XVI.

VUELTA A LA QUINTA.



Después de un viaje bastante triste, durante el cual Jeorgina no ha hecho mas que suspirar, ignoramos si de arrepentimiento ó por sentir lo que deja, y Cárlos pensar en el marques y en la conducta que debe seguir, llegan á la quinta.

La vista de esta tranquila morada sacó á nuestros viajeros de sus meditaciones: Jeorgina se conmovió al reparar en el cambio sobrevenido en estos lugares en el poco tiempo que faltaba de ellos. Cárlos pensaba en el placer que iba á causar á Teresa.

Bajan del carruaje. Jeorgina, trémula, conjura á Cárlos á entrar primero en la casa para prevenir á Teresa de su vuelta: Cárlos consiente. Al quedar sola Jeorgina dirige una mirada sobre aquellos campos que le atraen mil recuerdos! A algunos pasos ve al fiel perro que tan-

to amaba. El pobre César parece participar de la pena de sus dueños buscando la soledad; Jeorgina quiere acariciarlo; él se aleja con espanto..... ella lo sigue..... César anda largo rato, y se detiene al fin en un sitio sombrío sembrado de cipreses. Al aspecto de este lugar solitario se apodera del corazón de Jeorgina un secreto temor. Turbada, sin saber la causa, dirige á su alrededor miradas temerosas. El perro se ha parado delante de una piedra sobre la cual se acuesta..... Jeorgina se baja para mirar... es la tumba de Juan!..... sus rodillas se doblan y se prosterna involuntariamente delante de aquel sencillo monumento elevado por el amor conyugal.

Cárlos ha penetrado en lo interior de la quinta; halla á Teresa y Ursula, y les noticia la vuelta de Jeorgina..... defiende la causa de esta con calor.... pero no habia necesidad de implorar la bondad de Teresa, pues esta solo deseaba perdonar.

—Dónde está mi querida niña?..... qué puede temer..... por qué no viene para que yo la abrace!

Cárlos, encantado, corre á buscar á Jeorgina. Teresa se entrega á la alegría

¿ Ursula murmura entre dientes:

—Hum! allá veremos si su arrepentimiento es sincero!..... allá veremos!.....

Asombrado Carlos de no hallar á su amiga en el sitio que la ha dejado, recorre los alrededores de la quinta con inquietud; en fin, la casualidad lo conduce cerca de la tumba de Juan, en la que ve á Jeorgina arrodillada delante de la piedra funeraria..... se detiene para contemplarla.

—Ah! esclama Carlos, Jeorgina no fue mas que estraviada; este homenaje que se ha apresurado á rendir á los manes de su bienhechor, prueba que la ingratitud no ha marchitado su alma.

Carlos ignoraba que era César quien habia conducido á Jeorgina al sepulcro de su dueño.

El jóven toma la mano de nuestra heroína y la lleva á la quinta. Teresa la recibe en sus brazos y le prodiga las mas tiernas caricias. Jeorgina conmovida por la escena de la tumba, vierte lágrimas en el seno de su bienhechora. Carlos siente una dulce emocion al ver aquel cuadro; Ursula no dice nada, pero observa á Jeorgina.

La arrepentida jóven es instalada de

nuevo en la quinta. Recobra sus antiguas costumbres y Carlos la acompaña en sus paseos campestres. Estos placeres no son tan llamativos como los de París, pero tienen al menos el encanto de la novedad; por otro lado Carlos es amable, enamorado, y el corazón de Jeorgina no puede ser insensible á su lado.

Nuestro enamorado no estaba tranquilo; inquieto, irresoluto, no sabía á qué partido quedarse..... Jeorgina ha sido culpable..... no puede presentarla á sus padres; sin embargo ella se arrepiente, ha mudado de conducta..... Porque no ha de perdonarla? Tendrán solos los hombres el derecho de cometer faltas, sin temer los reproches del mundo? Cuando el sèco débil se estravía una vez, será preciso tratar con desprecio y arrojar de la sociedad aquella, cuyos remordimientos han borrado su falta?

El arrepentimiento es una virtud!

Un dia que Carlos se hacia estas reflexiones, Bautista se llegó á su amo con aire espantado.

—Ah! señor, tengo una mala noticia que daros!

—Pues qué ha sucedido?

—Es preciso que os apresureis á de-

jar esta quinta, estos lugares, sino queréis ser arrestado.

--Arrestado! por qué?

--Par diez! señor, por haber matado al marques de Saint-Ange; su familia ha hecho pesquisas; hace tiempo que os buscan; en fin, han descubierto vuestro retiro, y mañana, esta tarde quizás vendrán á prenderos.

--Pero, quién te ha dicho todo eso?

--Un campesino de Bondy que se acaba de separar de mí. Escuchad, me ha dicho; yo soy un buen diablo y me gusta servir á todo el mundo; vos sois el criado de ese caballero que vive en la quinta; advertidle que solo tiene tiempo para salvarse; los gendarmes han estado en nuestra cabaña, nos han preguntado sobre ese jóven, y nosotros hemos dicho sencillamente lo que sabíamos; pero cuando hemos visto que era para arrestarle, pensamos hacer lo que nos fuera posible para salvarle. Los gendarmes han ido á presentar la órden en casa del Maire y á buscar refuerzos, y aprovechando este momento hemos corrido para preveniroslo; ahora advertid á vuestro amo; á Dios. He aquí, señor, lo que me ha dicho; ya veis que no tenemos

tiempo que perder.

Cárlos se decide á aprovecharse del aviso del campesino.

--Partamos, dice, dejemos á Jeorgina ya que es preciso. Una ausencia de algunos meses bastará para apaciguar las pesquisas; no saben ni mi nombre ni el lugar de mi nacimiento; abandonarán lo que no ha de dar ningun resultado útil; entonces podré volver á estos lugares y juzgar si el arrepentimiento de Jeorgina ha sido sincero. Vamos, Bautista, prepara nuestros caballos

El fiel criado no se hace repetir la orden, porque tiembla temiendo ver llegar las gentes que persiguen á su querido dueño. Mientras tanto Cárlos vuelve á la sala donde trabajan Teresa y Jeorgina.

--Vengo á despedirme, les dice al entrar.

Teresa lo mira con sorpresa y Jeorgina dirige hácia él unos ojos muy expresivos.

--Qué! os vais..... nos vais á dejar otra vez?

--Es preciso, pero espero que á mi regreso nadie nos podrá separar.

--Pero qué es lo que motiva una mar-

cha tan precipitada?.....

--Los momentos son preciosos; no puedo deciros lo que me obliga á alejarme, pero despues de mi partida pronto lo sabreis..... no me juzgueis entonces culpable porque no lo soy.

--Qué quereis de ir?.....

--A Dios , querida Jeorgina ; á Dios, buena Teresa..... estoy cierto que aprobaréis el partido que he tomado.

Sorprendida Jeorgina por tan inesperada marcha , no sabe que pensar ; Carlos la abraza ; la recomienda con una mirada á Teresa ; despues haciendo un esfuerzo sobre si mismo , se aleja , se apresura á montar á caballo y seguido de su fiel Bautista , huye de esta quinta , en la cual deja siempre su felicidad.



CAPITULO XVII.

EL DIABLO SE MEZCLA.



Jeorgina y Teresa no sabian qué pensar de tan brusca partida.

--El nos ha dicho que pronto sabremos la causa, repite Ursula; esperemos y veremos.

Pero en vano esperaron: ocho dias transcurrieron sin que supiesen mas que lo que sabian. Nadie pareció, como habia creído Carlos, á buscarle, porque nadie pensaba en arrestarlo.

Jeorgina acabó por persuadirse que Carlos no la amaba, y que este era el verdadero motivo de su partida. Nuestra heroína suspiraba, los dias se pasaban tristemente: la presencia de Carlos habia hecho soportable á Jeorgina la monotonía de la quinta, pero con su ida todo habia cambiado. La hermosa estación tocaba á su fin; ya el triste octubre se aprocsimaba; la verdura perdía sus colores; el tinte amarillo del otoño,

reemplazaba en las arboledas el de la esperanza, y bien pronto los habitantes del campo debían hollar con sus pies esta última sombra de la pasada estación.

Jeorgina veía con espanto aproximarse el momento en que encerrada en su modesto asilo, le sería preciso vivir sin distracciones. Son tan tristes los campos! Todos los días se parecen; el de mañana será como el de hoy!..... Así pensaba Jeorgina; el recuerdo de los placeres que había probado, atormentaba su imaginación; la imagen de Saint-Ange se mezclaba en sus pensamientos; sin embargo estaba incómoda al ver la facilidad con que aquel la había dejado alejarse, porque no había hecho ninguna tentativa para arrancarla de su rival. Quizá esperaba Jeorgina, al volver á la quinta, que el marques no la dejaría en ella mucho tiempo.

--Qué pérfidos son los hombres! repetía nuestra joven, mirando tristemente por la ventana; ese Saint-Ange me ha hecho mil juramentos de amarme toda su vida..... de hacer mi felicidad..... y ni siquiera hace diligencias para verme! Ese Carlos que parece adorarme y estar desesperado de una infidelidad que le he

hecho muy inocentemente ! apenas me ha vuelto á estos lugares, dándole con mi condescendencia la prueba mayor de amor, se va y me deja sin darme la mas minima razon!..... Fiaos de los juramentos de los hombres!..... No, oh! ya no los creeré mas..... Dos egejemplos de inconstancia! pero ya me desquitaré cuando me llegue la ocasion!

Un mes despues de la partida de Carlos, Jeorgina se volvió aun mas triste, mas pensativa..... el tiempo no hacia mas que aumentar su tristeza, dejándolo presentir un cruel acontecimiento!.....

Nuestra heroína adquiere la certidumbre que será muy pronto madre; esta era una gran desgracia! Jeorgina, presa de la mas viva inquietud, huia de los habitantes de la quinta, siempre temblando que se apercibiesen de su situacion. En vez de confesar á Teresa su estado, evitaba sus miradas, y se encerraba en su habitacion para entregarse á sus reflexiones. Al presente temia la vuelta de Carlos, porque no hubiera podido resolverse á hacerlo testigo de su vergüenza: persuadida por otra parte que no la amaba, no dudaba que su deshonra elevaria una insuperable barrera entre los dos.

Teresa atribuía la tristeza de Jeorgina á la ausencia de Carlos. Ursula era la que movía la cabeza, pensando que la jóven meditaba otra escapada.

Una noche en que todos estaban reunidos delante de la quinta para gozar de los placeres de una bella noche de otoño, dos hombres pasaron varias veces por delante de la casa, pero bastante lejos para que pudiera distinguirseles sus facciones.

--En verdad, dice Ursula, no sé lo que esos hombres traerán entre mano; pero lo que es seguro que hace ya algunos días los veo rondar al rededor de la quinta; miran, ecsaminan y se van en cuanto ven á alguien!.....

--Serian ladrones! exclamó Teresa asustada.

--No lo creo..... á pesar del cuidado que ponen en no ser conocidos, creo reconocer á uno de ellos! me sospecho lo que buscan!.....

--Qué es pues, Ursula?

--Basta!..... puede que me equivoque, pero allá veremos!

Ursula no quiso decir mas. Jeorgina no habia prestado mucha atencion á estos discursos; pero al nacer el día si-

guiente, al asomarse á la ventana vió á dos hombres dirigirse hácia la quinta. El recuerdo de los desconocidos de que Ursula habia hablado la vispera, se fija en su memoria; curiosa de saber quienes pueden ser, permanece en la ventana y espera que se aproximen para distinguir bien sus facciones.

Los extranjeros se adelantan espionando si alguien los vé; uno de ellos hace señas á Jeorgina..... si, es á ella á quien se dirige..... se aproxima á la ventana, y bajo su traje de campesino Jeorgina reconoce á Lafleur.

--Cómo! sois vos, Lafleur?

--Si, señorita, par diez! y hace mucho tiempo que rondo alrededor de esta quinta para tratar de hablaros, pero voy á aprovechar este momento, y para ponernos al abrigo de toda sospecha, mi camarada estará en acecho.

Lafleur se dirige hácia su compañero, lo coloca de centinela y vuelve hácia Jeorgina, que aguarda con impaciencia que aquel le diga el motivo que le trae cerca de ella.

--No es sin trabajo, señorita, que logro hablaros!..... hay aquí una maldita vieja que se encuentra siempre delante

de mí. En fin, apresurémonos, vengo á buscaros para conducirlos á París.

--A París, Lafleur? no podriais darme en este momento mayor gusto.

--En verdad, señorita, estoy encantado de veros con tan buenas disposiciones.

--Y Saint-Ange, Lafleur?

--M. Saint-Ange, señorita.... tengo que deciros muchas cosas de su parte.

--Por qué no ha venido tambien!

--Ah!..... por una razon que os diré en el camino..... pero no tenemos tiempo para hablar de esto..... es menester pensar desde luego.....

(Aqui el compañero de Lafleur tose para advertir que alguien viene.)

--Al diablo los importunos! apostaría que es todavia la vieja. Tomad, señorita. leed ese billete, del que me he provido de antemano; mañana á estas horas volveré á buscar la respuesta.

Lafleur tira en la habitacion de Jeorgina un billete envuelto en una piedra, y en seguida echa á correr con su camarada. Ursula estaba en la puerta de la quinta.

CAPITULO XVIII.

RETRATO DE UN HOMBRE DEL DIA



ero habíamos dejado al criado cerca del marques, cuando este cayó herido de un golpe mortal: ántes de ir mas léjos veamos lo que hizo nuestro Lafleur.

Este tenia siempre en el bolsillo un pomito que encerraba un escelente cordial para semejantes circunstancias. Hace tomar á Saint-Ange algunas gotas del licor; el marques abre los ojos, pero sus miradas son moribundas; su voz está tan debilitada que apenas puede pronunciar estas palabras:

—Conozco, Lafleur, que solo me quedan algunos instantes de vida; pero prométeme..... ántes que espire.....

—Si señor, esclama Lafleur, que habia creído comprender lo que su amo le queria decir; os renuevo la promesa que os he hecho esta mañana de no de-

jar á la señorita Jeorgina en poder de su rival.

Saint-Ange mueve la cabeza, su voz apagada pronuncia algunas palabras que Lafleur no puede distinguir; espira sin hacerse comprender, porque el criado se habia engañado: la aprocsimacion de la muerte habia cambiado la manera de pensar del marques. Este jóven, que en el fondo no era malo, y no tenia mas que los caprichos de sus iguales, experimentaba entonces algunos remordimientos por la conducta que habia seguido con la jóven campesina, y era para empeñar á Lafleur á que condujese á Jeorgina á la quinta, para lo que en vano se habia esforzado hacerse entender de aquel. Habiendo ido Lafleur á buscar gente, llevaron el cuerpo del marques á su casa. Saint-Ange era huérfano; nadie por lo tanto lloró su muerte ni trató de vengarla.

—Qué lástima! digeron algunas mugeres que habian sido sus queridas, ese jóven prometia mucho!.....

—Verdaderamente, esclamaron los fieles amigos que ayudaban á arruinarle, era un buen muchacho, y se portaba bien.

Estos caballeros hicieron una pirueta,

las señoras se fueron hácia el espejo, y Saint-Ange quedó olvidado; porque aquellos caballeros y señoras eran de una complecion muy delicada, y la vista del herido les hubiera causado mucha pena, esponiéndose quiza á sufrir una enfermedad.

Lafleur al volver á la casa supo que la señora, así llamaban á Jeorgina, habia salido por la mañana sin que se supiese á dónde.

—Par diez! yo lo sabré, dijo entre sí nuestro bribon.

En seguida se habia provisto de una fuerte cantidad de dinero, fruto de sus honrados aborros, y dejando al administrador y á los criados disputar con la justicia el resto de la fortuna de Saint-Ange, se habia alojado provisionalmente en un cuarto amueblado, hasta hallar una colocacion digna de sus talentos.

Hacia dos dias que Lafleur reflexionaba acerca del modo con que habia de conducirse para cumplir la promesa hecha á su dueño. En vano habia buscado á Jeorgina por todo Paris. Al segundo dia de sus pesquisas, al entrar en su casa bien persuadido que si Jeorgina no estaba en la ciudad no podia estar si-

no en la quinta, el portero le advirtió que un caballero habia estado á verlo para suplicarle que al otro dia por la mañana se pasase por su casa.

Lafleur miró la targeta que habia dejado al portero.

—M. Lacaille, calle de Vendome, en el Marais..... Oh! oh! qué puede quererme este original?..... No importa; no faltará á la cita.

• M. de Lacaille era un jóven de cincuenta y cinco á sesenta años, soltero, porque aun se creia muy aturdido para casarse; y por otra parte, porque su carácter voluble se avenia muy mal con las leyes del matrimonio.

M. de Lacaille, que habia sido siempre un señorito mimado, queria parecerlo todavia, aunque comenzaba á volverse un poco pesado; pero cuarenta mil libras de renta hacian que se le pudiese soportar y hasta encontrar agradable en la sociedad, donde sus ridiculeces hubieran fastidiado á todos, si sus escesos no hubiesen sido verdaderamente cómicos. Era de una estatura algo mas que mediana, y de una gordura que lo traia desesperado; porque á pesar de su corzé elástico, sus pieles de conejo pa-

ra comprimir el vientre, sus tirantes y fajas, no podia lograr nunca hacerse un talle elegante, y su manera de vestir le quitaba muy á menudo la respiracion.

La naturaleza le habia dado fuertes colores, lo que no se hermanaba con el deseo que tenia de parecer interesante; pero se untaba el rostro con una pomada que lo ponia amarillo, y que formaba un contraste con su grueso vientre. Unid á esto una peluca rubia rizada á lo niño, el aire de un Adonis, una frente arrugada y una voz delicada, y tendreis el retrato de M. de Lacaille.

Lacaille, desde que cumplió los cuarenta, no se trataba sino con los jóvenes; entre ellos se creia rejuvenecido. En medio de los aturdidos de la calzada de Antin, habia conocido á Saint-Ange, del cual, durante algunos meses, fué inseparable.

Los jóvenes se mofaban de Lacaille, que no se sospechaba de ello, y hubiera continuado el mismo método de vida, sino se hubiera apercibido que á fuerza de prestar dinero, de montar á caballo y de cenar con las bailarinas del teatro, sus rentas disminuian considerablemente.

Lacaille estaba sujeto á sus rentas; resolvió hacer una reforma, y sin renunciar al deseo de ser un hombre á la moda, dejó la calzada de Antin, y escogió el Marais para teatro de sus nuevos triunfos que debian serle menos dispendiosos.

Allí se presentó como un hombre de mediana fortuna; montó su casa regularmente, puso un suizo á la puerta y pintó de mármol la de la cochera. Al cabo de algunas semanas de permanencia en el Marais, desde la calle de Chapon hasta la de Oseille, solo se hablaba del viejo de la calle de Vendome.

Bien pronto Lacaille fue el dios de todas las reuniones, el alma de todas las sociedades; no podian pasarse sin él. Solo él daba alegría á los juegos inocentes; sabia encontrar una palabra á propósito para hacer una charada; representaba muy bien, y ademas sabia soplar en una flauta medianamente para hacer bailar á la juventud.

Un hombre que posee tan raros talentos, es un ser precioso en la sociedad; así es que en el momento que se presentaba, las señoritas sonreian, las mamás le alargaban la mano, los hombres lo rodeaban y esperaban con im-

paciencia que abriera la boca para recoger una de aquellas amables sales que abundan en la conversacion de un hombre que tiene cuarenta mil libras de renta.

Asi estaban las cosas cuando una noche en el teatro, al cual iba de vez en cuando, apercibió nuestro petrimetre á Saint-Ange con Jeorgina. Lacaille corre á hablar al marques; entra en su palco, y la vista de Jeorgina le trastorna la cabeza, de tal suerte, que mientras habla con el marques no piensa mas que en la encantadora muger que tiene delante. Jeorgina se rie de la figura y de los ademanes de su admirador; pero Lacaille no conoce el efecto que produce, su corazon se halla aprisionado, y sale del palco tan enamorado como puede estar-se á los sesenta años.

Desde aquel momento, adios placeres, sociedades y juegos! Triste y melancólico se encierra en su casa, se consume en suspiros y se muere de amor!... Si al menos esta fatal pasion pudiese disminuir su gordura y hacer desaparecer su vientre..... Pero no!..... ni aun le queda este último consuelo!.....

Una mañana corrió una gran noticia desde la calzada de Antin á la calle de

Vendome. El jóven marques de Saint-Ange habia sido muerto en un duelo. Lacaille sale de su apatia y reflexiona que la muger adorada quizas esté sin compromiso, y es preciso, á cualquier precio que sea, satisfacer su amor.

Lacaille conoce á Lafleur, cuya brillante reputacion ha corrido todos los barrios de la capital: es el hombre que necesita. Lafleur es un muchacho único en su especie; y un seductor que no puede seducir por sí mismo, necesita un criado de confianza que invente por él; porque comunmente los amos son poco inventores, al menos los que vemos en nuestras comedias, donde los criados manejan toda la intriga, sin que los enamorados busquen siquiera á hacerse útiles, lo que nos hace creer que el amor transforma en bestia, porque siempre los; que no lo conocen son los que conducen á los otros.

M. de Lacaille hace poner el caballo en su cabriolé y se dirige á la casa de Saint-Ange; se informa de dónde vive Lafleur, se hace conducir á la habitacion de éste, y dá al portero su targeta con las instrucciones que ya hemos manifestado.

Las doce han dado y Lafleur toma el camino de la calle de Vendome. Sabe que las mañanas de un hombre de buen tono no empiezan ántes.

Llega, entra en el patio de la casa y un suizo le cierra el paso.

—Yo pregunto por M. de Lacaille.

—Monsur no estar para ver; ser muy dembrano.

—Qué es lo que decis?

—Monsur no ser visible, mi decirlo ya una vez!.....

—Que el diablo me lleve si entiendo tu gerigonza!..... Te digo que quiero entrar.

—No poder ser, decir yo.

—Entraré; es preciso que yo hable á M. Lacaille.

—No basar!.....

—Eh! vete al diablo!.....

Lafleur empuja al suizo y quiere penetrar en lo interior, pero el conserge corre, con un espadon en la mano y le cierra el paso. Lafleur que es un mozo vigoroso quiere hacer una pirueta á su antagonista; éste, testarudo como los hijos de la Helvecia, vuelve sobre el criado, y hace como que lo va á atravesar. Lafleur no pierde su serenidad, ve en

un rincón del patio una escoba, la coje y se sirve de ella para parar los golpes que le dirijan. Los dos campeones esgrimen con ardor, los criados acuden al ruido; abren una ventana en el primer piso..... Es Lacaille en persona, á medio vestir, que desde el fondo de su gabinete ha oído el ruido de las armas.

--Ah! Dios mío!..... que es lo que veo.... un combate en mi patio!..... separadlos!... Pero no me equivoco..... es Lafleur!.....

--Eh! sí, señor, soy yo que habrá dos horas que he venido y este imbécil me impide que entre.....

--Ese tonto de Luderliche jamás puede hacer las cosas á derechas! Sin embargo le había dicho que vendrias esta mañana..... pero estos suizos alemanes no comprenden ni una palabra.... quiero tener un suizo frances.

--Pero, monsur, mi saber que vos no querer no os fea bersona andes de esdar fesdito.. .. finchado y beinado.

--Cállate, Luderliche, eres un necio. Sube, mi querido Lafleur.

Lafleur echa una mirada orgullosa al pobre conserje, confundido de la mala aventura, y sube con paso rápido al aposento de M. Lacaille.

Antes de llegar al de éste, es menester atravesar una porcion de habitaciones artísticamente decoradas; en la primera, un hermoso perro danes está acostado sobre una otomana; en la segunda, un mono, cuyas gracias son admirables, se divierte en romper los muebles y los tapices; en la tercera hay un papagayo, animal favorito, y que habla tan bien como su dueño; en la cuarta, en fin, se encuentra al amo de la casa.

M. de Lacaille está en un amable desorden: solo tiene una mejilla pálida, el corzé está en un lado, la peluca en otro; pero como los ayudas de cámara están siempre iniciados en los misterios del tocador, Lacaille hace introducir á Lafleur y manda que no se interrumpa la conversacion que va á tener con el astuto criado.

--Oh! mi querido Lafleur, esclama Lacaille, arrojándose en una poltrona: estás viendo á un hombre en la mayor desesperacion!

—Podria ser, señor?

—Sí, amigo mio, me hallo en una situacion en extremo penosa; yo sufro, me ardo, me consumo.....

—En verdad, señor, me espantais!.....

Qué es lo que puede teneros en tal estado!..... sois jóven, amable, rico, hecho para complacer.....

—Ya lo sé.....

—Nadie debe resistiros.....

—Sí..... yo soy querido, festejado, acariciado; en todas las sociedades quieren poseerme..... las mugeres sobre todo; he llegado á un punto en que ya no basto...

—Ya lo creo, señor.

—Pues bien! amigo mio; todo eso se desliza por mi alma!..... un solo objeto me liga á la vida, y de ti espero mi felicidad.

—De mi, señor?

—Sí, Lafleur, solo de tí; escúchame, he sabido que Saint-Ange ha muerto....

—Ah! sí, señor.

--Su muerte me ha afectado; era un jóven encantador. Pero ahora estarás sin colocacion?

--Es verdad, señor.

--Tú eres un criado diestro, atrevido, algo bribon.....

--Me haceis envanecer, señor.

--Tú me convienes por todos estilos. Te tomo á mi servicio y te doy toda mi confianza; te acomoda?

--De seguro, señor, y mucho!.....

--Te prometo que ademas de tus gages no te faltarán provechos; tú sabes, que nosotros los aturdidos, no nos mezclamos para nada en ciertos detalles domésticos, y yo te doy pleno poder en mi casa. Hé aquí lo que he determinado. Desde este momento tú eres mi confidente, el mensajero fiel de mis amores..... y quiero desde esta noche instalarte en mi casa; pero te confieso que pongo un precio á todo esto.

--Hablád, señor, no hay nada que no sea yo capaz de hacer para probaros mi celo.

--Ha llegado el instante de mostrarte mi debilidad, Lafleur, y la causa de mi profunda melancolia..... Estoy locamente enamorado.....

--Es posible! señor.

--Sí, amigo mio, de una muger adorada que vi con tu difunto amo.

--De verdad?

--Sí, de aquella morena graciosa, de aquella beldad encantadora..... Ya sabrás de quién hablo?

--Ciertamente, señor, y no me asombro, porque ella es demasiado linda para trastornar la cabeza!.....

--No es, pues, de asombrar que yo es-

lé loco! Cómo se llama, Lafleur?

--Jeorgina, señor.

--Jeorgina; ese nombre es algo plebeyo..... No importa, le daremos otro. Es preciso, Lafleur, que me hagas el amante dichoso de esa muger.

--Señor, os lo prometo.

--Cómo!..... de veras?.....

--Si, señor..... pero os prevengo que la empresa es difícil..... que pide tiempo..... ingenio y.....

--No escasees nada; toma mi bolsa; te hago dueño de todo.....

--En ese caso, os garantizo el suceso.

--Pero dónde está?

--Creo que no se halla en Paris; habrá vuelto à la quinta que habitaba en otro tiempo, y de la que no há mucho la sustrajo el marques de Saint-Ange; es una muger nueva, señor, vos sereis su segundo amante, casi como si fueseis el primero.....

--Ah! no es lo mismo; pero tanto amo ser el segundo. sin embargo, si ella está en la quinta?

--Y bien! señor, la sacaremos de nuevo!

--Eso es!.... un rapto!... delicioso!.... hará mucho ruido! Pero sin embargo, Lafleur, tengo en este barrio que conser-

var mi reputacion; no puedo abiertamente recibir á Jeorgina en mi casa. Los vecinos del Marais son algo ridiculos: esto me privará de la facultad de conducirla al mundo.....

--Pero, no es mas que eso? Tomad una casa cerca de la vuestra, amuebladla elegantemente; poned criados, coches, alhajas, dinero..... porque os prevengo que la joven, aunque hija de la naturaleza, ama mucho los placeres del mundo!....

--Eso no debe asombrarme, Lafleur; pero conmigo nada le faltará.....

--Poneis á la señorita Jeorgina en su casa, le dais un nombre distinguido, la haceis pasar por vuestra parienta, y de este modo podeis presentarla en todas partes.

--Bravo, Lafleur; tú salvas todos los obstáculos; te encargo de egecutar un proyecto tan encantador.

Todo dispuesto ya, deja nuestro bribon á su nuevo dueño, para ir á buscar sus efectos y volver en seguida á instalarse en casa de M. Lacaille.

Andando, reflexionaba Lafleur acerca de la conducta que debia seguir: sabia que Lacaille era un necio, y pensaba que sabiéndolo manejar, pronto seria tan amo

como él. Por otra parte, Lacaille era rico, y no podía irle á él tan mal. Respecto á Jeorgina, cuya posesion habia prometido algo ligeramente, pensaba que por este medio cumplia con los últimos deseos del marques. Una vez en Paris, no le hace nada que Jeorgina no quiera á Lacaille. Lo esencial es que ella lo arruine, sobre todo, si como lo espera, una parte del dinero del viejo loco, viene á ser el precio de las locuras, que quiere hacerle hacer su muy humilde eriado.

Nuestro bribon, arreglado ya su plan, vuelve para instalarse en casa de Lacaille. Los criados están ya prevenidos que deben mirar á Lafleur como un segundo amo, así es, que todos se inclinan y se apresuran á rendirle homenaje. Luderliche abre las dos hojas de la puerta cochera, y con el espadon en la mano aguarda en silencio y con respeto que Lafleur pronuncie su suerte: éste no puede dejar de reírse de la facha del conserje; pero aprocsimándose á él le pega amigablemente en el hombro, y le alarga la mano, que el pobre suizo estrecha con toda su fuerza, admirado de la noble conducta de su enemigo.

Lafleur se dirige á los demas criados

y les da sus órdenes: el mayordomo queda encargado de aumentar el utensilio diario; el dispensero de darle otras llaves de la bodega; el cochero de hacer pintar el carruage; en fin, cada cual recibe la orden de tomar una librea mas rica, mas elegante, y de honrar á su amo, al desplegar un nuevo fausto. El pobre Lacaille que habia dejado la calzada de Antin por economizar, acaba de hacer una bella adquisicion, tomando á Lafleur á su servicio; pero el amor que hace lo que quiere de los humanos, maneja aun mejor á los viejos que quieren alistarse en su bandera.

Dos dias despues de su instalacion en la casa, no pudiendo resistir Lafleur á los ruegos de su amo, parte para Bondy, acompañado de un bribon subalterno, capaz de prestarle fuerte ayuda en caso urgente, y promete no volver á Paris sino con Jeorgina.

Para no inspirar sospechas se disfrazan nuestros dos tunos de campesinos. Pronto supo Lafleur que Jeorgina estaba en la quinta con Carlos, porque al rondar al rededor de ella, apercibió á Jeorgina pasearse por el campo.... pero siempre con Carlos; éste incomoda-

ba, y se convino que era preciso alejarle.

Lafleur encarga á su compañero que vaya á encontrar á Bautista: el traje de campesino debia ayudar á sus proyectos: le enseña lo que ha de decir, y éste lo retiene tan bien, que Bautista, engañado, apremió á su amo se salvára para evitar caer en manos de los gendarmes, y el pobre Carlos cayó en el lazo así como su criado.

Lafleur, encantado de su primer suceso, se aprocsima á la quinta, pero Jeorgina no salia: solo la veia de vez en cuando y siempre acompañada de Teresa y de Ursula. Los campesinos concebían sospechas sobre él y su compañero: la vieja Ursula lo acechaba, lo espiaba sin cesar; el perro de la quinta le ladraba; todo parecia anunciar que preveían algun designio hostil. Lafleur comenzaba á perder las esperanzas, cuando una mañana, al rondar, como tenia de costumbre, con su camarada, cerca de la quinta, vió á Jeorgina en su ventana; la esperanza renació en su alma, corrió, aprovechó la ocasion, y como ya lo hemos visto logró sin trabajo hacer que Jeorgina se interesara en sus proyectos.

CAPITULO XIX.

HACE LAFLEUR DE LAS SUYAS.



a vieja Ursula, que despues de muchos dias estaba en acecho para descubrir los proyectos de los dos hombres que rondaban la quinta, abrió la puerta que daba al campo bastante á tiempo para ver á Lafleur y su compañero salvarse corriendo, y á Jeorgina cerrando la ventana.

—Hum!..... qué significa todo esto, dijo para sí la vieja; apuesto á que Jeorgina quiere aun hacer de las suyas!.... pero ya pondré yo orden en todo!..... no se dirá que ese pobre Carlos encuentra siempre á su vuelta el nido vacío..... esos dos picaros tienen traza de entenderse con ella.... Pero vale mas decir al ama que son ladrones y que la señorita Jeorgina no está segura en su aposento. Si le dijera que su protegida quiere de nuevo correr por esos mundos, no me creería..... y sin embargo, veo muy bien que

la jóven tiene mas ganas de pecar que de hacer penitencia.....

Mientras Ursula va á ver á su ama, Jeorgina abre precipitadamente el billete de Lafleur y lee estas palabras:

«Señora:

«Vos no teneis mas que diez y ocho años: sois encantadora; no os creo, pues, con humor de pasar vuestra vida en medio de las gallinas, de los ánades y de los patos. Estoy encargado de parte de mi señor para ofreceros una casa magnífica, un coche, criados, diamantes y cachemiras. Teneis demasiado talento para rehusar semejante proposicion, y no querreis sepultar en el fondo de los campos unos atractivos que deben hacer el ornato de la ciudad. Venid: Paris os llama; los placeres os aguardan, los jóvenes os desean, los viejos os adoran, las mugeres os temen; puede haber un porvenir mas dulce?..... El amor, la voluptuosidad, la inconstancia, la coqueteria embellecerán vuestros dias!..... Decidme una palabra y os sustraigo del lugar en que consumis vuestra juventud, á despecho de los mozos de la quinta, de los perros, y de todo el mundo.»

Jeorgina queda asombrada de no ha-

llar en la carta el nombre de Saint-Ange; sin embargo, Lafleur escribe y habla de su amo, su amo es el marques; todo esto es claro. Pero por qué no ha venido Saint-Ange en persona?..... Sin duda Lafleur le dirá la razón. Por otra parte, en el estado en que se encuentra, Jeorgina no puede titubear; de cualquier modo tiene que dejar la quinta, y puesto que le ofrecen una casa, al menos sabrá ya donde ir. Pero, y Carlos..... y Teresa..... ah! muy á pesar suyo les causa sentimiento..... en el estado en que se halla, el partido que toma es el único que puede sustraerla á la vergüenza, á las reprensiones, al desprecio..... y ella no se siente con fuerzas para soportar todo eso.

Así raciocina consigo misma, semejante á esas gentes que encuentran el medio de estar en paz con su conciencia, para escuchar solamente la voz de sus pasiones.....

Jeorgina escribe á Lafleur esta respuesta lacónica: «Consiento en seguiros, pero procurad no ser reconocido, y evitad las miradas de la vieja Ursula.»

Jeorgina lia en el billete la piedra que acaba de servir á Lafleur, y aguar-

da con impaciencia que venga otro día, para hacerlo llegar á su destino; pero las cosas debían suceder de otro modo:

Teresa entra en la habitacion de Jeorgina: viene seguida de Ursula. La labradora llega á noticiar á nuestra heroína que es preciso que deje aquel aposento que no es seguro, para ir á ocupar uno interior del otro lado de la casa.

—Y por qué es eso? pregunta Jeorgina.

—Porque unos bribones quieren introducirse en la quinta: dos de los mozos dormirán aquí, y así nada tendremos que temer.

—Pero esos son cuentos que os han metido en la cabeza.....

—No, querida Jeorgina, Ursula sabe....

—Ursula no sabe lo que se dice!.....

--Que no sé lo que me digo, señorita! vaya si si!..... yo sé mas de lo que os podeis figurar!.....

El tono de Ursula al pronunciar estas palabras, hacen ruborizar á Jeorgina; se calla y no se atreve á porfiar mas, temiendo que la vieja no haya reconocido á Lafleur. Le es preciso conformarse con la habitacion que le han designado, donde no tiene medios de comu-

nicar con nadie, y en la que entra llena de despecho y mas resuelta que nunca á huir de la quinta. Ya sabemos que en las mugeres la cosa mas prohibida es para ellas la mas deseada; muy diferente en esto de los hombres que no codician jamas la muger de su vecino!... que no tocan nunca al depósito que se les confia!..... que no seducen jamas á la inocencia!.... que nunca engañan á sus amigos!... en verdad, vivimos en un siglo en que los hombres son muy virtuosos!

Al dia siguiente por la madrugada, Lafleur está debajo de la ventana de Jeorgina y su camarada queda con el encargo de celar por los alrededores. El tiempo pasa..... la ventana permanece cerrada; Lafleur se impacienta, se pasea, mira, canta, tose..... nada basta; nadie parece; ya se desanima y va á alejarse.... pero abren dulcemente la ventana..... sin duda es Jeorgina. Lafleur vuelve á colocarse debajo de la ventana y alza la cabeza..... pero en vez de recibir el billete que espera en respuesta al suyo, queda calado por cierto liquido espeso que vuelcan sobre su cabeza, y cuyo hedore deja adivinar lo que puede ser. Fur

rioso alza los ojos y ve á Ursula en la ventana, teniendo en una mano un tiesto que no hay necesidad de nombrar; su vista redobla la cólera del criado.

—Ah! ah! señor galan, no era eso lo que buscabais, no es verdad!..... ya, ya aprenderéis á toser bajo mi ventana.

—Maldita vieja, ya veras con quien tienes que habértelas; pagarás el placer que sientes, y aun ahora mismo te voy á hacer arrepentir.

Lafleur recoje una porcion de piedras y se prepara á lanzarlas contra la ventana, cuando buscando con la vista á su camarada, lo vé que huye por el campo, y al mismo tiempo dirigirse hácia él tres gañanes de la quinta armados de enormes garrotes. Lafleur no piensa ya en romper los cristales; le es preciso evitar con una pronta huida el encuentro de los campesinos, cuyos gestos no le prometen nada bueno. Sin embargo, uno de ellos está muy cerca, y ya se dispone á sacudirle un garrotazo; pero el pícaro criado no se aturrulla; tiene aun entre sus manos las piedras que queria tirar á Ursula, y las arroja á la vez á la cabeza de su adversario. El pobre hombre se para aturdido por aque-

lla metralla que le da en los ojos, en las narices, en las orejas. Entretanto Lafleur gana terreno, y muy pronto él y su compañero se hallan léjos de la quinta y de sus perseguidores.

—Par dice! dijo Lafleur, como nos perseguian los bribones! Me parece que has sido tan dichoso como yo y que has recibido alguna cosa.

—Si, dijo su camarada, rascándose la espalda; pero lo que á vos os ha tocado no debe haberos hecho mucho daño; en tanto que yo me resiento todavia....

—Imbécil..... mas me resiento que tú porque para un hombre como yo es afrentoso lo que le ha pasado. Yo hubiera preferido aquellos terribles garrotes á la vergüenza de recibir aquella maldita.....

—Cada uno tiene su gusto; yo mejor hubiera querido eso que los palos!

—Ya veo que tienes poco corazon! pero ya le haremos que se arrepientan!....

—Cómo! quereis todavia que nos rocemos de nuevo con esos malditos campesinos?

—Si; mientras mas obstáculos mas gloria! y no me disgusta tener en que ejercitar mi ingenio.

Jeorgina siempre ocupada con su pro-

yecto de fuga, temblaba que Lafleur no renunciase á su empresa en vista de los obstáculos que ofrecia. Aunque nada le contaron de la aventura de la mañana, le pareció oir á los viajeros reirse y cuchichear entre si, y el aire triunfante de Ursula la convenció que habia pasado algo de extraordinario.

Queriendo salir de tan penoso estado, Jeorgina aprovecha durante el dia el momento en que cree á todos ocupados, para salir silenciosamente de su habitacion. Tiene en su mano un nuevo billete, en el cual participa á Lafleur su cambio de domicilio.

Jeorgina atraviesa ligeramente el patio y sale como para ir á pasearse en el campo. Ya ha pasado el dintel y se felicita de haberse escapado sin que Ursula la haya visto, cuando volviendo la cabeza apercibe á la vieja que la sigue.

—Qué quereis, Ursula?

—Seguiros, señorita, porque al presente los paseos no están seguros.

—Es inútil, yo no temo nada.

—Pero yo temo por vos, y es lo mismo. No hay, pues, medio de desembarazarse de la vieja.

Jeorgina conoce que la vigilan de cer-

ca, y de cólera da á correr por el campo, tanto, que apenas Ursula puede seguirla; esto es lo que nuestra heroína quería: á la vuelta de un sendero ve á Lafleur; Ursula está léjos, pero no lo bastante para que no pueda ver; al momento hace Jeorgina una pelotilla con el billete, se lo echa á Lafleur, y se vuelve diciendo que quiere ya entrar en la quinta. La vieja ahogada por la carrera no desea cosa mejor, pero Lafleur ha cogido el billete y conoce que Jeorgina no era del complot formado por los campesinos, y se promete sacarla de la quinta durante la noche.

El audaz criado vuelve á buscar á su camarada; le manda tenga una silla de posta pronta á partir, y que la conduzca cerca de la quinta; despues, sin querer mas ayuda que la suya, espera con impaciencia la noche para poner en egecucion su venganza.



CAPITULO XX.

LOS FUEGOS ARTIFICIALES.



Era media noche; á esta hora solo hay despiertos en los campos los amantes, los ladrones y los perros. Lafleur no sospecha de ningún amante, no teme á los ladrones, y en cuanto á los perros, se ha provisto de ciertas bolitas contra las cuales debe estrellarse su vigilancia.

Lafleur se adelanta hácia la quinta. Llegado al pie de una tapia, se detiene y mira con atencion á todas partes: no ve ninguna luz ni oye el mas mínimo ruido.

Persuadido que todo el mundo duerme, escepto Jeorgina, coloca en el suelo una linterna sorda y un pequeño paquete. Bien pronto sabremos para que uso figuraba el paquete en este negocio. Las tapias eran bajas; Lafleur arroja una escala de seda en cuyas puntas hay dos ganchos de hierro; coje una linterna y el paquete, sube al asalto y hélo ya den-

tro del patio.

—Par diez! dice en voz baja Lafleur; señorita Jeorgina, me esponeis á mil peligros..... Si me vieran estos rústicos, ya estaba yo fresco!..... y es por vuestros hermosos ojos por lo que seria sacrificado..... pero he prometido llevaros á París, y un hombre honrado debe cumplir su palabra..... adelante!

Dá algunos pasos..... un perro se le avanza furioso ladrando: el criado preparado para este ataque, le echa las bolitas y se prepara para en todo caso combatir á su enemigo: pero el pobre César no sabe resistir á la tentacion; se arroja sobre las bolitas que le regalan y pasa de la embriaguez á la muerte.

Lafleur: despues de asegurarse de la muerte del perro, se dispone á penetrar en la habitacion de Jeorgina: teme que los ladridos de César hayan dado la alarma, pero entonces hará uso del paquete que es su último recurso; no debe emplearlo sino en caso estremo.

Pero qué encerraba este misterioso paquete? Nada que no fuese muy inocente, lector, como vais á verlo: un gran lio de petardos y de cohetes, cuya explosion, sin ser peligrosa, debia intro-

ducir el desórden en la quinta, y á favor del ruido, del tumulto y de la humareda, Lafleur contaba llevarse á Jeorgina, en el caso que esto no pudiese lograrlo por medios mas dulces.

Ya Lafleur ha dado varias vueltas al patio mirando con atencion cada ventana. Sin duda las del interior son las de Jeorgina, pero hay muchas. Dos escaleras conducen á las habitaciones..... pero cuál tomar?..... seria peligroso llamar á una puerta..... Lafleur titubea..... en fin, abren una ventana..... es Jeorgina, sin duda, que lo espera..... sin embargo, acordándose de la aventura de la mañana y no queriendo engañarse otra vez, Lafleur se aleja de la ventana, se coloca en frente, y espera que se den á conocer para hacerlo él.

Efectivamente es una muger la que se asoma á la ventana; Lafleur escucha.

—César!..... César!..... Ay! buen Dios! que le habrá sucedido á ese pobre perro!..... Oh! oh! esto no está muy claro! Es menester que yo me asegure por mi misma de lo que es.....

Cierran la ventana.

--Maldita vieja! esclama Lafleur, que ha reconocido á Ursula; será, pues, pre-

ciso que yo te encuentre en todas partes, y que te halles siempre para trastornar mis proyectos!..... Pero no renuncio á mi empresa..... Vamos pronto..... una idea luminosa..... la vieja vá á bajar..... encontrará al perro muerto.... alarmará la quinta!..... Para impedirlo es menester asustarla y obligarla á servir mi proyecto.

El criado se resguarda en un rincón; en una mano tiene la linterna y el paquete, y en la otra una gruesa estaca que acaba de coger. La vieja baja por una de las escaleras del fondo, con una luz en la mano; viene vestida muy sencillamente, pero las formas poco seductoras que designa su ligero trage, no son capaces para detener á Lafleur en sus proyectos de venganza.

Ursula se dirige á la guarida del perro, la visita..... pero César no está! Busca á su alrededor y ve al pobre animal tendido en tierra. Arroja un grito.

--Oh! Dios mio! el pobre César está muerto..... Ha sido envenenado..... Hay ladrones en la casa..... corramos.....

--silencio! maldita vieja, ó te mato!

Ursula levanta los ojos..... Lafleur está á su lado y la amenaza con su terri-

ble estaca..... ella cae de rodillas con la nariz contra el suelo.

--Vamos, volo vá! á qué tanto miedo; yo no soy un ladrón. No quiero vuestro dinero, solo si que me obedezcais, ú os mato, en castigo de haberme vaciado un servicio sobre la cabeza.

Aquí, levanta Ursula los ojos, y al reconocer á Lafleur parece menos espantada.

--Cómo, sois vos..... el de esta mañana.....

--Sí, yo soy: habiais creído que se quedaría así, eh?.....

--Cómo! Os incomodais por cosa tan corta?

--Cosa corta!..... calarme de la cabeza á los pies.....

--Ah! os aseguro que fue.....

--Callaos!..... y conducidme en seguida á la habitacion de Jeorgina.

--Y para qué?

--Eso no os importa.

--Pero.....

--Nada de peros, ó pego..... Andad.

Ursula no atreviéndose á resistirse, pareció resignarse; invitó á Lafleur á seguirla, atravesó el patio, subió una escalera, luego otra, pasó un corredor, bajó

otra escalera..... Lafleur se impacienta.

—Qué diablo de camino me haceis tomar?

—Ah! es que, ya lo veis, habíamos alojado á la señorita en un sitio muy retirado.

—Eso es lo que me parece!

—Era para que no sacasen al pájaro del nido.

—Pues os habeis tomado un trabajo inútil.

—Caramba! no creia yo que erais tan taimado!..... Pero, he aqui que ya hemos llegado.

Se hallaban entonces delante de una puerta que terminaba un largo corredor. Ursula llamó con fuerza. En vano Lafleur la invita á que no haga tanto ruido; la vieja continúa y llama nombrándose.

--Voto va! dice Lafleur; quizas no se levante porque vos la llamais!.....

Y se pone á llamarla por el ojo de la cerradura.

Al fin se oye ruido en la habitacion. Ursula quiere entonces alejarse, diciendo á Lafleur que ya no tiene necesidad de sus servicios, pero éste la retiene por el brazo, advirtiéndola que será menes-

ter que tenga la complacencia de pasar el resto de la noche en el cuarto de Jeorgina, donde la encerrará, por temor que no le de la gana de oponerse á su huida.

Ursula parece contrariada; permanece temblando, pero Lafleur no la suelta..... En fin, abren la puerta, y en lugar de Jeorgina se presentan delante de Lafleur tres mozos de la quinta.

--Caed sobre este bribon, hijos míos! esclama Ursula, haciendo por librarse de su enemigo; pero éste, lleno de rabia y de vergüenza de haberse dejado engañar, coje á la vieja por medio del cuerpo, la levanta y la arroja sobre sus contrarios... Este fardo los detiene, dos de ellos caen debajo de la vieja, y el desórden se introduce en sus filas.

sin embargo, los campesinos y la vieja se levantan y dan á correr detras de Lafleur, éste solo tiene tiempo para bajar los escalones cuatro á cuatro..... Llegad al patio quiere escalar de nuevo las tapias..... pero el miedo paraliza sus piernas y le hace no dar con la escala; oye á sus perseguidores que se aproximan, va á ser cogido..... Una puerta abierta se le presenta..... es la de un cuarto donde se encierra la leña..... y no pudiendo

do escojer en aquel momento los medios de evasión, entra y se encierra lo mejor que le es posible.

Apenas entra, llegan al patio los mozos de la quinta y buscan á Lafleur por todas partes.

—Es preciso que se haya escondido en ese cuarto, dice una voz que Lafleur reconoce por la de Ursula.

Los campesinos golpean la puerta; pronto la derribarán..... el peligro es inminente..... Solo le queda á Lafleur un recurso..... y va á ponerlo en egecucion: sin refleccionar en los peligros de hacer una esplosion en un cuarto lleno de leña seca, coloca su paquete en un rincon y se aleja todo lo posible, formando una mecha larga con la lana de que se ha provisto. Con su linterna, que ha conservado dichosamente, pone fuego á la mecha, y como el fuego adelanta lentamente, tiene tiempo de abrir la puerta y de salir del cuarto ántes que la llama haya llegado al artificio.

Los campesinos que ven salir á Lafleur, creen que se entrega voluntariamente. Ya se disponen á hacerle pagar caras sus habilidades..... cuando se oye una detonacion terrible; la quinta se es-

tremece; la puerta del cuarto salta con estrépito y cae hecha astillas; los campesinos se tiran al suelo, prorrumpiendo en espantosos gritos. Mientras gritan, huyen y se salvan, Lafleur mira á cada ventana..... apercibe á Jeorgina.....

—Vamos pronto! le dice, bajad al momento! es menester aprovechar el tumulto para salvaros.

—Pero, Lafleur, si estoy en camisa....

—Qué importa! tomad los vestidos debajo del brazo y en el camino os vestireis.

Jeorgina hace lo que le prescriben. Mientras baja, Lafleur apercibe con espanto salir del cuarto una espesa humareda y algunas llamas invadir las otras habitaciones.

El criado se asombra del efecto que producen sus petardos, prevee funestas consecuencias: pero el mal está hecho, y solo se trata de aprovechar sus efectos. Jeorgina llega, casi ahogada por el humo que se aumenta á cada instante.

—Oh! Dios mio! qué es eso, Lafleur?

—Nada, señorita, una picardigüela propia mia.

—Pero ese fuego?

—No temais nada!..... Son fuegos arti-

ficiales; dentro de cinco minutos no quedará de ellos ni señal. Aprovechémosnos, pues, del desorden para huir.

—Yo tengo la llave del jardín.

--Tanto mejor; salgamos por ahí y no seremos apercibidos.

Los fugitivos ganan precipitadamente el jardín: pronto se hallan fuera de su recinto. Lafleur hace correr á Jeorgina hasta el lugar en que aguarda la silla de posta; la jóven sube. Lafleur ántes de ocupar su lugar, dirige sus miradas hácia la quinta: ve torbellinos de llamas que lo invaden todo. La oscuridad de la noche hace aun mas espantoso aquel espectáculo.

--Diablo! dice Lafleur para sí; mi artificio ha ido mas allá de lo que yo queria! Ah! señorita Jeorgina! vuestra posesion cuesta cara á muchos.

Temiendo que la extraordinaria claridad causada por el incendio, no descubra á Jeorgina lo que ha sucedido, Lafleur manda á su camarada partir al galope, y bien pronto pierde de vista el teatro de sus hazañas.

CAPITULO XXI.

HABLEMOS UN POCO.



hora, señorita, que nos vemos en alguna seguridad y algo alejados de la quinta, debo instruiros de todo lo que debeis saber.

—Ya te escucho, Lafleur.

—Desde luego, señorita, debo advertiros que no os conduzco á los brazos del marques de Saint-Ange, por la sencilla razon, que está muerto.

—Muerto! Saint-Ange ha muerto!....

—Si, señorita; os causa sentimiento? yo lo creo, lo mismo me ha sucedido á mi que no me precio de muy sensible!....

—Ah! Lafleur, por qué no me lo has dicho antes?.... Si hubiera sabido la muerte de Saint-Ange, nunca hubiera consentido en.....

—En seguirme, no es esto? esa es justamente la razon por lo que nada os he dicho. Quería impediros que hicieseis una locura. Veamos, señorita; M. de Saint-

Ange ha muerto, es una desgracia; vos lo sentis, nada mas justo. Pero es preciso no creer que era el único hombre amable del mundo; los jóvenes hechos para agradar son muy comunes en este siglo; aquellos que para seducir no tienen mas que el oro, que son necios y ridiculos tampoco son raros. Los viejos, á quienes la locura estravia, la razon abandona, que remedan á los petimetres y que creen no se les ven las arrugas, porque se untan la cara, son tambien muy comunes en la sociedad. Ahora bien! señorita, una muger joven, linda y un poco advertida, hace de estas tres clases de personajes lo que le dá la gana. Los primeros ocupan el corazon; son los únicos por quienes se encuentra, en medio del torbellino de la vida, el momento de experimentar un sentimiento, que no dura nada, pero que al fin, ha sido verdadero. Los segundos sirven de juguete: su fatuidad, su necedad recrean: se les rie en sus barbas sin que lo conozcan; se les dice lo que se quiere, y su vanidad les impide creer que puedan mofarse de ellos. Los terceros, en fin, en medio de que se les debe compadecer, merecen que se les co-

rija de sus locuras : así , son ellos los que pagan las de los otros , y sino mueren en la miseria , es porque sus excesos les impiden prolongar por mucho tiempo su loca carrera.

Vos sois una de esas mugeres capaces de llevar con andadores á todos los personajes á quienes he pasado revista. Os he juzgado al primer golpe de vista: no tengo motivos ni para adularos ni para engañaros: no estoy tampoco enamorado de vos: así es que os digo la verdad , y os invito á que sigais mis consejos. No porque el señor marques no exista , debeis vos permanecer encerrada en una quinta. Habeis nacido para brillar y brillareis. Enjugad vuestras lágrimas; está permitido sentir á los muertos , pero no sacrificarles la felicidad de la existencia.

--En verdad , Lafleur , que predicas muy bien. En dónde has aprendido todo eso?

--Vaya ! señorita ; en teniendo buenas disposiciones , lo mismo puede formarse uno en las antecámaras que en los salones. Yo he nacido con el don de la elocuencia; y quiza seria hoy un famoso abogado..... si mi padre , es decir , el marido de mi madre , no hubiera descubierto

un día que su dulce mitad tenía yo no sé que cuentas con su maestro de dibujo. Irritado el hombre, hizo encerrar á su muger. (Eso se hacia entonces; hoy dia cuando un marido se queja de su muger y quiere pleitear en una causa de adulterio, todos lo miran como á un necio, digno de la casa de los locos.) Mi madre murió de dolor de no aprender el dibujo; mi padre, para olvidar la injuria hecha á su frente, se arruinó con las muchachas, y estas lo enviaron al cementerio. Yo quedé solo sin socorros y muy dichoso en poder entrar á servir, cuando debia haber sido servido, y todo porque mi madre queria pintar avanicos.... ó inestabilidad de las cosas humanas!..... pero volvamos á vos..... estais ya consolada de haberme seguido?

--Es preciso. Pero tú me has prometido.....

--Un tren magnifico..... lo tendreis.

--Y tú amo?

--Ah! mi amo..... es de la tercera clase de los individuos de que hace poco os he hablado.

--Cómo!.....

--Es viejo, feo, necio y ridiculo.

--Te doy gracias por la fineza.

--Y lo debeis hacer: un hombre asi es un tesoro para la muger. Pensad que es rico, y que hareis de él lo que se os antoje, porque habeis de saber que está enamorado de vos..... pero enamorado hasta perder el juicio.

--Pero, Lafleur, yo nunca lo amaré.

--Y quién os dice lo contrario? Ah! ya veo que tendré muchas cosas que enseñaros: quién diablos os ha metido en la cabeza que es preciso amar á las personas con quienes se tienen relaciones de interes? las dos cosas mas raras de este mundo son el amor fiel y la amistad desinteresada. El jóven que se casa con una viuda rica, el libertino que seduce á una inocente, los herederos que lloran á un viejo pariente, la jóven que acaricia á su anciano esposo; todos esos afectan el amor y la amistad que sienten. El mundo es un compuesto de visages y gestos que se llama politica, y de sujeciones á que dan el nombre de decoro. La sociedad se sostiene solo haciendo sus individuos un cambio continuo de cumplimientos y de promesas que no sienten. El hombre de talento aprecia todo en su justo valor; compara á las gentes del mundo á esos actores, que despues de haber

representado una escena de amor, se dan de bofetadas entre bastidores!..... en efecto, todos nosotros representamos una comedia; la diferencia que hay es, que nosotros no preveemos jamas el desenlace, que llega algunas veces en el momento en que menos lo esperamos.

--Asi , Lafleur , no debemos nunca creer lo que nos dicen?

--Ah! señorita, hay, sin embargo, sus escepciones. Si vuestra costurera os dice que vuestro vestido está mal hecho, vuestra doncella que teneis el cutis manchado, vuestro médico que no conoce vuestra enfermedad, vuestro amante que os es infiel, entonces podeis creerlos, porque ningun interes tendrán en engañaros. El interes, señorita, es el gran móvil de las acciones de los mortales; otros lo han dicho ántes que yo, pero me complazco en repetirlo. El interes que ejerce su influencia en el salon como en la antesala, en el palacio como en la cabaña, sino estuviera atemperado por el amor propio , pasion casi tan poderosa , pero mucho menos peligrosa, nos haria cometer muchas mas necedades..... aunque no hacemos pocas. Pero yo me dejo llevar por mi propension á la charlataneria; vol-

vamos á nuestro asunto: vos vais á ser el objeto constante de los cuidados de M. de Lacaille.

--Lacaille!..... acaso ese original!..... Me acuerdo de haberle visto..... yo no podía mirarle sin reirme.

--Tanto mejor; reios cuando os hable y creerá que son sus gracias las que os causan alegría. Vos cambiareis de nombre, el de Jeorgina no puede hermanarse con el tren que vais á tener!..... Os llamareis..... Mad. de Rosambeau.

--Madame! y por que no madamoiseille? tú sabes, Lafleur, que yo no soy casada....

--Ya!..... pero los miramientos..... en verdad, M. de Saint-Ange no os ha enseñado gran cosa!..... Qué diablo os ha enseñado?.....

--El amor.

--El amor!..... eso todo el mundo lo sabe. Hoy día á los quince años, cualquier jóven sabe hacer el amor como una mujer de treinta. Por otra parte, no creo que tengais muchas ganas de que M. de Lacaille os enamore?

--Oh! no.

--Bien! os llamareis Mad. de Rosambeau, nombre muy lindo y que no deja-

rá de hacer su efecto en el Marais. Seréis viuda y parienta de M. de Lacaille.

--Pero á qué todo eso?

--M. de Lacaille quiere presentaros en todas partes no como su querida, sino como su parienta; lo primero no sería decente; lo segundo dará que pensar; pero qué importa! el buen parecer será respetado, y esto basta. Pensad por otra parte que el vulgo califica de muger mal entretenida, á la beldad, que, como vos, debe sus riquezas á sus atractivos; en lugar de esto, con el título de parienta de M. de Lacaille, hago de vos una muger honrada.

--Y dejaré yo por eso de ser Jeorgina?

--No..... para vos, pero el *decorum*.

--Y ese viejo loco de Lacaille sabe tambien lo que yo soy.

--Sí, pero qué sabemos?..... puede que le dé el capricho de casarse con vos.

--Casarse conmigo! ay! gran Dios!..... mucho me disgustaría!.....

--Lo sentiriais!..... vamos, no conoceis aun el mundo! Cuantas mugeres, en vuestro lugar, se creerian dichosas en poder hallar un marido viejo que les diera, con una fortuna que disipar, el título de esposo, bajo el cual ocultarian sus locuras

pasadas, presentes y futuras! Pero, en fin, esto no es mas que hablar, pues nadie puede pensar que mi amo tenga idea de casarse: y si él quisiera, vos hariais lo que mejor os conviniese; os he puesto al corriente de lo que debeis saber; al presente podeis obrar á vuestro gusto.

--Si, mi querido Lafleur; pero, puesto que has concluido de enseñarme lo que yo debo hacer, es menester que á mi vez te haga conocer una circunstancia muy interesante, y respecto de la cual quiero que me aconsejes.

—Hablad, señorita, ya os escucho.

—Temo que lo que voy á decirte no contrarie un poco tus proyectos.....

—No es posible!

—En verdad, no me atrevo á decirlo.....

—No temais nada.

—Es que no sé cómo confesarte.....

—Vamos, no os bagais la niña!.....

—No, Lafleur, pero.....

—Pero qué?

—Que estoy en cinta.....

—Diablo! Y era eso lo que no os atreviais á decirme! pero si es una bagatela!..... cosas que suceden todos los dias; eso no debe apesadumbraros!.....

—Ah! Lafleur, me tranquilizas.

—Confieso, sin embargo, que esa circunstancia podrá ecsijir algunas precauciones en nuestra futura conducta. Desde luego, es preciso ocultárselo á M. de Lacaille. Los libertinos cuentan doblemente los años de una muger, despues de los hijos que ha tenido; y cuando no pueden atribuirse la paternidad se enfria su amor. Si vuestro hijo tuviera algunos meses de menos lo pondriamos en cuenta á M. de Lacaille, quien lo recibiria con gloria y reconocimiento, pero no siendo esto posible, lo mejor es ocultarle la aventura.

—Pero, cómo lo haremos?

—Nada mas fácil! M. de Lacaille se deja engañar tan bestialmente, que no hay miedo que sospeche nada. Ireis á pasar una temporada en el campo..... luego os pondreis mala.....

—Pero, qué haré de mi hijo?

—Ah! lo que querais, es cosa de que nunca me he ocupado. Por lo demas, estad tranquila; Paris es una ciudad muy cómoda; han establecido hospitales destinados á recibir los frutos de los corazones sensibles, y las mugeres de Paris son muy sensibles..... es la razon porque

se ven tantos espósitos.

Pero, hénos ya aqui delante de la casa que se os ha destinado; pensad en que ya no sois Jeorgina, sino que os llamis Mad. de Rosambeau.



CAPITULO XXII.

¡POBRE CARLOS!



Entretanto que Jeorgina, abandonada á los buenos consejos de M. Lafleur, huye de nuevo de la quinta y de su bienhechora para entregarse sin reserva á su gusto por los placeres, sepamos que hacia nuestro pobre Carlos, amante, como se ven pocos, de una muger como se ven muchas!

Creyendo que los gendarmes lo perseguian, viajó muchos días, y se detuvo al fin en una aldea, alojándose en la casa de un campesino. La situacion pintoresca de la cabaña le agradó, y se decidió á permanecer en este asilo, hasta que pudiese, sin peligro, reunirse á su pobre Jeorgina.

Carlos no se fastidiaba en la soledad: un amante nunca está solo y la imagen del objeto adorado lo sigue por todas partes. Jamas le sobra tiempo para entregarse á sus ideas, para dejarse arrastrar

de los sueños amorosos que le encantan; busca los bosques mas sombríos, los paseos menos frecuentados; le parece que alejándose de los seres que le son indiferentes, se aprocsima mas á su amiga. Sin embargo, algunas veces se desea desahogar el corazon en el seno de un confidente discreto. Bautista era el confidente de su amo. A la verded, este pobre muchacho, que no estaba enamorado, lo hubiera pasado mejor sin oír hablar todos los dias de la señorita Jeorgina; pero es menester tener paciencia con los amantes, los autores, los inválidos y las viejas coquetas.

Cárlos era un loco al abandonarse así á una pasion que solo le habia causado disgustos. Pero Cárlos solo tenia veinte años! y estaba desnudo de esperiencia. Jeorgina era su primer amor, y un corazon ardiente, una imaginacion ecsaltada conducen fácilmente á una cabeza jóven.

Un personaje inesperado vino un dia á sacar á Cárlos de sus amorosas ilusiones. Estando un dia paseándose en el bosque vió venir un hombre á caballo. Este hombre se aprocsima; es Dumon, el criado de confianza de sus padres.

—¿Cómo! eres tú, Dumon?

—Sí señor.

—Por qué casualidad? ¿Cómo sabías que yo estaba aquí?

—A fe mía, señor..... ha sido la señora vuestra madre quien me ha indicado este lugar.

—Mi madre?..... Y cómo lo ha sabido?

—Lo ignoro, pero estoy encargado de entregaros esta carta de la señora marquesa.

—Una carta, dámela pronto, Dumon.

Cárlos toma precipitadamente la carta y la abre. Dumont se felicita interiormente de la manera diestra con que ha contestado á las preguntas de su joven amo. Ya se sabe que Dumont habia seguido á Cárlos; pero como su edad le impedía ir tan de prisa como aquel á quien espiaba, no habia podido prevenir el duelo, pues no lo supo hasta el siguiente día de la muerte de Saint-Ange; por lo demas, habia mandado á la señora de Merville una fiel noticia de las acciones de Cárlos, y esta noticia no era en ningun modo favorable á Jeorgina.

Cárlos quedó vivamente asombrado del contenido de la carta de su madre; pues vió que conocia toda la conducta

de Jeorgina, El único reproche sin embargo, que Mad. de Merville hacia á su hijo, era el haber espuesto sus dias y la felicidad de sus parientes por una mujer indigna de su amor. Ella pensaba que corregido de su loca pasion. volveria al seno de su familia, que le tenia preparada una esposa sábia, linda, buena, dulce, que no era coqueta, y cuyas amables cualidades debian borrar con facilidad de su alma la imágen de aquella que la habia seducido desde luego.

Terminada la lectura de la carta, Carlos se dirige bruscamente á Dumont.

—Sabeis vos, Dumont, quién haya podido instruir á mi madre de los detalles que contiene esta carta?

Dumont muda de color, se turba; el rostro de su amo espresa la cólera y el despecho; conoce que es preciso callarse, y contesta balbuciendo:

—No señor.

—Basta; podeis partir.

—Y no teneis una respuesta que darme para mis pobres señores?

—No.

—Qué les diré entonces, señor?

—Lo que se os antoje.

—Pero, señor.....

—Dejadme.

Dumont se aleja tristemente, y sin deseansar va á volver á montar á caballo, cuando Carlos arrepintiéndose del modo con que ha tratado á aquel viejo y fiel servidor, corre á él y lo detiene.

—Dumont, tú debes estar cansado, por qué has de irte tan pronto? descansa antes algunos dias.

—Señor, sois demasiado bueno; pero la señora de Merville estará muy impaciente por saber el resultado de mi viaje!..... esperaba que no volveria solo!...

—Le dirás que te sigo de cerca, y que dentro de muy pocos dias estaré en el castillo.

—Cómo! de verdad, señor!..... tan buena noticia me hace olvidar todas mis fatigas y quiero corriendo ponerla en conocimiento de la señora.

—Buen Dumont!

—Ah! es que la señora os ama tanto! y se pondrá tan contenta!..... Siempre me estaba hablando de vos..... Con tal, me deeia, que olvidé á esa.....

—Vete, Dumont.

—Si señor, ya parto.

Dumont vuelve á subir á caballo y se

aleja. Carlos queda solo, indeciso sobre lo que ha de hacer. Tiene en la mano la carta..... la vuelve á leer. Encuentra que su madre ecsajera la conducta de Jeorgina. Sin duda esta ha cometido faltas; pero se arrepiente, ha vuelto á entrar en el sendero de la virtud y de seguro no se estraviará mas.

Lo que sobre todo impide á Carlos volver al castillo, es el párrafo de la carta en que le dicen que le aguarda una esposa encantadora. El jóven, siempre prendado de Jeorgina, encuentra muy mal que quieran disponer de él. Despues de esto se decide á volver á la quinta. Sin duda ya no piensan en prenderlo! va á ver de nuevo á Jeorgina, á juzgar si se ha corregido, y entonces..... oh! entonces sucederá lo que suceda! un enamorado no calcula tan léjos.

Prevenido Bautista, no desea otra cosa que dejar unos sitios donde se fastidia porque no está enamorado. Carlos paga generosamente á los campesinos que le han dado un asilo, y seguido de su criado se pone en camino para la quinta.

Los viajeros llegan á la caída de la tarde á Bondy. De alli la quinta no es-

ta léjos. Era el fin del otoño; el tiempo estaba sombrío, y una abundante lluvia había traspasado á los dos jóvenes. El pobre Bautista temblaba de frío sobre su caballo; sus vestidos estaban empapados de agua, pero Carlos no había querido detenerse en ninguna parte; tanta era la prisa que tenía en llegar. Buscaba con que reanimar el ánimo de Bautista.

—Vamos, un momento mas y te calentarás en la quinta.

—A fe mia, señor, vos no estais en mejor estado que yo; esta maldita lluvia que hiela al caer, debe haceros tambien temblar!.....

—Yo, Bautista, yo no pienso en eso.

—Sois muy dichoso, señor!..... ah! pero olvidaba que estais enamorado y que esto garantiza del frío!... ..

—El señor Bautista chancero!

—No señor..... oh! os aseguro que no estoy en estado de reirme.

Asi hablando, llegau los viajeros al terreno en que estaba situada la quinta; pero la noche está oscura y la lluvia continúa cayendo.

—Bautista, ves tú luz en alguna parte?

—Ah! Dios mio! no, señor, yo no veo nada.

—Es extraño!..... sin embargo debemos estar muy próximos á la quinta.

—Quizas nos hayamos perdido, señor.

—Oh! no!

—No faltaba mas que eso para acabarnos....

—Apesar de la oscuridad, yo reconozco este sitio..... ese tronco de árbol!.. la quinta debe estar enfrente de nosotros..... Avancemos.

Avanzaban siempre, pero nada veian ni apercibian ninguna luz.

—Es singular! decia Cárlos.

—Es muy desagradable! decia Bautista.

A fuerza de buscar, Cárlos se encuentra detenido por un pedazo de pared.

—Bautista, no sientes nada?

—Señor, yo no siento mas que la lluvia que me traspasa los huesos.

—Estamos delante de los restos de una casa.

—Lo creéis así, señor?.. ...

—Sigueme.

Cárlos sigue la pared, que le sirve de guia; bien pronto se hallan en medio de escombros : los caballos detenidos por montones de piedra, no pueden andar ; todo anuncia que están sobre

los restos de una casa. Carlos es herido de una idea terrible: ecsamina con espanto las ruinas que le rodean.

—Es aquí, esclama: sí, es aquí donde se levantaba la quinta de Juan; es aquí donde dejé á Jeorgina..... oh Dios mio! ha perecido ella victima de este espantoso desastre?

—Cómo! señor, creéis que estamos en la quinta?

—Sí, Bautista; andamos sobre sus ruinas.

—Ay! Dios mio! qué ha sucedido, pues, durante nuestra ausencia?

—Lo ignoro! no sé que conjeturas sacar de este acontecimiento!..... No me atrevo á fijarme en ninguna idea!..... todas son espantosas!..... Ah! Jeorgina! Y vos, buena Teresa, qué ha sido de vosotras!..... Estoy anonadado, Bautista.....

—Y yo, señor, yo estoy petrificado!

Entregado enteramente á sus ideas sombrías, temiendo y deseando saber lo que ha sucedido, Carlos permanece en medio de las ruinas; el frío, el cansancio, la lluvia que cae á torrentes, nada es bastante á sacarlo de sus tristes reflexiones. Bautista suspira, no se atreve á hablar y mira á su amo, cuyo estado

le aflige. Sin embargo, encuentra muy desagradable pasar la noche en medio del campo con un tiempo tan malo. Los restos de paredes no los libran de la lluvia; su situación es muy penosa. Bautista se decide á tomar un partido.

—Señor, teneis intencion de quedaros aqui?

—Y al presente dónde quieres que váyamos, mi pobre Bautista?

—A fé mia, señor; en cualquier parte estaremos mejor que aqui. No podemos pasar la noche en medio de estos escombros; por otra parte, mi querido amo, qué ganaremos con ello? No es permaneciendo aqui como podreis saber lo que ha sucedido á la señorita Jeorgina. Por qué abandonaros al dolor? nada prueba que ella haya sido envuelta en este desastre, y quiza puedan darnos noticias de ella en el primer lugar que paremos.

—Tienes razon, amigo mio; tú me vuelves la esperanza. Dejemos estos lugares ántes testigos de mi felicidad, y que solo me ofrecen hoy la imágen de la destruccion!

Bautista no se hace de rogar: mete espuelas al caballo y trota delante de su amo. Pero como hallar un asilo en me-

dio de la noche!..... El cielo se apiada de ellos y los dirige hácia una luz. Bautista se estremece de placer al distinguirla. Por fin, llegan delante de una pequeña casita de donde salia la luz y llaman á la puerta.

—¿Quién está ahí? pregunta una voz cascada y temblona.

—Abrid por favor, contesta Cárlos, y dareis la vida á dos viajeros que sabrán probaros su reconocimiento.

Apenas ha acabado de hablar, abren una ventana; una muger se asoma y grita:

—Me ha parecido reconocer la voz....

—Gran Dios! dice Cárlos, es Ursula!....

—Ay! es M. Cárlos..... esperad..... corro á abriros.

Ursula baja; Bautista se felicita de haber encontrado un asilo; Cárlos está vivamente agitado, va á saber si algo ha sucedido á Jeorgina, quizas á verla..... Ursula abre al fin; abraza á Cárlos, y mientras que Bautista ata los caballos debajo de un cobertizo, la vieja hace entrar al jóven en la casa.

—Venid, le dice; venid á ver á mi pobre ama!..... ah!..... yo no tenia mas esperanzas que vos!..... pero bien segura

estaba yo que volveriais.

Las palabras de Ursula hacen presentir á Carlos una parte de su desgracia: sigue á la vieja temblando y entran en una pequeña habitacion, en donde se halla Teresa ocupada en hilar. Esta se levanta y corre á abrazar á Carlos llorando. El jóven dirige á su alrededor inquietas miradas, pero en vano busca á Jeorgina!.....

—Ay! dice Teresa, adivinando su pensamiento: ella me ha abandonado de nuevo.

Carlos queda como anonadado y sin fuerzas para preguntar mas.

—Vamos, señor, dice Ursula, no merece esa señorita que uno se apesadumbre por ella como vos lo haceis. Si siempre la hubiérais juzgado tan bien como yo, no hubierais caído dos veces en sus redes. Lo mas triste de todo esto, es el incendio de la quinta, y á ella se lo debemos; por que no parece sino que ha nacido para hacer la desgracia de todo lo que la rodea.

Ursula hace á Carlos una fiel relacion de todo lo que ha pasado desde su partida. Ya sabemos que al subir Lafleur á la silla de posta con Jeorgina, habia re-

parado en los progresos que hacia el fuego, y se habia apresurado á alejarse al ver las consecuencias de su imprudencia.

Su artificio habia en efecto causado todo el mal posible; la mecha que debia haber volado los petardos, habia de paso prendido fuego á las ramas secas que llenaban la habitacion: bien pronto fue todo presa de las llamas. Los mozos de la quinta, asustados por la detonacion, huyeron creyendo que el diablo iba á sus alcances, y sin reparar en el incendio que se comunicaba á todas las habitaciones. En vano Ursula quiso detenerlos, gritándoles que viniesen en socorro de su pobre ama; los campesinos estaban demasiado espantados por la explosion, que creian sobrenatural, para que prestasen atencion á los gritos de Ursula. La pobre criada volvió sola junto á su ama, y la ayudó á salvarse de la habitacion que el fuego comenzaba á invadir. Las dos mugeres gritan, corren por la campiña; pero á media noche y en despoblado, dónde encontrar socorros?..... Los gritos son inútiles; ya no hay medio de detener los progresos del fuego.

Viendo que son vanos todos sus gri-

tos, la pobre Teresa se sienta al pie de un árbol frente de la quinta, y desde allí contempla los estragos del incendio, y ve desaparecer en poco tiempo y sin que á ello pueda oponerse, el asilo en que ha pasado una parte de su vida, donde esperaba encontrar el reposo en su vejez, y cuya pérdida va á reducirla á la mendicidad.

El tiempo de la cosecha habia pasado: todos los graneros de la quinta estaban llenos, y todo es presa de las llamas. Solo queda á la pobre Teresa el recuerdo del bien que ha hecho; triste recurso en la indigencia! porque jamas se debe contar con el reconocimiento de aquellos á quienes se ha servido.

No obstante, los habitantes de Bondy eran humanos: al saber la desgracia acaecida á Teresa, se apresuraron á abrir una suscripcion para darle un asilo y con que poder subsistir. Los aldeanos encontraron al nacer el dia á Teresa sentada cerca de Ursula y contemplando con apagados ojos los restos de su habitacion y de su fortuna. La pobre muger recibe sin ruborizarse los donativos de aquellas buenas gentes: su conducta no la asombra porque en su lugar ella hubiera he-

cho otro tanto.

Ursula no quiere dejar á su pobre ama, y trabaja sin descanso con el fin de ayudarla. Para Ursula el reconocimiento era un placer.

Cárlos escucha la relacion de la buena vieja sin interrumpirla; se siente abrumado, y pierde de nuevo todas las ilusiones que han engañado su corazon. Pero pronto sale de aquel estado de estupor; los celos, el despecho, el furor se apoderan de sus sentidos. Jura vengarse de la infiel; quiere perseguirla por todas partes, echarle en cara su mala conducta, sus desórdenes, y abandonarla en seguida para siempre; pero quiere que ella sepa que la odia, que la desprecia tanto como la habia amado.

El pobre jóven no estaba en estado de soportar tantas y tan reiteradas emociones: el cansancio, la noche que habia pasado enteramente espuesto á la tempestad, habian inflamado su sangre. El mismo dia de su llegada en casa de Teresa una fiebre ardiente se apoderó de él, y le obligó á guardar cama, en la que una grave enfermedad, causada por la reunion de los dolores fisicos y morales no tardó en poner sus dias en peligro.

El mas violento delirio se manifestó. Teresa y Ursula prodigaron al enfermo los mas tiernos cuidados. Bautista corrió al pueblo á buscar un médico.

Pero, por desgracia, no sabiendo Bautista á donde dirigirse é impaciente por llevar socorros á su amo, fue en casa del barbero para saber dónde vivia un escualpio. El barbero era tambien médico, al menos asi lo creia él, y sabia lo bastante para curar una herida, hacer una sangria, mandar una tisana, arrancar un diente, componer pildoras, y enterrar á su enfermo como pudiera hacerlo cualquier otro.

El barbero persuadido de su mérito, se guarda bien de indicar al criado dónde vive el médico, y le hace creer que es él solo en todos aquellos alrededores para curar las enfermedades, asegurándole que al momento el estado de su amo cambiará.

Llegan á la casa. El barbero examina á Carlos, y declara que tiene mucha sangre, que la violencia de la fiebre es causada por la opresion de los órganos, que las fibras que corresponden al cerebro están tan tirantes, que la cabeza del enfermo está en peligro de saltar,

que tendrá frenesi, locura, hemorragia si no se trata de remediarlo, y que para el efecto, es menester aplicar al enfermo sesenta sanguijuelas entre los muslos y los riñones.

Es menester decir que, por desgracia de Cárlos, el barbero, en su último viage á Paris, habia hecho una gran provision de sanguijuelas creyendo que podría venderlas beneficiosamente en su lugar. Pero apesar de sus ordenanzas, de sus discursos y de su retórica, los lugareños tenian tal aversion á los animalitos que no pudo lograr vender ni siquiera una. Es menester, pues, atribuir á esta causa, la diligencia del barbero en colocar su mercancia sobre el primer extranjero enfermo que le enviase la Providencia.

Gracias á este ingenioso remedio, Cárlos se balló muy pronto sin fuerzas para moverse; á la verdad, el delirio le habia dejado, y nuestro médico hacia alarde de su saber.

--Pero, decia Ursula al barbero, este hombre ya no tiene mas que el aliento.

--Y eso que le hace, si el aliento es bueno, si nada queda en él de impuro!

--Pero, señor doctor, si ha perdido to-

das sus fuerzas!

-- Tanto mejor; es que la fiebre le ha dejado.

-- Si apenas puede hablar!.....

-- Bueno ; prueba que sus órganos no están irritados.

-- Pero sus ojos están estinguídos!

-- Bravo ; es que la locura ya no los aaima.

-- Con todo eso, á mi me parece que no va bien!

-- Está como debe estar.

-- Parece que no le quedan dos dias de vida.

-- No os digo lo contrario, pero si que morirá enteramente curado

-- Me gusta el consuelo! tanto vale que fenezca enfermo!

-- Qué fenezca enfermo!..... buena muger! qué decís?..... qué seria de mi reputacion..... pero, tranquilizaos. este jóven todavia no está muerto, y esta tarde le aplicaremos tres docenas de sanguijuelas en el bajo vientre; si esto no basta, pondremos en uso las ventosas; es un remedio nuevo, muy á la moda. Yo no sé de donde nos ha venido pero es menester convenir que es muy lindo!..... cuarenta puntas de lancetas que

os entran al mismo tiempo en la carne y os dibujan el cuerpo de mil maneras diferentes!..... quedáis pintado como un píncipe caribe!

—Ay! Dios mío! cuarenta heridas á la vez!.....

—Eso no hace daño. Por otra parte, yo mismo acabo de componer el instrumento necesario con todos los pedazos de navajas de afeitar que he podido reunir, y no me vendrá mal ensayarlo sobre mí enfermo.

Mientras Carlos yacia moribundo, su familia se entregaba á la alegría. Dumont, al volver al castillo, habia asegurado á Mad. de Merville, que dentro de algunos dias volveria á ver á su hijo, y que su carta debia producir todo el efecto que ella habia esperado.

—Qué dichosa voy á ser! dijo Mad. de Merville. Mi hijo ya no me abandonará mas. Querida Alejandrina, vas á ver á mi Carlos, y juzgarás por tí misma si es digno de ser amado.

La señorita Alejandrina se sonrie, porque le habian dicho que M. Carlos era muy lindo mozo, y á los diez y seis años todas reparan en esas bagatelas.

Esta jóven era la futura esposa, de

quien hablaba Mad. de Merville en su carta. Alejandrina era la hija del vecino con quien pasaba Mr. de Merville la mitad de su tiempo.

M. de Saint-Ursin era un buen hombre, y tenia lo que muchas gentes no tienen, y era la complacencia de escuchar pacientemente las cosas que ya le habian contado, y que en nada le interesaban. Mr. de Merville, con su modo de ver las cosas, hacia comunmente largos discursos sobre la dificultad de encontrar un segundo si mismo; su vecino escuchaba tranquilamente la habladuria del marques, y éste no podia pasarse sin M. de Saint-Ursin.

Pero la señorita Alejandrina que no se divertia con los discursos de Mr. de Merville, se fastidiaba en el gran castillo de su padre. Estar sola á los diez y seis años una gran parte del dia es muy triste: dichosamente para la jóven la señorita de Merville, descubriendo las amables cualidades de Alejandrina, rogó á su padre que se la confiara por algun tiempo. Pronto la amistad mas sincera reunió dos corazones hechos para entenderse.

Alejandrina poseia cuanto es necesario para agradar, y unia á los dones de la

naturaleza las cualidades del corazón. Carlos no debía, pues, permanecer insensible cerca de tantos atractivos; dos ojos encantadores, cuya brillantez estaba atemperada por pestañas de ébano, una boca graciosa, cabellos de un castaño claro, que se rizaban naturalmente sobre una frente magestuosa, un talle agradable y formas seductoras, tal era Alejandrina, la jóven á quien la señora de Merville ardía en deseos de llamar su hija.

Pero nuestro enamorado jóven no soñaba en casarse; pálido y sin movimiento, no era mas que una sombra de si mismo. El fiel Bautista sentado al lado de la cama de su amo, contemplaba en silencio el cambio espantoso que en algunos dias se habia verificado en todas las facciones de Carlos,

—Oh! maldito médico de barbas!..... esclamaba á cada memento el pobre criado, tú, con tus malditas sanguijuelas, tienes la culpa de que mi amo esté en tal estado!..... Pero, guárdate!..... si M. Carlos se muere, te mato.

En este momento entra el barbero en la habitacion de su enfermo y se aproxima al lecho.

—Cómo está vuestro amo?

—Mal.

—Veamos..... Efectivamente; el pulso está irritado, la tez inflamada..... hay plétora... el quilo se convierte en sangre, vamos á aplicarle las ventosas y todo se acabará.

Bautista, al oir hablar de ventosas, cree que solo se trata de dar aire al enfermo, y no se opone á ello; pero cuando vé que el barbero saca de su bolsillo un largo instrumento enriquecido de puntas agudas, y que con esta máquina diabólica se dispone á traspasar el cuerpo de su enfermo, se enfurece y se precipita entre su amo y el barbero.

—Yo no tengo necesidad de vuestra ayuda, jóven, dice tranquilamente el barbero, equivocándose acerca de la intencion de Bautista.

—Mi ayuda!..... Muy léjos de ayudaros os prohibo tocar á mi pobre amo con esa máquina infernal!

—Vos me lo prohibis, vos..... ignorantillo!.....

—Si, yo; vos quereis matar á mi amo!

—Imbécil!..... yo quiero sanarlo, y por lo mismo ventosearlo.

—Fues no lo ventoseareis.

—Si lo ventoscaré!

El barbero se adelanta; Bautista no retrocede. Nuestro esculapio que ve solo que es un adolescente el que tiene que combatir, quiere echarlo, pero Bautista se vuelve un leon; empuja al barbero tan rudamente que lo envia contra una alacena; la peluca del doctor se agarra á una fuente llena de huevos; la fuente cae, los huevos ruedan y se rompen sobre la nariz, ojos y cara del doctor; éste se levanta furioso, la cabeza como un niño de Jesus y la cara como una tortilla.

Bautista lo esperaba á pie firme, armado con un cántaro y con el mango de una escoba. El doctor se arroja sobre su enemigo; éste lo aporrea, lo empuja y al hacerlo recular, lo hace caer en un cofre, en que Ursula habia puesto su provision de harina. El barbero se remueve y prorrumpe en gritos de furor: la harina se le habia mezclado á los huevos y habia formado una pasta sobre el rostro y los ojos de nuestro hombre, que le imposibilitaba el ver.

Bautista que era un enemigo generoso, retira á su adversario del cofre de la harina, le mete en el bolsillo el pre-

cio de sus visitas y de sus sangrias, y en seguida poniéndolo en la puerta de la casa, llama á un muchacho para que conduzca al barbero, ciego, á su domicilio. El pobre barbero, avergonzado y confuso, atraviesa el pueblo, con su máscara sobre el rostro, escoltado por todos los muchachos de los alrededores, y jurando, aunque tarde, no pretender ventosear á nadie.

Gracias á este acontecimiento, el barbero abandonó á su enfermo. La naturaleza triunfó de las sangrias, y después de una larga convalecencia, Carlos recobró la salud.

Solo al cabo de dos meses de permanencia en casa de la buena Teresa, fué cuando Carlos pudo dejarla.

Este habia conservado de su enfermedad una secreta melancolia, que anunciaba que su corazón no estaba tan curado como su persona. Bautista no se atrevia á preguntar nada á su amo: sin embargo, al anunciarle que todo estaba dispuesto para la marcha, le recordó que hacia tiempo que lo esperaban en el castillo. Carlos no respondió. Se despidió de aquellas que habian desplegado para con él tan tiernos cuidados, y obligó á Teresa

que aceptase una bolsa, que encerraba una suma, bastante á garantirla de la miseria durante el resto de sus días.

Cuando estuvieron en camino hizo Bautista trotar su caballo detras del de su amo, aguardando con impaciencia que aquel tomase el camino de la Lorena; pero pronto quedó tamañito al ver á Carlos volver las riendas y dirigirse hácia Paris.

—Vamos, dijo en voz baja el fiel criado; no hay esperanzas de que se cure; está hechizado.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

The first part of the paper is devoted to a
 description of the general character of the
 country, and to a notice of the principal
 towns and cities. The second part contains
 a description of the climate, and of the
 principal occupations of the people. The
 third part is devoted to a description of the
 principal rivers and lakes, and to a notice
 of the principal minerals. The fourth part
 contains a description of the principal
 towns and cities, and to a notice of the
 principal occupations of the people. The
 fifth part is devoted to a description of the
 principal rivers and lakes, and to a notice
 of the principal minerals. The sixth part
 contains a description of the principal
 towns and cities, and to a notice of the
 principal occupations of the people. The
 seventh part is devoted to a description of the
 principal rivers and lakes, and to a notice
 of the principal minerals. The eighth part
 contains a description of the principal
 towns and cities, and to a notice of the
 principal occupations of the people. The
 ninth part is devoted to a description of the
 principal rivers and lakes, and to a notice
 of the principal minerals. The tenth part
 contains a description of the principal
 towns and cities, and to a notice of the
 principal occupations of the people.

THE END OF THE WORLD

INDICE DEL TOMO PRIMERO.

CAPITULO I. Un interior.--Las malas lenguas.	<i>Pág.</i>	5.
CAP. II. Un domingo --Comida.--Eva- sion.		10
CAP. III. El arrendador Juan.		18
CAP. IV. La diligencia.		24
CAP. V. El meson.		32
CAP. VI. Aventuras de la noche.		41
CAP. VII. Partida.--Llegada.		57
CAP. VIII. Cuadros campestres.		61
CAP. IX. El amor entra en escena.-- Permanecerá en ella la inocencia?		70
CAP. X. La tempestad.--Nuevos per- sonajes.		93
CAP. XI. El primer paso.		103
CAP. XII. La recompensa de un bene- ficio.		122
CAP. XIII. un amante como hay pocos		129
CAP. XIV. Estancia en Paris.		137
CAP. XV. La entrevista.		150
CAP. XVI. Vuelta á la quinta.		156
CAP. XVII. El diablo se mezcla.		163
CAP. XVIII. Retrato de un hombre del dia.		169
CAP. XIX. Hace Laffleur de las suyas.		187

CAP. XX. Los fuegos artificiales. . .	196
CAP. XXI. Hablemos un poco. . .	206
CAP. XXII. ¡Pobre Carlos! . . .	217

JEORGINA.



JEORJINA

POR

PAUL DE KOCK

TOMO II.

TRADUCIDA POR D. S. C.



MALAGA: 1845.

IMPRESA DE MARTINEZ DE AGUILAR.

CALLE DEL MARQUES.





JEORGINA.

CAPITULO I.

MADAMA DE ROSAMBEAU.



afleur cambia de modales con Jeorgina desde que entran en la casa, de la que esta va á tomar posesion.

Plaza, plaza á Mad. de Rosambeau! esclama Lafleur haciendo en el patio un ruido infernal.

Jeorgina que no ve á nadie, no sabe porque aquel grita que le hagan lado: pero bien pronto los criados, despertados

por los gritos de Lafleur, acuden á presentar sus respetos á su ama, que llega á medio vestir: pero que importa! es presumible que venga del baile. Los subalternos no se inquietan de lo que la señora ha hecho antes de tener una casa, una carroza y lacayos.

Jeorgina que no tiene calor (todos se acordarán del modo en que dejó la quinta) manda que la conduzcan á su aposento, Lafleur la lleva por una serie de habitaciones muy elegantes y se detiene en un delicioso gabinete, en el que aparece una jóven de veinte años, con una carita algo ajada y una mirada picaresca! es la doncella de la señora.

—Os presento á la señorita Rosa, dice Lafleur á Jeorgina; es una jóven de mérito muy raro, y sabe todo lo que se puede saber á su edad: peina bien; cuenta de una manera muy agradable la anecdotita del día; es viva, sagaz, discreta, sabe engañar á un celoso, proteger á un amante, calumniar á un rival, fraguar una intriga, hacer deslizarse un billete amoroso; en fin, es propósito para todo. Espero, señora, que os convendrá perfectamente.

Jeorgina sonríe á la señorita Rosa, quien le hace una linda reverencia y se retira.

—Al presente, señora, continua Lafleur, porque no debo llamaros de otra manera, estais en vuestra casa. Yo voy á reunirme con mi amo, que estoy seguro, estará muy deseoso de saber el resultado de mi viage. El pobre hombre va á quedar encantado!... Esperad su visita para esta tarde.

—Como! Lafleur, tan pronto.

—A su edad, no se puede perder tiempo.

—Y que le diré yo?

—Todo lo que se os antoje; se ha visto jamas á ninguna muger embarazada en una entrevista amorosa!..... Ya os entendreis.

—Pase el entretenimiento; pero su amor.....

—Par diez! un amante de sesenta años no es muy temible!..... Esos caballeros hacen rueda en sociedad; afectan un lenguaje libertino, modales diestros, y quieren pasar por unos amables disolutos..... Pero en una entrevista no se reconocen..... Oponerles resistencia, mostrar que se les teme, he aqui lo que es me-

nester, y seria jugarle una mala pasada el ceder; pero las mugeres tienen mucha penetracion para ello: seria menester ser muy perversa ó muy inocente para ponerlos á prueba.

—Vamos tu me tranquilizas Lafleur; pero este niño.....

—No nos cuidemos de ello! por otra parte os he rodeado de gentes con quienes podeis contar. Vivid sin inquietud; vos sois linda, yo os protejo; mi amo es un necio, vuestra doncella muy astuta; y con todo esto bien se pueden arrostrar los acontecimientos.

Luego que queda sola admira Jeorgina su casa, sus muebles, sus adornos y forma mil proyectos encantadores. Olvida lo pasado y no piensa en el porvenir: es el medio de ser dichoso.

Sigamos á Lafleur á casa de Lacaille: Luderliche se apresura á abrir al hombre de confianza, quien despues de haber visto al perro, á la mona y al papagayo, llega al cuarto de su dueño.

Un claro-oscuro reina en este asilo del misterio. Lafleur andando sobre la punta de los pies, se aprocsima á un lecho adornado de colgaduras de tafetan color de rosa con franjas de plata. Pe

queños amorcitos con guirnaldas de flores, estan colocados por encima de un espejo que termina y reproduce el cuadro. Desgraciadamente M. de Lacaille mas bien se parece á un marmiton que á un amor y los céfiros que le rodean forman con él un grosero contraste.

Lafleur apercibe á su amo enterrado debajo de las almohadas y la cobertera. Un no interrumpido ronquido prueba á Lafleur que M. de Lacaille no le ha oido entrar; pero seguro del placer que va á causarle se decide á despertarlo. Lacaille se vanagloriaba de tener el sueño estremadamente ligero; sin embargo los papirotazos que Lafleur le administra en la nariz no bastan á sacarlo de su letargo; el celoso criado se ve obligado á aplicarle fuertes puñetazos en la espalda, en fin Lacaille abre los ojos, estien- de los brazos, apercibe á Lafleur, y se despierta del todo.

Encantado de volver á ver á su mensajero de amor, Lacaille se sienta sobre su lecho. Lafleur se excusa de haber turbado el reposo de su amo; pero la noticia que le trae no debe espimentar retraso.

Este preámbulo colma de gozo á nues-

tro viejo enamorado. Lafleur le cuenta como ha logrado despues de muchas penas, de acontecimientos y de obstáculos insuperables á cualquier otro, conducir á Paris á la encantadora Jeorgina, quien, bajo el nombre de Mad. Rosambeau, espera, en la casa que le ha destinado, que su vencedor el seductor Lacaille vaya á jurarle amor y fidelidad.

Lacaille queda trasportado de alegría; su embriaguez ha llegado á su colmo; da vueltas en la cama; no puede estar un momento quieto y por último salta en camisa al suelo.

M. de Lacaille quiere vestirse en seguida; en vano Lafleur le hace observar que Mad de Rosambeau, habiendo viajado toda la noche, debe tener necesidad de reposo, y que no la puede ver tan temprano: el viejo loco nada escucha. Pero debiéndose vestir y adornar con perfeccion, esto le ocupará toda la mañana y Lafleur se tranquiliza.

Nada se hecha en olvido para hacer de Lacaille el señorito mejor cuidado. Las pieles de conejo, las cotillas, el blanquete, las pomadas, los rizos vienen á un tiempo. Le meten las piernas en los pantalones, pero es necesario subirselos

á la cintura. Lafleur trabaja con dos lacayos para hacer entrar en ellos la barriga y la trasera de su amo; ya Lacaille ve designada sus formas seductoras; pero crac!..... al respirar hace estallar la tela, las hebillas saltan, los tirantes se rompen..... y la ilusion se destruye.

Lacaille echa pestes contra su sastre, no atreviéndose á hacerlo contra la gordura de su trasero.

—Esos bribones no saben ni aun pegar un boton!

—Es verdad, señor.

—Lafleur, dame mi pantalon de punto, me contentaré con el, ya que es preciso.

—Ah! señor os sienta á las mil maravillas..... os hace buen cuerpo!.....

—Lo encuentras así!..... vamos lo guardaré.

En fin la operacion se ha concluido, y M. de Lacaille pudiendo apenas moverse, tan ajustado le está el pantalon, y teniéndose con trabajo sobre unas botas á lo husar, cuyos tacones tienen tres pulgadas de alto, se dirige contoneándose hacia la morada de su divinidad.

Era cerca del medio día, Jeorgina aun estaba en la cama. Rosa viene á anunciarle que un caballero quiere hablarla.

—Qué? tan pronto.

—Ah! señora! si supierais que bribonzuelo con tanta gracia!.....

—Ya adivino lo que será.

—Voy á decirle que estais aun en la cama y no podeis recibir.

—No, Rosa tarde ó temprano tengo que verle, prefiero salir del paso cuanto antes..... Rosa, tú permaneceras en la puerta, pronta á acudir cuando toque la campanilla.

—Si señora.

—Di á M. de Lacaille que puede entrar.

Rosa va á buscar al viejo anfitrión. Entretanto Jeorgina se acomoda en la cama y se echa á un lado con gracia el gorro que sujeta una parte de sus cabellos. A que vienen todos esos aprestos para M. de Lacaille?.... una muger quiere siempre parecer linda, siempre agradar, aun á los mismos á quienes no puede querer.

--Lacaille es introducido y Rosa se retira. La vista del lecho donde descansa

su hermosa causa á nuestro enamorado tal sensacion, que se queda en medio de la sala sin poder dar un paso. Jeorgina, creyendo que no se atreve á hacer ruido, levanta la colgadura, y lo ve inmovil, con la boca abierta, los ojos medio inflamados: entonces no puede contenerse y suelta una carcajada: Lacaille recobra la palabra.

--Perdon, hermosa señora, sí.....

- Ja! ja! ja!

--La emocion que la vista de vuestros encantos, revelados por la escasa claridad.

--Ja! ja!

--En fin hermosa señora..... no debe causar asombro que me quede corto al ver tantos atractivos.

El pobre Lacaille estaba tan turbado que no sabia que decir. Jeorgina tuvo compasion de su embarazo, y moderó su alegria.

--Y bien! caballero, no os aprocsimais... os causo acaso miedo.

--Ah! hermosa señora! de que se puede tener miedo con vos!...

Lacaille encantado de esta agudeza recobra su presencia de ánimo. Se aprocsima saltando y se sienta al lado de la

cama de Jeorgina.

--Temo, hermosa señora, haber turbado vuestro reposo, por haberme presentado muy de mañana.

--Nada podia haber sido, caballero tan agradable para mi.

Aqui Lacaille se frota la barba de gusto, sin advertir que se quita una parte de los polvos que cubren su rostro. Jeorgina se muerde los labios, para no reirse.

--Me atreveria á preguntaros, hermosa señora, como habeis encontrado esta casa.

--Soberbia; todo lo que contiene es del mayor gusto.

--Ya lo creo!..... me ha costado bastante caro!.....pero siempre me ha gustado hacer locuras!.....

--La juventud no tiene mas que un tiempo.

--Es verdad: yo no he sabido jamas moderar mis pasiones!

--Bien se conoce al veros!

Muy bueno en verdad!

--A vuestra edad no puede uno corregirse.

--Eso me han dicho mas de cien veces.

—La razon es muy debil cuando se tiene un corazon sensible.

—Yo siempre he sido sensible..... y siento, hermosa señora, que lo soy aun mas á vuestro lado. Vuestros ojos son las centellas de la antorcha del amor.

—Ah! caballero, sois demasiado galan.

Lacaille quiere respirar para acabar de probar su ternura; pero acordándose de la aventura de los pantalones, se contiene, y su oprimido pecho no deja escapar sino un sordo ronquido que asusta á Jeorgina.

--Ah! caballero, estariais malo?

--No estoy malo, sino á vuestro lado, hermosa señora, y este es un mal..... por un bien!

--Os confieso que no entiendo lo que quereis decir.

—Lo creo..... vuestras miradas trastornan mis ideas.

Si mis ojos os hacen perder la razon voy á cerrarlos.

—No hagais tal, por favor..... por otra parte no seria tiempo!..... (Nuevo ronquido.)

—Pero en verdad, caballero, creo que os vais á ahogar.

—Es viento que tengo en el vientre.

—Quizas esteis incómodo con vuestros vestidos?

—Nada de eso, hermosa señora, nada de eso.

Lacaille para hacer ver que los pantalones no le incomodan, se agita en su asiento como un endemoniado: se vuelve y se revuelve tan continuamente que su frente mana sudor. Jeorgina tambien se vuelve en su lecho para no reirse en las barbas de su viejo adorador: este á cada movimiento de la hermosa burlona apercibe formas encantadoras: crece su ardor, se apodera de una mano muy blanca y aprocsima mas su silla.

—Cuidado, caballero, os vais á caer, no os trepeis tanto en vuestra silla..... el suelo está muy resvaladizo.....

--No podria dar mas que una caída dichosa.... Hermosa señora, me han dicho que habeis dejado sin sentimiento la quinta que habitabais?

--Es verdad, caballero; nada tenia para mi de agradable.

--Esta mansion os agradará mas?

--Sin duda.

--Los placeres nacerán bajo vuestros pasos: quiero fijarlos cerca de vos. Para ello pongo ciertas pequeñas condiciones.

—Condiciones.

—Muy leves! Lafleur ha debido instruirnos.

—Hay cosas que espresa mejor uno mismo que por la intervencion de otro!....

La bribona quiere impeler á Lacaille, á que se explique: este ve que es el instante de hacer su declaracion; tose, suspira, se rasca la oreja, se descompone los rizos, tiende la pierna, y dirige á Jeorgina una mirada que procura hacer mas que maligna.

--Que podré yo deciros, muger adorada, que no hayais ya adivinado? Mi corazon no me pertenece, os adoro..... simpatizad con mis tormentos.

Lacaille, que se siente inspirado, estrecha con fuerza la mano de Jeorgina, pues conoce que ha llegado el momento de triunfar. Un amante de veinte años lo hubiera ya hecho, pero á los sesenta se va en todo mas despacio. Lacaille conjura á Jeorgina que ponga fin á sus tormentos: esta sonrie con malicia á su tímido amante..... Lacaille besa con trasporte la mano de que se ha apoderado..... Jeorgina quiere retirarla, pero el viejo se ha vuelto temerario; quiere besarlo todo, se pone en pie..... va á inclinarse..... y

oh desgracia!..... así como lo había previsto Jeorgina, las suelas de sus botas se escurren por el suelo..... quiere ampararse de las colgaduras; las arranca..... y cae pesadamente al pie de la cama, desapareciendo su cabeza en un vaso de noche que se halla allí para completar su infortunio.

Jeorgina ríe como una loca; sin embargo viendo al cabo de algunos minutos que M. de Lacaille permanece debajo de la cama, temiendo que no le haya sucedido algún accidente suena con fuerza la campanilla. Rosá acude: la vista de Lacaille tendido debajo de la cama, forcejando por retirar su cabeza del vaso nocturno, causa risa á la joven doncella, y no tiene fuerzas para ayudar á Lacaille á levantarse. Jeorgina que se apercibe entonces de la situación de su seductor mezcla sus carcajadas á las de Rosa.

En fin Lacaille logra desembarazar su cabeza, se levanta. Jeorgina quiere mostrarse seria, pero el descompuesto semblante del pobre hombre no es á propósito para moderar su alegría. Lacaille, que necesita ponerse en un estado mas decente, toma su sombrero, su junquito, y afectando también reírse del pequeño

accidente que le ha sobrevenido, besa la mano de Jeorgina, le anuncia que vendrá á la noche por ella en su carruaje y se aleja felicitándose de su primer suceso.

Al ver á su amo, Lafleur teme que la primera entrevista haya sido tempestuosa; pero se tranquiliza al notar la alegría de M. Lacaille.

—Mi querido Lafleur; soy el mas dichoso de los hombres..... Dame el agua de olor.

--Si señor... aqui está... Parece que vuestros amores están en buen camino?

--Si, Lafleur, llegué. vi y vencí!

--Y os habeis caido á lo que parece?

--No ha sido nada..... Que muger, amigo mio!.....

--Esto huele de una manera!.....

--Qué de gracias!

--No os habeis herido, señor?

—No, amigo mio; todo en ella es divino, su boca, sus ojos, su seno, sus.....

—Vuestra peluca hiede tambien.

—Como la estrechaba!

—Y está mojada?

—Con que ternura se defendia!

--Vuestra nariz está toda desollada!

--Esa muger me hará perder la cabeza,

--Es menester que tomeis algun vulnerario, señor.

Entanto que Lafleur se da al diablo para adivinar, como su amo en semejante estado puede venir tan satisfecho, Mad. de Rosambeau habla con Rosa del personaje que tanto les ha hecho reir.

--Es preciso convenir, dice Rosa, que ese caballero toma muy á pecho las cosas.

--Ah! Rosa, se ha resvalado muy á propósito.

--Señora, os compadezco, si no teneis que temer mas que á semejantes enamorados.

--El caso es, Rosa, que una está obligada á escuchar.

--Oh! sin duda os comprendo, señora; pero eso no impide escuchar á otros.

--Lo crees así Rosa?

--Cierto que sí, señora; jóven y linda como sois, no han de faltaros adoradores.

--Me encuentras pues?.....

--Encantadora, señora, y mil veces demasiado hermosa para ese viejo loco, que merece que se diviertan á sus espensas.

--Pero, Rosa, la delicadeza.....

—A vuestra edad, señora, no se debe escuchar mas que el corazón, y estoy segura, que el vuestro no habla en favor del caballero de ahora poco.

--Oh! no.

Jeorgina se levanta; Rosa al ver el tallo de su señora cree adivinar que el corazón de madama ha hablado ya en favor de otro.

--Qué hora es Rosa?

--Las tres, señora, es la hora del paseo; el tiempo es soberbio.

—Pero puedo yo salir sola?

—Por qué no.

—Y si ese M. Lacaille se incomoda?

--Peor para él. Que buena sois!..... Se hace de esos caballeros lo que se quiere; no se trata mas que de acostumbrarlos desde un principio á hacer una en todo su propia voluntad, y tener un ataque de nervios cuando quieren contradecir algo.

--Yo seguiré tus consejos, Rosa.

--Y os irá bien con ellos, señora; yo soy una muchacha instruida; bien sabia Lafleur lo que se hacia, al colocarme cerca de vos. En el siglo en que vivimos, son los hombres tan engañosos que es menester ser muy fina para conducirlos!..... pero cuando una muger quiere tomarse este

trabajo, siempre está segura del suceso. Lafleur me ha dicho que llegabais del campo; y ademas hay ciertas cosas que podeis ignorar y que es de mi deber instruiros en ellas.

--Si, Rosa, todavia soy muy ignorante, pero tengo deseos de no serlo. Dime lo que piensas de los hombres de Paris.

--Ah! señora; en todas partes son iguales; llenos de amor propio, de egoismo, de inconstancia; quieren ser dichosos, esta es su primera ley; lo son á menudo á costa de mugeres sensibles ó demasiado débiles, que tienen la tonteria de creer en juramentos. Celosos por amor, los hombres temen ser engañados porque esto humilla su vanidad. Nos inciensan mientras somos lindas y nuestra posesion les ofrece algun placer; pero mañana si cesamos de ser hermosas, cesan tambien de ocuparse de nosotras. Tienen seis queridas á la vez, porque solo conocen el placer de los sentidos, y son muy débiles para resistir al mas leve arrumaco; sin embargo quieren que no tengamos mas que un amante! Pero nosotras conocemos su debilidad, y con un poco de coqueteria, manejamos á la baqueta á esos que se creen los dueños del mundo.

La señorita Rosa habia estudiado el corazon masculino. Guiada Jeorgina por ella, y con la imaginacion imbuida de sus preceptos no podia dejar de ir muy léjos.

Jeorgina se decide á salir, pero lleva consigo á Rosa: esta le ha dicho que es de buen tono salir con las doncellas. Como Rosa lo habia previsto, Mad de Rosambeau es seguida, mirada, rodeada y admirada. Nuestra jóven coqueta está encantada, jamás ningun paseo le ha parecido mas agradable.

Vuelven á casa. Rosa felicita á su señora por su belleza y sus gracias, que le han valido un triunfo completo, porque un jóven militar las ha seguido hasta la casa, y un elegante de anteojos, ha deslizado un billete en las manos de Rosa.

--Un billete! esclama Jeorgina, sepamos pronto lo que contiene.

Abren el billete que viene dirigido á Rosa.

«Querida amiga; tu señora es adorable; estoy loco por ella, hazme hacer conocimiento con ella; ó me muero. Te espero mañana en mi casa con veinte y cinco luises y el chocolate. Folleville.-Calle de Antin N.º 1.º

El estilo es lacónico, pero promete.

—Ese jóven es loco, dice Jeorgina; acaso iras á su casa, Rosa?

—Porqué no, señora, que perderé con ir!—Una doncella no debe rehusar un almuerzo ofrecido con tanta gracia. Ahora corro á preguntar al portero lo que el militar le ha dicho.

—Pero, Rosa, no es una imprudencia interrogar á ese hombre?

—Oh! no temais nada, señora; todos los criados están á vuestra devocion. Lafleur los ha escogido á propósito, oh! estais bien rodeada.

Rosa baja y sube á poco á decir á su señora que el jóven oficial ha preguntado al conserje, como se llamaba su ama, que hacia, si era casada, &c. El portero ha respondido habilmente que la señora era viuda y llegaba del campo. El jóven oficial se habia alejado, pero sin duda el amor le inspiraría algun medio para introducirse en casa de la linda viuda.

Estaban muy ocupadas con estas aventuras, cuando Lacaille se presentó seguido de Lafleur, quien saludó á Jeorgina muy respetuosamente.

—Vengo á sorprenderos, hermosa se-

hora dice adelantándose el Lovelace del Marais: vengo á comer con vos, y á llevaros esta noche á un circulo brillante del que no dudo hareis las delicias.

—No podriais, caballero, haberme causado una sorpresa mas agradable.

Lacaille se sonrie á esta respuesta que le encanta y se sienta á la mesa. La comida es alegre, pues aunque Jeorgina y Lacaille están frente á frente, aquella se rie de su convidado, y este se cree mas amable que de costumbre. El champagne acaba de dar mas libre vuelo á las agudezas. Entusiasmado con el vino, Lacaille se permite besar la mano de su querida, pero no va mas léjos: no era hombre para emprender dos veces en un mismo dia grandes cosas.

Dieron las ocho, se levantan de la mesa, Lacaille ofrece su mano á Mad de Rosambeau, suben en el carruage, y parten para la calle de los Fracs-Bourgeois.

CAPITULO II.

UNA TERTULIA .



or el camino tiene Lacaille cuidado de instruir á su hermosa que va á presentarla en todas partes como su prima, viuda de un oficial de mérito; y por lo tanto que procure no contradecirle.

Jeorgina promete todo lo que quiere su viejo amante: porque mientras hablaba su compañero estaba ella pensando en las dos conquistas que habia hecho por la mañana.

El carruage se detiene delante de una casa antigua cuyas paredes ha ennegrecido el tiempo; Jeorgina entra en un patio muy grande, desde donde oye el sonido agrio de un violin tocando algunas contradanzas.

—Hay pues, baile aqui, caballero? pregunta nuestra heroína á su conductor.

—Si señora; es decir no precisamente

un baile..... porque es sin pretensiones: aqui nos reunimos de ocho en ocho dias; los papás y mamás juegan al boston, al revesino, á la malilla, en tanto que nosotros los jóvenes, saltamos ó hacemos juegos de prendas. Nosotros llamamos á esto una tertulia agitada. Estoy seguro que no os fastidiareis.

—Ya estoy deseando conocer vuestras tertulias agitadas.

Durante este diálogo que tiene lugar en el patio, el portero grita á mas no poder llamando á la criada encargada de alumbrar á las personas que llegan.

—Mad. Godin!..... Mad Godin! donde se habrá metido?..... hace un momento que estaba aqui!.....

—Papá, va corriendo detrás de su gato porque teme que vaya á buscar á la gata de mademoiselle Mirondon, la cual le ha rogado que no lo pierda de vista. Creo que ha bajado á la bodega.

—Pues entonces ve á buscarla, Suzon; dile que la esperan para anunciar en casa de mademoiselle de Vieux-Bois.

—Ya voy, papá.

Mientras que Mad. Godin corre detrás de su gato, y Suzon detrás de Mad. Godin, Jeorgina que tiene frio en el pa-

tio, pregunta á Lacaille, si no podrán pasarse sin Mad. Godin para presentarse en casa de Mad. de Vieux-Bois.

—No, hermosa señora, eso es imposible; es ella quien anuncia, y no podemos entrar sin ser anunciados; lo contrario seria faltar á la etiqueta.

—Pero cuando uno va á ver á sus amigos, porqué tantas ceremonias?

—Hermosa señora, no son amigos los que vamos á ver, y aqui el *decorum* es de rigor.

—Eso es diferente, pero no habiendo sido invitada, seré yo bien recibida caballero, en una casa, en que tan severos se muestran respecto al ceremonial?

—Si, hermosa señora, vos teneis diamantes, un traje de la última moda, y presentada por mi, podeis contar con una acogida lisongera.

—Aunque no hable ni una palabra.....

—Siempre sereis muy amable!..... por otra parte teneis carruage, y eso basta.

Suzon vuelve al fin con Mad. Godin que trae á su gato en brazos.

—Ah! perdonad, Mr. Lacaille.... este gato libertino es la causa de..... Tomaos la incomodidad de subir..... Ah! picaro

gato queriais correr tras..... Hace mucho tiempo que no tenemos el honor de veros, caballero..... Quieres estarte quieto, mino..... Te haré matar, picaro!..... La señora temia que estuviéseis enfermo..... No, libertino, no os escapareis de mis brazos.

Llegan delante de la habitación. Mad. Godin abre la puerta; sin soltar su gato, y despues de haber preguntado el nombre de Jeorgina, anuncia á M. de Lacaille y Mad de Rosambeau.

El aspecto del circulo numeroso, en medio del cual se halló esta, hubiera debido embarazar á una jóven que hacia su entrada en el mundo, sobre todo al ver las severas maneras de las personas de la sociedad, que se levantaron con un órden perfecto, saludaron como muñecos de resorte, y volvieron á sentarse con una flemma tragi-cómica: pero Jeorgina no era tímida: viendo á la primer ojeada el placer que gozaria en semejante reunion, se prometió observar lo bastante para no tener necesidad de volver segunda vez.

La llegada de Lacaille produjo cierto rumor de satisfaccion; este presenta á su jóven parienta Mad. de Rosambeau,

que es acogida con satisfaccion, conducida al lugar de honor y sentada en un inmenso sillón al lado de la chimenea; á sus pies se halla el perro de la señora de la casa: Jeorgina lo acaricia y lo encuentra encantador, aunque no sabe mas que morder y ladrar, pero Jeorgina sabia ya conducirse en sociedad.

Lacaille se ve pronto rodeado de una multitud de jóvenes que admiran el corte de su levita que apenas le cubre las nalgas. Las señoritas vienen á preguntarle, si ha pensado en buscar nuevos proverbios, y si ha traído su pequeña flauta para acompañar al aficionado que toca el violin.

Entretanto que Lacaille hablaba á todo el mundo, Jeorgina que no conocia á nadie, se veia forzada á entretenerse con el perro, y ya los dos lados de su quijada estaban cansados de bostezar debajo de su pañuelo, cuando la señora de la casa, tomando la palabra, propuso variar de diversion.

—Vamos, señoritas; idos á poner en baile. No oís á Mr. de Sonzaigre que da la señal?

Efectivamente hacia un cuarto de hora que el aficionado regalaba á la socie-

dad algunos aires variados. Las jóvenes van á colocarse en la antesala que sirve de salon de baile para esperar que se presenten los caballeros. Otras señoritas desdeñando los placeres del baile, buenos segun dicen, para los niños, y que mirándolo por este lado, en nada les convienen, se apoderan de la alcoba de Mad. de Vieux-Bois, que transforman en teatro; y con la ayuda de unas mamparas que les sirven de bastidores, se disponen á representar de improviso, una pieza que están repitiendo hace seis semanas.

Los que no quieren ver la representacion se ponen á jugar. Mad. de Vieux-Bois propone á Jeorgina hacer cualquier cosa; pero esta, que no juega, ni representa, le da las gracias, asegurándole que el cuadro que presenta su encantadora sociedad, le divierte lo bastante.

Un caballero de unos cincuenta años, de fisonomia espiritual pero algo chocarrera, de mirada fina y burlona y que hacia largo rato no quitaba su anteojo de Mad. de Rosambeau, vino á sentarse junto á ella! Era un celibato, curioso y maricon como todos los viejos que la echan

de muchachos. Deseaba entablar conversacion con la linda dama, y por su lado á Jeorgina no le sentaba mal tener con quien hablar.

—Es la primera vez que tenemos el gusto de veros en esta casa.....

—Si, caballero.

—Y es á M. de Lacaille á quien debemos tal dicha!..... Se lo agradeceré particularmente..... Sois parienta suya?

—Si, caballero.

—Y viuda?

—Si.

—Viuda á vuestra edad, señora! y con vuestra figura..... no podreis estarlo mucho tiempo!

—Sois demasiado bueno; caballero.

—Vivis en la ciudad ó en el campo?

—Estoy desde ayer en Paris.

—Ah! y pensais fijaros aqui?

—Asi lo creo.

—Me felicito por ello, señora, en la esperanza que esto nos procurará alguna que otra vez el placer de poseeros en nuestras pequeñas reuniones.

—Pero bien veis, caballero, que no sirvo para nada..... yo no juego, ni represento.....

—Que importa! vos os divertireis mi-

rando y escuchando. Si me lo permitís os pondré al corriente de las aventuras de la sociedad, y os daré á conocer una parte de las personas que la componen.

Y sin aguardar el permiso de Mad. de Rosam'beau, M. Plinplan (es el nombre del oficioso vecino) se cree en el deber de instruir á Jeorgina, en lo que el llamaba la crónica del Marais.

—Veis ese caballero que juega á las cartas cuya presencia es un poco negligente, y tiene el redingote sucio y los cabellos en desórden? es un juez del tribunal de policia correccional; por la mañana aplica penas á los que se conducen mal en el mundo; por la noche pierde en el juego su bienestar y el de sus hijos. A cada golpe envia el resto. Cuando se pasan muchos dias sin verle es que no tiene dinero.

El otro caballero gordo, rubio, tiene todo su empeño cifrado en jugar con el sugeto de que acabamos de hablar; pero puede juzgarse por su figura que tiene con que comer bien: lo felicito por ello; mientras no pierda el apetito, es seguro que no le faltarán recursos.

Veis á aquella señora que juega con los dichos? es tan gangosa que apenas se

la entiende lo que habla, y ademas de sus defectos fisicos, parece que su vida ha sido algo desordenada..... Ya sabemos á que atenarnos respecto á su difunto marido, banquero, bancarrotero, si no lo tomais á mal, que murió en la Concergeria, por haber, segun dicen, raspado un borron en una letra de cambio de cien mil francos, lo que dió lugar á un negocio llevado á lo criminal, en el cual pretendieron que el buen caballero habia raspado un cero en vez de un borron.... Pero ya ha muerto y prefiero creerle inocente. Se recibe á la viuda porque juega continuamente. Creo que en una reunion escogida no se debia permitir semejante muger; pero ya se vé, ayuda; á andar el carro, y esto merece que se tenga en consideracion.

—Que entendeis por eso, caballero? no os comprendo.

—Ya lo creo, señora; es una retribucion que la dueña de la casa ecsige á cada jugador; ya lo conocereis mas adelante...

—Y rinde mucho?

—Casas hay que no se sostienen de otra cosa, y que encuentran con ella el medio de dar grandes comidas los dias de sociedad.

—Me asombráis, caballero; nunca hubiera creído que en una reunión de amigos.

—Ah! señora, bien se conoce que llegáis del campo!..... No es en una reunión tan numerosa donde se debe buscar la amistad; no encontraríais mas que vanidad, envidia, celos, maledicencia. Cada cual habla de su vecino, cada cual busca poner en ridiculo la figura ó los defectos de los otros. Cierta señora está de maldito humor porque se ocupan menos de ella que de ordinario; este hace notar que la esposa de aquel viejo notario habla demasiado bajo con un jóven; aquella encuentra mal el sombrero de su vecina, justamente por que le sienta bien. Estotra sentada en un rincon, arroja fuego y llamas contra los mozalbetes de hoy dia, y todo por que no van á sacarla á bailar. Y á pesar de esto no se habla sino con la sonrisa en los lábios, se abrazan al separarse, se llaman mi querida niña.....

—Ah! caballero, cuanta falsedad!..... hareis que la sociedad me sea odiosa.

--No tendríais razon, señora, cuando se le aprecia es divertida; es un espectáculo variado, en el que á cada momento se ven escenas originales. Pero continuaremos nuestra revista.

Aquel caballero pequeño, de casaca verdosa es un hombre de negocios: en un mismo dia se le ve en la bolsa, en palacio, en los diferentes ministerios y hasta delante de las tiendas de caricaturas. Hablad con él, y os propondrá la venta de una casa, de una quinta y hasta de un castillo; tiene seicientos mil francos que colocar, rentas que liquidar, efectuar ciertos cobros por valor de veinte mil escudos..... Pero á la segunda vez que os hable, podeis estar cierto que ha olvidado su bolsa y que os pide prestado una pieza de cien sueldos.

--Veis á aquella señora que cede su puesto en el juego á su marido? dentro de cinco minutos vereis al marido cedérselo á su muger, y *vice versa*; asi pasan la noche, y á merced de ciertos manejos se retiran con el negocio hecho.

Ecsaminad aquella señora gruesa que tiene los cabellos adornados con flores, perlas y diamantes, que al jugar, halla medios de hacer sola tanto ruido como el resto de la sociedad; sus brazos, sus piernas, todo lo mueve á la vez. El marido de esa señora, buen hombre en toda la fuerza de la espresion ha tenido sin embargo, ingenio para enriquecerse.

Pero se ve en los modales de su mitad que no siempre se ha rozado con las personas de tono; oídla hablar; llama á cada uno mi corazón, mi chacho, mi niño ó ruin chino; ella os tuteará despues de un cuarto de hora de conversacion.

En la misma mesa veis á Mad. Dupon, cuyo marido duerme en su silla. Al pobre le gusta la berlanga, pero su muger le ha prohibido jugar; el no se atreve á contradecirla, porque cuando se muestra indócil en la sociedad, ella lo encierra en su casa; hasta se asegura que le da azotes; yo no lo afirmo, porque no puedo penetrar en las querellas matrimoniales y no me gusta mezclarme en los negocios de otros; pero lo que si hay de cierto es que Mad. Dupont tiene los calzones.

Aquella señora pequenita de cuerpo con un sombrerillo color de rosa, de mirada fina y de sonrisa picaresca hace nada que era una jardinera; pero aquel viejo procurador se ha casado con ella, y Dios sabe como su dulce mitad lo maneja!..... sin embargo es menester convenir que tiene ya aire de señora..... se podria jurar que ha nacido en el gran

¡mundo! No es verdad, señora?

Jeorgina responde que sí, ruborizándose. Conocía que había mucha analogía entre ella y la jardinera. M. Plinplan sin reparar en su turbación continuó sus observaciones.

Ese caballero que habla allá abajo dándose cierto aire de importancia, es, según dicen, un ingenio esclarecido. Corta, zanja, decide las dificultades y la hecha de señor porque tiene un pequeño campo en Montmartre y está alojado en casa de Doyen. Habla sin cesar de su amigo el sub-prefecto! pero es buscado porque compone versos para las señoras, letrillas para las fiestas, y cuartetos para los perritos. Estoy seguro que en este momento explica la pieza que se está representando á la sociedad! A propósito quiero haceros conocer algunos de los actores de esa representación improvisada.

Esa señora que representa una madre sensible y se encuentra mal porque su niño jugando se ha caído y pegado en las narices, hace diez años que se casó; pero á los tres meses de hi-neneo, habiéndola sorprendido su marido una mañana en su gabinete representando yo no

se que escena con aquel caballero chiquito moreno que veis allá, juzgó convenientemente separarse de su demasiada sensible mitad. Han vomitado fuego y llamas contra el marido: es un libertino, un bruto, un celoso, un monstruo á quien han sacrificado una virgen de quince años!..... Las mugeres han tomado partido por el esposo abandonado, los hombres se han reído, las personas de talento no han dicho nada; pero de algun tiempo acá la conducta de la jóven señora ha justificado plenamente la del marido.

La persona que entra en escena es una señorita de treinta y seis años, que ha rebusado muchos partidos: quiere un marido jóven, amable, bien hecho, espiritual, complaciente y que la adore! Mucho me temo que no se quede soltera. Mientras espera, representa con mucha verdad á las tías, á las amas de gobierno y los que nosotros llamamos los caracteres.

Esa señora tan alta que representa el papel de una inocente, ha tenido ya seis hijos; ninguno se parece á su marido, pero en cambio el último es todo un retrato de un primo de la señora,

oficial de húsares, jóven muy lindo y terror de los maridos del barrio.

Pasemos á la sala del baile. Al presente conoceis tan bien como yo las personas que componen la sociedad de Mad. de Vieux-Bois. De las que no os he hablado, es porque nada interesante hay que decir de ellas: de lo contrario yo lo sabria de primera mano, y no porque sea ningun hombre malo, ni me guste hablar mal de nadie!.... muy al contrario; pero soy un solteron, tengo cinco mil libras de renta y nada que hacer. De intento me he alojado enfrente de una muger muy linda, que recibe á mucha gente. Desde mis ventanas veo todo lo que pasa en su casa; y como yo no quiero que ella lo sospeche ni pasar la plaza de curioso, he hecho poner celosias en mis ventanas; las tengo cerradas pero veo muy bien detras de ellas sin ser visto, y paso la mitad del dia en observacion con un lente de aumento. Mi vecina que nada sospecha, deja á veces las cortinas alzadas; de modo que lo veo todo!..... y algunas veces descubro cosas muy divertidas!

Jeorgina no puede dejar de reirse de la manera que M. Plinplan para su tiem-

po. Lo sigue á la sala del baile porque las reseñas le divierten.

El aficionado tocaba el violin; Lacaille soplabá en su flauta. Bailaban una contradanza á veinte y se confundían en la figuras!..... En vano gritaba, Mr. Sonzaigre.

—Adelante dos!..... la cola del gato!..... la giga, la giga!..... así no..... las señoras á la derecha.

Las señoras van á la izquierda, los caballeros se mezclan, se embrollan, pierden las parejas, pero allá van siempre.

—Quién es, pregunta Jeorgina esa señora rubia sobrecargada de flores y de oropeles?

—Lo que es! yo no sabré deciroslo. Baila con estremado ardor y tiene siempre á su lado cuatro ó cinco jóvenes á quienes sin duda, quiere formar y lanzar en el mundo. A la verdad, no se le ve tres veces seguidas un mismo caballero, lo que prueba que hace rapidamente una educación.

—Y su marido.

—Marido desconocido! le hacen en el ejército; eso es cómodo; pero en el tiempo que hace que se bate debe estar ya muerto ó ser general.

Aquél caballero que tiende la pierna, cierra el brazo y designa sus formas cuanto puede, es el zéfiro de esta reunion. Nadie puede rivalizar con él en el baile. Cuando empieza la gabota, oiriais volar una mosca! pues todos retienen el aliento por miedo de perder el sonido de un compas. Es individuo del Ateneo y de la sociedad de las gentes de buen humor. En el verano van á admirarle al Ranelagh ó á Saint-Maudé. No me asombraré de verlo un dia bailar la gavota, por condescendencia, en el boulevard del Temple ó en el café del Turco.

Ese caballero que se precipita con ardor y echa las piernas á derecha é izquierda necesitando para bailar mas sitio que el que ocupan tres elegantes del dia (que en honor á la verdad mas bien andan que bailan) tiene como unos cincuenta años; baila sin tomar resuello, y en sus brincos y saltos, suele caérsele la peluca, sin que se pare para recogerla. Se le llama por sobrenombre el infatigable, pero su muger asegura que no lo merece.

—Quien es aquel jóven pálido, con los cabellos en desórden, de aspecto serio y que baila con una gravedad y una

tema que es para ver.

M. Plinpan iba á responder á Jeorgina, cuando fue llamado por una señora que le dijo tenia algo nuevo que contarle. M. Plinpan siempre á caza de noticias, deja á Mad. de Rosambeau, y nuestra heroína vuelve al salon y se sienta junto á una mesa de juego.

Jeorgina se encuentra al lado de la señora gruesa, esta empeña al momento la conversacion enseñándole su juego, del que Jeorgina no comprende nada.

—Mirad, corazon mio, como hallais este juego..... hé! está bien jugado?

--Si señora.

--No es verddd, pichona?... Teneis un vestido encantador, amor mio.....

--Eh! señora, dice un caballero alto y seco que hace parte del juego, atended á vuestro juego!.....

--Estoy en él, caballero..... Quien os viste, niña mia?.....

--Señora, en otra ocasion podeis hablar de eso.

--Y que se os da? esto no me impide prestar atencion á mi juego.

--Bien! jugad, pues, señora.

--Cuales son triunfos?..... tras de quien tiro?..... que se ha jugado?

--Es imposible jugar con personas que no ponen cuidado!.....

--Bien se ve que eres muy poco galan!.....

--Hareis que gane la señora!.....

--Y es culpa mia que tenga todo el juego?.....

--Si hubierais jugado como yo.....

--Cállate! pues si juegas como un bolo.

Jeorgina se aleja de esta mesa temiendo que la disputa tome cuerpo. Se aprocsima á otra en la que acaban de jugar, pero no mas tranquilamente que en la otra; ún hombre pequeño disputaba con Mad. de Vieux-Bois.

—Como, quereis, señora, que se os paguen esta noche doce sueldos por las cartas?

--Si señor, como es costumbre.

—Hace dias que no se pagan mas que á diez.

--Siempre doce, caballero; por otra parte; á como las pagan en vuestra casa?

--Eso es diferente; al menos doy barajas nuevas.

--Acaso no lo son estas, caballero?

--Pues si han servido ya cinco ó seis veces lo menos!

--Caballero, no sabeis, lo que os decís. Y sobre todo no pagueis nada, y se acaba mas pronto el asunto.

--Eso os incomodaria demasiado, señora.

Jeorgina temiendo aun nueva disputa se dirige á otra mesa, pero en ella habia una gresca de mil diablos. Nuestra heroína no sabia á que lado dirigirse para huir del ruido, cuando M. Lacaille vino á buscarla.

--Y bien! hermosa señora, como encontráis nuestras pequeñas tertulias agitadas?

--Demasiado agitadas en efecto.

--Porqué no habeis bailado?

--Estaba muy cansada.

--Os divertís mucho?

--Infinitamente!..... Nos vamos á ir ya?

Todavía no; se que Mad. de Vieux-Bois nos prepara una pequeña sorpresa. Va á dar una ligera colacion y se incomodaria mucho si no nos quedáramos.

Jeorgina viendo que es preciso hacer por completo el sacrificio, se decide á hacerlo de buena voluntad, prometiéndose no volver mas á una tertulia agitada.

Concluidas las partidas de juego, el baile y la representacion, las tres cuartas partes de la sociedad se retiraron; solo quedaron los preferidos. M. Pliplan, el juez, el procurador y su esposa, el esclarecido ingenio, la viuda del banquero, la esposa sensible, el zéfiro de la gavota fueron del número de los elegidos. La señora gruesa del juego no se quedó. M. Plinplan aseguró en voz baja á Mad. Rosambeau que no habia sido invitada, porque comia demasiado, de lo que dedujo Jeorgina que para complacer á la señora de la casa era menester comer poco; y no deseando ser invitada segunda vez, determinó conducirse de manera que Mad. de Vieux-Bois se arrepintiera de la preferencia que le habia acordado.

Se coloca en medio del salon una gran mesa, sobre la cual disponen con arte y simetria una paba que decian estar en adobo, nadando en salza; dos ensaladas, y las vinageras la rodean; cuatro platos de manzanas y de tortas puesto en cada esquina de la mesa, y dos tarros de dulce herméticamente cerrados, y que no están mas que para vista acaban de embellecer la coleccion.

—Pero, dice Jeorgina en voz baja á M. Plinplan, como esa señora va á dar de cenar á una veintena de personas con tan poca cosa?

--Pues por su cuenta algo ha de quedar.

Jeorgina se sorprende aun mas al oir á la viuda gangosa, reprochar á Mad. de Vieux-Bois que gaste ceremonias.

--Colocaos, señoras, dice Mad de Vieux-Bois; estos caballeros, se tendrán en pie detras y comerán lo que leñ demos..... A buen seguro que los hechemos en olvido. Pero es menester hacer un poquito de sitio á M. Deschassés: ha bailado tan bien que debe estar cansado.

Mad de Vieux-Bois trincha la paba, cuyo olor y presencia cada cual elevaban hasta las nubes. Al ver la pequeñez de los pedazos que ofrecen, Jeorgina empieza á creer que efectivamente va á quedar. Encontrándose servida una de las primeras, é ignorando como debia conducirse en una mesa de sociedad, nuestra heroína limpia su plato antes que la dueña de la casa haya podido dar la vuelta á la mesa. Al volverse hácia Mad. de Rosambeau, la vieja señora no puede contener un movimiento de sorpresa, pero

reponiéndose pronto.

--Quereis que os sirva de nuevo, señora! dice con inquietud.

--Con mucho gusto, señora, responde Jeorgina.

Mad. de Vieux-Bois, no esperaba tal respuesta, pero tomando su partido, sirve de nuevo á Jeorgina. Esta repara que las señoras la miran y cuchichean entre si, pero sin desconcertarse, y queriendo irritarla hasta lo sumo, Jeorgina pide de nuevo para ver como lo toma la sociedad.

Mad de Vieux-Bois; no puede contener su despecho.

--Me parece, señora, dice á Jeorgina con un tono de voz agria, que será lo mejor pasaros la fuente; esto os será mas cómodo.

--Como gustéis, señora.

Sin embargo, Mad. de Vieux-Bois se guarda bien de ejecutar su amenaza, y despues de servir á Jeorgina llama á Mad. Godin, y le manda que se lleve el plato, con disgusto de los caballeros de detrás, á quienes habia prometido no olvidar, y á los que solo habian dado algunas tortitas en la punta de los dedos. Jeorgina mira á Lacaille, quien estaba sobre espinas por la manera inconvenien-

te con que ella comia, M. Pliplan reia, las señoras se miraban, los hombres pedian de beber á toda fuerza para desquitarse de la pava, que no habian probado; pero Mad. Godin, adiestrada para estos casos, estaba siempre en la bodega y no subia sino muy raramente. No estando aun satisfecha Jeorgina, y queriendo desesperar á Mad. de Vieux-Bois, lo que no era difícil, hacia rato que miraba los dos tarros de dulces, de los cuales no habian ofrecido, porque siguiendo el orden establecido en la casa, siempre los quitaban de la mesa como los ponian. M. Plinplan aseguraba que hacia seis años que los mismos tarros servian para todas las colaciones.

—Señora, dice Jeorgina dirigiéndose á Mad. de Vieux-Bois, no seria posible probar esas confituras?

—Pero, señora, responde aquella, negra de cólera, temo en verdad, que no os hagan daño.

—Oh! señora, podeis tranquilizaros.

Sin atender á otra respuesta avanza Jeorgina la mano para coger los tarros: M. Dechasses se apresura á dárselos. Jeorgina abre sin misericordia los dos tar-

ros, se sirve y se los pasa al vecino que no se resiste al deseo de probar. Todos aquellos señores que no habian hecho mas que oler la pava se arrojan con avidez sobre las conservas, y en un dos por tres no queda nada en los tarros, respetables por su antigüedad. M. Plinplan hace notar á Mad. de Rosambeau dos lágrimas que se escapan de los ojos de Mad. de Vieux-Bois á la vista de aquel desastre.

Sin embargo, la vieja señora se contiene, prometiéndose que esto le servirá de lección. Los caballeros calman su apetito con las conservas; Jeorgina contiene las ganas de reír que le ha causado esta escena, y los que quieren á toda fuerza divertirse, ruegan á M. Lefia, este era el nombre del esclarecido ingenio) les regale con algunas coplas de su propia cosecha.

M. Lefin tose, gargajea, estornuda, se suena, se frota la frente, se rasca la oreja, hace espavilar las luces, dice que está resfriado, pero que por satisfacer á los deseos de la sociedad, que quiere oír sus versos, va á rogar á una de aquellas señoras, que cante una canción que ha hecho últimamente en la

casa de campo de su amigo el sub-prefecto.

Aceptan con alegría. La señora de plumas que, segun dicen, tiene una excelente voz de ópera es á la que encarga M. Lefin el cantar su romance. Ella no se hace rogar, conociendo la superioridad de su talento. Empieza, y sus gritos destrozan el timpano de Jeorgina, que dice por lo bajo á M. Plinplan, que la que tiene una voz de ópera no debia cantar nunca en un salon.

Las coplas de M. Lefin versaban sobre la verdura, el zéfiro, la naturaleza, los pájaros y los arroyos, y el estribillo decia que aquel que ama los campos, debe buscar la campiña. La sociedad aplaudió con transportes; cuando se hartaron de tocar las palmas en obsequio del autor y de la cantora, se levantaron, cumplieron á Mad. de Vieux-Bois por su tertulia y su colacion, y en seguida se retiró cada cual despues de haber hecho los tres saludos de costumbre.

Mad de Rosambeau, recibió la fria reverencia que merecia su apetito, y hasta el pobre Lacaille participó de aquella frialdad. Jeorgina fue llevada á

su casa por su tímido amante, quien la dejó entregarse al sueño profundo que debía procurarla el recuerdo de los placeres de la velada.



CAPITULO III.

ESTO VA BIEN!



ra mediodia cuando Jeorgina se despertó y llamó á Rosa.

—Y bien, señora, dice la doncella riéndose; estais satisfecha de vuestra visita de anoche.

—Ah! Rosa, no me la mientes! me fastidié hasta morir!..... asi es que no iré mas á ninguna seciedad, porque quiero divertirme, y maldito lo que me divertí.

—Y hareis bien señora; á vuestra edad no debe una hacer mas que su gusto. Pero durante vuestro sueño, he empleado perfectamente mi tiempo; no habia olvidado la invitacion de M. Folleville.

—Como Rosa, has ido?....

A tomar el chocolate, si señora; tenia ganas de saber si las maneras de ese jóven correspondian á la vivacidad de su estilo, y puedo aseguraros que he que-

dato satisfecha. Ese Folleville hace muy bien las cosas!..... Yo le he dado muchas esperanzas; á bien que no cuestan nada, y me he encargado de entregaros este billete en el cual solicita una entrevista.

Nada menos que eso!.....

—Al volver, me he encontrado á aquel jóven militar..... está enamorado como un husar!..... me ha reconocido, me ha parado, y hasta me ha abrazado antes de hablarme..... quiere absolutamente que lo introduzca aqui esta noche, ó pondrá la casa lo de arriba abajo.

—Muy vivo es en amor ese caballero!

—Es un demonio, señora! en fin, solo he logrado calmarle tomando este botafuego que os dirige, y al que he prometido os dignareis contestar.

—Como! otro billete, Rosa.

—Eso no es todo, señora. Iba á entrar en la casa, cuando fui detenida por un jóven muy lindo, muy modesto en apariencia, pero de figura muy distinguida.

—Que te queria?

—Es otro adorador, señora.

—Si acabaremos con tantos!.....

—Este es nuestro vecino, y vive enfrente de nuestra casa; desde su ventana ve nuestro patio; y no es extraño porque vive en el quinto piso. Es un poeta, y estos caballeros, por gusto ó muy á menudo por necesidad, viven siempre lo mas cerca posible de las Musas y del Parnaso. Este jóven hijo del Pindo (asi le llaman en el barrio) os ha visto al atravesar el patio.

—Pues tiene buena vista.

—Desde aquel momento no piensa, no sueña mas que en vos!..... vos sois la décima musa, y no he podido rehusar este soneto, en forma de dulce billete, que me ha rogado os entregue, y por el cual le he prometido una pequeña respuesta.

—Acaso, Rosa, subirías á su quinto piso?

—Y por que no, señora? ese jóven es tan dulce, tan tierno, tan espresivo..... á la verdad me ha gustado! Creeis acaso que no merece ser amado mas que ese viejo loco de Lacaille.

—Oh! sin duda!

—Pues bien! una muger sensible debe reparar las injusticias de la suerte, debo servirme del oro del viejo loco para ser útil al jóven amante.

—De hecho es una obra meritoria..... Pero vamos á ver los billetes de esos caballeros.

Abren los billetes y Jeorgina queda encantada del estilo de sus adoradores. Folleville es vivo, ligero, bullicioso; el militar ardiente, apasionado, impetuoso; el jóven poeta modesto, tímido, pero sensible y tierno.

—Los tres me seducen, dice Jeorgina, pero á cual contesto.

—A los tres, señora.

—Ah! Rosa, tres amantes á la vez..... y M. de Lacaille.

—Ese no se cuenta!

—Pero, Rosa.

—Como señora!..... tres amantes os causan miedo!..... pues si es una bagatela..... hay quien engaña doce á la vez. Por otra parte, si alguno de ellos fastidia es facil desembarazarse!..... Creedme, señora, no desecheis á ninguno; los tres son muy amables.

—Pero qué le responderé?

--En vuestro lugar le daria una cita á cada uno.

--Y piensas, Rosa?..... la primera vez que les escribo.....

--Eso que le hace... ya veo que no

sabeis como se hace el amor en París!..... Por lo demas, si quereis prolongar su martirio, dadles esperanzas, yo me encargaré de dulcificar su sentimiento.

Apenas habia dejado Rosa á su ama, se presentó Lafleur en casa de Jeorgina.

--Vengo, señora, de parte de mi amo para anunciaros que esta noche vendrá á buscaros para.....

—Ah! Dios mio! será para conducirme al Marais?

--No señora; yo se que no es en esos circulos estrechos donde debeis brillar!.... Se lo hice asi presente á mi amo, cuando vino á quejarse de que vos comiais en las colaciones de amigos. Le he manifestado su injusticia; y para repararla me ha encargado os entregue este cofrecito.

--Veamos..... Pero esto es magnifico!.... me sentará á las mil maravillas!..... hermosos diamantes!.....

--Ya veis como mi amo sabe enmendarse... . Además al presente soy yo quien lo dirijo, y os aseguro que dentro de seis meses va á estar desconocido.

Jeorgina toma el cofrecito, y promete á Lafleur esperar á M. de Lacaille, que

debe conducirla al teatro. Rosa vuelve, y al ver los diamantes conviene que los viejos locos hacen bien las cosas, pero empeña á su ama que tenga compasion de los tres jóvenes, porque están ávidos de consuelos.

Durante muchos dias Jeorgina sigue á M. de Lacaille al teatro, al baile; el fastidio que experimenta en la sociedad de este añejo amante, está compensado por los continuos presentes que Lafleur le lleva de parte de su amo, quien despues de su caída debajo de la cama, solo manifiesta su amor con suspiros.

Entretanto Mad. de Rosambeau, iba poniéndose cada dia mas gruesa; Rosa estaba en el secreto. Un hombre mas fino que Lacaille lo hubiera conocido; pero hay hombres que no ven lo que salta á la vista de todos los que le rodean.

Los tres amantes comenzaban á á cansarse de los consuelos de la señorita Rosa. Esta, por reconocimiento, abogaba por ellos con calor. Jeorgina, abrumada con tantos billetes dulces y fastidiada mas que nunca de la sociedad de M. de Lacaille, solo resistia muy débilmente á las instigaciones de su doncella. Rosa se aprovechó de tan favora-

bles disposiciones; intercedió de nuevo por los tres amantes, y Jeorgina confesó francamente que no sabia á cual de los tres dar la preferencia.

—Pero, señora, yo veo un medio muy sencillo de arreglarlo todo. Ved á los tres y escoged entonces aquel que mas os convenga.

—Tienes razon, Rosa; pero como lo haremos?

—Podeis recibirlos esta noche; pero no juntos, porque seria obrar contra todas las reglas, sino uno despues de otro. Esta primera entrevista no debe durar mas que un instante, pero bastará para juzgarlos y fijar vuestra eleccion. Escribid pues, pronto, citando á uno á las ocho, al otro á las ocho y media y el último á las nueve.

—Pero M. de Lacaille debe llevarme esta noche á la ópera.

—Voy á decirle que teneis jaqueca y que no podeis salir.

—Pero, Rosa, y si esos jóvenes se encuentran en mi casa.

—Ya sabeis, despedis al uno antes de la llegada de los otros.

—Pero, si.....

--Siempre peros..... Estad tranquila

aquí estoy yo para sacaros del compromiso en caso de accidente.

—Vamos, me abandonaré á tí.

Las tres circulares son escritas. Rosa se encarga de entregarlas. Mr. de Lacaille es avisado que Mad. de Rosambeau está indispuesta y no puede salir; y la doncellita vuelve á decir á su señora que puede prepararse para recibir á los tres jóvenes.

El día acaba y el momento se aproxima en que nuestra heroína va á gozar de todos los triunfos que una coqueta ambiciona. Para el objeto, se ha adornado con gracia, y segura de su triunfo se ha recostado muellemente sobre un sofá en un delicioso gabinete, debilmente alumbrado por unos globos de cristal cubiertos de gaza, inventados por la voluptuosidad para hacer al amante mas atrevido y á la beldad, menos severa.

Dan las ocho, y uno llega; un amante no se hace esperar mucho en la primera entrevista. Es al joven poeta á quien ha dado la preferencia sobre sus rivales; una mujer ama los versos que se dirigen en su elogio: el incienso que se quema para las hermosas jamás se ha perdido.

El aprendiz de las Musas es introdu-

cido delante de Jeorgina. Al hallarse cerca de la que solo habia podido contemplar desde su quinto piso, se turba, y permanece pasmado: tantos encantos deslumbran su vista! El jóven poeta es tímido, no teniendo todavia mas trato que con las Musas, las cuales, segun dicen, son muy honestas, lo que me cuesta trabajo creer, porque se prostituyen muy á menudo. Jeorgina se apercibe de la cortedad del jóven que permanece contra la puerta sin atreverse á dar un paso. Despues de haber gozado algunos momentos del efecto que producen sus encantos, ella le hace señas que se aproxime y se siente, y le habla con afabilidad.

—El jóven recobra su ánimo; el amor lo inflama, y se vuelve amable, tierno, apasionado, encantador, al fin.....! Jeorgina lo escucha con un placer infinito; el no habla mas que de ella, lee versos que ha compuesto para ella: Jeorgina se enternece y olvida al escucharlo, que solo tiene media hora de término..... y Rosa al entrar en el gabinete se asombra de hallar aun al jóven poeta, á quien creia ya léjos.

—Como! señora, aun está aqui este caballero!..... y M. de Lacaille que me

sigue..... (Ella hace señas á Jeorgina que es M. de Folleville; en efecto eran las ocho y media.)

—Ah, Dios mio! Rosa, tienes razon, esclama Jeorgina turbada; habia olvidado que M. de Lacaille debia venir esta noche..... que haremos?.....

—Pero dice timidamente el jóven, ese caballero es acaso.....

—De esas personas, á quienes no se puede despedir, responde Rosa, lo entendéis. La señorita va á ser perdida si os viese..... y al presente no podeis ya salir..... es tarde..... es preciso ocultaros.....

—Haré lo que la señora mande.

Jeorgina propone el gabinete vecino; no hay que titubear. El jóven hace lo que se le ecsige; lo meten en el gabinete encargándole no hacer ruido y asegurándole que pronto lo sacarán. Rosa, riñe en seguida á su ama de haber olvidado la hora, y la insta á que despida pronto á Folleville, que es introducido.

Este segundo amante es el reverso de la medalla del primero: entracantando, bailando y desbaratándose el nudo de la corbata. Se sienta sin cumplimiento junto á Jeorgina, le besa tiernamente la

mano, la aturde á cumplimientos, con juramentos de amor, promesas de fidelidad, y encuentra medio para mezclar en todo esto gracias, chistes, y refranes. Jeorgina no tiene tiempo ni aun para hablar una palabra; pero Folleville la divierte; su conversacion viva, picante; su ligereza, sus modales, todo esto vuelve á Jeorgina la alegría que los discursos del jóven poeta habian cambiado en una dulce melancolia. Sin embargo no queriendo olvidar la hora, mira el relox..... Bueno!..... no hay mas que veinte minutos que Folleville está allí..... pero que ruido se oye?..... es Rosa que entra bruscamente.

—Señora, M. de Lacaille entra en la casa..... me sigue.

—Como! todavía M. de Lacaille! dice Jeorgina con sorpresa; pero Rosa le da á entender en voz baja que el jóven oficial mas ardiente que los otros, se ha adelantado á la hora; ha llegado, está hecho un diablo y quiere entrar..... y si se encuentra con Folleville, podrá haber una perdicion.

—Que sucede, señora? esclama el petimetre.

—Es el marido de la señora que llega.

responde Rosa.

—Como! el marido!..... pues si me has dicho que tu ama no tenia ninguno!..... de dónde ha salido ese?

—Pues sino es el marido, es peor que que si lo fuera..... es.....

—Ah! comprendo!..... comprendo!..... esto es delicioso, á fé mia!.....

—Es menester ocultaros porque es en extremo celoso, y podriais pasarlo muy mal.....

—Ay! Dios mio! escóndeme pronto!

Folleville se pone pálido y temblando; en los momentos de peligro no canta, ni es temerario sino con las mugeres; se levanta y corre al rededor de la habitacion buscando dónde esconderse. Rosa se rie del miedo de Folleville; en esto oyen un gran ruido en el aposento vecino.

—Soy perdido! esclama Folleville, ay! Dios mio! ya se aprocsima.....

—Dónde le ocultaremos? dice Jeorgina sonriéndose.

—Aqui hay este armario donde se cuelgan vuestros vestidos..... pero yo no sé si podrá.....

—Si..... si..... muy bien que quepo..... y ademas es preciso!

M. Folleville se hubiera metido en una ratonera por huir del peligro que temia: apenas ha entrado en el fondo del armario que, está cerca de la puerta del gabinete, entra el oficial. Rosa se aloja, conjurando á su ama se desembaraze pronto de este tercero amante. El oficial es un jóven muy bien hecho y de presencia seductora, las charrateras le sientan bien, y su aire marcial previene á Jeorgina en su favor. El hace el amor militarmente, y no parece muy dispuesto á perder el tiempo en hacer cumplimientos.

Jeorgina turbada aun por las dos entrevistas que ha dejado á medio concluir, quiere reñir al jóven oficial por el ruido que ha armado en la casa, pero al verlo tan amable, tan rendido, tan galan, no tiene ánimo para incomodarse. Entretanto este último, mas emprendedor que sus antecesores, quiere terminar pronto su conquista, y la ataca vivamente; pero Jeorgina se acuerda que tiene dos testigos, cuya posicion debe ser muy desagradable, y alejándose del amante que la asedia, procura al hablarle tomar un severo aspecto.

—En verdad, caballero, os tomáis de-
tome 11. 5

masiada libertad!.... apenas habeis llegado á mi casa, y ya os permitis cosas.....

—Hace un mes, señora, que suspiro por vos, y cuando espero alcanzar el premio de mi constancia, me tratais con una severidad.....

—Quiero que seais razonable, y si dentro de algun tiempo me amais aun.....

—Dentro de algun tiempo, gran Dios! Nuestro jóven saca la espada con violencia y la dirige contra su pecho.

—Ah! cielo! que haceis? esclama Jeorgina.

—Matadme si permanecéis insensible.

—Mataros! vos..... ¡já! já! já! yo quisiera verlo; eso seria delicioso!.....

Jeorgina se rie á carcajadas y nuestro oficial queda frio, y hecho un bobo, porque maldita la gana que tenia de matarse. Cuantos amantes se encontrarian así embarazados, si cuando la echan de trágicos junto á las bellas, se contentaran estas con reirse en sus narices! Nuestro enamorado forzado á envainar el acero, tomó el partido mas sabio, riéndose con Jeorgina de aquel movimiento de furor. La alegría ahuyenta los cumplimen-

tos, la conversacion viene á ser mas animada, y Jeorgina va á olvidar á los habitantes del armario y del gabinete, cuando Rosa entra precipitadamente.

—Qué hay? pregunta Jeorgina con mal humor.

Lo que hay, señora, responde Rosa ahogada, es que el diablo se mezcla esta noche en todo..... M. de Lacaille acaba de llegar, y quiere absolutamente veros; está muy inquieto por vuestra salud; no he podido lograr que se aguarde un instante, sino diciéndole que venia á asegurarme, si estabais despierta.....

—De veras, es M. de Lacaille, Rosa.

—Oh! Esta vez, por desgracia, es él: ojalá fuera chanza?

—Quién, es pues, ese hombre? pregunta el jóven oficial: no podriais despedirlo?

—Imposible!..... es nuestro cajero..... se incomodaria!.....

—Quereis que vaya y lo apalee?

—No, no, al contrario! debemos manejarlo de otro modo! Que haremos, Rosa?

—A fé mia, señora; es menester ocultar á este caballero.

—Como, Rosa, tambien á este.

—Es preciso, señora.

Mucho trabajo les cuesta el consentir al jóven á que se oculte. Queria aguardar á M. Lacaille para batirse con él. En fin, vencido por los ruegos de Jeorgina y por la promesa de una dulce recompensa, promete moderarse. Corre al gabinete.....

—Ahí no!..... ahí no! esclama Jeorgina.

—Vuela hácia el armario.

—Ahí no!..... ahí no!..... le grita Rosa.....

—Ahí no!..... ahí no!..... Ah! Dios mío! señoras, donde quereis que me oculte?

—Mirad! debajo de este camapé.

—Como! en el suelo?

—Vamos sois muy delicado..... ahí estareis muy bien.

—Puesto que lo ecsigis.

—Y pronto! pronto!

El tercer amante se mete debajo del camapé, se tiende á lo largo en el suelo, y ruega á las señoras no lo dejen mucho tiempo en una posicion que no le agrada. Jeorgina se sienta sobre el complaciente mueble que oculta al jóven á las miradas indiscretas, y Rosa recibe la ór-

den de hacer entrar á M. de Lacaille, á quien se promete despachar muy pronto.

M. Lacaille entra sobre la punta de los pies, sacando el pezcuezo adelante y temiendo hacer ruido; al fin ve á Jeorgina á quien creia acostada.

--Como! estais ahí, mi querida y buena amiga!..... Y bien! estais indipuesta segun me ha dicho Rosa.

--Si señor, ay!..... no me he sentido con fuerzas para salir.

--Y habiais creido que os dejaria sola, que os abandonaria á vuestros dolores para ir á buscar léjos de vos los placeres, que solo esperimento cerca de vuestros hermosos ojos.

Lacaille se sienta sobre el camapé al lado de Jeorgina.

--Yo no hubiera podido pasar toda la noche en la mortal inquietud en que Rosa me habia dejado; quise haceros compañía.

--Sois demasiado bueno! pero cuando una está mala fastidia, y no puede estar amable!.....

--Vos lo sois siempre, bella amiga!
No sabiendo Jeorgina que medio emplear para desembarazarse de tan fasti-

dioso personaje, se estiende sobre el sofá prorrumpiendo en gemidos, y se manifiesta como atacada de los nervios.

—Ay! Dios mio! esclama Lacaille asustado; pero el mal aumenta..... es menester llamar gente; voy á quedarme aqui toda la noche.

Estas palabras vuelven á Jeorgina la salud; conoce que es menester cambiar de bateria para alejar al importuno Lacaille; y por lo tanto se encuentra infinitamente mejor.

—Creo que esta crisis será la última, dice nuestra heroína, recobrando los sentidos.

—Me calmais; yo temia al contrario.....

—No..... la jaqueca se disipa..... mis nervios se estiran..... estoy mucho mejor..... y no necesitare de vuestros cuidados, por los que estoy muy reconocida!.....

—La velada que pase con vos será muy deliciosa.

—No, no, ya no quiero privaros de los placeres que os esperan en otra parte.

—Es pensar con mucha delicadeza, pe-

ro..... Ah! Dios mío! (Lacaille da un salto involuntario sobre el camapé.)

—Que teneis? pregunta Jeorgina turbada.

—Me pareció sentir sobre este mueble como una sacudida....

—Qué locura! Pero que me deciais?

—Os juraba que solo á vuestro lado puedo ser dichoso.

Al decir esto Lacaille pasa amorosamente su brazo al rededor de la cintura de Jeorgina, y la mira sobre poco mas ó menos como el día de su caída delante de la cama. Jeorgina parece que este sobre espinas. Lacaille que raramente se siente tan apasionado, es mas ardiente, mas enamorado que nunca. Se vuelve hasta temerario: Jeorgina se aleja; él la persigue, la estrecha; Jeorgina se defiende, pero él es un demonio..... quizás va á triunfar, cuando el teatro de sus empresas, se cae bruscamente y hace rodar sobre el tapiz al enamorado y á su querida; al mismo tiempo, se abre la puerta del gabinete, la de la habitación y la del armario: cuatro hombres aparecen, las luces son apagadas, los quinqués hechados por tierra. Los jóvenes que desean aprovechar la obscuridad

para fugarse, corren sin cuidado por medio de la habitacion y caen sobre Lacaille y Jeorgina. Todos ruedan: Lacaille que está debajo, grita á mas no poder, la misma Jeorgina no se siente con fuerzas para rodar mas tiempo, y quiere agarrarse de un gran locador..... pero retenida por alguno vuelve á caer arrastrando consigo el mueble, los botecillos, las tazas, las vasijas, los lavamanos, los espejos; todo se quiebra sobre los jóvenes: cada cual busca entónces como desembarazarse, pero en la obscuridad otros muebles vienen á tierra y el desórden se aumenta en lugar de disminuir; sillas, consolas, espejos, otomanas todo se cae, todo se rompe; gritan, se lamentan, se creen heridos, el tumulto llega á su colmo..... De pronto la claridad renace..... es Rosa que llega con una luz en la mano..... Se detiene..... el espectáculo que mira es tan extraordinario que por un momento duda de lo que pasa á su vista, pero pronto el deseo de reirse sucede á la sorpresa. Sin embargo no era aquel el momento de regocijarse. Rosa ha reconocido á los jóvenes; á una señal que les hace, se levantan, ganan la puerta y desaparecen. Dejémoslos correr

como locos, y salir de la casa riéndose de una aventura, cuyo desenlace no comprenden bien, y volvamos al gabinete de Jeorgina.

El cuarto que rodó era Mr. Lafleur. El bribon habia llegado á la casa poco despues que su dueño, y encontrado á Rosa en la mayor agitacion: la doncella le cuenta lo que le ha sucedido, y el compromiso en que se haya su señora. Lafleur no pierde tiempo: piensa que lo mas urgente es hacer salir á M. de Lacaille de la casa. Se dirige al gabinete, habiendo ya inventado una historia para sacar á su amo fuera, pero en el momento en que abre la puerta, los jóvenes, impacientes, salen de sus escondites, y el joven oficial tira el sofá y á los que estaban en él sentados, no queriendo ser testigo ocioso de lo que podia suceder sobre el complaciente mueble. Lafleur conoce á la primera ojeada lo peligrosa que es la situacion de Jeorgina: para salvarla, pega un puñetazo al globo de cristal que aclara la habitacion, pensando que la obscuridad favorecerá la huida de los jóvenes.

—Desde el momento en que los tres aturdidos han abandonado el campo de

batalla, Lafleur se levanta y se pone á gritar.

—Ladrones!

Rosa que conoce su idea hace otro tanto. El grito: ladrones! ladrones! se oye en toda la casa, los criados asustados gritan por su lado sin saber porqué; otros van á refugiarse á los graneros. Ninguno de ellos, temiendo el peligro, acude al cuarto de su señora; pero algunos corren á llamar á la guardia, estendiendo con sus gritos la alarma por todo el barrio.

Una patrulla es encontrada y conducida á la casa. Los soldados suben hasta el gabinete de Mad. de Rosambeau antes que Lacaille, que tiembla de miedo, y no sabe lo que aquello quiere decir, haya salido de debajo de los muebles tirados por el suelo.

—Donde estan los ladrones? pregunta con una voz de tiple y temblona, un sargento pequeño de cuerpo, delgado y tuer-to, que permanece, por prudencia, entre sus cuatro fusileros.

--Dónde están? contesta Lafleur; vo-to vá! la preguntan es buena!.... si lo su-piéramos, ya los hubiéramos arresta-do.

--Cuantos serán sobre poco mas ó menos.

—Lo menos una docena! dice Lacaille sacando su cabeza de debajo del velador.

--Una docena!

--Por lo menos, contesta á su vez Jeorgina, que se habia echado en una otomana, y miraba, riéndose con disimulo, el rostro del sargento, que se puso pálido al oir el número de los ladrones.

--Soldados, es menester ir por refuerzos; nosotros no somos mas que cinco, y la partida no seria igual.

Al acabar este heroico discurso, el sargento sale del gabinete; deja dos centinelas en la puerta, y otras dos delante de la habitacion del portero.

Durante esto Lafleur levanta á su amo: su cuerpo está como si lo hubieran apaleado, por el violento ejercicio que habia tenido lugar sobre él. El pobre Lacaille pregunta que significa todo aquel alboroto, y Lafleur le cuenta que unos ladrones que se habian escondido en el gabinete de la señora, habian apagado las luces para llevar mejor á cabo su horroroso designio, y que sin Rosa y el que habian acudido con luces, hubieran limpiado toda la casa.

Lacaille está tan aturdido que escucha á Lafleur sin comprenderlo. El criado continuaba su historia, cuando un destacamento de gendarmes á caballo y una compañía de granaderos entran en la casa conducidos por el sargento que habia corrido á buscar refuerzos.

Jeorgina y Rosa se asoman á las ventanas que dan al patio á fin de gozar un rato, y ver entrar á la tropa que parece quiere formar el sitio de la casa. Estas señoras se rien como dos loquillas, mientras que Lafleur frota las espaldas de su amo con aguardiente alcanforado.

Los soldados se colocan en el patio en orden de batalla; las antorchas que iluminan la casa, los vecinos que están en sus ventanas, los transeuntes que llenan la calle, los imbéciles y los poltrones que gritan sin saber por qué, todo da á esta escena un aparato extraordinario. El barrio entero está en conmocion. Han visto entrar la tropa en la casa, y cada cual hace sus conjeturas; los espíritus inquietos creen que van á volar la casa; las viejas, en su terror, toman los carretoncillos de los aguadores por piezas [de artillería y lian de prisa sus trapos para no quedar cerca del sitio del comba-

te. Los niños lloran, los papás se preguntan lo que será menester hacer, las jóvenes se mezclan entre la multitud, y los jóvenes se estrechan contra ellas.

El sargento se llena la nariz de tabaco y dirige el siguiente discurso á los soldados que le acompañan.

--Camaradas; todo anuncia que el negocio será vivo; una cuadrilla de ladrones se ha refugiado en esta casa. A la verdad, nuestra fuerza es superior, pero ya sabreis ó no sabreis, que los ladrones se defienden como leones y se baten como tigres, mas bien que dejarse prender: he aquí la razón porque no estaremos de mas seis contra uno. Obremos con prudencia, pero tengamos cuidado de dejar francas las salidas para que los heridos puedan ser conducidos con facilidad.

El comandante de la gendarmeria sin escuchar el elocuente discurso del sargento, empieza por mandar cerrar la puerta, dejando algunos hombres para que los ladrones no puedan escaparse. El sargento hace tocar á los tambores; el comandante les manda que se callen, á fin de no dar ninguna señal á los que van

á sorprender, y marchan, bayoneta calada, hacia el comedor.

Registran los aposentos del primer piso, despues los del segundo sin descubrir nada. El comandante se vuelve entonces hácia el sargento, y le pregunta si ha sido para burlarse de él ó de sus soldados, para lo que le ha hecho venir.

--Paciencia, responde el sargento; los ladrones á lo que parece están bien ocultos; pero ya ¡vereis pronto, como es un lazo que os tienden.

Continúan el registro; llegan á las behardillas y se detienen delante de una puerta que cierra la entrada á los graneros: el sargento se esfuerza por abrirla pero la puerta está cerrada por dentro.

--Silencio, dice; presumo que aqui se han ocultado.....

--Será una felicidad, dice el comandante.

--El sargento aplica su oído á la puerta y esclama.

--Ya los tenemos..... están aqui.

El comandante escucha y distingue efectivamente los pasos de muchas personas que corren por el granero.

--Ya veis como yo tenia razon, dice el sargento; y en seguida se coloca detrás de todos, para no interrumpir las operaciones.

--Rendios! grita el comandante con voz fuerte. Aguardan un momento..... pero el mas profundo silencio reina en el granero.

--Rendios! repite el comandante, entanto que el sargento le grita emplee la dulzura.

El comandante ordena á su tropa que echen abajo la puerta: esta resiste, pero al fin viene abajo con estrépito, y el viento que sale del granero apaga al mismo tiempo las antorchas.

Se adelantan con precaucion, porque la oscuridad mas profunda reina en el granero. El sargento aconseja al comandante que hable á los ladrones para que entren razon; este hace colocar á los soldados en una linea, y por la última vez griia á los ladrones que se rindan. No recibe respuesta, pero oye un confuso ruido de voces ahogadas.

--Soldados, preparen! dice el comandante; fuego!..... (Pero manda en voz baja á los soldados que no tiren mas que al aire.)

La detonacion tiene efecto. Al mismo tiempo salen del fondo del granero gritos agudos; pero estos gritos parecen causados mas bien por el miedo que por el dolor, y entre ellos se distinguen voces que no pueden ser de ladrones.

--Que diablos es esto? dice el comandante. Pardiez! aqui hay mugeres..... escuchad, sargento.

Pero el sargento no estaba en disposicion de oir, porque desde el principio de la accion, habia juzgado apropiado bajar las escaleras para buscar luces.

Persuadido el comandante por el ruido que oye, que hay alguna equivocacion en este negocio, manda á sus soldados que le sigan, y se adelantan hácia dónde salen los lamentos.

Se adelantan, siempre á tientas: bien pronto sus pies se enredan entre los haces de paja; los unos ruedan, los otros mas diestros, dejan á un lado lo que detiene su marcha. Bien pronto, al creer levantar á los ladrones, es una pierna, un muslo, una garganta lo que encuentran debajo de su mano. Los soldados, viendo con quien tenian que habérselas, abandonan sus fusiles para palpar con mas co-

modidad; las víctimas soportan pacientemente el yugo de los vencedores. Estaba escrito que esta noche rodarian todos en casa de Mad de Rosambeau, los unos sobre los otros. El pillage continuaba con ardor cuando el sargento entró en el granero con una luz.

Era tiempo de alumbrar la escena, que tomaba un giro muy original.

—Que veo! esclama el sargento; mugeres!.....

—Si mugeres, contesta el comandante gobernándose el uniforme, que se habia descompuesto algo en la accion: esos son los ladrones que tanto os han asustado!

Las mugeres, por pudor, se habian ocultado, á la vista de la luz, entre la paja..... Una esplicacion era indispensable Desde luego se rogó que se presentasen todos sin temor, y los soldados vieron con sorpresa que no habia mas que mugeres debajo de la paja. En verdad ellas formaban la vanguardia; por eso habian soportado solas todo el fuego del enemigo. A poco aparecieron una porcion de criados de la casa, que, como mas poltrones, se habian ocultado en lo mas hondo del granero detrás de la paja.

Debe recordarse que al primer grito de Lafleur todas las gentes de la casa se habian salvado en el granero, cuya puerta habian cerrado. Ignorando despues lo que pasaba en la casa, habian tomado á los soldados por ladrones, y la voz del comandante que les mandaba se rindiesen por la del gefe de los salteadores.

Dichosamente este quid-proquo no tuvo funestos resultados: el comandante fue el primero en reirse; solo el sargento estaba consternado de haberse engañado tan groseramente. Le fue preciso soportar las chanzas de todo el mundo, y sobre todo del comandante que estaba en humor de reirse. Las mugeres no fueron las que menos, porque estaban algo resentidas de que el sargento hubiese venido tan pronto á aclarar el teatro del combate.

—Pero, en fin, comandante, dijo el pobre sargento, tomando un polvo para atraer las ideas; sin embargo ha habido ladrones!.....

—Puede que uno ó dos que huirian antes de vuestra llegada.

En efecto, dijo el portero adelantándose con su gorro de algodón en la ma-

no; recuerdo haber visto salir á tres jóvenes, antes que se diese la voz de ladrones.....

—Sin duda, repuso el comandante, algunos aturridos que se habrán burlado de vos!..... y se ha esparcido la alarma por nada, y puesto el barrio en conmoción..... Otra vez, sargento, antes de ir á buscar refuerzos procurad saber con quien teneis que habéros las.

El sargento no respondió nada, estaba confundido. El comandante bajó á la cabeza de su tropa, las gentes de la casa volvieron á las habitaciones, los soldados salieron á la calle, M. de Lacaille fue llevado á su casa por Lafleur, de quien no sospechaba que era el autor de todo aquel desorden, y Jeorgina se acostó, riéndose con Rosa, de los sucesos de la velada.

CAPITULO IV.

ACCIDENTE.—REENCUENTRO IMPREVISTO.



odos se figurarán que los tres amantes no se darian por satisfechos con la primera visita; todos tres continuaron yendo á casa de Mad. de Rosambeau, y por este medio no se podía saber á cual daba la preferencia; las malas lenguas de la casa decian que la señora no queria desesperar á nadie; y que guiada por la señorita Rosa, sabia manejar tres intrigas de frente: lo que si hay de cierto es que Jeorgina no volvió á cometer la imprudencia de dar tres citas en el intervalo de hora y media.

Pero, en medio de los placeres, transcuria el tiempo: el fruto de la primera falta de Jeorgina llegó á sazón: el hijo del amor queria ocupar su lugar en este vasto universo.

La época ha llegado; es menester por algun tiempo dejar á París, abandonar sus encantadores placeres para sepultarse en una triste campiña. Jeorgina está de muy mal humor: jamas ha deseado ser madre, pero en este momento ese titulo no le parece mas que una sujecion insostenible, y en su despecho se promete no cumplir con los dulces deberes que aquel nombre trae consigo.

Es preciso partir: ningun obstáculo se opone á ello. M. Lacaille está persuadido que Mad. de Rosambeau está sujeta á dolores nefríticos, y que necesita tomar los baños: el desea acompañarla, pero encuentran pretextos para disuadirlo, y Lafleur persuade á su amo que no se debe contrariar á una muger enferma, si se quiere que sane prontamente.

Jeorgina deja, al fin, la capital, pero en lugar de dirigirse á Plombieres, toman el camino de Monmerency. Cerca de este pueblo habia alquilado Lafleur para Jeorgina una casita aislada, que debia servirle durante su forzosa ausencia de París.

Rosa acompañaba á su ama; sin ella Jeorgina se moriria de fastidio en el campo!..... Estas señoras han tomado

asiento en un ligero cabriolé, tirado por dos caballos, en uno de los cuales se sube el conductor. Este carruaje parece mas apropósito para un paseo que para un viage; pero cinco leguas son poca cosa, y Jeorgina ha mandado al conductor que vaya como el viento.

Sentada cerca de Rosa, rodeada de cartones y de trapos (porque aun en la soledad debe pensar una linda muger en su tocado) se entretiene Jeorgina con su doncella hablando de los placeres que disfrutará á su vuelta, del gusto que sentirá en jugar mil chafardetas á Lacaille y en engañar á sus tres amantes, que comienzan ya á no tener el mérito de la novedad.

Esta importante conversacion ocupa de tal manera á las viageras, que ven con sorpresa que pronto llegarán á su destino. Ya distingue la vista el modesto campanario de Montmorency. El elegante carruaje sigue como el viento. La señorita Rosa, que es una jóven de ánimo, tiene sin embargo miedo no sea que se desboquen los caballos; Jeorgina rie de su espanto, y apesar de que su situacion debia hacerla mas temerosa, parece al contrario desafiar todos los peli-

gros, y grita al postillon, que arree mas á los caballos.

Pero, crac!..... al pasar el carruage sobre unas piedras destinadas á la composicion del camino, se rompe el eje de una rueda, esta cae por un lado, el carruage por otro, las señoras ruedan sobre el camino, y los gritos de dolor suceden á las risas de la locura.

El postillon ocupado consigo mismo, con su carruage y caballos no se inquieta por las viageras.

Rosa llena el aire con sus gritos, causados mas bien por el susto que por el dolor, porque no tiene ninguna herida. Jeorgina, herida en la cabeza, ha perdido al uso de sus sentidos.

Un jóven á caballo acude á los gritos y con la ayuda de su criado levanta á las viageras y las conduce sobre un tapiz de verdura. El postillon, vuelto de su espanto, corre en busca de socorros á una cabaña que se ve próxima. Durante este tiempo, el jóven restriñe con su pañuelo la sangre que sale de la frente de Jeorgina. En el primer momento no ha podido conocer las facciones de aquella que socorria, pero al presente, arrodillada

delante de ella, levanta la cabeza de la interesante herida..... Esta vuelve en si y abre los ojos.....

—Jeorgina! esclama el jóven.

—Cárlos! dice nuestra heroína y baja los ojos, ruborizándose, lo que no le habia sucedido hacia mucho tiempo.

Cárlos á quien habiamos dejado en el instante de emprender la direccion de Paris, habia tenido en esta ciudad una recaída, que le habia obligado á no salir de su habitacion, todo el tiempo que empleaba Jeorgina en fiestas y placeres. La venida de la primavera habia vuelto la salud al demasiado sensible Cárlos; los médicos le habian ordenado el ejercicio á caballo, y en uno de sus paseos en los alrededores de la capital, la casualidad acababa de presentarle, lo que inútilmente buscaba en Paris.

—He mandado á vuestro conductor en busca de socorros dice Cárlos despues de un momento de silencio; en el estado en que os hallais, señora, ninguna precaucion está demas.

Cárlos se apoyó sobre estas últimas palabras: la preñez de Jeorgina estaba demasiado avanzada para que pudiera escapar á sus miradas. Jeorgina se rubo-

rizó de nuevo y quiso levantarse.

—Para que ponerlos en camino? dice Carlos con un tono de voz dulce; esperad que se halle algun carruge que pueda conducirlos.

—Es inutil, caballero, mi herida no es nada..... y me hallo en estado de andar.

Al acabar estas palabras, se levanta Jeorgina y da algunos pasos, pero su debilidad la obliga á detenerse. El postillon vuelve con un aldeano, quien ofrece á las señoras un calesin ó unas angarillas para transportarlas donde quieran.

—No quiero ni lo uno ni lo otro dice Jeorgina; vuestro calesin me rompería la cabeza á fuerzas de sacudidas, y no estoy en ánimo de ponerme en unas angarillas para que todos los campesinos me sigan como á una curiosidad: yo iré á pie.

Al decir esto da algun dinero al aldeano y manda al postillon se ocupe del cabriolé, y vaya á reunirsele cuando aquel esté compuesto.

Carlos escuchaba á Jeorgina: era tal la diferencia que encontraba en su tono y maneras que no podia persuadirse te-

ner delante de los ojos á la persona que habia dejado en la quinta seis meses antes.

Despues de haber dado sus órdenes, Jeorgina se vuelve hácia Rosa, que estaba aun recostada sobre el césped, recibiendo con reconocimiento los cuidados de Bautista, cuyas maneras inocentes y sencillas le agradaban mucho.

—Dadme el brazo Rosa; me ayudareis á andar sosteniéndome un poco.

—Que yo os sostenga, señora! ay, Dios mio! yo misma necesito quien me sostenga..... Yo no tengo tanto ánimo como vos... En verdad, no sé si podré andar...

El hecho es que la señorita Rosa queria que Bautista la ayudara á andar el camino. Jeorgina estaba sin saber que hacerse; el aldeano y el postillon se acababan de ir; ella habia afectado un ánimo superior á sus fuerzas. Cárlos estaba á dos pasos pensativo, silencioso, sin que pareciese estar en una disposicion muy favorable. Sin embargo Jeorgina, se arma de resolucion, y se aprocsima á él con aire risueño.

—Seriais tan galan que me dierais el brazo, hasta llegar á mi casa? dista de aqui solo una media hora de camino.

Cárlos pareció salir de un estado letárgico. Se volvió hacia Bautista, le mandó diese el brazo á la criada, y adelantándose hacia Jeorgina, pasó esta su brazo por el de Cárlos, Rosa se colgó del de Bautista y juntos emprendieron la marcha.

Todos permanecieron silenciosos apesar de los esfuerzos de Rosa. Cárlos estaba muy pensativo; Jeorgina sufría no solo por su herida que era ligera, sino de verse obligada á dar el brazo á un hombre, cuya presencia le recordaba lo que hacia mucho tiempo habia olvidado. Cuando el dolor ó el cansancio la forzaban á apoyarse en el brazo de su conductor, su pecho se hinchaba, su corazon latia con violencia: un sentimiento penoso, porque no estaba esento de remordimientos, se apoderaba de su alma, levantaba los ojos hacia Cárlos buscando leer en los de este lo que pasaba en su corazon; pero Cárlos evitaba sus miradas sufriendo tambien por estar tan cerca de la que habia adorado, de la que habia hecho el tormento de su vida, y no ser para ella mas que un extraño. Y sin embargo, de que conocia que nada podia ser ya para Jeorgina, cuando esta se

apoyaba en él, cuando oprimía su brazo, ó un suspiro se escapaba de su pecho, Carlos conmovido volvía á hallar su corazón, y echaba de menos las ilusiones que no podían renacer.

Llegan, al fin, delante de la casa que Lafleur había alquilado para Jeorgina.

—Aquí es dónde vengo, caballero, dice nuestra heroína deteniéndose.

Cárlos mira la habitacion, y queda sorprendido de su exterior modesto y de su aislada situacion: un sentimiento de placer anima sus facciones.

Rosa ha llamado: una muger anciana viene abrir.

—Quereis descansar un momento? dice Jeorgina á Cárlos soltando su brazo.

—Os lo agradezco, señora, pero no tengo tiempo.

—No os ruego que me vengais á ver, porque la sociedad de una muger sola no os será muy agradable.

Cárlos iba á responder á este epigrama, pero se contiene, temiendo dejarse llevar por el sentimiento que lo agita.

—Sigueme, dice á Bautista con voz

sombria, y se aleja de prisa de la habitación de Jeorgina.

Llegados al lugar en que esperaban los caballos. Carlos se detiene para contemplar el sitio en que ha vuelto á hallar á la que abandona tan bruscamente. Ella estaba allí.... herida.... sufriendo.... Pero de donde procede que habite al presente un retiro aislado.... querría ocultar su falta á los ojos de todos.... retirarse del mundo?

Pobre Carlos! su corazón busca siempre el modo de disculpar á la que aun no puede borrar enteramente de su memoria.

—Quien es ese original señora, pregunta Rosa á su ama cuando Carlos se ha alejado; se ha despedido de una manera muy patética.... por un momento creí que iba á llorar!... Su criado es muy lindo; aun no es mas que un niño, pero se podría hacer de él alguna cosa.

—Jeorgina no contesta nada. Entran en la casa, que hubiera parecido encantadora á cualquiera que hubiese amado el campo; pero Jeorgina la halla insoportable, prometiéndose permanecer en ella el menos tiempo posible. Su caída no habia alterado su salud; una madre tier-

na se hubiera alegrado, pero Jeorgina si por algo se alegró fue por la esperanza de que podria volver á Paris mas pronto. La vista de Cárlos habia despertado en su alma recuerdos que neresitaba ahogar.

El momento tan deseado por la mayor parte de las madres llegó al fin: Jeorgina dió á luz un hijo. Su vista le causó alguna sensacion, pero pronto lo puso Rosa en manos de una nodriza que se habian procurado y á la que pagaron adelantado un año, mandándole no ir jamás con el niño á Paris.

Asi pasó el pequeño Pablo (este era el nombre que le dieron) á las manos de una estraña, sin llevar consigo ni el sentimiento ni el amor de su madre.

Jeorgina, pasado el tiempo necesario á su restablecimiento, escribió á Lafleur, para que noticiase á su amo su vuelta: todo se ejecutó como lo ecsigia la prudencia, y pronto Mad. de Rosambeau fue instalada en su casa, sin que nadie diese muestras de saber lo que la señora habia ido á hacer en el campo.

Jóvenes que buscaís una esposa inocente y de talento, desconfiad de esas señoritas que han hecho viages!

CAPITULO V.

LA RUEDA COMIENZA A VOLVERSE.



n el momento que M. Lacaille supo la vuelta de Jeorgina, corrió á la casa de ésta, y con grande asombro la vió mas flaca y muy cambiada: en efecto mucho habia perdido Jeorgina de su frescura y brillantez. Ella se quejó que las aguas le habian sentado mal; y queriendo reparar con los adornos lo que habia perdido en belleza, se entregó á los mas locos gastos, al lujo mas desenfrenado; y vino á ser para Lacaille un objeto ruinoso.

El pobre hombre pensaba algunas veces, con espanto, en las consecuencias que su conducta debia acarrearle; pero Lafleur era su confidente, y ádemas su administrador; no tenia, pues, ningun medio para ver claro en sus negocios, ni para reparar en sus necesidades.

Mad. de Rosambeau, no solamente gastaba para sí sino que proporcionaba á sus

Tres amantes todo lo que parecía que deseaban; no pudiéndose ocultar que había perdido muchos de sus encantos, temía ser abandonada, y empleaba para tener á sus esclavos en sus cadenas, medios ruinosos para M. de Lacaille.

Mad. de Rosambeau hacia imprimir las obras del jóven poeta; y este que debía á su querida el gusto de ver salir sus obras á luz, hacia produccion sobre produccion, teniendo el cuidado de dedicarlas á la que hacia los gastos.

M. Folleville no componia versos; pero tenia una pasion decidida por los caballos. Mad. de Rosambeau, que iba muy á menudo á pasearse con él en el bosque de Boulogne, se encargaba de que su carruage fuese notable por la hermosura de sus corceles.

El jóven oficial se contentaba con montar en un mismo caballo cuando salia á paseo; pero en cambio era jugador hasta el esceso: casi siempre perdía, y Mad de Rosambeau, que tenia la bondad de asociarse á sus beneficios, estaba cada dia obligada á reparar el déficit que se encontraba en la caja de la asociacion.

Las cuarenta mil libras de renta de

M. de Lacaille no podian durar mucho. Lafleur intendente general de la hacienda, preveia hacia mucho tiempo lo que habia de suceder, pero picaro diestro se guardaba bien de advertir á su amo el resultado que tendrian sus locuras; por el contrario le ocultaba el abismo abierto debajo de sus pies, y le empujaba dulcemente hácia el precipicio. Se empeñaban las propiedades, se pedia prestado á los usureros; Lacaille lo firmaba todo: el desgraciado habia perdido la cabeza; no se atrevia á ecsaminar sus cuentas, y su criado le aseguraba que tenia recursos para el resto de sus dias. ¡Loca vejez, que os dejais dominar por las pasiones, mas digna sois de desprecio que de lástima!..... teneis, para salvaros del lazo que tienden á vuestros sentidos y á vuestro amor propio, la esperiencia y vuestro espejo!

Una mañana mientras Lacaille descansaba de las fatigas de una noche de baile, en el cual el adorno y la presencia de Mad. de Rosambeau habian causado una grande sensacion, se oyó un ruido muy fuerte de voces en el patio de la casa. Lacaille abre los ojos y llama á su lacayo para conocer la cau-

sa del tumulto.

—Qué sucede, Jazmin?

—Señor son algunos alguaciles, usure-
ros, ugières..... en fin todos los diablos
del infierno que se acaban de apoderar
de la casa.

—Cómo! que es lo que dices?..... esas
gentes, sin duda, se equivocan.

—Ah! sin embargo, preguntan por M.
de Lacaille antiguo propietario.....

—Entonces no soy yo.

—Oh! si señor; traen señas muy esactas.

—Y que quieren?

—Que les pagueis sino quereis ir pre-
so, señor.

—Preso! estás loco... Es solo dinero lo
que necesitan.

—Si señor.

—Par diez! no era menester para eso
que me hubieran despertado!..... Dile
que se vean con Lafleur mi administra-
dor.

—Señor es que vuestro administra-
dor se fué esta mañana al amanecer.

—Qué dices?

—La verdad señor.

—Como?..... Lafleur.....

—Ha dejado la casa, llevándose todo
lo que podia convenirle.

—Ah! bribon! bandido!..... he sido robado, engañado, vendido.

Lacaille vuelve á caer sobre su lecho; está anodado, y conoce que ha sido engañado por un tuno. El tumulto aumenta; los alguaciles gritan; los criados se salvan con lo que pueden llevarse. Pronto los corchetes rodean la cama del viejo niño pródigo; le enseñan letras que ha firmado, compromisos que ha contraído: el resultado es que el administrador ha engañado hasta á los usureros, porque su amo debe tres veces mas de lo que puede pagar, con todo lo que posee. Este descumbrimiento no calma la cólera de los acreedores, y M. de Lacaille es intimado se de á prision. El viejo loco se levanta; no le dan tiempo para que se unte arrebol, ni polvos, ni se ponga el corsé, ni nada.... Pero en el momento en que va á salir de su habitacion, se presenta la señorita Rosa con una carta de su ama; Lacaille la toma y lee, mientras que Rosa, asustada, mira á las personas de rostro patibulario que llenan el aposento.

La esquila contenia una invitacion de Mad. de Rosambeau, para que Lacaille diese á su doncella trescientos luises

que necesitaba para una cosa urgente.

--Querida, responde M. de Lacaille, dí á tu señora que voy á la cárcel por ella y que es la última prueba de amor que pruedo darle.

—Decidle tambien, señorita, añade un hombre alto, seco, negro, lívido, y cuya ávida mirada y estrambótica figura dan á conocer que es un alguacil, decid á vuestra señorita que solo le concedo veinte y cuatro horas para dejar la casa que ocupa; yo se lo que es esa señora de Rosambeau: la casa que vive ha sido amueblada por este caballero, y por consiguiente nos pertenece.

Rosa se escapa sin querer oír mas. M. de Lacaille fue conducido á la cárcel; el desgraciado murió en ella al cabo de algun tiempo, sin ser sentido de nadie, y sin haber encontrado en sus numerosos conocimientos el mas mínimo socorro, el mas leve consuelo.

CAPITULO VI.

ESCENA UTIL AL UNO E INUTIL A LA OTRA.



Jeorgina aguardaba con impaciencia la vuelta de su doncella. Antes de seguir á la señorita Rosa, volvamos á Cárlos á quien hemos dejado en los alrededores de Montmorency.

Al ver Cárlos el retiro de Jeorgina, habia creido que solo el arrepentimiento habia guiado á aquella que despues de muchas locuras, podia aun (al menos él lo esperaba) volver á la virtud.

Atormentado por el deseo de volverla á ver, arrepentido de haberla dejado tan bruscamente, Cárlos vacilaba hacia mucho tiempo entre aquel deseo y su orgullo ofendido, pero pudo mas el amor y tomó con Bautista el camino de la casa aislada.

Llegados á ella, Carlos llama; una aldeana se presenta; é informa al joven que la señora por quien pregunta hace

dos meses que se marchó y que no debe volver.

--Vamos, dice Carlos, de nuevo me he equivocado..... volvámonos á París, Bautista.

--Si deseais ver á la señorita Jeorgina nada es mas facil.

--Cómo es eso Bautista?

--Yo sé donde vive, señor.

--Y quién te lo ha dicho?

--Su doncella; ya sabeis, á la que di el brazo, la señorita Rosa que me dijo fuese á verla, pero yo no he ido.

--Ir á ver á Jeorgina á París se dijo en voz baja Carlos, no!..... eso seria una debilidad.

Y pasó otros muchos dias aun en su irresolucion hasta el momento en que el amor lo llevó á su pesar en casa de Jeorgina.

Rosa acababa de entrar, y su ama la reñia por su tardanza.

--Ya sabes, Rosa, que aguardo con impaciencia ese dinero..... Folleville necesita un caballo.

--Pues bien puede ir á pie sino monta mas que los que vos le compreis con el dinero de M. Lacaille!

--Qué quieres decir, Rosa?

La doncella le cuenta la escena de que ha sido testigo; Jeorgina queda sorprendida, sin ser afectada de la desgracia de su viejo adorador.

--Bien podía, el viejo loco, haberse figurado que tal le había de suceder! Estoy muy contenta de verme desembarada de él.

Arruinaos, pues, por una coqueta!

--Sin embargo, el acontecimiento no deja de ser desagradable dice Jeorgina al cabo de un minuto; contaba con ese dinero..... y has visto á Lafleur, Rosa?

--Lafleur está muy lejos, pues según tengo entendido ha abandonado á su amo. Un mozo inteligente no aguarda en estos casos que la justicia entre en la casa.

--Mañana dejaremos nosotras esta, Rosa. Tengo alhajas, diamantes.....

--Oh! vos teneis recursos, señora, á vuestra edad jamás se ha visto ninguna embarazada.

--Vamos, Rosa, haz los paquetes de todo lo que no podamos llevar.

Jeorgina así que se queda sola se entrega á sus reflexiones; hacia mucho tiempo que no le había ocurrido pensar en

su situacion; al soñar en el porvenir, se recuerda alguna vez lo pasado, que tantas personas precuran olvidar, y Jeorgina era de este número.

Nuestra heroína se hallaba en esa situacion de espíritu, en que descontento uno de si mismo, quisiera poder cambiar algunas escenas de su vida, cuando se abrió la puerta de su aposento: era Carlos, que habia cedido al deseo de volver á ver á Jeorgina!

--Es á Mad. de Rosambeau á quien tengo el honor de hablar, dice Carlos.

--Cómo sois vos, caballero!..... y quien os ha dicho mi nombre?.....

--Oh! ya me sospechaba yo, señora, que el que teniais en la quinta no os convenia en París.

--Si es para hablarme de moral para lo que habeis venido, os prevengo, caballero, que perdereis el tiempo: no me hallo dispuesta á oir vuestras reprimendas.

Carlos ecsaminaba el aposento: el lujo, la profusion que parecian reinar en casa de Mad. de Rosambeau, habian ahuyentado ya la esperanza de su corazon.

--No vengo á reprenderos por vuestra conducta, dice al fin; por otro lado ya

y su muger..... yo los he juzgado á la primera vista, y estoy seguro que á esos rústicos no les habeis entrado por el ojo!

--Qué me importa, siempre que agrade á Jeorgina! el arrendador no es su padre, ella me lo dijo anoche.

--Es igual, señor, no atropellemos las cosas!..... si se pudiera engañar á la muchacha, sin que esos patanes se sospecháran..... Obteniendo de Jeorgina una entrevista.....

--Pero, y si rehusa?.....

--Entonces, si es necesario, emplearemos los grandes medios! entretanto voy á informarme cautelosamente de lo que hacen diariamente en la quinta y de las costumbres de la señorita Jeorgina.

Saint-Ange bajó al jardin: ántes de volver á ver á los campesinos queria hablar á Jeorgina; la casualidad le favoreció, pues la jóven se paseaba pensando en lo que el marques le habia dicho la vispera. Saint-Ange no deja escapar tan favorable ocasion, y anuda su conversacion de la vispera: en ella se muestra mas vivo, mas apasionado, mas seductor que nunca!..... Ah! qué diferencia de Saint-Ange á Cárlos! en una hora habia el marques adelantado mas sus

antiguos caballeros!..... pero hablando entre nosotros, yo no lo merecia.

--Me gusta el ver que os haceis justicia.

--Y porque he de disimular con vos?... Quiero ser franca: me gustasteis desde que os ví la primera vez; esta inclinacion se aumentó cuando fuisteis á la quinta... quizás os hubiera permanecido fiel!... pero me dejasteis allí, me abandonasteis sin pensar lo que podria suceder..... A una jóven de diez y siete años le gusta que la hablen de amor!... Otro amante se presentó; me dijo mas en ocho dias que vos lo habiais hecho en dos meses, y á mi no me disgustaba oír que me llamaban linda!.... Os olvidé, lo confieso; pero es sola la culpa mia?.... Despues he hecho muchas locuras!.... Qué quereis! mi corazon es débil, y mi cabeza no se ha hecho para la razon!... Sin embargo, cada vez que os veo, se apodera de mí un sentimiento..... que á mi misma me asombra. Mirad, Carlos, yo no tengo mas que veinte años; aun soy muy linda!..... dejad ese aire serio, ese tono sentimental, y en vez de moralizarme habladme de amor..... conozco que os escucharia con placer.

Al acabar este discurso que habia acompañado de miradas muy espresivas, Jeorgina pasó su brazo al rededor de Cárlos y con la cabeza apoyada sobre el hombro del jóven, el seno palpitante, los ojos clavados en los de aquel, aguardaba ver á su esclavo caer de nuevo á sus pies..... Pero Cárlos se desembaraza friamente de los brazos que le detienen, y se aleja algunos pasos, diciendo á Jeorgina.

---Os he escuchado con la mayor atencion, y veo cuanto me habia engañado!..... No debo reprenderos; habeis cedido á la inclinacion que la naturaleza os ha dado. Continuad en vuestras locuras, aumentad cada día el número de vuestros amantes, sed dichosa!..... yo lo deseo; pero la dicha pasa pronto para los que se entregan á toda clase de placeres; sino hubierais abandonado á vuestros bienhechores, quizás hubierais logrado fijar aquella á vuestro lado. A Dios, Jeorgina, no nos volveremos á ver.

Al concluir estas palabras, dirige Cárlos su ultima mirada á Jeorgina, y deja la casa de ésta, dando gracias al cielo de haberle al fin, abierto los ojos.

CAPITULO VII.

CAMBIO DE SITUACION.



Las últimas palabras de Carlos habian turbado el alma de Jeorgina; su brusca retirada, en el momento en que ella creia encadenarlo mas fuertemente que nunca humillaba su amor propio, y engañaba su loca vanidad. Rosa vino á sacarla de sus reflexiones anunciándole que todo estaba dispuesto para la mudanza de habitacion. Rosa habia creido poder llevarse una parte de los muebles, pero los alguaciles se lo habian impedido. Les fue preciso contentarse con las cajas que contenian los vestidos, los adornos y las alhajas: un fiacre recibió todo esto y transportó á las señoras á una fonda.

Jeorgina habia puesto en conocimiento de sus tres amantes su nuevo domicilio, pero ninguno de ellos se presentó: nuestra heroína no concebía el motivo

de este abandono, pero Rosa se lo hizo comprender. En efecto, Mad. de Rosambeau, no podia ya imprimir las obras del poeta, comprar caballos á Folleville, ni llevar la caja del jóven oficial.

Esto la disgustó mucho, pero Rosa procuró consolarla, y por su parte Jeorgina prometió ser mas cuerda para el porvenir.

Entretanto, desde que vivia en la posada, Jeorgina estaba sola. La prontitud con que habia arruinado á M. de Lacaille, cuya fortuna parecia asegurada, habia asustado á los numerosos partidarios de su beldad. Nadie se presentaba para reemplazar al pobre Lacaille, que acababa de morir en su prision, el tiempo transcurria, las joyas se vendian (porque en Paris cuesta caro habitar en una fonda) y los recursos iban á menos.

—Dónde está Lafleur? decia Jeorgina suspirando; ya me hubiera encontrado una casa y un carruage!.....

Rosa no respondia nada, pero se rompia la cabeza para imaginar un medio de salir de aquella posicion.

Una mañana fue la bribona á hallar á su ama que aun estaba acostada; su aire de satisfaccion anunciaba que tenia

algun proyecto en la cabeza.

--Que me quieres Rosa? dice Jeorgina aun no despierta del todo.

--Señora..... señora..... me ha ocurrido una idea deliciosa..... vais à hacer fortuna!

--Cómo es eso Rosa? y Jeorgina se frota los ojos y se despierta enteramente.

--Vos bailais muy bien, entendeis algo de música, es preciso que os ajustéis en el teatro de la Opera.

--Yo!..... acaso, crees?....

--Porque lo he pensado mucho tiempo os propongo este partido, como el mas agradable y el mas apropósito para hacer al momento una brillante fortuna.

--Y que he de hacer yo en el teatro?

--Bailar..... Una cantatriz rara vez llama la atencion, pero una bailarina es diferente: el baile os ofrece los medios de hacer valer vuestros encantos, de desplegar vuestras gracias! Lo picaresco del trage, las formas encantadoras y vuestra linda figura, que à la luz de los quinqués será deslumbradora, es mas de lo que se necesita para atraer à todo Paris.

--Verdaderamente, Rosa, ya casi me

están dando tentaciones de bailar. Pero como lograremos el que yo sea recibida?

--Oh! eso es muy fácil; en otro tiempo serví yo á una señora, cuyo amante tenía un hermano que le hacia el amor á una señorita, que tenía un tio empleado en la administracion del teatro. Por medio de todas esas personas he adquirido conocimiento con el ayuda de cámara del señor administrador; me ha dicho que su amo es muy amable; que ama mucho á las mugeres, y que hace de buen grado cualquier cosa para servir las. Nosotras vamos á su casa; os adornais mucho, os presentais, veis al señor administrador, y yo respondo que obtendreis la orden para vuestra primer salida.

Jeorgina se abandona á los consejos de Rosa. Se viste y se adorna sobre la marcha, toman un fiacre y llegan á la antesala del señor administrador general del teatro de la ópera.

Esta antesala, como las de todas las personas de algun valor, estaba llena de aspirantes, pretendientes, pedigüeños, proveedores, entremetidos &c. &c. Jeorgina toma su vez entre esta multitud, y Rosa se va en busca del ayuda de cáma-

ra para lograr, renovando su conocimiento, que sea introducida su ama antes que le llegue el turno en el gabinete del señor administrador.

Al cabo de un rato vuelve á encontrar á Jeorgina; diciéndola que no sin gran trabajo (en efecto parecía muy acalorada) habia logrado su intento.

El ayuda de cámara seguia de cerca á la señorita Rosa y Mad. de Rosambeau es introducida en el gabinete del señor administrador.

Cual fue la conversacion que tuvo Jeorgina con este caballero? que género de paso ejecutó delante de él? como lo atrajo á su favor? estos son misterios de gabinete que no podemos penetrar: lo que hay de cierto es que Jeorgina salió de la casa del administrador con la certidumbre de poder desplegar muy pronto sus gracias en el teatro.

—Ya lo veis, señora, como tenia razon en decir que seriais admitida

—Es verdad Rosa, al principio costó algun trabajo; insté tanto!..... tanto!.....

--Ah! es preciso, señora; tambien á mi me costó trabajo hacerme conocer del ayuda de cámara, pero al fin, oh! conoció muy bien que no era la primera vez

que me veia, é hice tanto, que me mostró muy buena voluntad.

Al decir esto Rosa arreglaba su pañoleta un poco descompuesta, y Jeorgina reparaba el desórden de su peinado.



CAPITULO VIII.

ZULME.



oco tiempo despues de la visita de Jeorgina al señor admistrador, recibió la órden de hacer su primera salida entre la ninfas de Tércicore.

En esta ocasion los cuidados de Lásleur hubieran sido muy útiles y necesarios á Zulmé (este era el nombre de teatro que habia tomado Jeorgina) pero faltando aquel fue preciso que Rosa desplegase todo su celo para sacar adelante á su ama, y hacerla triunfar de todas las intrigas que fomentaban contra ella sus numerosas rivales.

Jeorgina se asombraba de las cábalas, de las disputas y de los manejos de que ella era el objeto: estraña hasta entonces á la carrera del teatro, ignoraba que es mas fácil de conducir á un ejército de cien mil hombres, que quince ó veinte comediantes: ella no conocia aun, los celos, las preferencias, las pretensiones ri-

diculas, los derechos de antigüedad que alegan los talentos, los pagados aplausos que sostienen á las medianías, y los silvidos del público que tarde ó temprano hace justicia á lo que es malo.

--Jeorgina se presentó y fue bien recibida, no porque lo hiciese bien, sino porque Rosa habia comprado las tres cuartas partes de los asientos del patio; además la bailarina era muy linda; sus encantos aumentados por todo lo que el arte inventa para seducir los ojos, eran tales en la escena, que hasta engañaron á los concurrentes á la orquesta, que es cuanto se puede decir.

Pronto la hermosa Zulmé se vió mas en voga que lo que habia estado Mad. de Rosambeau; los regalos mas brillantes, los retratos, los billetes amorosos se sucedian en casa de la linda bailarina. Rosa, apesar de su erudicion en galanteria no sabia á cual atender: su ama era la divinidad del dia, la muger á la moda y en París la moda hace fortuna.

La habitacion de Zulmé se habia vuelto el punto de reunion de todos los elegantes de la capital: cada mañana, rodeada de un emjambre de adoradores de todas edades y de todas condiciones,

pero todos con coches, porque sin esta circunstancia no eran recibidos, nuestra heroína pagaba con una sonrisa, con una mirada, con alguna palabra lisongera los homenajes de los hombres que se creían demasiado dichosos al arruinarse por ella.

Con una poca de mas prevision y algunas menos locuras, hubiera podido Jeorgina juntar una fortuna, pero su divisa era, gozar del presente, sin pensar en el porvenir: nunca habia escuchado mas voz que la de su capricho, y no era en medio del torrente de los placeres donde podia volverse razonable.

Todas las noches se daban en casa de Zulmé esos convites de familia que duran hasta la madrugada. Se jugaba fuerte; los que perdian se consolaban con el champaña; los que ganaban celebraban su triunfo al lado de las hermosas; una alegría ruidosa, canciones licenciosas, escenas escandalosas, terminaban estas noches de disipacion y de licencia: los primeros rayos del dia encontraban aun en casa de Jeorgina á los convidados, á quienes, en su mayor parte, era preciso trasladar á las suyas.

Dejemos á Jeorgina entregarse sin fre-

no, sin pensar en el porvenir, á todas sus pasiones, y veamos si Cárlos está todavía hechizado.

Cárlos habia dejado la casa de Mad. de Rosambeau, con el corazon aliviado del peso que le oprimia hacia tanto tiempo. Al ver lo que era Jeorgina, que tenia el corazon marchitado por la insensibilidad, la cabeza imbuida de los sofismas del vicio, los ojos brillantes de licencia y de atrevimiento, al ver sus facciones, antes encantadoras, ya ajadas por el abuso de los goces sensuales, Cárlos habia sentido extinguirse en el corazon la pasion que hacia el tormento de su vida. Habia perdonado á Jeorgina el que no la amase; y no podia excusarla que se hubiese hecho indigna de su amor. La frialdad, la coqueteria, la inconstancia misma no pueden á veces extinguir el amor; pero el envilecimiento, la licencia alejan para siempre á un corazon delicado.

Bautista se sospechó que habia ocurrido algun cambio dichoso cuando vió volver á su amo que le ordenó alegremente lo preparase todo para la partida. Cárlos queria al momento dejar á Paris en donde ya no le detenia nada. Tambien pensaba en la pesadumbre que su ausencia

causaba á sus parientes, y una voz secreta le decia que en el castillo de Merville hallaria un objeto mas digno de sus afectos, que aquel que por tanto tiempo le habia dominado.

Hemos dejado á Mad. de Merville entregarse á la esperanza de volver á ver pronto á su hijo, y felicitándose con la amable Alejandrina de la vuelta de aquel al castillo, que Dumont habia anunciado. Pero esta dulce esperanza habia cedido pronto su lugar á la inquietud: el tiempo pasaba y Carlos no volvia.

—Con mucha anticipacion me he lisongeado que veria pronto á mi hijo, se decia Mad. de Merville. sin duda está hoy mas apasionado que nunca de esa Jeorgina!..... una muger despreciable hará la desgracia de mi hijo..... Jóvenes aturridos! buskais la dicha y huis de ella si os la ofrecen bajo la egida de la prudencia!

La jóven Alejandrina suspiraba tambien por aquel que le habian retratado con colores tan brillantes, y que su imaginacion habia embellecido aun mas. Una jóven es ingeniosa para crearse quimeras, y su cabeza trabaja mucho mas si se trata de algun lindo jóven.

Sin saber estas señoras sus secretos pensamientos se consolaban mutuamente hablando de aquel que siempre esperaban. Una mañana (aun se estaba en el rigor del invierno) propuso Alejandrina á Mad. de Merville el aprovechar una hermosa helada para dar un paseo por los alrededores del castillo. La proposición fue aceptada; las señoras se abrigaron, se envolvieron con cuidado, y desafiando el rigor del frío dirigieron sus pasos hácia Rambervillers.

Hablando de aquel en quien pensaban siempre, ya habían andado un buen trozo de camino, y Mad. de Merville deseaba descansar, cuando Alejandrina descubrió á poca distancia de ellas, á un anciano sentado sobre un banco de piedra, que parecía contemplar el triste pero imponente espectáculo que ofrece la naturaleza en un bello día de invierno.

—Quién es ese anciano? pregunta Alejandrina á Mad. de Merville; le conocéis vos, señora?.... os saluda.....

--Es el anciano escribano de Rambervillers.

--Parece de mucha edad.

--Sin embargo no tiene tanta como parece; pero ha sido desgraciado y la des-

gracia hace envejecer muy pronto!..... Yo le conozco poco. M. Rudemar vive muy retirado y no apetece la sociedad; parece muy ocupado de ciertos recuerdos, de los que nadie puede distraerle. Se pretende que su conducta de otro tiempo no fue siempre irreproachable!.... pero como yo no doy mucho crédito á los discursos de la maledicencia, no se nada de positivo acerca de este particular. Algunas veces he invitado á M. Rudemar para que fuese al castillo, pero siempre se ha escusado.

Estas señoras habian llegado cerca del banco. El viejo se levantó para saludar á Mad. de Merville, y esta que se hallaba cansada se sentó al lado de M. Rudemar, mientras que Alejandrina, que preferia correr sobre la nieve á tomar parte en una conversacion demasiado formal para su edad, se paseaba no lèjos de aquel sitio.

Hace mucho tiempo que hemos dejado á M. Rudemar y lo encontramos muy diferente de lo que entonces era. El señor escribano habia tenido siempre ciertas debilidades por sus amas de gobierno. La señora Gertrudis abusó del ascendiente que tenia sobre su amo para per-

der á aquella pobre niña, á la pequeña Jeorgina, la cual, sin ella, quizas hubiera permanecido quieta en casa de su tío y no hubiera hecho todas las locuras imaginables!..... lo que seria una desgracia para el lector.

La desaparicion de Jeorgina habia afectado á M. Rudemar; sin embargo, esperaba que volviese á implorar su perdon; pero los años se pasaron y la sobrinita no volvió. El señor escribano, que conforme envejecia, iba afirmando la cabeza, lo que no deja de ser meritorio, cuando vemos á tantos viejos libertinos, se culpó de la huida de Jeorgina, á la cual se la presentaba errante, desgraciada, entregada á todos los horrores de la miseria, lejos de aquel que debia por justo titulo tener en lugar de padre. Gertrudis fue despedida; M. Rudemar tomó una criada secsagenaria, y poco á poco se retiró del mundo, esperando siempre, que por premio de su arrepentimiento, viniese Jeorgina á cerrarle los ojos.

M. Rudemar ignoraba que Mad. de Mer-ville podia darle noticias de su sobrina, y la madre de Carlos estaba muy lejos de sospechar que la muger que traia vuelto el juicio á su hijo fuese la sobrina

del señor escribano.

Apenas se habia alejado Alejandrina de Mad. de Merville, cuando vió un jóven seguido de su criado. Al pasar el viagero cerca de ella la saludó con gracia; al mismo tiempo tropieza su caballo y se rompe una pierna, el jóven cae y el criado prorrumpe en desaforados gritos. Alejandrina se siente desfallecer; pero venciendo su debilidad corre hacia el viagero, á quien temia encontrar herido.

El jóven estaba en pie antes que Alejandrina se le aprocsimase.

—Ah! que contenta estoy! temia no os hubieseis herido.

—Sois demasiado buena, señorita; mi pobre caballo es la única víctima de este accidente.

—Como vais á hacer ahora para continuar vuestro viage?

—Dichosamente no voy léjos, y pronto volveré con gente por si lo puedo socorrer.

—Ah! vais cerca de aqui? y Alejandrina ecsaminaba al viagero con interes, quizas vayais á Rambervillers?

—No, pero voy al castillo de Merville, que no está léjos.

—¿Qué! vais al castillo de Merville?

Alejandrina se detiene, ruborizada por la alegría que ha manifestado, y baja los ojos, por que el jóven la observa á su vez.

—Me atreveria á preguntaros, señorita, de que procede vuestra sorpresa?

—Caballero..... es que yo tambien voy al castillo.

—Permitidme entónces ofreceros mi brazo para acompañaros.

No se podia rehusar una oferta tan natural. Alejandrina, ruborizándose de nuevo, tomó el brazo del viagero. Su corazón latia: ella deseaba y temia llegar.

—Venid por aquí, dice á su compañero; separándole del camino.

—Pero, señorita, el castillo no está de ese lado.

—No, pero Mad. de Merville está..... Mirad, es aquella que veis allá..... sobre aquel banco.

El jóven deja al momento el brazo de Alejandrina y corre hácia el banco; Mad. de Merville se levanta al verlo y Carlos se halla ya en los brazos de su madre.

Alejandrina queda encantada, su co-

razon no la ha engañado, es Cárlos que está de vuelta. M. Rudemar está afectada de la escena de felicidad que tiene á la vista. Pero era preciso volver al castillo, para que todo el mundo supiese la venida de Cárlos. Mad. de Merville invita á M. Rudemar á que vaya á participar de su alegría, y esta vez el viejo acepta la invitacion: la vista de una familia dichosa ha reanimado su espíritu y dado treguas á su pesar.

Apesar de su originalidad M. de Merville no pudo ocultar su gozo al volver á ver su hijo: el placer llegó á ser general. M. Rudemar invitado para comer, no tiene ánimo para rehusar tan amable invitacion. La comida fue alegre, divertida; la familia de Merville era dichosa; Alejandrína esperaba serlo mas, y hasta M. Rudemar olvidó su pena.

Cárlos sentado al lado de Alejandrína admiraba su belleza, sus gracias, su amabilidad; en sí mismo hace comparaciones muy ventajosas para su encantadora vecina. Alejandrína, cuyo corazon era sencillo, inocente, no sabia ocultar sus sensaciones, y se entregaba con abandono al nuevo sentimiento que Cárlos le inspiraba.

A los postres se le antoja á M. de Merville saber lo que ha hecho su hijo en Paris. Cárlos embarazado, mira á su madre, y esta dice á su esposo que su hijo sin duda habia hecho algunas locuras, pero que la edad debia escusárselas.

—Par diez! señora, me creis bastante necio para incomodarme porque mi hijo no se haya conducido como un Caton! Yo me incomodaria, por el contrario, si no hubiera hecho de las suyas!..... Yo no quiero á esos jóvenes que no tienen ninguno de los defectos de su edad, y que, frios espectadores de las locuras de sus camaradas, permanecen pasivos en la edad de las pasiones y no ceden jamas á los placeres. Un joven discreto, viene á ser por lo regular un viejo loco. Los errores traen consigo la experiencia, y enseña á conocer el mundo! y puesto que es imposible que la naturaleza deje de hablar, mas vale que sea á los veinte años que á los cincuenta.

M. Rudemar apoyò la opinion de M. de Merville, y tenia algunas razones para ello. Cárlos abrazó á su padre, y todos se levantaron de la mesa. La velada se pasó agradablemente; los jóvenes

hicieron mas amplio conocimiento y al dia siguiente se comprendian ya muy bien.

—Dejémoslos entregarse á la felicidad de una pasion reciproca: satisfechos del presente, dichosos para el porvenir veian con gozo renacer la estacion de las flores; porque esta era la época fijada para su union. Volvamos á Jeorgina, que quizá no sea ya Zulmé.



CAPITULO IX.

CATASTROFE.



emos dejado á Jeorgina en medio de una multitud de adoradores, disputándose el honor de arruinarse por la bella Zulmé, lo que no era muy difícil, gracias al insolente lujo que reinaba en casa de esta moderna Lais.

Pero en Paris donde todo es preocupacion, la moda estima cambiar de favoritos, y bien pronto se apercibió Rosa que una nueva bailarina iba á eclipsar á su ama: al momento corrió á poner en conocimiento de Jeorgina un acontecimiento que era preciso evitar.

—Señora, le dice una mañana; no os asombreis de que os abandonen, de que se arruinen menos por vos de algun tiempo á esta parte; sabed que una nueva beldad atrae á sí todas las miradas. Es una jóven de diez y seis años muy lin-

da, y lo peor de todo que es un corde-ro, una inocente!.....

—Ah! Rosa, y como evitaremos ese suceso?

--Esa es la dificultad, señora! es preciso intrigar..... hacerla silvar cuando se presente al público, pagar gente que arme alboroto: gritarán, disputerán, se bati-rán, harán ladrar perros en el patio, echarán gatos desde la cazuela, esto hará una algazara de dos mil diablos!..... Gritarán fuego, si es preciso; los espectadores se aturdirán, las mugeres correrán, nadie se detendrá, todos se irán de mal humor, y tendrán á la bailarina por detestable.

--Tu plan es delicioso y lo apruebo..... Sin embargo, temo que si la bailarina es linda, no alcancemos nuestro objeto!.....

--Y qué importa, señora, conspiremos siempre!..... luego veremos lo que resulta!.....

Formado el plan, Rosa hizo mover todos los resortes de la intriga. Menos versada Jeorgina que su criada en esta clase de negocios, solo la secundó proporcionando el dinero necesario para pagar los afiliados de la señorita Rosa. Jeor-

gina prodigaba el oro con tanta facilidad como lo ganaba!..... y este oro, acerca del cual pudiera decirse muy buenas cosas, sino temiera fastidiaros, vino á ser entre las manos de la señorita Rosa el nervio de la conspiracion que debia dar al traste con la nueva bailarina.

Pero ya sabeis lectores, que los proyectos de una débil criatura son trazados sobre arena, ó para hablar mas claramente; la muger pone y Dios dispone. Asi pues, tres dias antes del que habia de decidir de la suerte de la rival de Jeorgina, nuestra heroína se vió acometida de una enfermedad, que la obligó á guardar cama: el dia siguiente estaba mas mala, y una fiebre ardiente la agitaba. Llamaron á un médico, y declaró que segun los sintomas que observaba, era de temer que se declarase la viruela.

A esta horrorosa noticia, Jeorgina pone los ayes en el cielo; Rosa palidece de espanto, y todos los amantes, los amigos y los aduladores de Jeorgina huyen de su casa, como si el diablo le fuera á los alcances.

Adios cábalas é intrigas de bastidores! Un cuidado mas importante ocupaba á Zul-

mé: era preciso hacer por conservar aquella beldad, sobre la cual se cimentaban todas las esperanzas de fortuna y de placeres: Maldecia al tío que habia descuidado á su sobrina, y hasta á Juan que desde el fondo de su quinta no habia pensado en la vacuna.

Rosa no deja la casa, pero aguarda el resultado de la cruel enfermedad en un aposento muy retirado del de su ama, á quien no va á ver, temiendo al contagio. Jeorgina sufre pesares!... Este era el caso apropiado para hacer serias reflexiones y sentar un poco la cabeza!..... La continuacion nos enseñará si Jeorgina aprovechó este tiempo.

Esta despues de haber estado muy mala, pudo al fin convencerse de que conservaria la ecsistencia: la crisis habia pasado. Pero era siempre ella la seductora Zulmé?..... Nuestra heroína no se habia atrevido á consultar su espejo. Por último, hace llamar á Rosa. Esta, despues de haberse informado de si puede aproximarse á su ama sin peligro, entra en la habitacion que esta ocupaba. La vez de Jeorgina la manda que se aproxime. Rosa se adelanta con precaucion..... separa las cortinas..... mira, prorrumpe en

un grito, y se precipita al otro extremo del cuarto.

Jeorgina adivina su desgracia.

—Ah! Rosa, esclama; estoy pérdida!..... Tu no quieres decirme cuan mudada me he quedado!.....

—Señora.....

—Acércate.... te lo mando. Estoy; pues, muy horrorosa?

—Oh! no señora..... pero..... apesar de esto..... no sois..... lo que erais.

—Tráeme un espejo que quiero asegurarme de la verdad.

Rosa temblando alarga el espejo á Jeorgina, y sin aguardar al efecto que producirá en su ama, se aleja para poner en ejecucion el proyecto que ha concebido.

Jeorgina tiene en la mano aquel espejo fatal, tan amenudo consultado en otro tiempo, y sobre el cual no se atrevia ahora fijar los ojos. Sin embargo es preciso saber la verdad..... Oh! cielos! señales en el rostro! ... los ojos menos abiertos, la tez enrojecida, las cejas y las pestañas caidas por algunas partes!..... Vamos, no era ya la muger encantadora que hacia tantas conquistas!..... Pero, en fin, aquel tinte se gas-

tará, los ojos se deshincharán; siempre será la muger bella..... y podrá agradar aun..... A los veinte años nunca se pierde la esperanza.

Decidida del todo á no volver á presentarse en el teatro, dónde la habian visto tan brillante, y en el cual le seria preciso oir las burlas de sus compañeras, Jeorgina toma al momento su partido. Despues de haber permanecido algunos dias mas en la cama, se levanta y hace llamar á Rosa, á quien no habia vuelto á ver desde el instante en que le dió el espejo.

Pero Rosa no estaba ya en la casa, porque no servia mas que á las mugeres á la moda, al lado de las cuales es dónde únicamente se hace fortuna: al ver la fiel doncella el triste efecto de la cruel enfermedad, se habia decidido á dejar á Jeorgina; y como Lafleur habia sido siempre su modelo, ella no echó en olvido lo que aquel habia hecho al dejar á M. de Lacaille: las alhajas, los diamantes, desaparecieron con la señorita Rosa.

—Ah! dice Jeorgina al saber la briboneria de su querida Rosa; tienen razon en decir: que nunca viene sola una desgracia!

No obstante, vendiendo sus muebles logra juntar una pequeña cantidad y amueblar una linda habitacion. Podia aun pasarlo medianamente, pero ya no era ni Zulmé ni Mad. de Rosambeau.



CAPITULO X.

ENCUENTRO NOCTURNO.



acia algun tiempo que Jeorgina vivia en la calle de los Molinos, pasando el día en recordar sus pasadas grandezas, en lamentar la pérdida de una parte de sus encantos, y yendo por la noche al teatro para ahuyentar su fastidio; pero en vano encontraba la distraccion que apetecia. La ociosidad, este fardo mas pesado de soportar que la pena y la fatiga, aletargaba su ingenio y abatia su caracter. A los diez y nueve años estaba ya Jeorgina cansada de la vida. Algunas veces se acordaba que era madre, pero ignorando las dulzuras de este estado, habia pagado otros seis meses adelantados por su hijo, al cual no pensaba aproximarse.

Una noche, al volver del teatro, se vió sorprendida en el camino por un violento aguacero, y obligada á buscar un re-

fugio, entró en la primera puerta abierta que se le presentó, y en ella esperó que el tiempo le permitiese continuar su camino.

Un cuarto de hora pasó y la lluvia no cesaba. Un hombre entra jurando en el portal que sirve á Jeorgina de refugio.

—Oh! oh! qué haceis aquí, hermosa!

—Caballero, espero que cese la lluvia para volver á mi casa.

—Si quereis subir á mi habitacion estareis mejor que aquí.

La proposicion era un poco brusca: Acostumbrada Jeorgina á que la tratasen con mas galanteria, no sabia que contestar; el hombre se apercibió de ello.

—Ah! os habeis incomodado con mi proposicion!.... tranquilizaos; aunque os encuentro sola, de noche, en un portal... en una situacion, que como vos misma conocereis no es muy decente, como podeis ser una muger honrada, os prometo que no os detendré á la fuerza, porque yo solo quiero á las mugeres voluntarias. Vamos, creedme, venid..... ya estais mojada.... espuesta al viento .. en fin, estais muy mal aqui, y estareis mejor en mi casa.

Al decir esto toma el galan la mano de Jeorgina, y esta se deja conducir sin saber ni aun lo que quiere. Suben una escalera tortuosa, que los conduce hasta el quinto piso; y mientras mas subia mas suspiraba Jeorgina y se arrepentia de haber seguido á su conductor.

En fin, el hombre se detiene, abre una puerta é introduce á su señora en una pieza, cuya estension no permitia distinguir la oscuridad.

—Estaos quieta mientras enciendo una luz, dice el conductor de Jeorgina ofreciéndola un asiento.

Jeorgina se sienta reflexionando en el partido que debe tomar; su huesped enciende la luz, ya puede ella distinguir los objetos; y empieza su ecsamen por el dueño de la habitacion.

Este era un hombre de cuarenta años alto, rubusto, de una figura regular, vestido decentemente, pero cuyos modales no anunciaban una condicion muy distinguida.

Despues de haber ecsaminado á su obligado conductor, dirige Jeorgina una mirada á la habitacion en que se halla. Era todo en una pieza dormitorio, cocina,

salon de recibo y tocador. Paredes casi desnudas, ventanas sin cortinas, un anafe sobre una sarten, una cama desecha, sillas rotas, y en medio de todo esto, mantos, cascos, espadas, corazas y rollos de papeles, tal era el cuadro que se ofrece á las miradas de Jeorgina que suspiró de nuevo, y se promete no permanecer mucho tiempo en la casa de su desconocido galán.

Este al recorrer la habitacion para poner las cosas un poco en orden, dirigia miradas á Jeorgina, y sin duda no era el ecsámen desfavorable á nuestra heroína, porque mientras mas la miraba, mas se esmeraba en adornar su aposento.

Por último así que concluyó, se adelantó dulcemente hácia Jeorgina.

— Ah! hermosa señora, (este cumplimiento lisongeó á Jeorgina, que hacia tiempo no estaba acostumbrada á él) espero que me dareis el gusto de cenar conmigo sin cumplimiento; os lo repito, esto no os obligará á nada, pero en la mesa haremos conocimiento. Mirad; yo soy un buen diablo que no entiendo de ceremonias. Cuando me hayais tratado una hora me conoceréis como si fuerais mi

muger.

Esta chanza hizo sonreír á Jeorgina, La lluvia seguía cayendo; por otro lado, ya que había llegado hasta allí, algunos momentos mas no cambiaban en nada su situación.

—Vamos, dijo, voy á detenerme un poco puesto que lo permitis.

—Muy bien; y yo voy á poner la mesa.

Nuestro hombre trae una mesa al centro de la sala, y abriendo un armario, saca los restos de un pastel, una lengua, jamon y varias botellas de vino.

—Venid, hermosa señora; pongámonos á la mesa y viva la alegría.

Jeorgina se deja conducir. Se sientan, comen, beben, la conversacion se anima y se ponen tan alegres. Nuestra heroína empieza á hallar á su huesped bastante amable; le manifiesta sin rodeos el deseo de saber en que se ocupa y aquella sastiface en estos términos.

—Deseais saber lo que yo soy: voy á deciroslo en dos palabras, me llamo Duchenu y soy actor en el primer teatro..... de los boulevarts. Hago el papel de los tiranos, de los padres bárbaros y de los opresores de la virtud. Me vana-

glorio de saber mi oficio, y soy en estremo apreciado del público. Mis camaradas están celosos de mi, pero me importa poco, porque el director sabe apreciar mis talentos. Estoy bien pagado; como lo que tengo gana porque soy solo. lo que no me impide ser dichoso y estar contento. He aquí mi historia; veamos ahora la vuestra.

No le sentó mal á Jeorgina saber que M. Duchenu pertenecia al teatro; ya empezaba á formar mil proyectos; pero para complacer á su nuevo admirador, inventó una historia desgraciada, que recitó con gracia y que su compañero creyó ó no creyó, cosa que no puedo afirmar. Poco importaba, ademas, á M. Duchenu lo que Jeorgina habia sido; los artistas son filósofos: lo principal es que ella le agradaba.

Al beber su segunda botella, por que bebia regular, hizo su declaracion. Ofreció á Jeorgina partir con ella su fortuna, que le ayudaria á estudiar su papel y que cuidaria de los muebles, que ya empezaban á gastarse. Mil hermosuras habian codiciado este honor; pero la una tomaba tabaco, la otra fumaba como un granadero, y todas se ma-

reaban al ensayar con él. M. Duchenu necesitaba, pues, una muger entendida, sencilla y virtuosa.

—Vos me convenís, dice á Jeorgina; nuestro encuentro es un golpe de la suerte; vuestra edad, vuestra estatura, vuestra figura, vuestros modales, vuestra conversacion, todo me encanta. Quizas otro os encontraria algo picada de viruelas pero yo no veo nada mas gracioso que vuestra fisionomia: á la verdad, no teneis trazas de virgen, pero yo no hago caso de esas bagatelas!.... en fin, me agradaís. Decidme, pues, en dos palabras si mi proposicion os conviene.

Jeorgina no estaba muy léjos de satisfacer los deseos de M. Duchenu, sobre todo despues del plan que se habia formado; pero era muy natural que se hiciese desear, y no se echase en brazos del primero que se presentara: así pues pidió á su huesped algunos dias para reflexionar sobre su proposicion.

Duchenu que jamás reflexionaba, hubiera querido concluir el trato sobre la marcha, y como el vino le hacia olvidar las promesas de prudencia que habia hecho á su bella, aprocsimaba insensiblemente su silla, buscando modo de tomar

alguna prenda para mayor seguridad; pero Jeorgina que no era una inocente, como lo habia dicho rudamente M. Duchenu, adivinando las intenciones de su huesped, lo rechazó vivamente cuando él creia haber ganado terreno. Nuestro enamorado perdió el equilibrio y rodó con su silla debajo de la mesa, de donde se levantó jurando á Jeorgina que habia hecho muy bien en volverlo á la razon, y que estaba encantado de haber encontrado á una Lucrecia.

Habiendo cesado el agua, Jeorgina se dispuso á despedirse de su huesped; en vano trató este de detenerla, ofreciéndola su cama, y prometiéndola que él dormiria en una silla. Jeorgina permaneció decidida, y fué preciso dejarla ir. Pero demasiado galante Duchenu para dejar salir á una muger sola en medio de la noche, ofreció su brazo á Jeorgina, que lo aceptó con reconocimiento.

Llegados delante de la casa de la calle de los Molinos, Duchenu renovó sus ofrecimientos, sus protestas de ternura, y solicitó una pronta respuesta, porque á él no le gustaba mucho pudrirse esperando. Jeorgina prometió hacerle saber su resolucion pasados ocho dias, térmi-

no que pareció muy largo á nuestro enamorado.

Ya en su casa reflexionó Jeorgina en las proposiciones de su nuevo conocimiento. M. Duchenu estaba muy debajo de lo que hasta entonces habia ella conocido. Despues de haber vivido con Saint-Ange, arruinado á M. de Lacaille, y brillado en el teatro de la Opera, era muy cruel verse reducida á aceptar las proposiciones de un hombre que nada tenia que disipar; pero el fastidio mortificaba á Jeorgina, y Duchenu estaba contratado en un teatro. Por su medio esperaba Jeorgina hacerse recibir: habia olvidado el baile, pero se sentia con grandes disposiciones para el género trágico, en que el talento ocupa el lugar de los encantos. El deseo de volverse á ver en su antigua posicion, la hizo creer que tenia una vocacion decidida por la escena: ya se veia en el primer teatro de la capital llenando el papel mas difícil. Mecida por sus ilusiones, se duerme Jeorgina formando castillos en el aire, y sueña que se apresuran á dirigirle versos y arrojarle coronas! Dejémosla soñar.

CAPITULO XI.

EFECTOS DE LA MALA CONDUCTA.



Al despertarse nuestra heroína se quedó asombrada viéndose en el sencillo aposento de la calle de los Molinos siendo siempre Jeorgina, nada mas que Jeorgina.

Calmado su espíritu, recordó su aventura de la vispera, y se admiró de haberse consentido á cenar en la bobardilla que habitaba M. Duchenu: su coqueteria se reveló á la idea de vivir con un hombre, cuyos modales eran tan poco delicados. y tomó la resolución de no volverle á ver.

Pero el tiempo transcurria; se necesitaba para subsistir disminuir el moviliario, ó tocar á sus trages y adornos, necesidad cruel que sumia á Jeorgina en los sombríos pensamientos á dónde la atraian su pasión por el teatro.

Una noche llamaron á su puerta; Jeorgina abre y reconoce con asombro á M.

Duchenu. No podia llegar éste en momento mas favorable: Jeorgina pensaba en los medios de presentarse otra vez en la escena.

—Vedme aqui, querida amiga; como no he tenido noticias vuestras, vengo á buscaros. Esta noche no trabajo, lo que es muy raro y por lo que me atrevo á apostar que no hay nadie en el teatro. He aprovechado la ocasion para venir á ver á la bella de las reflexiones: en quince dias habeis tenido lugar de hacerlas. Y bien, qué habeis decidido?

—Sabeis, M. Duchenu, que sois muy apremiante?.....

—Ah! hermosa! estamos tan cansados de representar escenas de amor, que fuera del teatro vamos de prisa al hecho. Las estratagemas, las picardigüelas, las confesiones, los suspiros..... todo lo sabemos de memoria..... á la verdad no nos divierte.

Ya veo que es inútil fingir con vos grandes sentimientos..... Asi, pues, os diré sin ceremonia que acepto vuestras proposiciones..... pero con una condicion!

—Hablad, par diez! todo lo que queerais.

—Quiero salir á la escena en vuestra teatro, hácia el cual siento una vocacion decidida.

—Tanto mejor!..... yo os impulsaré vigorosamente..... un beso para sellar nuestro contrato.

Duchenu dió un beso, dos, los que quiso, y concluyó por sellar su contrato, segun decia: Jeorgina no juzgó oportuno oponer resistencia á un hombre que en efecto, parecia dispuesto á empujarla vigorosamente.

Cuando M. Duchenu tuvo á bien se tiró en un sillón, y se puso á observar el aposento de Jeorgina.

—Sabes, querida amiga, que estás alojada como una princesa!..... verdaderamente es muy hermoso cuanto hay aquí!....

—Pero en tu casa todo es feo.

—Para que te sirven esas consolas esos jarros!

—Eso es el buen gusto.

—Eso es lujo, superfluo! pero pronto te desembarazaré de todo.

—Como?

—No te alteres!..... Desde luego el suelo está muy escurridizo, y no podré dar dos pasos sin caerme!....

—Tú te acostumbrarás.

—No; con cien mil diablos!..... tendrás cuidado de que no lo frieguen; esto es mucho lujo!

—Pero.....

—A propósito, como te llamas?.....

—Me llamo.....

—Y bien! lo has olvidado?..... el nombre que tu quieras, me es igual!.....

—Jeorgina.

—Sea Jeorgina. Apuesto á que no te has llamado siempre así.

—Es verdad.

—Bien seguro estaba de ello..... Yo conozco las mugeres y lo que es á mi no me la pegan!

—Pues eres muy dichoso!

—Yo soy como soy. También tengo talento para obligarlas á hacer todo lo que quiero.

—Bah!..... eso me parece difícil!

—Oh! yo tengo un medio para ello.

—Cual es?

—Ya lo sabrás cuando nos conozcamos mejor.

—Es el que acabas de emplear á hora poco?

—Quita allá!..... ese es muy comun!..... tengo uno mas noble! mas enérgico! mas

digno de un artista!.....

—Dudo que valga mas que el otro.

—Ya lo verás; pero es tarde; vuelvo á mi casa para hacer un paquete de mis papeles, ponerlo todo en órden y mañana vengo á establecerme aquí. Adios, bella Jeorgina.

Duchenu la abraza y se aleja. Jeorgina encuentra que su nuevo amante tiene un tono bastante imperioso, y que parece no le gustan las contradicciones, pero las cosas están tan adelantadas, que ya no puede retroceder: por otro lado Duchenu le ha prometido hacerla recibir en el teatro, y todas las ideas dramáticas de Jeorgina se presentan á tropel en su imaginacion, y no se ocupa mas que de la nueva carrera que vá á emprender.

A las seis de la mañana del siguiente dia Duchenu armó un espantoso estrépito en la puerta de Jeorgina, que tenia la costumbre de dormir hasta las diez. Se levantó sobresaltada y corrió á abrir.

—Como, eres tú ya?

—Dos horas hace que estoy llamando á tu puerta.

—Por qué vienes tan temprano?

—Por qué te levantas tan tarde?

—Es mi costumbre.

—Pues es muy mala, y yo te la haré perder.

Para empezar Jeorgina á perder su costumbre habia vuelto á la cama; pero Duchenu, á quien la vista de su hermosa medio desnuda habia puesto de buen humor, no pensó en impedirselo, y obtuvo su perdon por haberse presentado tan de mañana.

He aquí, pues, á Duchenu instalado en casa de Jeorgina. Los primeros dias está tan galante, y todo va bien. Pero como jamas lleva dinero, y come siempre, Jeorgina se ve obligada á disminuir aun mas su moviliario de cuyo pesar la consuela Duchenu asegurándola que mientras menos muebles tiene una sala mas cómoda está para declamar y accionar.

Jeorgina estaba sostenida con la esperanza de entrar en el teatro. Duchenu se encargó del asunto, y mientras esperaba el resultado, daba lecciones de declamacion á su querida, persuadido que formada por él debia obtener grandes triunfos.

Ya discipula de Duchenu, se habia acostumbrado Jeorgina á obedecerle, y esta muger, á quien no habian podido

atraer los obsequios y las buenas partidas, venia á ser esclava de un hombre brusco, sin delicadeza, que acababa de arruinarla, y se permitia golpearla, cuando las lecciones no iban á su gusto.

Algunas veces lloraba Jeorgina ó se queria resistir, pero eran entonces tan terribles las miradas de Duchenu, y agitaba con tanta furia su enorme baston, que Jeorgina, asustada obedecia, en tanto que el se felicitaba del medio que tenia para obligar á hacer á las mugeres cuanto él queria.

Nadie debe de asombrarse de ver á Jeorgina que hasta aqui ha mostrado carácter para hacer locuras, dejarse maltratar por un histrion: el abuso de la vida; el fastidio, la miseria, debilitan los órganos, y aquel que fue un héroe en la prosperidad, si la fortuna cambia, muestra la debilidad de un niño.

Duchenu que encontraba que el mobiliario de Jeorgina no se comia bastante de prisa, traia cada dia á algunos de sus camaradas para comer ó cenar. La comida se hacia con bastante discrecion, porque estos caballeros necesitaban estar por la noche en sus cinco sentidos; pero en la cena, no temiendo á los sil-

vidos del público, no guardaban la menor precaucion: comunmente los galanes jóvenes traian á sus queridas; Jeorgina era la encargada de hacer los honores á la sociedad; y si alguna vez manifestaba su mal humor, ó su enojo, un bofeton ú otra galanteria de M. Duchenu, le hacia entrar en su deber. Pobre Jeorgina! Podia decir como Jorge Dandin.

«Tu lo has querido!.....»



CAPITULO XII.

CAIDA.



e aprocsimaba el momento en que Jeorgina debía salir á la escena. Duchenu habia obtenido de su director. que se presentase aquella en una pantomima recitada, en que él mismo desempeñaba un gran papel, esperando con su presencia, infundir la emulacion y el ánimo en su discipula.

Jeorgina suspiraba porque llegase ese dia, porque apesar de la especie de apatia en que habia caido, sentia algunas veces contra si misma movimientos de cólera; su alma se sublevaba contra su situacion, y se prometia abandonar á Duchenu, desde el momento en que sus triunfos escénicos hubiesen asegurado su suerte.

La víspera del dia que debía alumbrar el triunfo de nuestra heroina, invitó M. Duchenu á cenar á casi todos sus

compañeros. Jeorgina debía repetir su papel delante de la sociedad y una completa cena terminaria la diversion.

El resto de los muebles y demas que poseia Jeorgina fue vendido por Duchenu para costear la cena: su discipula no opuso ninguna resistencia, esperando que sus futuros triunfos, repararian la pérdida del momento.

Concluido el teatro, todos llegan radiantes de alegría á la casa de su querido compañero, á quien tratan de talento de primer orden y de profesor distinguido, con un énfasis y un entusiasmo que deja adivinar el apetito de los convidados, y el placer que sienten en su casa. Jeorgina es festejada, abrazada y acariciada. Tiene los ojos hinchados pues aquella mañana no habia quedado Duchenu muy contento de su discipula, lo que ocasionó una disputa algo viva, pero todos lo atribuyen, al mal rato que se ha dado para recibir á la sociedad.

Las señoras preguntan si se empezará por la cena, pero se les hace conocer que vale mas que Jeorgina declame antes, porque será posible que despues no se hallen en estado de juzgarla: esta opinion es discreta, y todos se colocan

en la gran sala; no habiendo bastante sillas para todos, proponen los caballeros tener á las señoras sobre sus rodillas: estas se sublevan á esta proposicion, pero acaban por aceptarla, con la condicion de que los caballeros no se ban de mover, porque esto les causaria distracciones; así lo prometen, y cada señora ocupa las rodillas que mas le convienen y se disponen á escuchar.

Duchenu que debe trabajar con su discipula, sale de una alcoba, envuelto en una cortina de tafetan amarillo para imitar á un aldeano suizo; bien pronto lo sigue Jeorgina, con las despaviladeras al costado á guiza de puñal, y con el pelo tendido, para pintar mejor el peligro de su situacion. Un grito de satisfaccion resonó á su entrada en toda la sala.

—Qué postura! qué modales! qué arrogancia!—Hé aqui lo que decian todas aquellas señoras agitándose sobre las rodillas de los caballeros.

Animada nuestra heroína con aquel murmullo de aprobacion se adelanta hasta el centro de la sala, y sin detenerse, y casi sin tomar resuello, pronuncia su larga relacion, que debe causar un grande efecto. Encantado Duchenu de la vo-

lubilidad y de la memoria de su discipula mira á sus compañeros con un aire que parece decir:

—Podeis sacar vosotros, semejantes discipulas?

Las señoras felicitan á Duchenu con una guiñada y un gesto. En cuanto á los caballeros no podian verse sus rostros ocultos por las beldades que tenian delante, ni saber en que se habian entretenido durante la relacion de Jeorgina, pero cuando esta acabó, las señoras pidieron *otra, otra*, con un ardor asombroso, y costó mucho trabajo hacerlas levantar, pues tanto era el gusto que sacaban de la declamacion.

Por último, Jeorgina felicitada, festejada, aplaudida, fue llevada en triunfo al comedor, en donde la vista de una cena espléndida acabó de ecsaltar las cabezas en favor de la nueva actriz.

Con el fin de colocar á cada convidado, quita Duchenu las ojas de la puerta, y colocadas sobre dos sillas sirven de banco. No piensan mas que en divertirse, y se entregan á la mas viva alegria. Encuentran los platos seculentos, los vinos deliciosos; las señoras están de una amabilidad encantadora; entusiasmados

los hombres con la escena de la declamacion, hacen saltar los tapones de las botellas y entona alegres coplas. Rien cantan, chocan los vasos, y la embriaguez se hace general. Las luces son apagadas, los bancos formados con las puertas se caen..... En aquel desorden, cada uno busca á su cada una..... Y despues, á fé mia, como no se veia nada, ignoro lo que sucedió.

A las carcajadas, á los gritos ahogados sucedió el silencio del sueño; y ya habia recorrido el sol una gran parte de su carrera, cuando la reunion de artistas empezó á abrir los ojos.

Jeorgina es la primera que se despierta: cuando se espera un gran acontecimiento nunca el reposo es completo. El extraño cuadro que se ofrece á su vista la hace dudar si está despierta; pero coordinando sus ideas, las consecuencias del festin se trazan en su memoria. Sin contemplar los grupos que la rodean, Jeorgina que piensa que es muy tarde despierta á Duchenu. Este despierta á su vecino, y á poco todos están en pie: habiéndose disipado los vapores del vino, se aperciben que es la hora del ensayo, y salen tolos abandonando el tea-

tro de los placeres para pasar al que debe ser testigo de la gloria de Jeorgina.

Llega, por fin, esta noche tan deseada. El teatro está lleno. La pieza comienza; y el público aguarda en silencio que se presente la nueva actriz. Jeorgina está entre bastidores, donde, siguiendo los consejos de su director Duchenu desocupa varias copas de aguardiente, para cobrar ánimo, calor, y fortificarse contra el miedo.

Es menester, al fin, salir. Jeorgina se adelanta con desembarazo, diciéndose á sí misma que la que ha bailado en el teatro de la ópera debe ser una maravilla en el de los boulevarts. Un murmullo se levanta; el público cree apercibirse que la nueva actriz vacila, pero lo atribuye al temor de la primera salida. Sin embargo turbada Jeorgina por el calor, por el aguardiente y por el recuerdo del gran teatro en que ha bailado, olvida del todo su papel, y al salir á la escena, delante del amante que le hace su declaración, se persuade que aun está en la ópera, y hace un trenzado y una pirueta en lugar de recitar su gran relacion. El galán jóven se queda asombrado; el

público se rie, y Duchenu, que está entre bastidores se desgañita gritando:

—No es eso! voto á sanes!..... la relacion, demonio!... la relacion!.....

A estos enérgicos discursos, recobra Jeorgina su memoria, y se adelanta con nobleza cerca del apuntador para representar su papel. El público que vé que la actriz va á hablar, guarda silencio, y el galán jóven se aprocsima no temiendo ya á las paladas.

Jeorgina empieza bastante bien, y se posee del papel que desempeña: el público que perdona facilmente lo que le hace reir, olvida los trenzados de la princesa, y parece dispuesto á acogerla favorablemente. Pero un diablo de hemistiquio olvidado por nuestra heroina, cambia de nuevo la escena. Impaciente ya Jeorgina no sabe lo que se dice; el público comienza á fastidiarse de escucharla, y los silvidos salen de todas partes. El director de la orquesta, hombre prudente, quiere tocar el preludio de un baile con el fin de que el público se divierta, y el apuntador grita tanto cuanto puede su papel á la actriz; pero ecsasperada esta por los silvidos, pierde del todo la cabeza, la cólera la ahoga; quiere acabar á la

fuerza su relacion, y no pudiendo hacerse oir, le pega al apuntador un puntapie en las narices, y escupe sobre el violin del director de orquesta.

El tumulto llega á su colmo: la sala se estremece con los gritos, los aplausos, y los silvidos de los espectadores. Los jóvenes se rien y dirigen á Jeorgina palabras irónicas, pero los concurrentes á la tertulia que van al teatro para llorar y no para reirse, no entienden de nada; las manzanas, las cáscaras de nueces y cuantas provisiones llevan, empiezan á caer sobre la actriz, que se pasea noblemente por la escena, sin que parezca ocuparse del tumulto de la sala.

Duchenu, se habia ido avergonzado, y porque preveia las malas consecuencias que iban á originarse. Apenas se habia marchado, el apuntador, mas atrevido, sale de su agujero para vengar el puntapié que habia recibido, y el director de orquesta sube á la escena para lavar el insulto hecho á su instrumento. Jeorgina se halla entre sus dos antagonistas, y la batalla va á empezarse..... cuando se presenta un comisario de policia, seguido de algunos veteranos. A su aspecto cambia la escena, se apa-

cigua el tumulto y se detienen los combatientes. El señor comisario, sin entender nada de galantería, coje á Jeorgina algo bruscamente por debajo del brazo; asustada ésta por la escena que acababa de tener lugar no opone la menor resistencia. La hacen abandonar el teatro, y llegados á la calle la meten en un carruage con un soldado que la acompañe, sin que en todo esto hubiese vuelto Jeorgina en sí del aturdimiento que los sucesos de la velada le habian causado.



CAPITULO XIII.

LA CASA DE CORRECCION.



a hacia largo rato que rodaba el carruage, cuando Jeorgina, á quien el aire de la noche habia aprovechado, empezó á recobrar sus sentidos, y llamando á su memoria una parte de los sucesos de la velada, lo que mas la asombró fue encontrarse en el carruage con un soldado, sin saber adónde la conducia.

—A dónde vamos? preguntó al fin, á su silencioso vecino.

—Par diez! ya os lo podeis sospechar....

—No, por cierto!

—Os conduzco á san Lázaro.

—Y que es eso de san Lázaro?

—Una casa de correccion, dónde se encierran á las señoritas que hacen títeres.....

—Cómo! van á encerrarme?.....

—Ciertamente.....

—Acaso he hecho yo títeres?....

—Buena pregunta!

Jeorgina se lamenta de la injusticia de los hombres, no pudiendo, concebir que se encierre á una jóven porque haya olvidado su relacion. Pero sus lamentaciones eran inútiles; su vecino no la prestaba la menor atencion. El carruage se detiene, abren la puertecilla y hacen bajar á Jeorgina. La vista de las paredes ennegrecidas por el tiempo, de las rejas, de los portillos, de los cerrojos y de los centinelas causan á nuestra heroína una sensacion muy desagradable.

El llavero se presenta; era este un hombre de seis pies, de tez amarillenta, con los ojos ahuecados y lánguidos, cuyas espesas, y rubias cejas se aprocsimaban á la nariz y cuya enorme boca se estendia de una oreja á la otra. A su aspecto se estremeció Jeorgina. Habiendo dicho el veterano algunas palabras al oido del llavero, este mandó á nuestra heroína que le siguiese. Fue menester atravesar largos corredores y escaleras estrechas y sombrías: por último el carcelero abre una puerta y smpujando á Jeorgina la dice con voz ronca:

—He aqui vuestra habitacion, y se va cerrando la puerta, y dejándola entrega-

da á sus reflexiones.

Al entrar en su nuevo domicilio se echa Jeorgina sobre la única silla que encuentra; al ruido de los cerrojos que se cierran detras de ella, su corazon se oprime, y por mas que llora amargamente no puede encontrar ningun alivio.

Cansada de llorar, procura reanimarse, y para distraerse ecsamina la prision; era este un pequeño cuarto estrecho que apenas recibia alguna luz por una ventana enrejada. Una cama, una mesa y una silla eran todos los muebles que habia.

—Ah! dice Jeorgina arrojándose sobre la triste cama, si estuviera aqui Duchenu no diria, por cierto, que habia lujo!.....

A las seis de la mañana fue despertada por el alcaide del establecimiento que entró en su cuarto. Este puso sobre la mesa un pedazo de pan negro y un cántaro de agua.

—He aqui vuestro desayuno, vuestra comida y vuestra cena. Mucho habeis dormido!

—Y que os importa eso?

—Acaso creéis que se os vá á mantener sin hacer nada?

—Linda manutencion! por otra parte

no creo que yo he solicitado entrar aquí de pension.

—Os chanceáis sin duda.....

—Maldita la gana que tengo de chanzas.

—Cuando las mugeres encerradas aquí no cumplen con su deber, yo soy el encargado de corregirlas; y por cierto que lo hago bien.

Jeorgina se estremece á los gestos del terrible carcelero, y casi echa de menos las lecciones de declamacion de Duchenu.

—Que es lo que tengo que hacer? pregunta con un tono de voz muy dulce.

—Trabajar, voto á sanes!..... trabajar desde la mañana hasta la noche.

—Ay, Dios mio!..... Pero si no se hacer nada.....

—Yá os enseñarán. Seguidme; y pondreis mano á vuestra obra.

Jeorgina sigue, silenciosa, á su conductor. La idea de trabajar desde la mañana hasta la noche la hacia temblar. Despues de haber pasado su niñez en jugar, su adolescencia en pasearse, y su juventud en hacer lecuras, le parecia muy duro verse reducida á trabajar en una prision.

La conducen á una gran sala, y al entrar queda asombaada de ver muchas

mugeres, casi todas jóvenes y lindas, vestidas de una misma manera con un traje basto de color de ceniza. No se cansaba de considerar á aquellas mugeres que parecian pertenecer á todas las clases de la sociedad, y que sentadas unas contra otras trabajaban asiduamente, guardando el mas profundo silencio.

Iba ya nuestra heroína á entablar conversacion con una de las tristes reclusas de san Lázaro, cuando la llamó una muger que estaba sentada en el fondo de la sala, y cuyo severo aspecto manifestaba á las claras ser la directora de aquel terrible lugar.

Jeorgina se aprossima y recibe de manos de la superiora un vestido igual á los que tenian las reclusas.

—Para que quiero yo esto? dice Jeorgina á la vieja.

—Para que vayais á ponéroslo; y en seguida volveréis aquí á hacer lo que os mande.

—Yo!..... que yo me ponga este miserable traje?.... quitad!.... Estaria con el espantosa!

—Obedeced y no replicad!

—Por mas que digais, no me lo pongo.

Al decir estas palabras, Jeorgina, á

quien la vista de sus desgraciadas compañeras entregadas á un asiduo trabajo ha trastornado la cabeza, y que por otra parte no entiende de razones por lo que hace al capítulo del trage, armándose de un ánimo digno de sus primeras locuras, tira el vestido ceniciento á la cara de la superiora.

Esta que estaba acostumbrada á no ver mas que rostros sumisos y temerosos; y á no oír sino palabras de respeto y de obediencia, y cuyas menores órdenes, en fin, eran siempre estrictamente ejecutadas, queda tan sorprendida de la accion de Jeorgina, que sofocada por la cólera no puede hablar durante algunos minutos.

Sin embargo logra recobrar la voz, y su discurso, semejante á un torrente, que rompiendo el obstáculo que lo detiene todo lo arrastra á su paso, está mezclado de gritos, de amenazas, de moines y de gestos espresivos.

Por último, no hallando espresiones bastante enérgicas, la buena señora quiere pasar á vias de hecho: tira con sus pies los taburetes que se encuentran á su paso, y se dirige hácia Jeorgina con unas disciplinas en la mano, amenazándola con la vista; mas antes de llegar hasta ella

empieza á sacudir á derecha é izquierda sobre todo lo que encuentra al paso.

Por esquivar á su enemiga, Jeorgina se oculta detras de las reclusas; estas, á quienes la escena divierte, se aprovechan del desórden que reina en la sala para abandonar su trabajo, sin consideracion á la superiora que les grita, no se muevan! Pero ya no obedecen su voz; tan peligroso es el mal ejemplo! El de Jeorgina ha producido todo el efecto que ella esperaba: en un momento reina la confusion en todo, y la insubordinacion es general.

La vieja aniquilada de correr en vano detras de sus prisioneras, cae al pie de un banco. Esto era lo que esperaba la cuadrilla de desalmadas: todas las mugeres se detienen, y, Jeorgina, como era la que habia dado el ejemplo de animosidad, toma la palabra y pronuncia el siguiente discurso, que todas escuchan con atencion.

—Señoras..... ó señoritas! solo estoy aqui desde anoche, y ya he estado bastante. Vosotras, que me parece estais mas tiempo, debereis estar ya fastidiadas de trabajar!..... Por otra parte no se acostumbra una á que la peguen

á menos que no sea su amante, y no se lleva con placer un vestido basto, cuando se está en la edad de hacer conquistas. Asi pues, creo que aprobareis el proyecto que he formado de salvarme de esta prision, y que vosotras hareis otro tanto.

—Sí, sí, exclamaron todas las prisioneras; no pedimos otra cosa!..... Pero como lo haremos?.....

—Escuchadme, respondió Jeorgina: debemos empezar por impedir á esta hechicera que grite, porque el carcelero podria subir y esto daria al traste con nuestro proyecto.

La opinion de Jeorgina era prudente y todas la adoptan: se apoderan de la vieja que amenaza en vano; se rien de su furor, se burlan de su cólera, y despues de haberle puesto un pañuelo en la boca, la atan á uno de los pilares de la sala.

Concluida esta operacion, todas guardan silencio siguiendo los consejos de Jeorgina, con el fin de no llamar la atencion: en seguida aguardan las órdenes de la generala de las insurreccionadas de S. Lázaro.

—Empezemos, dice Jeorgina, por vengar nos de esta vieja; yo por los golpes que

quería darme; vosotras por los que habeis recibido.

Al mismo tiempo coje Jeorgina las disciplinas y tendiendo á la superiora, espone su venerable posterior á las miradas de la asamblea, dejando sobre las nalgas de la vieja las señales de su venganza: en seguida pasan las disciplinas de mano en mano, y cada prisionera tiene una venganza que ejercer. Cuando la vieja quedó bien azotada, Jeorgina tiró el terrible instrumento, y dijo que era preciso que cada una propusiese un medio para salvarse, y que se escogeria el mejor.

Hasta aquí Jeorgina habia conducido bien la conspiracion, pero apenas pidió la opinion de aquellas señoras, cuando todas hablaron á la vez siendo imposible entenderse. En vano Jeorgina que ve el peligro, prueba el llamarlas al orden; su voz se pierde en la barabunda general!..... y el terrible carcelero entra en la sala seguido de tres llaveros.

—Oh! oh! que quiere decir esto! esclama nuestro hombre con voz de trueno: todas las conjuradas se vuelven y quedan mudas de espanto: la vista del carcelero hace sobre ellas el efecto de la cabeza de Medusa. El guardian aper

cibe entonces á la vieja, que aun tiene al aire la parte vapuleada.

—Oh! oh! á lo que me parece se han hecho lindas cosas, dice bajando la ropa de la vieja; pero vosotras vais á bailar á vuestra vez.

—Par diez! esclama Jeorgina, que preveía saldria la peor librada, como causante de la revuelta; nos dejaremos azotar por esos camuezos?.... Vamos, señoras, nosotras somos treinta y dos y ellos nada mas que cuatro; ánimo é imitadme!.....

Al decir esto, corre Jeorgina hácia la puerta; todas las mugeres á quienes sus palabars han electrizado la siguen jurando secundarla. El carcelero y sus compañeros quieren detener á las prisioneras; pero aquellas mugeres, en quienes el esceso del espanto ha prestado ánimo, caen de golpe sobre sus guardianes, y como son en número tan superior, los dejan caer, los pisotean, hacen rodar por el suelo, y quedan dueñas del campo de batalla.

—Podemos bajar ya al patio, dice Jeorgina pero no es eso todo; es preciso salir de esta casa, y yo creo que en la puerta hay todavía bastante gente á quien combatir.

—Como unos quince soldados, dice una de aquellas señoritas; armados de fusiles y sables.

—Quince hombres armados!..... esclama Jeorgina, prorrumpiendo en un grito de espanto.

—Quince hombres armados! repiten en coro todas las reclusas, pintándose el terror en sus semblantes.

Jeorgina, que en toda la jornada parecia recobrar su caracter primitivo, reanima el valor de sus compañeras.

—Escuchad, señoras; quince hombres son demasiado para nosotras!..... No debemos, pues, tratar de combatirlos, sino de chasquearlos.

—Es verdad! esclaman todas las conjuradas; engañémoslos!

—Empecemos, dice Jeorgina, por atar á estos cuatro bribones como mejor podamos.

El carcelero y los mozos son atados á los pilares de la sala; la tela en que trabajaban aquellas señoras sirve de cuerda para el efecto. Una de las prisioneras propuso azotarlos, pero Jeorgina hizo observar que esta operacion les haria perder mucho tiempo; y la proposicion es desechada apesar del contento que hubieran

tenido en llevarla á efecto.

Jeorgina, como generala, se apodera de las llaves; pero no pueden salir en masa, porque serian detenidas por la guardia: nuestra heroína propone un espendiente que puede sacarlas de embarazs.

—Es preciso, dice, que nos disfrazemos de llaveros; tomaremos los vestidos de estos señores; son anchos y nos sentarán á las mil maravillas; no se puede pensar en el del carcelero, porque es demasiado grande; ademas no sale nunca de la casa, entanto que los otros van y vienen sin que se fije en ellos la atencion.

—Eso está bien, dice una de aquellas señoras, pero ellos no son mas que tres y nosotras treinta y dos; quedarán, pues veinte y nueve en prision?.....

—Creeis que no he pensado yo ya en eso? Escuchad: una vez que haya tres fuera, entran en la vecina alameda que siempre está sola, se quitan sus vestidos de hombres y los da á la tercera quien los oculta debajo de su grande chupa y vuelve á la prision: entonces se visten otras dos y salen con la tercera, y asi sucesivamente hasta que no quede nadie.

—Si, pero y si se aperciben que no entra mas que un mozo, y siempre salen tres?...

—Ba! qué habian de fijar en eso la atencion! y sobre todo si teneis miedo jamas saldreis de aqui.

Estas últimas palabras y la confianza que tienen en nuestra heroína, vencen todos los obstáculos, y se adopta su plan por mayoría.

Al momento se trata de desnudar á los tres guardianes, y para aquellas señoras era la cosa mas sencilla del mundo, las cuales, en un instante los dejan encueros.

Jeorgina, como autora de todo, tiene el derecho de salir la primera; las otras hechan pajas: aquellas á quienes la suerte favorece se visten y se echan los gorros sobre los ojos; sus vestidos las incomodan algo, pero los pantalones son anchos, y todo se arregla á las mil maravillas. Acabada esta operacion, toma Jeorgina las llaves y baja la escalera, recomendando á las prisioneras que no se impacienten.

Jeorgina y sus dos compañeras atraviesan temblando los patios que conducen á la puerta; sin embargo nada detiene su marcha; los soldados que las encuentran pasan sin mirarlas. Llegan al fin cerca de la puerta principal: su emocion se aumenta

al ver un centinela pasearse por delante de ella. Jeorgina no sabe que llave elegir entre todas aquellas; si prueba varias, parecerá sospechoso; nuestras tres fugitivas están indecisas y casi á punto de volver atras..... cuando Jeorgina, tomando la llave mas grande, se dirige atrevidamente hácia la puerta: la casualidad la favorece; la maciza puerta gira pesadamente sobre sus goznes, y Jeorgina y sus compañeras salen fuera.

—Uf! dice Jeorgina, corriendo á mas no poder; al fin nos vemos fuera de esa maldita prision!.... juro no volver á poner en ella los pies.

—¿Y quién librará á nuestras compañeras? dice una de las dos que corrian con Jeorgina.

—Quien?..... buena está la pregunta!.... no seré yo por cierto..... No iré á arriesgar mi libertad por los buenos ojos de aquellas señoras!.....

—Ni yo!

—Ni yo!

—Ellas se arreglarán como mejor puedan.

—Por lo que hace á nosotras, separémonos, y corramos cada una por nuestro lado; es el mejor medio para no desper-

tar sospechas, si quieren seguir nuestros pasos.

De nuevo se adopta el consejo de Jeorgina, y las tres fugitivas toman cada una un camino diferente, sin pensar mas en las pobres reclusas, á quienes dejan en tan falsa posicion, haciendo traicion á su confianza!..... He aqui, lector, una buena ocasion para hacer algunas reflexiones sobre la ingratitud de los hombres!..... Pero lo dejaremos para otra vez.

Dejemos correr á las dos señoritas que en nada nos interesan, y corramos con aquella, cuyo extraño destino nos prepara aun muchos acontecimientos.



CAPITULO XIV.

EL MOLINO DEL PADRE SIMON.



Jeorgina corria, corria sin detenerse, sin volver la cara atras y sin saber adonde iba. El temor de ser presa y encerrada de nuevo le daba ánimo; sin embargo el cansancio pndo mas que el miedo y cayó al pie de un árbol, rendida y sin poder ir mas lejos.

Nuestra heroína dirige á su alrededor inquietas miradas: se halla en medio del campo y esto disipa sus recelos. Mas tranquila ya sobre su suerte, y no temiendo que la busquen tan lejos, se tiende sobre la yerba á la sombra de las ojas de los árboles que empezaban de nuevo á embellecer la naturaleza. Una piedra le sirve de almohada; la halla cien veces mas blanda que la de la prision porque la libertad hace de una cama de tablas el lecho mas suntuoso.

Jeorgina disfruta algunas horas de des-

cansó, pero bien pronto la despierta el hambre; era preciso satisfacer el estómago, pero, como? los bolsillos de la chupa del mozo de San Lázaro no contenian nada.

Jeorgina se levanta, se rasca la oreja, suspira y mira en rededor suyo..... solo ve campo! La idea de volver en casa de Duchenu se presenta á su imaginacion; pero Duchenu está en Paris, y sería una imprudencia volver á Paris tan pronto; por otro lado tampoco tendria fuerzas para llegar.

En esta situacion toma Jeorgina su partido: lo mas perentorio es comer, y como nada puede esperar permaneciendo en aquel sitio, vuelve á ponerse en camino resuelta á entrar en la primera casa de campo que encuentre.

Al cabo de un cuarto de hora, se ofrece á los ojos de Jeorgina un molino.

—Pardiez! dice; al ver mi buena presencia no me rehusarán la comida.

Y con la mayor confianza se dirige hácia el molino.

No olvidemos que Jeorgina va en traje masculino, con el que parece un lindo joven; su aire decidido, sus ojos vivos y traviesos, su gorro echado hácia

un lado, y aquella gracia que solo pertenece á las mugeres, hacen muy picaresca la fisonomia del jóven carcelero.

Un papá muy gordo, enharinado estaba delante del molino, cargando una carreta de sacos de harina. Jeorgina le avanza.

—Decidme, papá gordo, se come en vuestra casa?

—He! he! dice el molinero abriendo la boca como afeitado, y pegándose con las dos manos en su gran barriga; gracioso es el picarillo!..... he! he! he!.....

—Picarillo! se dice Jeorgina, que habia olvidado su traje. Pero reponiéndose en seguida, se guarda muy bien de desengañar al molinero, esperando aprovecharse de su error—Vamos, ea! os pregunto si se come en vuestra casa?

—Voto á sanes! bueno fuera que nosotros que damos de comer á los otros no comiéramos!..... he! he! he!

—Y quereis darme de comer?

—De comer..... hi! hi! hi!..... pues el muchacho no tiene pelos en la lengua!..... Va, es igual!..... somos buenas gentes; entra, y comerás con nosotros.

--Ah! eso es hablar como se debe!

Jeorgina da al padre Simon, (este es

el nombre del molinero) unos golpecitos en la barriga; este empieza con sus hé! hé! hi! hi!.... y llama á Manon con voz ronca.

--Y quien es ese Manon?

--Ya veras que gorda está!.....

--Sin duda será vuestra muger.

--No, que es mi mula.

--Y que necesidad tenemos de ella para comer.

--Pues no!.... es preciso que mi Manon coma tambien.... Eh! Manon!

Vuestra mula no estará en ayunas desde ayer.

--Ya lo creo; come seis veces al dia!

--Ya veras que hermosa bestia!.... Eh! Manon.

Dichosamente para Jeorgina, que ya empezaba á impacientarse, apareció Manon; el molinero salió al encuentro de la bestia, pero esta que vió venir á su amo se volvió en el momento en que aquel se aprocsimaba y dándole un par de coces en el vientre lo tiró al suelo. Jeorgina corrió hácia él temiéndole ver herido, pero el padre Simon, que estaba acostumbrado á las gracias del animalito, se levantó frotándose el vientre, y prorrunpiendo en hi! hi! mas fuertes que

antes: al fin logró coger á la maligna bestia, la metió en la cuadra y entró con Jeorgina en el molino.

La mesa estaba puesta y la comida pronta. Dos mozos del molino y una muger alta, gruesa y colorada, esperaban para comer la llegada del padre Simon.

—Mira, muger; dice el molinero al entrar; mira que briboncillo traigo para que coma con nosotros.....he! he!.....

La molinera miró á Jeorgina, y el eesámen no fue desfavorable á esta.

—A fe mia, que es muy liado, dice sonriendo al monzalvete, á quien hizo sentar junto á si, poniéndole por delante un gran plato de coles.

—Donde has encontrado esta alhaja, hombre?

—Delante de la puerta, ahora mismo.

—Y de donde venis, querido?

—De los Pirineos, señora, responde Jeorgina, hartándose de coles para reparar la abstinencia forzada que habia sufrido.

—De los Pirineos, dice el molinero; oh! oh!..... eso es, de entre los salvages?

—Eso está muy lejos! Y adonde vais?

—A Paris.

—Calle!..... vais quizas á enseñar vues-

tra marmota?

—Imbecil, esclama la molinera, pues no ves que no trae ninguna marmota?

—Caramba! yo no lo he registrado..... he!..... he!.....

—Voy á Paris para ver si encuentro á un pariente muy rico que tengo por si puedo hacer fortuna como él.

—Calle! Pues eso no es de bestia!—Oh! oh! oh!.....

La comida concluyó. La molinera habia tenido gran cuidado de su huésped, al cual dirigia frecuentes ojeadas tocándole con las rodillas; pero entregada Jeorgina al placer de satisfacer su apetito, se contentaba con recular la silla y mirar a plato, sin reflexionar en las consecuencia que podia acarrear su disfraz.

Despues de la comida se levantó el molinero imitándole sus mozos.

—Ya sabes, muger, dice el padre Simon, que es absolutamente preciso que lleve esta noche los sacos de harina al compadre Juan; está tres leguas de aqui, y por lo tanto voy á montarme en Manon, y mañana temprano estaré de vuelta.

—Como, no vuelves esta noche?

—No, voto á sanes! no me pondré en camino á media noche para que me

retuerzan el pescuezo los ladrones.....
Dormiré en casa de Juan.

—Pero yo tendré miedo de pasar la noche sola en la casa.....por que el guarda del molino se queda aquí abajo, y tú te llevas á Blas.....

—Pues bien! que se quede este muchacho contigo esta noche; dormirá encima de ti, en el granero. Dime, chiquito: tienes mucha prisa por llegar á Paris?

—Oh! no, responde Jeorgina; pasaré aquí con mucho gusto la noche.

—Bien! ya ves, muger, como todo se ha arreglado..... he! he!

El arreglo convenia perfectamente á la molinera que asi lo habia dispuesto en su cabeza. El padre Simon bajó para disponer el viage, y Jeorgina le siguió para librarse de los agazajos de la molinera que no hacia mas que pellizcarle, tocarle y pisarle los pies. Nuestra heroína, habiendo apaciguado su hambre, empezaba ya á comprender lo que aquello queria decir, y temia no pasar la noche con mucha tranquilidad; pero como era tarde, y por otra parte no tenia otro asilo, se decidió á permanecer en el molino, dejando á la casualidad que concluyese esta nueva aventura.

El guarda entra en el molino y se duerme al ruido monotonó del tic-tac: el padre Simon engancha á Manon en la carreta, se sube encima de ella, cruje su latigo, y la mula echa á andar.

Jeorgina se pasea algun tiempo por el campo, y admira el astro de la noche que esparce sobre la tierra esa azulada claridad, que inspira la melancolia y presta vuelo á la imaginacion.

La molinera viene á su encuentro.

—Ah! gracias á Dios que os veo, briboncillo!..... quereis, acaso, pasar la noche mirando á las estrellas? Nosotros no nos acostamos mas tarde.....

—Ah!..... perdonad..... es que.....

—Vamos, se os perdonará si os portais bien.

Al decir esto, la molinera le da con la mano en la mejilla.

—Diablo!..... diablo!..... dice para si Jeorgina; como acabará esto?

Llegan á la casa, y Jeorgina apercibe una cama cerca de la de la molinera.

—Creia que iba á dormir arriba, dice ella.

—Acaso te disgusta dormir junto á mi, tunantuelo? dice la molinera mirándole con ojos seductores.

—No, de ninguna manera..... pero es que.....

—Vamos, vamos, acuéstate, inocente.

—Diablo!..... diablo!..... se dice Jeorgina; la situacion va siendo pesada.

La molinera no ponía ningún reparo en desnudarse delante del mozalvete, pero impaciente al ver que este no se movía, esclama:

—Y bien! en que piensas?

—Es que.....

—Vamos á ver, que?

—Yo soy muy tímido..... y no me atreveré nunca á desnudarme..... delante de vos.

—Pues ya ves bien, como yo lo hago.

—Ah!.... pero vos sois mas animosa!.....

—Briboncillo! sin embargo, no parece que eres muy corto de genio!

—Como querrais, pero el caso es que no me acuesto hasta que apagueis la luz.

—Vaya un señorito melindroso..... esto es lo que se llama el mundo al revés!.... pero sino es menester mas que apagar la luz para que cobres ánimo, es cosa muy fácil.

En seguida apaga la molinera la luz y quedan sumergidas en la oscuridad. Esto era lo que queria Jeorgina. De-

cidida á no desnudarse, hace como que se quita sus vestidos y se mete en la cama.

Entretanto se habia acostado tambien la molinera, muy descontenta de la timidez de su vecino y buscando en su cabeza medios de dar al traste con ella; tosia, daba vueltas y hablaba para no parar la conversacion; Jeorgina fingia dormir, y aun roncaba. Pensando la molinera que el jovencillo tendria necesidad de reposo se decide á dejarle dormir un rato, y á despertarle cuando juzgase habia ya descansado bastante.

Fingiendo Jeorgina que dormia, habia concluido por quedarse en efecto dormida: pero la molinera resuelta á no dejar pasar así la noche, se dijo como Mahoma.

—Puesto que la montaña no quiere venir á mi, razon será que vaya yo á la montaña.

Jeorgina soñaba que se habia vuelto una gran señora, que tenia una casa, coche, diamantes!..... cuando se siente empujada vigorosamente por encima de la ropa de la cama. Se despierta, y con muy mal humor de su parte, se encuentra en casa del molinero.

—Oye..... oye..... duermes?

—Par diez! ya lo veis.....

—Ah! picarillo!.... con que eso es que tu no haces mas que dormir?

—Y qué quereis que haga?

—Ya te se enseñará si es que no lo sabes..... y nuestra heroína se siente empujada con mas fuerza.

—Pero, dejadme.....

—Si ya has dormido bastante!

—Y por qué os habeis levantado!

—Para despertarte..... niño.

—Vaya un gusto! Pues bien podeis acostaros otra vez.

—Ah! si es que hay en mi cama muchas pulgas!

—Teneis pulgas!..... y que quereis que le remedie?

—Que me hagas un lado en la tuya.

—No, no; la cama es muy estrecha.... y estareis incòmoda.

—Vamos, anda, inocente!

Jeorgina tiene firme el cobertor, pero la molinera es una mugerona, y de un tiron la obliga á que lo suelte y se acuesta á su lado; pero las pretensiones de la molinera no se limitaban á acostarse al lado de una estatua; y ya iba á atacar á Jeorgina en sus últimos atrincheramien-

tos, cuando prorrumpe en un grito de sorpresa.—Cómo, imbécil! te has acostado vestida?

—Si esa es mi costumbre.

—Y para eso me has hecho apagar la luz? has querido, acaso, burlarte de mi?

Jeorgina no puede contener la gana de reirse que le causa el despecho de la molinera; esta está furiosa de haberse visto engañada en sus esperanzas. Jeorgina se levanta para terminar los debates saliendo de la casa; pero la molinera, á quien esta accion irrita doblemente jura que le ha de pagar bien caro su desprecio. Nuestra heroína quiere escaparse..... Durante esta lucha suena ruido en la puerta, ocasionado por el padre Simon que vuelve y los mozos que van á emprender su tarea.

La llegada del molinero cambia el plan de su esposa, que empieza á gritar llamando socorro. Asombrada Jeorgina no sabe lo que aquello quiere decir; y llega el molinero seguido de los mozos para conocer la causa de aquel estrépito.

La señora Simona se convierte en una nueva Putifar y Jeorgina se encuentra en la situacion de José sin tener su virtud.

—Que tienes, muger? esclama el molinero.

—Que es lo que tengo! que es lo que tengo!..... nada..... has de saber que este pícaro..... este bribon á quien habíamos dado hospitalidad..... ha querido, infame! ponerte los cuernos!..... si, nada menos que eso!.....

—Oh! oh! ponerme los cuernos..... ah! ah!

—Si, hombre, y si no los tienes..... mi trabajo me ha costado..... Si supieras?...

—Ah! ah!

—Mira como todo está aquí en desorden..... Caramba! estaba hecho un demonio..... capaz era de haber puesto fuego al molino..... mira como está confuso! no se atreve á abrir la boca!

En efecto, Jeorgina estaba muda de asombro, porque no esperaba una acusacion tan original. Su silencio persuadió al padre Simon de su culpabilidad.

—Oh! oh! tunantillo! con que querias hacermé.... pero te dirigiste mal..... sobre ese particular estoy tan seguro de mi muger como de Manon.

—Si! pues guardaos de no caer! dice Jeorgina riendo.

—Ah! bribon, te ries? esclama la moli-

nera; moledle el cuerpo á palos!.....

—Esperad un momento!..... esclama Jeorgina al ver á los mozos dispuestos á hacer lo que se les mandaba; esperad un instante y vereis como no he podido ser culpable del hecho de que se me acusa.

Al decir estas palabras se quita el gorro, se desabotona la chupa y se echa abajo el pantalon.

Su traje femenino, aunque algo estropeado, desecubre á nuestra heroína; y los habitantes del molino no pueden dudar del sexo de la persona que han hospedado.

—Ya lo veis, dice Jeorgina, soy una muger. Vos, señora molinera, procurad otras veces colocar mejor vuestros sentimientos, y no os dejéis seducir por las apariencias; y vos padre Simon, no volvais á subiros en Manon sino estais mas seguro de ella que de la fidelidad de vuestra muger.

Jeorgina se aleja del molino sin que nadie se tome el trabajo de detenerla, dejando al molinero embobado de lo que habia visto, y á la molinera despechada de haberse engañado tan groseramente.

CAPITULO XV.

NUEVAS DESGRACIAS.



e aqui ya á Jeorgina que corre de nuevo por los campos, pero esta vez con el traje de su secso, porque ha creido podria serle el otro fatal.

Sin embargo su situacion no es mas ventajosa que la que tenia antes de su estancia en el molino. Sola, sin dinero, sin recursos, enmedio del campo que no conoce, se decide á preguntar al primero que se encuentre.

—Amigo, quereis decirme donde me hallo?

—Cerca de Montmartre..... Mirad alli está.

—Y para ir á Paris?

--Es preciso que atraveséis el pueblo, y despues seguir siempre bajando.

Jeorgina se felicita de no hallarse muy alejada de Paris, porque por el pronto no tenia otro recurso que volver á casa de

Duchenu; y en su consecuencia toma el camino de Montmartre.

Al llegar á este pueblo la necesidad la obliga á sentarse en un banco de piedra. Nuestra heroína no se parecía á ninguna de esas mugeres estrordinarias que pasan los dias en los bosques y las noches en los subterráneos, sin necesidad de tomar ningun alimento; Jeorgina, que era una muger toda terrestre, sentia que no habia comido desde la vispera, y que las coles del padre Simon no llenaban ya su estómago. Pero, que hacer? He aquí la pregunta que cada cual se dirige en las situaciones críticas, y á la cual comunmente no se sabe que responder.

Será preciso pedir de nuevo hospitalidad..... No, los habitantes de Montmartre no tienen ese aspecto que infunde confianza, y nada recuerda en ellos á los virtuosos patriarcas de los antiguos tiempos, en cuyas casas el viagero mas pobre era siempre el mejor acogido. Vamos, es preciso ir hasta Paris.

Jeorgina vuelve á ponerse en camino con bastante tristeza. Al pasar por delante de una casa, en cuya puerta se hallaba un anciano entreteniéndose en tostar un poco de café, suspira, lo que hace al

anciano levantar la cabeza: sin duda el rostro de Jeorgina espresaba lo que sentia su alma, porque el buen viejo, dejando su café la invita á detenerse.

--Me parece que estais muy cansada hija mia, le dice tomándole una mano.

--Es verdad caballero!.....

--Pues bien! entrad y descansareis algunos instantes; yo soy el escribano de este pueblo y debeis darme la preferencia sobre sus demas vecinos.

Jeorgina no responde; ha traído á su memoria tantos recuerdos el titulo de escribano!..... El anciano toma su silencio por una aprobacion, la hace entrar en su casa, y reparando en su tristeza se apresura aun mas á serle util.

--Vais á almorzar conmigo, hija mia; vamos, nada de ceremonias, pues nada debe rehusarse á un hombre de mi edad!

Jeorgina se sourie. El anciano llama á su criada, y mientras prepara el almuerzo, enreda la conversacion con la viajera. Sus discursos demuestran la bondad de su corazon; una moral dulce reina en los consejos que da á Jeorgina. Asombrada esta de lo que oye, experimenta cierto sentimiento de respeto, desconocido hasta entonces á su alma; pero la mise-

ria y la desgracia cambian las ideas!

Un sencillo pero abundante desayuno viene á interrumpir la conversacion. El anciano coloca á Jeorgina á su lado, y á la vez que almuerza le hace algunas preguntas.

--Adonde vais así sola, hija mia?

--A Paris, señor!

--A Paris! sin duda ireis á encontrar algun pariente, algun amigo?

--Si señor.....

--Tened mucho cuidado, hija mia; Paris es una ciudad muy peligrosa para las jóvenes!.....todo es en ella seductor, todo respira el placer y la alegría!..... pero son de esas apariencias engañosas que estravian la razon!..... Tened mucho cuidado, hija mia!.....

Jeorgina nada tenia entonces que temer, porque Paris no podia ya ser peligrosa á su inocencia. Sin embargo escucha con bastante atencion los discursos de su huesped, y á poco se levanta pidiendo permiso para retirarse. El anciano la conduce hasta la salida del pueblo invitándole á que siga sus consejos.

Jeorgina le da las gracias y se aleja con la cabeza llena de los saludables discursos que acababa de oir; pero al entrar en

Paris otras ideas vinieron á ocupar su imaginacion; era menester encontrar de nuevo á Duchenu: para el efecto se dirigió á la casa que este habitaba antes de conocerla, presumiendo que habiendo vendido todos los muebles de la suya era probable que se hubiese vuelto á aquella: asi, pues, se decidió á subir hasta el quinto piso.

Al llegar delante de la puerta oyó ruido en la habitacion del artista.

--Bien! dice ella; no me he engañado.

En seguida llama; Duchenu abre la puerta, y se queda asombrado al verla.

--Como! eres tú, Jeorgina!

--La misma, de que te asombras?

--Voto á sanes! pues si yo te creia en la casa de correccion! Y qué vienes á hacer aqui?

--Yo.... vengo.... á vivir contigo, mientras puedo buscarme algun acomodo.

--A vivir conmigo!.... tú!..... Me crees, acaso, algun bobalicon?

Y por qué?

--Ah! por qué?... te has olvidado, pues, de la linda escena del teatro en que te presenté?..... y la afrenta que de ella me ha resultado?... y las burlas de mis compañeros, y las necesidades del público res-

pecto á mi?..... Ah! si en los primeros instantes de mi cólera, te hubiera tenido entre mis manos lo hubieras pasado muy mal..... pero , créeme, vete!..... y pronto ó de lo contrario teme mi furor!.....

--Ah! es este el modo con que me recibes!.... Y crees, que despues de haberte alimentado y dado habitacion por espacio de seis meses, seré tan necia que me vaya asi?.... Pero no, no soy ya tan niña como antes; y permaneceré aquí á pesar tuyo.

—Ah! con que permanecerás?.....

—Si; por otra parte me es preciso porque ni tengo dinero ni he comido.

—Como! no tienes dinero, y te atreves á presentarte en mi casa!..... Vete, y que el diablo te lleve!..... ó te haré rodar la escalera á palos!.....

Jeorgina quiso resistir..... Duchenu tomó un palo y le renovó la orden de salir: ella no tenía tanto ánimo como queria mostrar, y ademas sabia que en su lucha con Duchenu no saldria victorioso. Era, pues, preciso, irse, pero en su despecho rompe todo lo que encuentra á mano. Furioso Duchenu la empuja brutalmente, la hace bajar dos á dos los escalones y se ale-

ja dejándola en la calle.

Hé aquí de nuevo á Jeorgina en la calle maltratada, despreciada por su último amante, por un hombre á quien no se hubiera dignado mirar un año antes. No sabiendo que hacerse ni á donde ir empieza á andar á la casualidad con el corazón oprimido, y lleno de amargura y de sentimiento, y forzada á devorar en silencio el último ultrage que acaba de recibir, y del que no puede vengarse.

Entregada á sus reflexiones, anda largo tiempo sin saber á donde ir. Eran las siete de la noche, hora en que los ociosos de la capital van á ostentar al paseo sus adornos, su negligencia, y á veces su fastidio.

Empujada Jeorgina por los transeuntes, alza los ojos y conoce que se halla en medio de los Campos Eliseos. Incómoda por encontrarse en un paseo tan concurrido con aquel trage, que de todo tiene menos de elegante, suspira recordando aquellos tiempos en que su lujo y su coquetería atraían todas las miradas. Avergonzada de si misma quiere dejar los sitios cuya vista renuevan sus dolores, y aligera el paso para atravesar el paseo..... cuando la obliga á detenerse un elegante carruage

tirado por fogosos caballos: la curiosidad la lleva á fijar su vista sobre las personas que lo ocupan, y ve á una señora elegantemente vestida y cubierta de diamantes, y á un caballero que parece se esmera en servirla. Pero, ¡oh sorpresa! Jeorgina reconoce á aquellos dos personajes: esa muger tan brillante que mueve con tanta gracia su cabeza..... es Rosa!.... y el hombre tan elegante que va á su lado..... es Lafleur! Si, son ellos.... Jeorgina no ha podido equivocarse!.....

No pudiendo resistir á los deseos de volverles á hablar corre hacia el carruaje que los conduce, pero los caballos van como el viento!..... Sin duda no hubiera podido alcanzarlos, si un jóven que venia á caballo por el lado opuesto no se hubiera detenido á hablar con los dos personajes, lo que dió lugar á Jeorgina para aproximarse á ellos.

—No, no me engaño!..... eres tú, Rosa; eres tú, Lafleur.... cuán contenta estoy de volveros á ver!.....

—Qué quiere esta muger?.....

—Qué dice esta muger?.....

—Idos, idos, nada tenemos que daros, esclama el caballero elegante con imperioso tono.

—Como! Lafleur no me conoces ya?..... Yo soy Jeorgina, soy Madama de Rosambean.....

—Esta desdichada está loca, dice á su vez la señora de los brillantes; qué quiere decir con su Rosa y su Lafleur?.....

—Cómo, infame! despues de haberme robado mis diamantes, finges no reconocerme!.....

—Jasmin, has que se aleje esta por-diosera; esclama con rabia el elegante, que á la palabra ladron se ha puesto pálido y ha empezado á temblar, en tanto que la señora se oculta en el fondo del carruage.

—El lacayo manda á Jeorgina que se retire; pero esta fuera de sí de cólera y de indignacion, quiere abrir la puertezuela llenando al paso de injurias á los dos elegantes. El caballero, á quien la escena no divierte, y teme no tenga consecuencias desagradables, pone pronto término al naciente escándalo, mandando al cochero que azote los caballos. Este obedece, el carruage parte con velocidad, y Jeorgina, que permanecia en la puertezuela, cae á impulsos del choque en el suelo.

—Los transeuntes se aprocsiman y la ayudan á levantarse: ella está llena de

contusiones, pero la invitan á que se vaya de allí. Entonces, aunque sufriendo por la caída se esfuerza por cobrar ánimo, y se aleja de los Campos Eliseos.



CAPITULO XVI.

VED DONDE CONDUCE LOS MALOS PASOS A LAS
CRIATURAS!



a noche ha llegado y Jeorgina vaga por las calles de Paris sin saber en donde se halla ni á donde irá.

Las reflexiones, la pena, los remordimientos asaltan la imaginacion de esta muger que no ha querido pensar, sentir, ni reflexionar mientras ha creido poder arrostrar la adversidad.

La historia de su vida se retrata involuntariamente en su memoria; conoce que la coqueteria, el amor desordenado á los placeres y la mala conducta la han traído á la deplorable situacion en que se halla; se acuerda de su tio, de Carlos, de sus bienhechores, de aquellos buenos aldeanos que tanto bien la habian hecho!..... La desgracia vuelve la me-

moria; en tanto que la fortuna hace que se pierda.

Tambien recuerda Jeorgina que es madre, y por primera vez siente el deseo de volver á ver á su hijo. Hace mucho tiempo que no ha enviado dinero á la nodriza de su hijo; y quizás le haya esta abandonado!..... ó quizás mas sensible que su madre cuide sin intereses del pobre niño abandonado por sus parientes!

Tales son las reflexiones que hacia Jeorgina al recorrer aquella ciudad que antes la habia visto tan brillante. Nadie se sospecharia que esta muger cuya presencia y trage anunciaba la miseria y el sufrimiento era la misma que un año atras llenaba la capital con el ruido de sus locuras.

Apremiada por la necesidad, el recuerdo de la quinta se presenta en la imaginacion de Jeorgina. Ignoraba el desastre sucedido á aquella, porque Cárlos habia juzgado inútil instruirla de él. Incierta sobre el partido que debia tomar queria volver al lado de Teresa, arrojarle sus pies, confesarle sus faltas é implorar su perdon; pero una falsa vergüenza, un resto de vanidad la impide eje-

entár su laudable designio; no quiere presentarse en el estado en que se halla delante de la muger cuya desgracia ha causado ¿Creería Teresa en la sinceridad de su arrepentimiento? Quien engaña dos veces puede hacerlo mil!..... Por lo regular la primera falta se escusa con la inesperienza, pero la segunda no tiene ya excusa posible.

Jeorgina desecha, pues, la idea de volver al lado de Teresa. Sin embargo le es preciso tomar un partido. Sentada sobre un poyo alza los ojos, y mirando tristemente á su alrededor, ve pasar á muchas de esas mugeres perdidas que abundan en Paris: la una canta, la otra baila; todas se entregan á la mas grosera alegría, agazajando á los hombres que pasan por su lado. La idea de mezclarse con aquellas viles criaturas se presenta en su mente, como el único medio para no espirar de necesidad.

—Ya es tarde, dice para volver á la virtud; el arrepentimiento es inútil; abogüemos estos primeros remordimientos y cedamos á mi destino.....

Apesar de su resolucion de ahogar todo sentimiento de honor y de lanzarse en la carrera del oprobio y del vicio,

siente Jeorgina latir su corazón, vacilar sus piernas y que apenas puede sostenerse; pero se persuade que todo es producido por la necesidad y no por un resto de pudor, y busca modo de fortificarse en su resolución.

Sin embargo, inmóvil en la esquina de la calle, no se atreve á acometer á los hombres que pasan por delante de ella. El reloj de una iglesia vecina da las once. Pronto las calles se verán desiertas y tendrá que morir de necesidad sobre las piedras!.... Un joven vuelve la esquina y lo detiene; el desconocido la rechaza y va á alejarse..... Por piedad!..... esclama la desdichada. A su voz el joven se detiene y la mira con atención; un reverbero colocado á poca distancia alumbra sus facciones; Jeorgina lo examina á su vez: Carlos! esclama, y perdiendo el conocimiento cae sobre el banco de piedra.

—Jeorgina!..... Jeorgina entre estas..... ah! desgraciada! dice Carlos (porque era el mismo.) Después, cediendo á la piedad saca su bolsa, la pone sobre las rodillas de Jeorgina y se aleja de prisa del lado de una muger cuya vista desgarró su corazón.

CAPITULO XVII.

ESPLICACIONES NECESARIAS.



Hace algun tiempo que hemos olvidado á Carlos y á los habitantes del castillo de Merville; pero sin duda habrá adivinado el lector que una corta permanencia en el seno de su familia, habrá sido suficiente para crear en el corazon de Carlos ese dulce y tierno sentimiento que la encantadora Alejandrina sabia tambien inspirar.

Cárlos experimentaba hacia su nueva amiga un amor menos violento quizas que el que habia sentido por Jeorgina; pero gustaba cerca de Alejandrina una felicidad pura y goces mas dulces: y este sentimiento debia durar mas que el otro, porque los fuegos mas violentos son comunmente los que se estinguen mas pronto.

Alejandrina participaba tambien de los

sentimientos que habia hecho nacer. Inocente, sencilla, no conocia el arte de ocultar lo que pasaba en su corazon, y no temia confesar á su amante que le pagaba su amor.

Ya Cárlos habia suplicado á su madre que le uniese á su amiga; pero Mad. de Merville temia, que su hijo, muy facil de impresionarse, solo experimentase por Alejandrina una pasion pasajera. Para asegurarse de los sentimientos de Cárlos queria esperar aun algunos meses antes de pedir para su hijo la mano de su jóven amiga.

El término que habia fijado tocaba á su fin, cuando un accidente imprevisto retarda aun la felicidad de los dos amantes. M. de Saint-Ursain, cayó enfermo de peligro, y Alejandrina, enteramente consagrada á los deberes que le imponian la piedad filial, se vió forzada á olvidar por algun tiempo sus esperanzas de felicidad.

A la vez que maldecia Cárlos este suceso que retardaba su union y podia tener fatales consecuencias, admiraba las virtudes de su amiga: testigo de los asiduos cuidados que prodigaba á su padre, ¡cuan interesante le parecia cuando

sentada á la cabecera del lecho del autor de sus dias, atenta á todos sus movimientos, espiando sus deseos, sonriendo cuando le veia mejor, dejaba conocer toda la bondad de su alma y todas las cualidades de su corazon! Si en aquellos instantes se presentaba el recuerdo de Jeorgina á la imaginacion de Cárlos, la veia desplegando en el teatro su coqueteria y su lujo: entonces volviendo los ojos hácia el cuadro que tenia delante se decia:

—Ah! que diferencia entre estas dos mugeres, igualmente jóvenes y lindas!.... entre Alejandrina cuidando á su padre y Jeorgina concediendo una cita!.....

Gracias á los cuidados de su hija, M. de Saint-Ursain recobró la salud y nuestros amantes la felicidad.

Despues de su convalecencia, fue el primero en recordar á Mad. de Merville que era ya tiempo de recompensar á los jóvenes por sus tiernos cuidados. La madre de Cárlos no tenia ninguna razon que oponer, y M. de Merville aprobaba todo lo que se hacia: en su consecuencia se decretó el matrimonio de los dos jóvenes: pero como un futuro esposo debe hacer diferentes regalos á su prometida,

y solo en Paris podia encontrarse lo que se queria ofrecer á la jóven desposada, Mad. de Merville ecsigió que su hijo fuese á la capital para que hiciese por si mismo las compras necesarias.

Mad. de Merville tenia sus miras al enviar á su hijo á Paris; temia aun que la imágen de Jeorgina no se hallase borrada del todo de su corazon, y que no hiciese tan feliz á Alejandrina como merecia serlo.

—Si ya no ama á Jeorgina, se decia, la permanencia que haga en Paris no le será peligrosa, y solo estará el tiempo necesario para evacuar sus negocios: pero si todavia la ama y su vista le hace olvidar á la esposa que se le destina, jamas recibirá la mano de una muger de cuya posesion será indigno.

Cárlos partió para Paris, pero no con el corazon palpitando de deseo de hallar á una muger adorada; oh! estaba curado, perfectamente curado!..... y Jeorgina ya no era nada para él.

La primera noche de su llegada á la capital, fue cuando el acaso que parecia empeñado en reunir á Cárlos con Jeorgina, hizo que se encontrase á esta en la calle.

El jóven se marchó corriendo despues de haber dado á Jeorgina su bolsa. La situacion en que acababa de hallarla le afectó vivamente, y si al dejarla sobre el banco de piedra hubiera apereibido su deplorable situacion, sin duda no la habria abandonado tan bruscamente. Pero él atribuyó el estado de insensibilidad en que aquella se veia á la vergüenza que la habria causado el ser vista en una situacion tan vil por el hombre á quien habia despreciado y vendido. Asi, pues, rechazando el recuerdo de una muger que se ruborizaba de haber amado, se apresuró Cárlos á abreviar su salida de Paris.

Habiendo verificado sus compras, y terminado las comisiones que le habian encargado, Cárlos emprendió con alegria el camino del castillo de Merville, donde le esperaban el himeneo y el amor.



CAPITULO XVIII.

MAS VALE TARDE QUE NUNCA.



uando Jeorgina recobró el conocimiento, el mas profundo silencio reinaba en las calles desiertas, los reverberos solo despedían una llama vacilante, y todo parecia experimentar la influencia del sueño.

Asombrada nuestra heroína de hallarse sobre un banco de piedra en medio de la noche, busca el coordinar sus ideas: con la memoria vuelve á encontrar sus dolores; su encuentro con Carlos es lo que mas la afligia: sin embargo vuelve la cabeza, y procura verle de nuevo.

—Estoy sola! esclama, sola en el mundo! abandonada de todos los que me han conocido!.... tambien Carlos huye de mi!..... ah! desgraciada! cuan merecida es mi triste suerte! en qué situacion me ha encontrado! cómo debe ruborizarse de haberme amado!

El reloj de una iglesia vecina dá las dos de la madrugada. El lúgubre sonido de la campana, la pálida luz de los reverberos, la calma de la noche, todo aumenta lo horrible de la situación de Jeorgina; su imaginación solo alimenta ideas espantosas, y su mente se pierde ecstasiada por el sufrimiento y la desesperación.

—Esto es hecho, dice con voz lúgubre; esa hora es la última que debe sonar para mí. Pongamos término á mi miserable existencia; la muerte es preferible á la infamia!.....

Al decir estas palabras levanta los ojos al cielo como para implorar la misericordia divina; sus miradas caen en seguida sobre uno de los reverberos, cuya luz va estinguéndose... piensa que se puede reanimar su llama moribunda; pero el fuego creador que anima á la triste Jeorgina, nadie lo podrá reanimar una vez apagado!.....

Se levanta con la intención de ejecutar su siniestro proyecto..... Al movimiento que hace siente rodar á sus pies alguna cosa que no habia sentido sobre sus rodillas, y se baja para recogerla..... oh sorpresa! es una bolsa, una bolsa bastante pesada..... Al momento adivina de

donde le viene tan inesperado socorro: solo Carlos es capaz de semejante accion. En efecto, quien sino él la hubiera dado una cantidad al parecer bastante considerable? Jeorgina da gracias á la Providencia; su corazon se dilata, respira con mas libertad, y olvida el designio que habia concebido! Pobre humanidad! cuan poco se necesita para volverte la esperanza!

Aun puedo vivir, se dice Jeorgina; esta suma basta á cubrir mis necesidades mas urgentes; despues trabajaré: iré á buscar á la buena Teresa y abjuraré para siempre mis errores.

Con la firme resolucion de cambiar de vida, aguarda que amanezca sentada en el banco de piedra.

Apenas aparecen los primeros rayos del dia abre la bolsa y cuenta su tesoro, que se compone de diez luises y algunas monedas. Antes, semejante cantidad no le hubiera bastado para satisfacer uno de sus caprichos, pero ahora le parece enorme!..... La cuenta varias veces, contempla con delicia este dinero, y ve en los diez luises el fin de sus tormentos y el principio de un dichoso porvenir.

Jeorgina aguarda con impaciencia el momento en que podrá satisfacer su apatito. Por último ve una tienda abierta; Jeorgina compra con que satisfacer su necesidad, y en seguida se pone en camino para buscar un cuarto pequeño donde alojarse.

Encontrándose por casualidad en la calle de los Molinos, se ve obligada á pasar por delante de la última casa en que ha vivido. No queriendo ser vista por los que han sido testigos de su mala conducta, quiere pasar de largo, pero una muger que estaba barriendo la puerta, empieza á llamarla á voces. Jeorgina se vuelve y reconoce á la portera.

—Ah! par diez! señora, es una felicidad que os haya encontrado!.....

--Qué me quereis?

--Temia no volveros á ver!.....

--Y por qué?

--Ya se ve es tan grande Paris!..... nada tiene de estraño no encontrar á una persona por mas que se busque.

—Pero, en fin.....

—Caramba, es que ya empezaba á sernos pesada la carga!.....

—Qué carga?.....

—Nosotros no somos ricos, y un niño de mas cuando se tienen cinco!

—Un niño!.....

—Pobrecito, sin embargo yo no me habría atrevido á ponerlo en la calle!.... Vaya, y tan lindo, y tan briboncillo como es..... tanto lo queremos ya como si fuera nuestro.....

—En nombre del cielo!..... esplicaos.... quién es ese niño de que me hablais!

—Toma, quién ha de ser? el vuestro....

—El mio..... Podria ser! mi hijo..... donde está!...

—Con nosotros, eso es lo que os estoy diciendo hace dos horas.

Jeorgina no oye mas, y corre ó mas bien vuela á la habitacion de la portera. Por la primera vez el deseo de ver á su hijo hace latir su corazon; pero este deseo es ya violento como lo son todas las primeras pasiones en el corazon de una muger. Entra en el patio de la casa; un niño de tres á cuatro años juega delante de la escalera; Jeorgina corre hácia él, le mira, le toma en sus brazos y lo cubre de besos.

—Es mi hijo! esclama. No se ha equivocado, porque la naturaleza ha recobrado sus derechos.

—Calle! es sorprendente el modo con que lo habeis reconocido al momento,

dice la portera.

Asombrado el niño se deja abrazar por su madre, y con sus pequeñas manos le devuelve sus caricias.

—Esta es tu mamá, Pablo, le dice la portera; vamos, abrázala, niño!.... Ya se vé, este angelito no sabe lo que esto quiere decir!.... Caramba, á su edad! tambien á mi me llamaba madre, y en verdad, que sino hubiera sido por nosotros, no se lo que habria sido de él!....

Jeorgina se ruboriza, y se apresura á preguntar á la portera como es que su hijo se encuentra en su casa.

—Eso es muy sencillo, responde esta; la nodriza á quien habiais encargado vuestro hijo, fastidiada al ver que no le enviabais dinero, y no queriendo conservar á este muñequillo, tomó el partido de traéroslo á Paris. Llegó pues al día siguiente de vuestra salida de esta casa. Como yo no podia decirla donde os hallabais, puesto que no lo sabia, se decidió á volverse, dejándome el niño; y puedo vanagloriarme de haberle cuidado bien!..... porque yo quiero mucho á los muchachos!

Jeorgina pone fin á la charlataneria de la portera poniéndola un luis en la

mano: en seguida le da de nuevo gracias, toma al niño de la mano, y sale de la casa.

El nuevo sentimiento que se había apoderado de su alma la asombraba: toda entregada al placer de contemplar á su hijo, olvidaba al mirarle sus pesares, sus faltas y su situación, y se echaba amargamente en cara haberse privado por tanto tiempo de los goces del amor maternal.

El niño andaba silencioso al lado de su madre. Este niño, interesante por la gracia de su rostro y la dulzura de su carácter no tenía los modales groseros que era de esperar en quien como él se había criado en el campo. A cada momento se paraba Jeorgina á contemplarlo.

A dónde vamos, señora, le dice al fin el niño.

—A mi no debes llamarme señora, sino mamá.

—He tenido ya dos mamá!

—Esas no lo eran en realidad; yo, yo sola soy tu mamá. ¿Me querrás mucho, Pablo?

—Sino sois mala, me dais de comer y no me pegais como la otra mamá del

campo!....

—Come, te pegaba! hijo mio?....

—Si, porque yo tenia hambre, y ella decia que no la habian pagado para darme de comer. Yo queria comer siempre y por eso me pegaba.

—Pobre niño!..... y he sido yo la causa! y te he podido abandonar por tanto tiempo!..... Ah! bien merezco todos los males que he sufrido!.....

Al fin encuentra Jeorgina en un barrio solitario una salita, que podia desde luego habitar, por veinte francos al mes, porque estaba amueblada con lo indispensable. Nuestra heroína se establece en ella con su hijo, y alli, sola, sin trato ni comunicacion con nadie no siente ni un momento de fastidio, ni en el fondo de su alma, aquel vacio que la seguia en medio de las fiestas y de los placeres. Al presente su hijo le basta, y enteramente dedicada á contemplarlo, á abrazarlo, á entretenerle, á velar su sueño, experimenta esas dulzuras que solo el amor maternal puede ofrecer.

Pero la cantidad que Jeorgina poseia no podia durar mucho. Habia tenido que comprar un vestido á su hijo, y algunas frioleras para ella. Al contar una no-

che lo que le quedaba, conoce que pronto no tendrá con que subsistir.—Es preciso trabajar, se dice; es menester buscar algo que hacer. Ah! el trabajo no me parecerá penoso cuando piense en mi hijo.

Al día siguiente, se informa Jeorgina de las personas de la casa, adonde podrá buscar alguna costura; pero los unos tienen costureras, los otros nada tienen que hacer por el momento, ó bien dicen que pensarán en ello; todos, en general, la reciben mal, y le hablan con ese tono que rechaza á la indigencia y humilla á la desgracia. Jeorgina vuelve á su casa mas triste que cuando salió y asombrada de las dificultades que encuentra en París quien quiere ser útil á los otros; su corazón se oprime, sus ojos se llenan de lágrimas; pero su hijo que la aguarda se sonríe al verla, le tiende sus brazos, corre á su encuentro y ella olvida sus penas al estrecharle contra su corazón.

Al otro día sucede lo mismo y Jeorgina vuelve aun mas triste al lado de su hijo. El tiempo se pasaba, el dinero iba á menos, la infeliz no hallaba trabajo ni tenia recursos para mantener á su hijo!..... Desgraciada madre solo tem-

blando puedes ver á ese bien que hace tu felicidad, ese hijo adorado que te ha hecho conocer los mas dulces sentimientos! temes que pronto no te prive la necesidad de ese pobre niño; vuelves la cabeza para no ver sus queridas facciones, le ocultas tus lágrimas, y solo con dolor recibes sus caricias!

Una noche que sentada junto al lecho de su hijo, rogaba al cielo que tuviese piedad de su arrepentimiento, y de sus tormentos, el recuerdo de Teresa se presentó á su imaginacion; y se asombró de no haber pensado antes en la buena muger, única que puede compadecerse de su situacion.

Jeorgina se decide á ir y echarse á los pies de Teresa. El amor propio, la vergüenza, todo desaparecia ante sus ojos: se trataba de salvar á su hijo.

Si me rechaza, se dijo Jeorgina, si recordando los pesares que le he causado, me niega la entrada en su casa, al menos se compadecerá de mi pobre Pablo; no confundirá al inocente con la culpable, ni la hará victima de la mala conducta. Tranquila sobre la suerte de mi hijo entonces podré morir!..... sabré que dejo en la tierra alguien que vele por la

suerte de mi hijo.

Jeorgina hace al momento sus preparativos para el viage, que no son muy largos, porque solo posee algunos vestidos. No le queda dinero mas que para comer un dia, y le es preciso ir á pie.

--No importa, dice nuestra heroína; yo tendré ánimo, y llevaré á mi hijo en brazos cuando se canse. Bondy no está lejos; en medio dia podremos llegar, y al terminar mi viage encontraré el consuelo á todos mis sufrimientos.

Al momento que su hijo se despier- ta, lo viste de prisa. Asombrado el niño, pregunta á su madre lo que van á hacer.

—Vamos á ir, le dice ella, á una casa de campo; donde espero que estaremos mejor y mas alegres que aquí. Allí podrás correr, jugar por el campo.....

—Ah! tanto mejor; y tú jugarás tambien, no es verdad?

Si, hijo mio.

--No estaremos encerrados todo el dia en un cuarto?

--No, querido Pablo.

--Y no llorarás cuando me mires?

--Querido niño!no!.... ya no lloraré!..... estaré tranquila acerca de tu suerte.

El niño muy contento con ir al campo rie, corre, salta, y hace mil locuras. Reanimada Jeorgina por la alegría de su hijo se entrega á la esperanza. La idea de una ecsistencia tranquila encanta su imaginacion cansada de placeres y de pesares. La vida del campo que le parecia antes tan triste y monotoná, aquella quinta que ha abandonado dos veces le parece al presente un seguro puerto contra las tempestades de la vida. Pobre Jeorgina! ignoras que ese deseado asilo ya no ecsiste.

Se ponen en camino: Jeorgina se aleja con placer de una ciudad teatro de sus errores, y á la cual piensa no volver jamas.



CAPITULO XIX.

LA INGRATITUD CASTIGADA.



uestros viajeros van de camino, Jeorgina lleva en una mano el ligero paquete que contiene toda su fortuna, y da la otra á su hijo que canta y salta; su madre se sonríe al verle: la esperanza y el ánimo son sus únicos compañeros!..... La pobre Jeorgina está muy cambiada..... Pálida, delgada, con los ojos apagados, y los labios descoloridos parece que tiene diez años mas de edad. ¡Envejecen tan pronto las lágrimas!

De vez en cuando Jeorgina y su hijo descansan al pie de un árbol ó delante de alguna casa que encuentran: no estan acostumbrados á andar tanto. Sin embargo es preciso llegar aquella misma noche á la quinta, porque de lo contrario, ¿qué será de ellos? -donde pasar la noche?

Jeorgina reúne su ánimo, toma al niño en sus brazos, porque ya este no puede andar, y cargada con tan precioso peso se adelanta hacia el objeto de sus deseos.

La noche empieza á cubrir el campo con sus sombras, y aun no han llegado á Bondy. Jeorgina, rendida, se siente desfallecer; se apoya contra un árbol, y pide al cielo que le de fuerzas para ir mas lejos. El niño que ve á su mamá tan triste no canta ni dice nada.

Un aldeano que se dirige alegremente á su albergue con la hazada al hombro, pasa á su lado. Jeorgina lo llama.

--Quereis decirme si estamos todavia muy lejos de Bondy?

--No, hija mia; lo mas que falta es media legua.

--Media legua!.... y podré llegar hasta alli?

—Y qué haceis ahí?

--Estoy descansando un poco.

--En efecto, pareceis muy cansada.

--Oh! si!

--Vais á Bondy?

--Si mis fuerzas me lo permiten!.....

--Entonces iremos juntos.... Y ese niño?

--Es mi hijo.

--Es muy lindo.... vamos, yo lo llevaré;

y vos tomad mi brazo y apoyaos.... Oh! yo soy fuerte, vamos!....

--Sois demasiado bueno..... pero temo...

--Vamos, nada de ceremonias....y adelante!

Jeorgina acepta con placer el brazo del buen campesino, y gracias á su compañero de viage, llega con su hijo á Bondy; pero ya estaba adelantada la noche y la quinta aun bastante léjos.

—Y os quedais aqui? pregunta el campesino á Jeorgina.

No precisamente; voy algo mas léjos.... pero.....

—Mirad, ya es tarde; sino os corre mucha prisa llegar á vuestro destino venid á pasar la noche á mi casa; sereis bien recibida por mi familia, y mañana podreis poner os en camino cuando os acomode.

—Acepto vuestra oferta con reconocimiento, porque conozco que no podria ir mas léjos.

--Vamos eso se llama hablar, mi casa está cerca, y pronto llegaremos.

Por último llegan á la casa de Pedro, que asi se llamaba el aldeano. Una buena muger y seis hijos colocados alrededor de una mesa aguardaban con impa-

ciencia al padre de familia.

A su vista todos corren á él y lo abrazan; todos aquellos niños, el mayor de los cuales es una linda jóven de quince años le prodigan las mas tiernas caricias, mientras su muger le presenta su gran sillón. Por el pronto nadie repara en Jeorgina y su hijo, porque allí las leyes de la naturaleza pueden mas que nada, y el primer homenaje es para el que aman y no para un extraño.

El mismo Pedro hace adelantar á Jeorgina y á su hijo y los presenta á su familia como unos pobres viajeros, á quienes se debe tratar lo mejor que sea posible.

Todos se dirigen entónces hácia Jeorgina. La linda Luisa (asi se llama la jóven de quince años) toma á Pablo en sus brazos, en tanto que la muger de Pedro hace sentar á Jeorgina, y los niños preparan la cena.

—Que dichosos son! dice para si Jeorgina considerando el cuadro que se ofrece á su vista. ¡Quiera Dios que estos niños no se alejen nunca de esta apacible morada!

--Ya lo veis, dice Pedro; os habia dicho que seriais bien recibida: por otra

parte es nuestro deber hacerlo así... Los desgraciados son siempre acogidos en mi casa, y solo rechazo á los malvados y á los ingratos..... ah! bien podrian estos pasar inutilmente la noche en la puerta de mi casa!

Al nombre de ingratos cambia Jeorgina de color, pues conoce que nadie merece mejor que ella tal epíteto..... Se turba..... pero los campesinos la invitan á sentarse á la mesa; y alejando tristes ideas se coloca con su hijo en la mesa del buen Pedro.

La cena es alegre. Jeorgina admira la atenciones que los hijos de Pedro tienen hácia sus padres, pues buscan el leer en sus ojos para prevenir sus menores deseos, encontrando en el cumplimiento de sus deberes los mas dulces goces.

Concluida la cena empieza la conversacion, porque á Pedro no le disgusta tener con quien hablar. Jeorgina le pregunta, si hace mucho tiempo que vive en los alrededores de Bondy.

--Par diez! todos hemos nacido en esta cabaña y en ella esperamos morir.

--Conocereis entonces todos los habitantes de estos contornos?

--Ciertamente; por qué me lo preguntais?

--Por si podíais darme noticias de los que viven en una quinta en el valle.

--Ob! es la quinta del pobre Juan de la que hablais..... (Pedro dejó escapar un gran suspiro.)

--La quinta de Juan..... la misma!.....

--Ignorais que murió?.....

--No, pero.....

--Pero sin duda no sabeis que ella fue la causa de su muerte..... y de todas las desgracias que se siguieron á aquel desgraciado acontecimiento.... ah! es una historia terrible y que conozco muy bien... porque ese pobre Juan era mi amigo.... es decir, que lo veia algunas veces en el campo. Voy á contarosla; mis niños la saben de memoria, pero no está demas que la vuelvan á oír; porque es una leccion para ellos, sobre todo para mis hijas!..... Caramba! si alguna vez se condujeran como aquella..... pero escuchad, escuchad.

Jeorgina se estremece y se turba, porque prevee que va á oír la relacion de las desgracias que ha causado á sus bienhechores. En efecto, Pedro le cuenta la adopcion de la muchacha, la manera con que fue educada en la quinta de Juan, el desden con que la señorita Jeorgi-

na pagaba sus beneficios, y el desprecio que manifestaba hácia los campesinos.

Nada olvida Pedro; conoce los amores de Cárlos y al hablar de él le hace justicia, porque todos conocian que no era un seductor, pero no sucede así con el jóven marqués primer autor de las faltas de Jeorgina. El buen Pedro flora al contar la ternura de Juan por una ingrata; todos los oyentes están cormovidos. Jeorgina, pálida, inmóvil, con los ojos fijos en la tierra, procura disimular los tormentos de su alma.

Pedro sigue su narración; pero cuando llega á la segunda huida de Jeorgina y al incendio de la quinta, nuestra heroína le interrumpe no pudiendo creer lo que oye.

—Como! exclamó Jeorgina; se atrevió Lafleur?...

—Sí; él encendió la llama que abrasó la morada de la viuda de Juan; el incendio hizo en poco tiempo rápidos progresos..... En medio de la noche no pudieron proporcionarse socorros!..... todo fue quemado!..... y Teresa reducida á la mendicidad por aquella á quien habia colmado de beneficios.

—Gran Dios! dice Jeorgina con vehemencia, yo soy la causa de tantos males....

—Vos! esclama Pedro mirándola con asombro.

—Qué ha sido de Teresa? pregunta Jeorgina, que en su desesperacion no repara en la inquietud que se manifiesta en el rostro de Pedro, ¿qué ha sido de ella? Respondedme en nombre del cielo!

—Ya no ecsiste!.... despues de haber vivido algunos dias sumida en el dolor y la pena, murió victima de la ingratitud, y de la mala conducta de aquella que habia adoptado.

—Desgraciada! esclama Jeorgina, y cae desvanecida en medio de los aldeanos.

La muger y los hijos de Pedro se apresuran á prodigarla socorros: Pablo llora y llama á su madre á gritos: solo Pedro se muestra insensible á este cuadro: su frente es severa, sus ojos inquietos examinan á Jeorgina, como si se esforzase por recordar sus facciones, y mientras mas la mira mas grave es su aire, mas indiferente se muestra á los sufrimientos de Jeorgina, y aleja á sus hijos del lado de esta como si temiera que respirasen el aire de esta desgraciada.

Al fin Jeorgina recobra sus sentidos, abre los ojos y mira temerosa á su alrededor.

—Quien sois? le pregunta Pedro con severidad colocándose entre sus hijos; quién sois? responded.

Jeorgina tiembla, y el tono de Pedro la hiela de espanto.

—Yo soy, dice á media voz, una desgraciada que ha pagado muy caros sus extravíos..... yo soy esa Jeorgina cuyas faltas acabais de contar.....

—Desgraciada! esclama Pedro en tanto que su familia contempla con dolor á Jeorgina: vos sois esa ingrata jóven!..... vos la que habeis dado muerte á vuestros bienhechores!.... Salid al instante de mi casa! no queremos en ella una muger que nos atraeria la desgracia..... Todos los padres de familia de estos alrededores han prohibido á sus hijos que jamas se aprocsimen á vos y los míos se corromperian á vuestro lado!..... Salid os digo!.....

—Piedad!..... esclama Jeorgina cayendo de rodillas.

—Piedad para los ingratos, jamas!

—No me despidais en medio de la noche..... Debe sufrir este niño las cul-

pas de su madre?

—Ese niño es fruto del crimen y de la mala conducta y no le quiero en mi casa. De nuevo os digo que salgaís, ó no respondo de poder contener la indignacion que me causa vuestra presencia.

Jeorgina abraza las rodillas de Pedro, las baña de lágrimas y le presenta á su hijo: enternecida la familia del labrador por el espectáculo que tiene á la vista procura templar la indignacion de Pedro, pero todo es en vano: la presencia de Jeorgina le irrita, y esta desgraciada es despedida con su hijo en medio de la noche.

—Ah! hijo mio! esclama Jeorgina, sin ti ya hubiera dejado de vivir hace tiempo; pero por ti debo tener fuerzas para soportarlo todo.

Toma su hijo y le coloca sobre sus rodillas, y buscando el modo de garantizarlo del frio de la noche, porque aun se estaba en la primavera, se despoja de una parte de sus vestidos: un violento estremecimiento hace temblar sus miembros; pero su hijo no siente el frio y ella cobra ánimo.

Una media hora despues de hallarse estos desgraciados en medio del campo,

Pablo dormía en las faldas de su madre que velaba por su hijo: de pronto oye esta pasos que se aproximan..... levanta la cabeza..... es una muger, es Luisa, la mayor de las hijas de Pedro.

—Pobre muger, dice la jóven; quiero ver si os puedo ser útil en algo. Mi padre es muy severo!..... Por eso he venido á escondidas. Todos duermen ya en mi casa, pero yo no podia dormir, pensando que estabais con vuestro hijo en medio del campo!..... Me he levantado sigilosamente y he tomado la llave de un cuarto pequeño que nos sirve para encerrar la paja y la leña; podeis recogeros en él, y al menos estareis al abrigo del frio y podreis dormir con tranquilidad.

Querida niña!..... no mirais que os esponeis?..... Si vuestro padre llegase á saberlo.....

—No, no, no puede saberlo, siempre que os vayais al rayar el dia.

Jeorgina sigue á la joven, llevando á su hijo en brazos. Llegan al cuarto que estaba aislado de la casa, entra en él Jeorgina y se despide de Luisa; que se aleja contenta de haber cometido una buena accion.

Acostada sobre la paja cerca de su hijo, en vano busca Jeorgina gozar un momento de reposo. La inquietud de su suerte en el porvenir, la desnudez en que se halla, el modo con que la ha tratado Pedro, todo se reúne para agitar sus sentidos y la impide ceder al cansancio. La última esperanza que le quedaba se ha desvanecido: Teresa ya no existe!.....

Jeorgina pasa la noche atormentada por sus reflexiones y sus remordimientos. Apenas nace el día, fiel á su promesa despierta á su hijo para ponerse en camino. El niño pide pan á su madre, y esta vuelve la cabeza para ocultar sus lágrimas.

—Ven, le dice, ven, hijo mio; muy pronto espero que podré.....

No puede concluir, y el niño que levanta sus ojos para verla siente pasársele el hambre al ver llorar á su madre.

Jeorgina toma la mano de su hijo y sale del albergue en que ha pasado la noche sin saber donde ir. La vista de la casa de Pedro le recuerda la escena de la vispera, y se aleja con precipitación de aquel sitio; pero el pequeño Pablo que se acuerda, ha cenado en ella la de-

tiene y le enseña la morada de los aldeanos.

—Mamá, por qué no entramos allí?.....

—Ah! hijo, mio, no podemos volver.... nos han echado!

—Echado! y que hemos hecho para eso?

—Tú no has hecho nada, amigo mio, pero tu madre!.....

—No, tú eres buena, ellos son unos malos por habernos despedido. Pero, mira, vamos á aquella otra casa..... allí nos recibirán.....

—No, hijo mio; todas las puertas se nos han cerrado..... y no nos recibirán en ninguna parte..... La deshonra, el abandono, he qui en adelante la herencia de tu desgraciada madre!.....

—Oh! los perversos!..... Pero cuando yo sea grande, volveré aqui y le pegaré á todos los que han echado á mi mamá.

Jeorgina se lleva á su hijo lejos de la vista de todos aquellos albergues, y dirige sus pasos hácia el valle que se apercibe á lo lejos. Pronto reconoce nuestra heroina el paisaje y el lugar en que se elevaba la quinta de Juan: cada paso que da le recuerda una época de su vida y echa de menos ese tiempo

dichoso de la infancia, que huye para no volver jamas.

Jeorgina se detiene á cada árbol, á cada bosquecillo; allí es donde hacia correr á la vieja Ursula..... aquí donde jugaba con Carlos: hacia aquel lado fue donde Carlos la encontró por la primera vez; y mas allá donde él le juró adorarla siempre.....

Jeorgina busca con la vista la quinta..... pero en vano! el arado del labrador ha pasado sobre la tierra en que antes estaba la quinta; sin embargo reconoce el sitio por algunas piedras que existen amontonadas, pero bien pronto no quedará nada de estas ruinas, y al admirar la vista estos campos fructíferos no podrá descubrir ningun vestigio de la morada de los que fueron sus dueños.

Jeorgina se aleja y dirige sus pasos hacia el lugar donde debe descansar su bienhechor. No pudiendo manifestarle su arrepentimiento, quiere al menos rendir un último homenaje á su memoria.

Pronto distingue la tumba de Juan: este sitio parece haber sido respetado y aun embellecido por los campesinos:

suelta la mano de su hijo y se adelanta religiosamente hácia el último asilo de sus bienhechores, porque piensa que Teresa descansa al lado de su esposo: en efecto una misma tumba encierra sus cenizas y Jeorgina lee estas palabras grabadas sobre la piedra funeraria:

DERRAMAD UNA LAGRIMA
A LA MEMORIA DE LOS DESGRACIADOS
A QUIENES LA INGRATITUD CAUSÓ
SU MUERTE.

Jeorgina cae de rodillas, baña la tumba con sus lágrimas y dirige al cielo fervientes plegarias en espiacion del mal que ha causado. Despues de haber llenado este deber siente mas aliviado su corazon; se levanta mas tranquila, vuelve á tomar la mano de su hijo, y se aleja de aquellos tristes lugares, no sin volver la cabeza para verlos de nuevo.

Nuestros viajeros siguen su camino. Entregada Jeorgina á sus recuerdos habia olvidado su presente situacion, pero bien pronto la vista de su hijo se la recuerda: intimidado el niño con la tristeza de su madre, no se atrevia á hacerla conocer sus necesidades. Jeorgi-

na le toma en sus brazos.

—Querido niño, perdóname que te haya olvidado un instante..... en adelante no quiero vivir mas que para ti. Sin duda tienes hambre y no te atreves á decirmelo..... Vamos, hijo mio; pronto tendrás que almorzar.

Al decir esto mira Jeorgina su ligero paquete, que encierra sus últimos recursos.

—Cuando le haya vendido, piensa entre si, no nos quedará nada..... pero quizás tenga entonces el cielo piedad de nosotros.

Jeorgina encontró en Bondy á un mercader que le dió seis francos por sus efectos: al momento que tomó el dinero corrió á comprar con que satisfacer el apetito de su hijo. Mientras el niño comia contaba ella lo poco que le quedaba, y se desesperaba al pensar que la muerte de Teresa le habia robado su última esperanza.... De pronto el recuerdo de su tio se presenta á su imaginacion, y piensa que quizás se halle dispuesto á perdonarla: Jeorgina acoje con avidez esta última esperanza. Antes no se hubiera atrevido á volver al lado del pariente que cuidó de su infancia; pero al presen-

te la ecsistencia de su hijo pende de aquel y no vacila; la esperanza de encontrar en Rambervillers un asilo y socorros reanima su abatido espiritu, pero al momento la asalta una idea cruel: si su tio hubiera muerto!

Esta duda es terrible y Jeorgina la rechaza con espanto.—Si no ecsiste, se dice, al menos habré probado al último medio que me queda. Pero el cielo se compacerá de mí, y permitirá que vuelva á hallar á mi tio, que me perdone y quede yo al fin tranquila sobre la suerte de mi hijo.

Pero como ir con tan poco dinero á Rambervillers?—Pues bien! se dice Jeorgina; imploraré la caridad pública. Ah! yo que no he temido asemejarme á las mas viles criaturas, no debo avergonzarme de mendigar para mi hijo.

Al momento que Pablo ha concluido su modesta comida, le toma su madre en brazos y se pone en camino para ir á buscar á su tio el escribano.

CAPITULO XX.

ULTIMO VIAGE.



uestra heroína y su hijo andan todo el día, no descansando mas que cuando absolutamente le faltan las fuerzas. A la noche llegan á un pequeño pueblo donde pregunta Jeorgina cuanta distancia hay de él á

Bondy.

—Seis leguas le responden.

—Como! se dice: desde esta mañana en camino y no he andado mas que seis leguas!

Jeorgina calculaba con espanto el tiempo que necesitaria para llegar á Rambervillers: una muger y un niño no pueden ir mas de prisa! Procura alejar el momento en que tendrá que implorar la piedad de los viajeros y para ello economiza su dinero. Su hijo puede satisfacer completamente su hambre, pero Jeorgina apenas toma lo preciso para

sostener sus fuerzas y su ánimo.

Los pobres viajeros duermen en el pueblo en que se han detenido, sirviéndoles de abrigo un cobertizo y una poca de paja de almohada: pero el cansancio hace que encuentren aquella cama muy buena y se duermen profundamente: Al otro dia pregunta Jeorgina la direccion que debe sêguir, y se pone en camino. Algunas veces seres compasivos tienen piedad de su miseria y no le ecisijen nada por la frugal comida que hacen en sus cabañas. Jeorgina los bendice y siente su corazon aliviado cuando ve que pasa un dia sin tocar á su miserable caudal.

Asi andaron cuarenta leguas. La pobre madre tomaba á su hijo en brazos cuando le veia cansado; y disimulaba sus sufrimientos, abusando de la poca fuerza que le quedaba con la esperanza de llegar mas pronto. Al cabo de este término, á pesar de la estricta economia que ha usado no le queda nada, y aun tiene que andar otro tanto camino para llegar á Rambervillers.

Jeorgina siente por un momento desanimarse: sin embargo mira á su hijo y la esperanza de encontrar un asilo

donde cuiden de su infancia, triunfa de su debilidad y la deciden á implorar los socorros y la consideracion pública.

Una noche llegan á un pueblo bastante considerable.

Jeorgina se sienta en un banco de piedra sin fuerzas para pedir..... Sus ojos se cierran, se yelan sus sentidos..... va á perder el conocimiento sin poder implorar socorro..... pero su hijo, guiado por la naturaleza, que ve que su madre padece y que no puede hablar, corre á cada transeunte.

--Tened piedad de mamá! esclama, está muy mala..... socorredla!

Estas palabras pronunciadas en medio de sollozos y la gracia atractiva del niño llaman la atencion de varias personas: siguen á Pablo, rodean á Jeorgina, la miran, hacen varios comentarios sobre su estado, y ninguno la socorre!..... Una buena vieja mas humana, hace aspirar á Jeorgina un botecito, y logra por este medio hacerla volver en sí.

—Venid, le dice la vieja; apoyaos en mi, y tomareis alguna cosa en mi casa que es aquella de enfrente; porque estas gentes os dejarán morir sin socorridos! venid, venid á mi casa.

Jeorgina solo puede dar las gracias á la buena muger con un movimiento de cabeza; esta le da el brazo; y hasta el pequeño Pablo quiere sostener los pasos vacilantes de su madre. Al fin llegan á una casa pequeña; suben no sin trabajo una escalera ennegrecida; entran en una habitacion en que apenas se ve claro y la vieja haciendo sentar á Jeorgina, hecha las yescas lo mas pronto que puede.

Al fin se enciende luz, pero Jeorgina cuyos ojos estan casi apagados, á penas distingue los objetos que la rodean.

—Esperad, dice la buena muger; aun tengo en mi botella un poco de vino; esto os hará mucho provecho.

La vieja hace tomar á Jeorgina medio vaso de vino, y á poco se siente esta mas aliviada. Su primer movimiento es abrazar á su hijo, á quien debe la vida; en seguida dirige sus miradas al ser compasivo que ha tenido piedad de su situacion. La buena muger en pie delante de Jeorgina miraba con alegria la mejoría que sus cuidados habian producido.

---Cuanto os debo, buena muger, le dice Jeorgina; me habeis vuelto á la vida!..... ah!..... sino fuera por mi hijo ya no ecsistiria!

—Pobre muger, sois, pues, muy desgraciada!

La voz de su bienhechora que hasta ahora no habia podido oir distintamente le recuerda algun conocimiento antiguo; mira á la buena muger con atencion y esclama.

—No, no me equivoco! sois vos!....sois Ursula!.....

—Si, yo soy, responde Ursula, porque era la misma; pero vos..... no recuerdo haberos visto nunca!.....

—Como, Ursula, no me reconoceis?

—No en verdad, á menos.....pero eso no es posible!.....

—Dios mio! tan desconocida estoy?

—Sin embargo, esa voz..... oh! Dios mio! seriais esa Jeorgina..... que era tan linda!

—Yo soy, Ursula....

—Desgraciada!..... y en que estado!

La vieja en su sorpresa retrocede algunos pasos.

—Oh! no me maldigais!..... esclama Jeorgina con las manos cruzadas; bastante castigada estoy!.....

—No, no, yo no os rechazaré, desventurada!..... ya veo cuanto habeis sufrido!..... y este niño?

—Es el mio!

—Pobre niño! pobre Jeorgina! cuan cambiada estais!.....

Pasados los primeros momentos de sorpresa, Ursula prepara una modesta cena.

—Yo no soy rica, dice á Jeorgina, pero ofrezco de corazon lo que tengo.

En seguida se pone á la mesa. Jeorgina pregunta á Ursula por qué casualidad se encuentra en aquel pais. La vieja le contesta que despues de la muerte de Teresa, no teniendo nada que la detuviese en Bondy se habia vuelto al lugar en que habia nacido. Al contar su historia tiene Ursula la delicadeza de no trazar á Jeorgina el cuadro de los males que ha causado.

Jeorgina hace á su vez la relacion de su vida, sin procurar disfrazar sus errores. Concluye dando parte á la vieja del proyecto que ha formado de ir á Rambervillers en busca de su tio.

Ursula aprueba su designio y recordando alguna cosa le pregunta:

—Decis que vais á Rambervillers?

—Si; por qué lo preguntais?

—Es que.... esperad..... si; de ese lado es donde está el castillo de Merville.

—¿Qué castillo es ese?

—El de los padres del buen Carlos.

—¿Cómo sabéis?....

—Lo supe de Bautista que me lo contó todo durante la enfermedad de su dueño en nuestra cabaña.

—¿Qué quereis decir?

Ursula cuenta entónces á Jeorgina la enfermedad de Carlos y su desesperacion al no encontrarla por segunda vez en la quinta. Jeorgina llora al escucharla.

—Como me amaba! esclama. Sabe tambien con sorpresa que Carlos, cuyo rango habia ignorado hasta entónces, es hijo del marques de Merville y vive cerca de Rambervillers. El deseo de verle hace latir su corazon, y quizas la esperanza de ser amada aun se mezcla al sentimiento que la anima.

Jeorgina y su hijo pasan la noche en la modesta morada de Ursula. Esta buena muger que ve el arrepentimiento de nuestra heroína, y en toda su persona las señales de lo que ha sufrido, solo procura serle util. Se acomodan como mejor pueden, y como nuestros viajeros no son muy delicados y hace tiempo que no descansan bajo un techo hospitalario,

pasan la noche con bastante tranquilidad.

Al día siguiente la vieja Ursula da de almorzar á sus huéspedes y pone algunas monedas en la mano de Jeorgina.

—Querida hija, le dice; esto es todo lo que puedo ofreceros!.... yo tambien soy pobre.... pero parto mi caudal con vos de buena voluntad.

El socorro de la vieja basta para sus necesidades durante dos días; solo le quedan otros dos de camino para llegar á Rambervillers. Siguen con ánimo y al anochechar de la primera jornada entran en una casita á pedir alguna cosa con que restablecer sus agotadas fuerzas; pero el ama de la casa es dura y malvada.

—Idos, idos, les dice; bastantes mendigos hay en el país y no tenemos necesidad de socorrer á los que corren el mundo!

En seguida cierra su puerta á los pobres viajeros. Jeorgina toma á su hijo en brazos y se dirige á otra parte: la misma negativa, la misma insensibilidad!

—Tendremos que aguardar á mañana,

dice con tristeza, y pasar la noche sobre este banco.

—Oh! mamá, tengo mucha hambre!....

—Hijo mio! mañana.... Ah! quizás mañana sea lo mismo!

Los desgraciados pasan la noche al pie de un árbol y al nacer el día se vuelven á poner en camino, sin haber tomado nada desde la víspera. El pequeño Pablo da algunos pasos y no puede ir mas lejos; Jeorgina lo toma en sus brazos, y ruega al cielo le doble las fuerzas. La esperanza de llegar pronto á casa de su tío la sostiene aun, pero al concluir el día se halla en medio de los campos sin descubrir ninguna habitacion.

El niño, con voz debil le pide pan; Jeorgina, en su desesperacion, mira lo que le rodea; nada! nada! nada para callar el hambre que los devora!.....

—Oh! Dios mio! esclama; será menester morir tan cerca del término de nuestro viage!

En seguida arranca algunas hojas de acedera, única planta que se ofrece á su vista, y esprime su jugo en los labios de su hijo; pero viendo que esto no puede calmar su sufrimiento, se arma de un poder sobrenatural, y estrechando

á su hijo contra su corazon da á correr con la esperanza de descubrir alguna habitacion.

Despues de media hora de camino distingue á lo lejos la punta de un campanario..... es el de Rambervillers; con un poco mas que ande llegará al término de sus ansias.... Pero la noche empieza á cubrir los campos; Jeorgina estenuada, en vano pretende adelantar; sus rodillas se doblan..... una nube espesa oscurece su vista.... y cae con su hijo enmedio de los campos.

Cuando volvió en si era muy entrada la noche y no podia distinguir los objetos que la rodeaban. Su primer movimiento fue buscar á su hijo; estiende sus brazos y toca los del niño.

—Está á mi lado, dice; guardémosnos de despertarle!.... Mañana al rayar el dia iré á Rambervillers y hallaré socorros para mi hijo.

Confiando su suerte á la Providencia apoya su cabeza entre sus manos, y rendida por la fatiga se duerme profundamente.

Brillaba el sol con toda su fuerza cuando Jeorgina abrió los ojos. Un grito de horror y desesperacion se le escapa.... El

pequeño Pablo se hirió con una piedra en la cabeza cuando su madre perdió el uso de sus sentidos; la herida es profunda, y el pobre niño se halla cubierto de sangre y totalmente inanimado. Su madre le estrecha contra su seno, le abraza, y le llama á gritos; pero su hijo no le responde!

Este golpe era demasiado fuerte para la debilitada cabeza de Jeorgina: la vista de su hijo muerto y la idea de que es quien la ha causado, trastorna sus sentidos; su razon se extravía y ya no siente ninguna debilidad. Toma á su hijo, corre, se detiene, le abraza, y le promete que pronto tendrá que comer; en su delirio no le ve muerto, y el recuerdo del hambre que le devoraba es la sola idea que llena su imaginacion.

Pálida, desgredada y con los ojos extraviados llega Jeorgina á Rambervillers; tiene á su hijo oculto contra su seno y envuelto con el manton que la cubria. La casualidad ó la naturaleza la guia á la morada de su tio: una buena muger le abre la puerta y queda espantada á la vista de Jeorgina.

—Donde está M. Rudemar? pregunta Jeorgina con voz alterada y dirijiendo

á su alrededor miradas sombrías.

—Qué le quereis? no está aquí; se halla en el castillo de Merville.

—En el castillo de Merville!.... ah!... sí..... ya me acuerdo..... tambien él está allí....

—Qué quereis decir?

—Iré al castillo de Merville..... le veré aun..... dará pan á mi hijo..... Si sí..... soy yo la que debe ir....

La buena muger no sabe lo que le quiere decir, pero deseando alejarla la dice.

—Si vais al castillo, seguid aquel camino todo derecho.

El gran patio del castillo se halla abierto, Jeorgina no encuentra á nadie y anda á la ventura. Pronto los sonidos de una música religiosa hieren su oído, y dirijiéndose por ellos llega á la capilla del castillo. Entra en ella, fija sus moribundos ojos en las personas reunidas en aquel lugar santo, da un grito y cae á la entrada de la capilla en el momento en que Cárlos acababa de unir su destino al de la jóven Alejandrina.

El grito de Jeorgina turba la ceremonia: todos se apresuran á prodigar

socorros á la pobre muger. Los esposos se adelantan.... un anciano los sigue con el corazon oprimido de un siniestro presentimiento.

—Jeorgina! esclama Cárlos al ver á la infortunada, á quien en vano trataban de quitarle su hijo.

—Jeorgina! dice á su vez M. Rude-mar; (asi se llamaba el anciano que asistia al matrimonio de los dos jóvenes.) Oh! Dios mio! será esta muger por la que tanto he llorado?....

Jeorgina abre los ojos, la razon se apodera otra vez de ella, y reconoce á Cárlos.

—A Dios! le dice; á Dios, Carlos! muero víctima de mi mala conducta! Dile á mi tio á quien abandoné, que he sido bien castigada..... pero que mi arrepentimiento fue sincero!

No pudo decir mas. El anciano que ha reconocido á Jeorgina le dá su benedicion; Cárlos llora: la desdichada los mira y parece reconocer á su tio, cuya mano toma y la coloca sobre su corazon. Pero pronto se cierran sus ojos.... rodea á su hijo con sus brazos..... todos se esfuerzan entonces por volverla á la vida, pero inutilmente: Jeorgina habia dejado de ecsistir!!.....

FIN.



INDICE DEL TOMO SEGUNDO,

CAPITULO I. Mad. de Rosambeau. <i>Pag</i>	3
CAP. II. Una tertulia	26
CAP. III. Esto va bien	33
CAP. IV. Accidente. Reencuentro im- previsto.	84
CAP. V. La rueda comienza á volver- se	95
CAP. VI. Escena útil al uno é inutil á la otra.	101
CAP. VII. Cambio de situacion. . .	108
CAP. VIII. Zulmé.	114
CAP. IX. Calástrofe.	127
CAP. X. Encuentro nocturno. . . .	134
CAP. XI. Efectos de la mala con- ducta.	143
CAP. XII. Caída	151
CAP. XIII. La casa de correccion. .	160
CAP. XIV. El molino del padre Si- mon.	175
CAP. XV. Nuevas desgracias. . . .	189
CAP. XVI. Ved donde conducen los malos pasos á las criaturas. . .	199

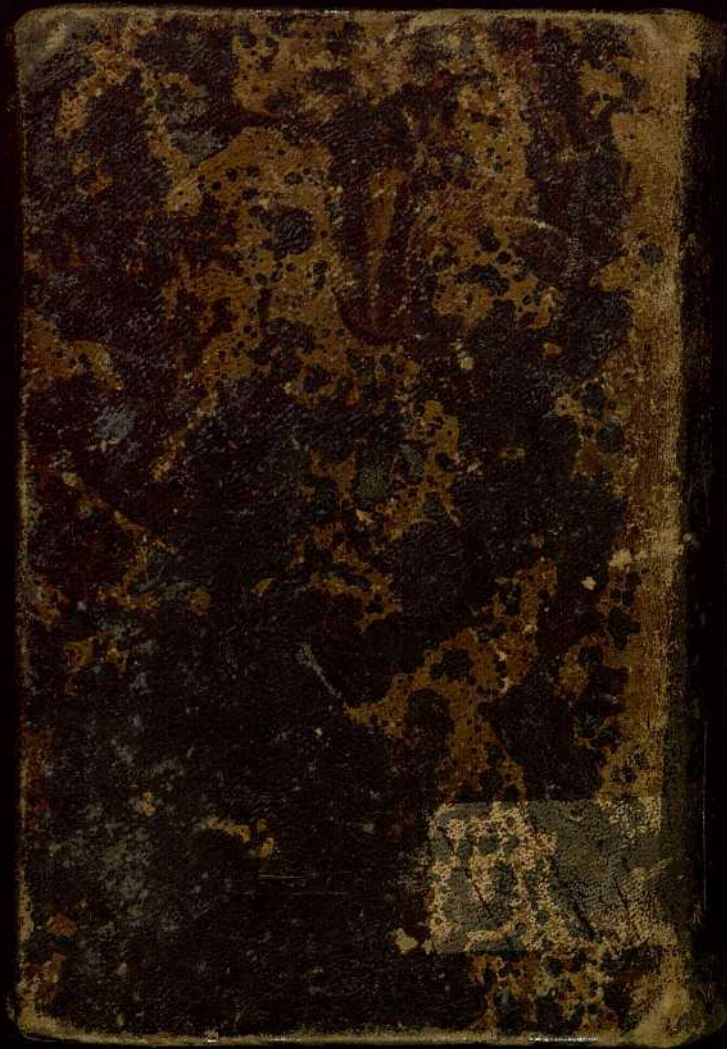
CAP. XVII. Esplicaciones necesarias.	20
CAP. XVIII. Mas vale tarde que nunca..	26
CAP. XIX. La ingratitud castigada.	22
CAP. XX. Ultimo viage.	28













GEORGINA



FAN
XIX
446



J. H.

